8616 XIV-377

PERSONAJES CÉLEBRES

DEL SIGLO XIX.

POR

UNO QUE NO LO ES.

La biografía es el arte de reunir el personal de la historia, de las ciencias, de las letras, de las artes y de la sociedad...

J. NORVINS.

TOMO II.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA OVIEDO

MADRID,
IMPRENTA DE D. FERNANDO SUAREZ,
PLAZUELA DE CELENQUE, 3.
1843.

Biblioteca
Universitaria

M. GUIZOT.

M. GUIZOT.

« No hay verdadero poder sino el poder respetado, y el respeto puede solo pertenecer á la superioridad. »

GUIZOT —*De los medios de gobierno y de oposicion en el actual estado de la Francia.* 1821 p. 171.

El 8 de Abril de 1794, tres dias despues de la sangrienta victoria de Robespierre sobre Danton, Camilo Desmoulins y los hombres de la *Comision de clemencia*, levantábase en Nimes el cadalso para un distinguido Abogado, sospechoso tambien de resistencia á las voluntades del terrible triunvirato, y habia penetrado la desolacion en el hogar de una de las familias mas honradas

del pais. Una muger desconsolada pedia á Dios la diese fuerzas para sobrellevar un inmenso dolor, pues en un mismo momento el verdugo la dejaba viuda, y huérfanos á sus dos hijos. El mayor de ellos, que apenas contaba siete años, llevaba ya en su semblante sério y meditativo la señal de un entendimiento precoz. La desgracia es como un invernáculo: se crece á prisa con su contacto; aquel niño, que no tuvo infancia, era Francisco-Pedro-Guillermo Guizot.

Habiendo nacido protestante, el 4 de Octubre de 1787, bajo el imperio de una legislacion rencorosa, que negaba á sus padres una union legal, y á él un nombre y un estado civil, veia Mr. Guizot al mismo tiempo á la revolucion que le volvia definitivamente su lugar en la sociedad, y que le hacia pagar aquel beneficio con la sangre de su padre. Si pretendiéramos escribir otra cosa que una biografía, encontraríamos, tal vez en el concurso de estas circunstancias, el primer gérmen de una antipatía casi igual en el hombre de Estado por las monarquías absolutas y los gobiernos democráticos.

Despues de la funesta catástrofe de que acabamos de hablar, Mme. Guizot abandonó la ciu-

dad de tan amargos recuerdos, y pasó á Ginebra en busca de consuelos, cerca de su familia, y de una sólida educacion para sus hijos. Colocado el jóven Guizot en el Gimnasio de Ginebra, se entregó con pasion al estudio. Sus primeros y únicos juguetes fueron los libros, y á los cuatro años leia en su propio idioma á Thucydides y Demóstenes, á Ciecron y Tácito, á el Dante y Alfieri, á Schiller y Goethe, á Gibbon y Shakspeare. Los dos últimos años que permaneció en el colegio, fueron especialmente dedicados á los estudios históricos y filosóficos, y esta última parte de la ciencia tuvo para el jóven un poderoso atractivo. Su entendimiento, dotado por la naturaleza de un carácter particular de fuerza lógica, llevada hasta la destreza, pudo desarrollarse y madurar en medio de la pequeña república Ginebrina, que ha conservado alguna cosa de la fisonomía sábia é inflexible de Juan Calvino su patrono.

En 1805, despues de haber visto coronados sus estudios por un brillante éxito, pasó Mr. Guizot á París para estudiar el derecho, cuya escuela, como es sabido, habia desaparecido en medio del torbellino revolucionario, habiéndose

formado algunos establecimientos particulares para llenar aquel vacio. Mr. Guizot, poco amigo de una enseñanza incompleta, tomó el partido de buscar la ciencia en las meditaciones de la soledad. Pobre y orgulloso á un tiempo mismo, austero y ambicioso, se encontraba el jóven arrojado á un mundo de intrigas, de desenfreno y de frivolidad. El periodo desde el directorio hasta el imperio, es una época multiforme, indecisa y descolorida, como todas las épocas de transicion. La corriente social, rechazada violentamente por la tormenta revolucionaria, no habia vuelto á tomar enteramente su curso; de todas las ideas destruidas, volvian muchas á levantarse, pero pálidas, enervadas, vacilantes y como aturdidas aun del terrible golpe que las habia herido. Algunos espíritus superiores se esforzaban ya en llevar por un nuevo camino á aquella sociedad que tenacia de entre sus ruinas; pero la masa, privada por mucho tiempo de los goces materiales, solo aspiraba á disfrutar aprisa los dias de descanso que temia ver demasiado pronto interrumpidos. De ahí provinieron el carácter de sobre escitacion general, y el desenfreno de costumbres que condu-

jo casi á los buenos tiempos de la regencia.

La naturaleza rígida del escolar ginebrino bastó para librarle del contagio. El primer año de su permanencia en París, fue para Mr. Guizot un año de tristeza y de aislamiento. Se replegó sobre sí mismo como todos los hombres que conociéndose fuertes, carecen de punto de apoyo para ensayar sus fuerzas.

Al año siguiente entró en clase de preceptor en casa de Mr. Stapfer, antiguo Ministro de Suiza en París, en el cual encontró una hospitalidad casi paternal, y tesoros de ciencia filosófica, propios para dirigir y activar su desarrollo intelectual. Aquellas nuevas relaciones le facilitaron la entrada en la sociedad de Mr. Suard, en la que se reunian entonces los talentos mas distinguidos de la época, y allí vió por primera vez á la muger que debia ejercer sobre su vida una tan noble y feliz influencia.

Conocida es generalmente la circunstancia un poco romántica que preparó el casamiento de Mr. Guizot. La referiremos sin embargo para los que la ignoren:

Mlle. Paulina de Meulan, hija de una familia distinguida, pero arruinada por la revolucion,

habia encontrado recursos en una instruccion tan sólida como variada; y para sostener á su familia, habia emprendido la pesada y devoradora carrera del periodismo: redactaba el *Publicista* cuando una enfermedad grave, hija de un esceso de trabajo, la obligó á interrumpir una ocupacion, tan necesaria para el bienestar de las personas que tanto amaba; su posicion iba á ser crítica, se desesperaba, pero un dia recibió una carta anónima, en la que le rogaban que se tranquilizase, ofreciéndole desempeñar su tarea durante todo el tiempo de su enfermedad. Acompañaba á aquella carta un artículo perfectamente escrito, y por un rafinamiento de delicadeza, los pensamientos y estilo, estaban exactamente calcados en el modo de escribir de Mlle. de Meulan, la qual aceptó el artículo, lo firmó, y recibió con regularidad otro igual hasta concluir su convalecencia. Mlle. de Meulon profundamente afectada de aquel proceder, no dejó de contar su aventura en la sociedad de Mr. Suard, haciendo inútiles investigaciones, sin acordarse de un jóven pálido y sério, á quien apenas conocia, que la escuchaba con gravedad al hacer toda clase de conjeturas. Rogado por medio del perió-

dico para que se diera á conocer, el generoso anónimo se decidió al fin á recibir en persona las gracias que tanto merecia. Era el jóven de quien hemos hablado antes, y cinco años despues Mlle. de Meulan se llamaba Mme. Guizot.

Durante cinco años se ocupó Mr. Guizot en diversos trabajos literarios. En 1809 publicó una primera obra, el *Diccionario de los Sinónimos*, cuya introduccion, dedicada á la apreciacion filosófica del carácter particular de la lengua francesa, descubre ya el espíritu de precision y de método que distingue á Mr. Guizot. Siguieron despues las *Vidas de los poetas franceses*, y la traduccion de Gibbon, enriquecida con notas históricas del mayor interés, y por último la traduccion de una obra de Rehfus, *La España en 1808*, publicada tambien hácia aquella época.

Nos falta espacio para analizar estas primeras producciones: cualquiera que sea su mérito intrínseco, otras de mayor importancia las han hecho olvidar despues. Solo diremos, y por ahí podrá juzgarse del entendimiento de su autor, que realizó aquellos trabajos antes de contar 25 años.

Su talento era ya bastante conocido, y en 1812 Mr. de Fontanes lo agregó á la Universidad, nom-

brándole suplente de la cátedra de Historia en la Facultad de las letras. Poco tiempo despues Mr. Guizot llegó á poseer por completo la cátedra de *Historia moderna*, en la que tan gloriosos recuerdos ha dejado. Allí principiaron sus relaciones íntimas con Mr. Royer-Collard, profesor entonces de Historia de la Filosofía. Aquellas dos almas de un mismo temple esperimentaron una misma atraccion.

Esta primera parte de la vida de Mr. Guizot fué esclusivamente literaria. Se ha intentado presentarle desde aquel momento como un legitimista ardiente, intrigando y conspirando en secreto para apresurar la vuelta de los Borbones: ningun hecho hemos encontrado que justifique semejantes asertos. Verdad es que Mr. Guizot, por su muger, por sus relaciones literarias y por sus inclinaciones, estaba enlazado con cierta sociedad que había conservado en medio de la aspereza del imperio las tradiciones de la elegancia y del buen gusto de la aristocrácia del siglo anterior; dominaba bastante una especie de barniz filosófico entre los literatos de aquella sociedad, á quienes Napoleon designaba con la denominacion general de *Ideólogos*. En efecto, tratábase en

ella mucho de ideología, pero muy poco de política; y sabido es ademas que fué necesario que la pluma tan querida del *Cantor de los Mártires* se decidiera enteramente, para reanimar el casi olvidado recuerdo de los Borbones en el corazon de una generacion que no habia presenciado su caida.

Cuando los acontecimientos de 1814, estaba Mr. Guizot en Nimes, su ciudad natal, donde habia ido á ver á su madre despues de una larga ausencia. A su vuelta á París debió el jóven profesor á la activa amistad de Mr. Royer-Collard, que el abate de Montesquiou, ministro entonces del Interior, le eligiera su sub-secretario.

Este fué el primer paso de Mr. Guizot en la carrera política; y aunque colocado en una posicion secundaria en apariencia, es justo decir que por su indisputable talento ejerció una notable influencia en las medidas administrativas de aquel tiempo. Los partidarios de la causa liberal le acusaban principalmente de haber preparado en union con Mr. Royerd-Collard, director general de la Libreria, la severa ley contra la imprenta, presentada á las Cámaras de 1814 por Mr. de Montesquiou, y de haberse sentado en la comi-

sion de censura al lado de Mr. de Frayssinous.

Por otro lado, la faccion ultra-realista se indignó de ver á un simple particular, á un profesor, á un protestante, encargado de los negocios al lado de un abate de Córte; hablar algunas veces de equilibrio constitucional, de nivelacion de poderes, y querer conciliar las ideas monárquicas con los nuevos intereses creados por la revolucion. Para los unos hacia demasiado poco, y demasiado para los otros; la vuelta de Napoleon de la isla de Elva puso fin á aquella posicion difícil: despues de la salida de los Borbones, Mr. Guizot volvió á desempeñar sus funciones en la Facultad de las letras; y dos meses mas adelante, cuando era evidente para todos la caida de Napoleon, Mr. Guizot recibió el encargo de los realistas constitucionales de ir á Gante á abogar, segun dicen sus amigos, ante Luis XVIII por la causa de la Carta, é insistir sobre la absoluta necesidad de alejar de los negocios á Mr. de Blacas, considerado como el gefe del partido del antiguo réjimen. Lo que al parecer podria probar, ademas que tal fué en efecto la mision de Mr. Guizot, es que un mes despues, al regresar á Francia Luis XVIII, despidió á Mr. de Blacas,

y publicó la proclama de Cambray, en la que reconocia las faltas de su gobierno, y añadia nuevas garantías á la Carta.

Es conocida la fisonomía política de la Francia durante los primeros años de la segunda restauracion. Son sabidas las violentas tempestades que agitaron la Cámara de 1815, compuesta de elementos heterogéneos, y en que la mayoría, mas realista que el Rey, se opuso constantemente á todas las medidas propias para unir el pais con la dinastía de los Borbones. Decir que entonces Mr. Guizot ocupaba el puesto de sub-secretario del Ministerio de la Justicia, siendo Ministro Mr. de Barbé-Marbois, es decir que al paso que concedia mucho, demasiado tal vez, á las exigencias del partido victorioso, se esforzó en contener, en cuanto de él dependia, el espíritu invasor de los hombres de la monarquía absoluta. Su primer folleto político, *Del gobierno representativo y del estado actual de la Francia*, que publicó como refutacion de un escrito de Mr. de Vitrolles, dió á conocer la estension de sus ideas de gobierno, y le colocó en las filas de la minoría realista constitucional, cuyos representantes en la Cámara eran MM. Royer-Collard, Pas-

quier, Camilo Jordan y de Serres. Hácia aquella época, despues de la victoria del partido moderado, de la disolucion de la Cámara de 1815, y del advenimiento del Ministerio Decazes, fué cuando se introdujo una palabra nueva en el lenguaje político: el Diccionario de la Academia francesa no la ha consagrado, tal vez por no poder aplicarle una definicion exacta; parécenos importante referir su historia por lo menos, ya que no sea fácil dar su equivalencia.

Sabido es que antes de 1789 los *Doctrinarios* eran una congregacion enseñante; Mr. Royer-Collard habia sido educado en un colegio de Doctrinarios, y en los debates de la Cámara, llevándole siempre á resumir la discusion bajo una forma dogmática su entendimiento lógico y elevado, salia frecuentemente de sus labios la palabra doctrina; tanto que un dia un burlon de la mayoría realista esclamó: *¡Ved ahí á los Doctrinarios!* Túvose por nueva la palabra, y se conservó como definicion, si no clara, absoluta por lo menos de la fraccion política que dirigia M. Royer-Collard.

¿Esplicaremos ahora el oríjen del famoso *Camapé de la doctrina*, que despierta en el enten-

dimiento ideas tan vagas como el *Divan de la Sublime Puerta*? ¿Qué es el Camapé? Véase su historia.

Pedian un dia al Conde Beugnot, afiliado á los Doctrinarios, que enumerase las fuerzas de su partido. «Nuestro partido, contestó, cabria entero en este *Camapé*.» Esta otra palabra cayó tambien en gracia y se la estrujó tanto, que el vulgo llegó á figurarse al partido Doctrinario como una agregacion de personages semi-Jesuitas, semi-Epicúreos, sentados á la turca sobre blandos almohadones, y discurriendo pedantescamente acerca de los negocios públicos.

En cuanto al sentido político de la palabra Doctrinario, declaramos humildemente que no lo sabemos. Es una de aquellas que cada cual traduce á su manera. Para los unos significa virtud y saber; para los otros corrupcion y locura; para nosotros nada absolutamente significa. Pero dejemos la palabra y volvamos al hombre.

No se ha olvidado el movimiento de reaccion, consecuencia del asesinato del Duque de Berry. Cayó el Ministerio Decazes; los mas firmes apoyos del partido constitucional fueron espulsados de los negocios. MM. Royer-Collard, Camilo Jordan, de

Barante, salieron del Consejo de Estado; Mr. Guizot salió con ellos, y desde aquella época hasta el advenimiento del Ministerio Martignac en 1828, su vida política no fué mas que una perpétua lucha contra las tendencias del Ministerio Villele. Al mismo tiempo que los intereses nacionales de la Francia nueva, hallaban elocuentes defensores en el seno de las Cámaras, Mr. Guizot, demasiado jóven todavía para poder subir á la tribuna, sostenia la misma causa en escritos políticos cuyo buen éxito fué universal. No podemos analizar aquí la série entera de las obras de circunstancias publicadas por Mr. Guizot desde 1820 á 1822. En la una defiende el sistema Decazes destruido por la contra-revolucion, como revolucionaria; en la otra discute la causa de las conspiraciones diarias, que le parecian insidiosamente provocadas por los agentes del gobierno, á fin de que sirvieran para la destruccion de las instituciones constitucionales. En otra parte, en su obra *Sobre la pena de muerte en materias políticas*, sin pretender borrar completamente de las leyes de Francia la pena de muerte aun en delitos políticos, demuestra con grave y elevado estilo, que el poder tiene el mayor interés en conservar en-

vainada un arma terrible que transforma en perseguidores á los que la desenvainan, y en mártires á aquellos á quienes hiere.

De todos esos opúsculos que recorremos rápidamente, hay uno que bajo muchos aspectos nos parece digno de especial mencion. En su tratado *De los medios de oposicion y de gobierno en el estado actual de la Francia* (*) Mr. Guizot, descubriendo completamente su calidad de hombre político, esplica á un tiempo su pasado y el secreto de su porvenir. Su oposicion no es una oposicion ordinaria: defiende las libertades públicas, pero las defiende á su manera, que no es la de todo el mundo; diríase que anda solo por su camino; y si es severo para con los hombres á quienes combate, no lo es menos con aquellos que luchan con él.

Para Mr. Guizot la falta capital del Ministerio Villele no está en el abuso del poder en sí mismo, sino más bien en las consecuencias de aquel abuso, que pone en peligro el principio de autoridad esponiéndole á una lucha fatal.

Al revés de las demas polémicas, puramente negativas y disolventes por lo regular, la polé-

(*) Publicado en 1821.

mica de Mr. Guizot es eminentemente afirmativa, gubernamental y constituyente. Cuando su pluma escribe la palabra *derecho*, seguro es que no está lejos la palabra *deber*, y jamas pone el dedo en la llaga, sin indicar al momento lo que cree ser el remedio.

Si no lo impidiera la pequeñez de nuestro plan, nos complaceriamos en seguirle en la esposicion de su programa político. Seria curioso ver á Mr. Guizot sentando como un principio, que no se conmueven las masas sino con ideas; reconociendo que la revolucion ha legado á los franceses dos dogmas políticos, la *soberanía del pueblo* y la *igualdad*, convertidos casi en axiomas, de tal modo que un poder no puede vivir sino apoyándose sobre ellos; y entonces, apoderándose de aquellos dos principios les dá mil vueltas, los descompone, los diseca, los amolda á una lógica talmente sútil, que de tempestuosos y terribles que eran, nos los devuelve tan inofensivos, tan tímidos, que seria preciso ser muy suspicaz, muy mal educado para no acogerlos con amistosa sonrisa.

Tal vez seria necesario saber si es cierto, como lo dice Mr Guizot, que el pensamiento público

llegue hasta allí y no mas lejos. Pero ademas de que el exámen de esta cuestion nos llevaria á nosotros mismos demasiado lejos, tenemos prisa en abandonar un analisis, que solo puede ser incompleto y defectuoso, para volver á la parte histórica de los hechos.

En lo mas recio de su lucha con el Ministerio, desenvolvia Mr. Guizot en su cátedra, en medio de los aplausos de un jóven y numeroso auditorio las diversas faces del gobierno representativo en Europa, desde la destruccion del imperio Romano. El ministro se vengó en el profesor de los ataques del publicista: suprimióse su cátedra en 1825.— Vuelto á la vida privada, despues de haber desempeñado elevados cargos públicos, Mr. Guizot era entonces, como ahora, pobre; pero le quedaba su pluma. Renunciando á tratar las abrasadoras cuestiones del momento, emprendió una série de grandes trabajos históricos, que puede elogiar el biógrafo, puesto que el mérito de Mr. Guizot como historiador, jamás ha sido contradicho. Entonces se publicaron sucesivamente la *Coleccion de memorias relativas á la revolucion de Inglaterra*; los dos primeros volúmenes de la *Historia de aquella revolucion*; la *Coleccion de memorias relati-*

vas á la historia antigua de Francia; y por último los *Ensayos sobre la historia de Francia*, obra en que Mr. Guizot aclaró las tinieblas de los orígenes nacionales de aquel pais. Al mismo tiempo su incansable espíritu dotaba al público con ensayos históricos sobre Schakspeare y Calvino; con una traduccion de las obras del Dramaturgo Inglés, y con gran número de trabajos de alta política, insertos en la *Revista Francesa*.

La modesta casa de Mr. Guizot se habia así convertido en un taller de ciencia, cuando la muerte le arrebató en 1827 á su compañera de trabajos, á la muger querida, cuya elevada razon y fuerza moral le sostenia en medio de las agitaciones de su carrera. Hay algo de austero y de tierno á la vez en aquella escena fúnebre de últimos adioses de la esposa al esposo, y al hijo que tardará poco en seguirla á la tumba. Mme Guizot, nacida católica, y no queriendo estar separada en la eternidad de los que amaba, se hizo protestante en el umbral de la muerte; y Mr. Guizot adormecia los dolores de su agonía leyéndole con su grave y solemne voz una de las mas hermosas páginas de Bossuet, la oracion fúnebre de la Reina de Inglaterra.

Poco tiempo despues Mr. Guizot se hacia uno de los miembros mas activos de la sociedad *Ayúdate y el cielo te ayudará*, cuyo objeto era entonces defender por todas las vias legales la independencia de las elecciones contra las influencias del poder.

El Ministerio Villèle cayó; el Ministerio Martignac volvió á Mr. Guizot á su cátedra, y á la escogida juventud que le rodeaba entonces con tantas simpatías. Poco despues del advenimiento del Ministerio Polignac, entraba Mr. Guizot en la Cámara elegido por el colegio de Lisieux, y votaba el mensage de los 221, añadiendo á su voto severas palabras. «La verdad, decia, penetra ya difícilmente en el Gabinete de los Reyes: no la enviemos allí pálida y débil; no sea ya mas posible desconocerla que equivocarse acerca de la lealtad de nuestros sentimientos.»

Mr. Guizot obligaba al poder á vivir, pero el poder se obstinó en morir. El 26 de Julio regresaba desde Nimes á París; el 27 redactaba la protesta de los Diputados contra los decretos; protesta mas respetuosa que hostil, y cuya forma descubre un espíritu conservador, que mas bien que desearla teme una revolucion. El poder la

juzgó sediciosa, el pueblo la halló descolorida y tímida: los sucesos dieron la razon al pueblo.

En la reunion del dia 29 en casa de Mr. Laffitte, cuando todos se entregaban á la alegria del triunfo, Mr. Guizot, preocupado siempre esclusivamente de la inminente necesidad de regularizar la revolucion, fué el primero en levantarse, é insistió vivamente en la urjencia de constituir sin demora una comision municipal, que se ocupase especialmente del restablecimiento y conservacion del órden. El 30 le nombraba aquella comision Ministro provisional de instruccion pública; el 31 leia á la Cámara la proclama confiriendo al Duque de Orleans la lugartenencia general del reino. En los dias que precedieron á la ceremonia del 9 de Agosto, Mr. Guizot, á quien su actividad organizadora habia colocado en el puesto mas difícil entonces, en el Ministerio del Interior, se ocupó á un tiempo de larecomposicion genetal del personal de los empleados de la adminisrracion, y de la revision de la Carta. En pocos dias fueron quitados y reemplazados 76 Prefectos, 176 sub-Prefectos y 38 Secretarios generales. E vano quiso bajar Mr. Guizot á 25 años la edad requerida para ser Diputado, en el proyecto de la

nueva Carta: la mayoría desechó aquella medida.

Hablaremos en otro lugar mas detenidamente del primer Ministerio de Julio. (*) Aquel Ministerio creado en medio del entusiasmo fué tan efímero como el empuje de los tres dias. Las disidencias personales, ocultadas en un principio por la magnitud de los hechos y el interés comun, volvieron á aparecer mas vivas, cuando fué preciso pensar en consolidar la obra tan rápidamente realizada. El impulso era todavía demasiado fuerte, estaba demasiado inmediato á su punto de partida, para que fuera posible dirigirle. El principio de órden tuvo que ceder al principio de la libertad, y Mr. Guizot se retiró.

Es sabida la historia del Gabinete Laffite: despues de su disolucion en 13 de Marzo, el elemento conservador, rechazado en un principio, se volvió á levantar poderoso, imperativo en la persona de Casimiro Perier. Por la primera vez, despues de Julio, se formó en el seno de las Cámaras una mayoría compacta, resuelta y permanente. Aquel ejército gubernamental, indisciplinado y confuso hasta entonces, se dividió en tres cuerpos distintos que maniobraban con unidad y conjunto,

(*) Véase la biografía de Mr. Laffitte.

bajo la mano del fogoso Ministro; el ala izquierda, compuesta de una fraccion notable de la antigua oposicion liberal de la restauracion, adicta á la nueva Monarquía, era mandada por Mr. Thiers, el brillante transfuga del partido Laffitte; marchaba bajo las órdenes de Mr. Guizot, el hombre de voluntad inflexible y conservadora, el ala derecha formada de los monárquico-constitucionales de antes de Julio; en cuanto al centro, agregacion de los indecisos é irresolutos de todos los sistemas, se admiraba de ver por primera vez en Mr. Dupin, el hombre mas excéntrico y reacio, un gefe obediente á la consigna y ardiente en la pelea.

El Ministerio de 13 de Marzo, ayudado por aquella triple falange, pudo marchar adelante, hacer frente á la oposicion en el interior de las Cámaras, vencer al motin en las calles, forzar las puertas de Ancona, y consolidar el sistema fundado en Julio, salvándole de la exageracion de su principio.

Despues de la muerte de Casimiro Perier, sus soldados se disputaron algun tiempo el mando; por último, el ala izquierda y el ala derecha se coaligaron; Mr. Thiers y Mr. Guizot se

dieron la mano, y se fundó el Ministerio de 11 de Octubre de 1832.

En la biografía de Mr. Thiers hemos bosquejado ya rápidamente la parte histórica de la administracion del 11 de Octubre, y no hablaremos mas de ella. Solo diremos que tanto en la tribuna como en el consejo, Mr. Guizot ejerció una influencia sostenida y con frecuencia preponderante sobre los diversos actos de aquel Ministerio, el mas duradero de cuantos se han formado desde 1830. Ahora como entonces callaremos sobre el mérito mas ó menos disputado de aquellos diferentes actos: nuestra mision no es atacarlos ni defenderlos.

Unicamente, no considerando á Mr. Guizot sino como Ministro de la instruccion pública, hay entre todos los trabajos de su departamento un acto glorioso que los partidos mas hostiles al hombre de Estado, han aprobado unánimemente. La grande y hermosa ley de 28 de Junio de 1833 sobre la instruccion primaria, concebida, preparada, sostenida y ejecutada por Mr. Guizot, quedará en el porvenir como una de las creaciones mas nobles de nuestros tiempos: el principio de la educacion popular, adop-

tado y proclamado por la revolucion de 1789, pero detenido en su marcha por los trastornos sociales de los cincuenta últimos años, recibió al fin su cabal cumplimiento bajo el Ministerio de Mr. Guizot. Once mil comunes, es decir, la cuarta parte de la Francia, privados hasta entonces de los beneficios de esa instruccion primaria, que forma al hombre honrado y al buen ciudadano, han visto levantarse al lado del humilde presbiterio la modesta escuela donde acude el hijo del pobre á buscar la luz, ese otro pan de las almas, que debe sostenerle al través de las fuertes vicisitudes de su vida. Compondrian volúmenes las detalladas instrucciones dirigidas por Mr. Guizot, con motivo de aquella ley, á los Prefectos, á los Rectores, á los Alcaldes, á las Comisiones de exámen: son modelos de precision y claridad. El trabajo mas bello de esta clase, es sin disputa la circular de Mr. Guizot á todos los maestros de los comunes de Francia. Hay tal vez en algunas páginas tanta elocuencia verdadera, tanta poesía de estilo y de pensamiento, como en los mejores libros de nuestra época. ¡Con qué tierna familiaridad tiende el Ministro la mano al pobre y oscuro *magister*

de la aldea! ¡Cómo le ensalza á los ojos de todos, y principalmente á los suyos propios! ¡Cómo le imbuye la importancia de su mision! pues ambos concurren, cada cual en su esfera, al asegurar la gloria y felicidad del pais. Y despues, ¡con qué paternal solicitud entra el hombre de Estado en los mas íntimos pormenores de las relaciones forzosas del maestro con los niños, con los padres, con el alcalde y el cura! «No haya, esclama, espíritu de secta ó de partido en vuestra escuela; el maestro debe elevarse sobre las pasageras disputas que agitan la sociedad. La fe en la Providencia, la santidad del deber, la sumision á la autoridad paternal, el respeto debido á las leyes, al príncipe, á los derechos de todos; tales son los sentimientos que se dedicará á desenvolver.»

¿Hay acaso una página de una novela mas tierna que el sencillo cuadro de los penosos deberes del maestro, y de los consuelos que debe encontrar en sí mismo?

«Hay riquezas que atesorar, apenas hay fama que adquirir en las penosas obligaciones que desempeña el preceptor. Destinado á ver pasar su vida en un trabajo monotono, á encontrar

algunas veces tambien en rededor suyo la injusticia, ó la ingratitud de la ignorancia, se entristeceria con frecuencia y tal vez sucumbiria si no sacase su fuerza y su valor de otra parte que de la perspectiva de un interés inmediato y puramente personal. Es preciso que un profundo sentimiento de la importancia moral de sus trabajos le sustente y anime; que el austero placer de haber servido á los hombres y contribuido secretamente al público bienestar, sea el digno salario que solo su conciencia puede darle. Su gloria está en no pretender nada que se aparte de su condicion oscura y laboriosa, en desvelarse por hacer sacrificios, de que apenas tienen cuenta los que de ellos se aprovechan, en trabajar por último para los hombres, y no esperar la recompensa sino de Dios.»

Juntense estas páginas de manseduimbre patriarcal con las palabras *implacables* de Mr. Guizot delante del motin; escúchesele tronando desde lo alto de la tribuna contra el *perverso séquito de la revolucion*; véasele leyendo á Bossuet en el lecho de muerte de su esposa, ó arrojando con estóica mano el primer puñado de tierra en la tumba de su hijo; y dígase si no

hay algo estraordinario, grande y poderoso en esa personalidad, en la que se encuentran á un tiempo reunidas, la fogosidad de Lutero, la untuosa dulzura de Melanchton, la impasibilidad de Epicteto, la bondad de Fenelon, y la severidad inflexible de Richelieu.

Pero volvamos á la historia ministerial de Mr. Guizot. El Gabinete de 11 de Octubre fue disuelto despues de cuatro años de existencia, por dos causas, una esterior é interior la otra: pasado el peligro, fue considerado como demasiado compresivo, ante las Cámaras: la mayoría que le habia sostenido se debilitó y disloeó, y en el interior estallaron disensiones entre dos espíritus igualmente eminentes. Mr. Guizot se retiró y no se declaró en abierta hostilidad contra la administracion sino despues del advenimiento del Ministerio Molé, el 15 de Abril. Mr. Guizot juzga severamente la política que combatia, describiéndola de este modo:

«Política sin principio y sin bandera, llena de espedientes y de esperanzas, que siempre vacilante, se apoya en todos lados, y no adelanta realmente hácia ningun fin; que esplota, por último, fomenta y agrava esa incertidumbre de

los ánimos, esa molicie de los corazones, esa falta de fé, de consistencia, de perseverancia y de energia que causan el mal estar del pais y la debilidad del poder.»

¡Y para fortalecer el poder, se arrojó Mr. Guizot en la oposicion! Algunos creyeron que erraba el golpe; no nos atraveremos á resolver la cuestion; pero de todos modos la máquina del Gobierno estuvo algun tiempo parada, y la causa de Mr. Guizot en peligro.

Grandes sucesos tuvieron despues lugar en Europa, y Mr. Guizot volvió á aparecer en los negocios, en circunstancias muy difíciles. Llamado por el Ministerio de 12 de Mayo para reemplazar en la embajada de Lóndres al mariscal Sebastiani, conservado en aquel puesto por el ministerio de 1.º de Marzo, y encargado de defender los intereses de la Francia en la tempestuosa cuestion de Oriente, Mr. Guizot habia principiado bajo los mejores auspicios. El brillo de su nombre, la dignidad austera y sencilla de su persona, su perfecto conocimiento de las costumbres, de la lengua y de la literatura inglesa, todo hasta su calidad de protestante, habia contribuido á grangearle el aprecio de la mas altiva

y faustuosa de todas las aristocracias. Se arrebataban á Mr. Guizot en los salones de West-End, y ningun embajador frances desde Mr. de Chateaubriand, habia obtenido tan buen éxito. En el *Foreing-Office*, parecia que se zanjaban igualmente las dificultades diplomáticas; se inclinaban á recíprocas concesiones, cuando estalló de repente la insurreccion de Siria. Desde aquel momento, cambió la posicion de Mr. Guizot. El Gabinete inglés entrevió la posibilidad de alcanzar su objeto sin que la Rusia saliese del Mar-Negro, y convencido de que la Francia no obraria contra el poder, tan grande en nuestros dias, de los *hechos consumados*, se resolvió á prescindir de su concurrencia. Se usó de artificio con Mr. Guizot, se ocultaron de él, y el dia 14 de Julio aun enviaba á París esperanzas, en el momento mismo en que se firmaba el tratado que aislaba á su pais.

Sabidas son las consecuencias del tratado de 15 de Julio, cómo cayó el Ministerio de 1.º de Marzo, y en qué situacion fue encargado Mr. Guizot de formar el Gabinete de 29 de Octubre. Sobre todo esto habria materia para grandes observaciones, que tendrán lugar en otra parte. De

jemos solo consignado aquí, que la Francia entera, sin esceptuar el *Diario de los Debates*, creyó por un momento llegada la hora de hacer en el esterior un acto de energia. Mr. Thiers tuvo entre las manos aquel momento, y lo dejó escapar. Si al ruido del cañon de Beyrouth se hubieran convocado las Cámaras, nadie puede preveer lo que hubieran resuelto. Cuando Mr. Thiers quiso obrar, ya no era tiempo; y Mr. Guizot, partidario decidido de la paz, Mr. Guizot, que desde Lóndres habia declarado (véase su carta á Mr. de Broglie) que la cuestion de Siria no le parecia un caso de guerra *legítimo*, ha podido fácilmente, despues del *memorandum* de Mr. Thiers, probar á la gente sensata que el armamento de 900,000 hombres iba á provocar en el estrangero otro igual, y que la guerra en la *primavera próxima*, era la guerra con todas las desventajas del tiempo perdido, y de los *hechos consumados*, la guerra despues de destruido el objeto, y sin esperanza del resultado, en una palabra, la guerra por hacer la guerra.

Sin embargo, por mas que Mr. Guizot haya declarado muchas veces que la Europa le parecia decidida por la paz en el presente y el porvenir

no por eso dejó de creer que debia asociarse á una medida puramente defensiva, es verdad, pero evidentemente concebida y emprendida para el caso de una guerra europea. Hablamos de las *fortificaciones* de Paris. La conducta de Mr. Guizot en aquella circunstancia, nos parece muy bella y digna de él; en medio de la repentina y violenta antipatía de la mayoría de la Cámara contra su antecesor; cuando muchos rechazaban la medida por la *única* y *juiciosa* razon de que provenia de Mr. Thiers, es mas que probable que se hubiera desechado el proyecto de ley, sin el apoyo del Ministerio. De consiguiente Mr. Guizot no quiso, por el mezquino placer de humillar y comprometer á un rival que habia tenido con él pocas consideraciones, sacrificar una gran medida de seguridad y porvenir. Tomó bajo su proteccion el pensamiento de Mr. Thiers, lo sostuvo con su imponente palabra, y gracias á él, se llevará á cabo. Los que quieran conocer á fondo al hombre de estado, lean con atencion el último discurso de 26 de Junio de 1841; mediten sobre todo este pasage: «Tengo algunas veces envidia á los oradores de la oposicion: cuando estan tristes, cuando simpatizan vivamente

con los sentimientos públicos, pueden venir á este sitio á desahogar libremente su tristeza, y espresar con libertad sus simpatias; Señores, los hombres que gobiernan el pais, tienen deberes mas severos. Cuando este necesita calma, no es permitido á los hombres del Gobierno escitar en él los buenos sentimientos, que le irritarian y comprometerian. Hay tristezas que es preciso contener, mientras otros tienen el gusto de comunicarlas.» Estas palabras encierran á Mr. Guizot.

¿Trataremos ahora de reasumir á Mr. Guizot? Puede considerársele bajo cuatro aspectos; como hombre particular; como escritor; como historiador; como orador y hombre político.

Nadie ha dudado jamás de su virtud como hombre particular; dejemos hablar mas bien á uno de los enemigos políticos mas violentos de Mr. Guizot. « ¿Por qué no diré, tanto deseo tengo de ser imparcial, que Mr. Guizot tiene costumbres rijidas y puras, y que por la elevada moralidad de su vida y de sus sentimientos, merece el aprecio de las gentes honradas? (*)

Mr. Guizot, como escritor, tiene un estilo que

(*) *Estudios sobre los oradores parlamentarios*, por Timon (Mr. Cormenin). Tomo. II, página 9.

es conocido entre mil. Con la pluma en la mano toma un tono firme y decidido, va derecho al objeto, no está exento de una especie de tirantez, y gusta sobre todo de la terminología abstracta; la forma con que reviste su pensamiento es á veces oscura; pero el pensamiento es tan claro, tan brillante, que siempre se trasluce al través de ella.

Como historiador, Mr. Guizot ha hecho eminentes servicios á la ciencia. Todo el mundo sabe que es, con MM. Thiers, Sismondi y Michelet, uno de los gefes de esa escuela histórica moderna, que nos ha enseñado á salir del presente para ir á escudriñar lo pasado, y á no medir á los hombres y á las cosas de otros tiempos, con la medida del dia.

Mr. Guizot, como orador, tiene un gesto noble y severo. Pequeño y débil de estatura, es elevado y altivo en su aire y en su modo de decir; su voz es imponente y sonora; su palabra tranquila ó vehemente, pero siempre pura y esmerada; tiene mas energía que gracia; persuade mas bien que conmueve. En resúmen, cuando Mr. Guizot sube á la tribuna, amigos y enemigos atienden; no se habla ya, no se tose, y nadie se duerme.

Se ha hablado muchas veces de la versatibilidad

política de Mr. Guizot, de sus repentinos cambios, de su oposicion de otro tiempo, y de su servilismo actual; pero de las palabras, de los escritos y de los actos de Mr. Guizot en todas épocas, resulta al contrario, para nosotros, el profundo convencimiento, que salvas muy pequeñas escepciones de detalles, el carácter general y distintivo de su personalidad de hombre de Estado, es la tenacidad y el espíritu consecuente; en una palabra, Mr. Guizot era en los negocios en tiempo del Ministerio Decazes lo mismo que nos parece hoy. Veamos de esplicar nuestro pensamiento sin lisonja y sin ódio.

La Providencia propone á las sociedades humanas un enigma eterno, cuya palabra se ha reservado. Ha habido y habrá siempre lucha entre dos principios opuestos, el *derecho* y el *deber*, el *poder* y la *libertad*. En presencia de estos dos elementos hostiles, que los espíritus eminentes de todos los siglos se esfuerzan en conciliar, ningun hombre permanece enteramente frio é imparcial. Las verdades matemáticas son del dominio de la cabeza, y no se apasiona uno por ellas; las verdades políticas obran á la vez sobre la cabeza y el corazon, y nadie puede librarse de un involuntario

movimiento de atraccion ó repulsion, segun su naturaleza, la tendencia de su espíritu, y su misma individualidad. Los unos se ocupan mas especialmente de libertad; los otros son mas ó menos inclinados al poder; para los unos el papel de tribunos, para los otros el de ministros; á aquellos el sentimiento de la independencia, á estos el instinto de la autoridad.

Mr. Guizot es esencialmente de estos últimos; es una inteligencia superior y progresiva; pero dominadora por naturaleza, y de gobierno por conviccion: para él, la Francia actual, fundada en dos grandes victorias del principio de libertad, está naturalmente arrastrada á medir su triunfo; y de los dos elementos igualmente necesarios á la vida social, el mas débil en el dia, el vencido, es el poder.

Partiendo de este dato, Mr. Guizot procura restablecer el equilibrio entre los dos puntos de apoyo del edificio, dando al uno lo que sobra al otro, y combinando aquel reparto de fuerzas en ciertos límites, con ciertas medidas, cuyo pormenor seria demasiado largo y complicado.

Por poco atentamente que se lean ahora los folletos políticos de Mr. Guizot durante la res-

tauracion, se descubre al momento una simpatía real hácia el mismo poder. La legitimidad se exagera su derecho, empujada á un tiempo por amigos imprudentes y enemigos insidiosos; navega hácia un escollo; Mr. Guizot, desde la altura en que se colocó vé el peligro, reconviene á los que dirigen la maniobra; ya habia encallado el navío, y aun gritaba: ¡virad de bordo!

La revolucion de Julio derrotó tal vez un instante á Mr. Guizot, pero no le desanimó; asi fué que desde el dia 29, cuando el principio, objeto de su solicitud, fue derribado por la masa popular, se le vé apresurarse en levantarle de nuevo poco á poco, en ponerle otra vez de pie, en reanimarlo por grados, y por último, empujarle atrevidamente hácia la direccion que queria darle antes de su caida.

Por último, ¿qué es Mr. Guizot? Antes de todo es un hombre de poder y de gobierno, y al propio tiempo el mas independiente de los hombres; sufriendo el yugo de los principios que ha adoptado, y llevando la cabeza erguida en las cuestiones de personas; político de mucho valor, apreciándose en cuanto vale; mas con-

vencido que entusiasta; mas engreido con la aprobacion de su conciencia, que con los homenages de la muchedumbre; dotado en el mas alto grado de esa fuerza de voluntad, y de esa perseverancia que constituyen al hombre de Estado; mortal enemigo de cuanto se parece al desorden, y capaz, en último estremo, de arrojarse sin vacilar al despotismo que no ama, antes de sufrir la anarquía que aborrece.

MAHMUD II.

Biblio... Ovie...

MAHMUD II.

«Los anales del Imperio dirán si fue útil ó perniciosa la reforma á la unidad del mismo, á la conservacion de la creencia, y á la felicidad de los adictos á ella.»

Revista de Madrid.—Segunda Série, Tomo II, pág. 285.

Vamos á bosquejar la vida y los sucesos principales del reinado de un monarca absoluto, que apesar de estar dotado de la voluntad firme que poseen de ordinario los hombres investidos de un poder despótico por derecho de nacimiento, solo despues de una lucha de diez y nueve años, pudo sujetar la rebelion en las

provincias de su imperio, y la indisciplina de los genízaros en la capital; hechos que indudablemente descubren una grande impotencia en el gobierno actual de Turquía. Veremos á Mahmud luchando con el fanatismo y preocupacion de sus pueblos, ceder no pocas veces á sus sublevaciones, y á la Puerta precisada á ponerse bajo la proteccion de la Rusia, su enemiga natural, y la que mas daños le ha causado. Tal vez la generacion actual presenciará la destruccion del Imperio Otomano, impotente para resistir despues de su desmembracion, y de destruidos y socabados los elementos que constituian su fuerza. Grandes y útiles reformas ha introducido Mahmud en su Imperio, pero tal vez ellas mismas han contribuido á su aniquilamiento, porque han destruido el entusiasmo político y religioso, que son los mayores resortes para conmover á los pueblos, y para llevarles á grandes empresas.

Mahmud II Kan y Padischah, Sultan de los Osmanlies, 29.º soberano de la raza de Osman, 26.º Gran Sultan, y 21.º Califa, la *sombra de Alah sobre la tierra*, nació en 2 de Setiembre de 1789, y era el hijo segundo de Abdul-Hamid,

muerto en 20 de julio de 1785; fué educado en el antiguo serrallo por los *codjas*, con cuidados casi iguales á los que tenian los *pullaris* de la antigua Roma por los pollos sagrados que presidian á los destinos del pueblo rey. Selim III, durante su cautiverio, educó á Mahmud, y le enseñó á espresarse bien en turco y en árabe; pero no imitaba éste su clemencia y generosidad, y continuaba en ser tenaz, inexorable, violento y cruel. Su hermano mayor, Mustafá IV, que al subir al trono, á consecuencia de la revolucion de 1807, no queria tener que temer á ningun pretendiente á la corona, dió orden de matarlo; pero el pagador del ejército Ramir-Effendi, á la cabeza de 2,000 Albaneses se apoderó de la persona del jóven Mahmud, y le salvó la vida. Mas adelante, el 28 de Julio de 1808, el atrevido Bairaktar, bajá de Rusesak, destituyó á Mustafá IV, y ciñó á Mahmud la espada de Osman. En el mes de Noviembre siguiente, irritados los genízaros con las innovaciones militares del gran visir Bairaktar, atacaron el serrallo, y aquel ministro se voló junto con sus enemigos, despues de haber hecho dar la muerte á Mustafá y á su madre, á quie-

nes tenia prisioneros. Tuvo lugar este suceso el 16 de Noviembre de 1808. La lucha entre los *seimens* (asi se llamaban las tropas equipadas á la europea, y que Mahmud habia declarado querer conservar) y los genízaros, antigua fuerza del imperio, duró 36 horas en el serrallo y en la ciudad, en medio del saqueo y del incendio. Triunfaron los rebeldes, y Mahmud se vió forzado á parlamentar con ellos, y á suscribir á todas sus exigencias. Ninguna mejora era ya posible, despues de tales horrores, á pesar de que insistia Mahmud en su voluntad de hacerlas: todo lo conseguian los genízaros por medio de la violencia, la destitucion y muerte de los gefes militares, y de los ministros que intentaban establecer el órden y la disciplina en las tropas. «Mahmud, dice Mr. de Ponqueville, para afianzarse en el trono, manchado con la sangre de su tio Selim y de su hermano, hizo estrangular al hijo de Mustafá IV, que solo contaba tres años, y encerrar en sacos y arrojar al Bósforo á tres sultanas que se hallaban en cinta.» Asi es que quedó el último y único vástago de la raza del profeta. Con él se sentó en el trono el terror, y su voluntad se manifestaba por actos

de una sangrienta crueldad. Sin consejeros, sin dinero, y casi sin ejército, tenia que proseguir la guerra contra la Rusia, y combatir á los Servios. Por último, despues de agotados todos los recursos del Estado, el Divan, dejándose guiar por el poder de la Inglaterra, concluyó con la Rusia la paz de Bucharest (28 de Mayo de 1812) burlando las esperanzas de Napoleon que de acuerdo con la Prusia, habia proclamado la conservacion de la integridad de la Turquía. La predileccion que aparentaba tener por la civilizacion europea aquel dueño absoluto de la vida y haciendas de 25 millones de hombres, distaba mucho de ser sincera. Educado en el serrallo, en donde la favorita ó sultana madre, conforme con el uso, no da á su hijo otro nombre que el de *Leon mio! Tigre mio!* Mahmud no respetaba ley alguna, y solo cedia á la necesidad. Los horrores que acompañaron á su ascenso al trono, y los peligros que sin cesar le han rodeado, debieron endurecer su corazon, y persuadirle de que la energía consiste en la crueldad.

Como todos los sultanes deben dedicarse á un arte, Mahmud escogió el de la caligrafía, y

adelantó mucho en él. Engreido con esta ventaja, resolvió escribir él mismo sus órdenes personales (*Kiatsherifs*), y redactar un diario de sus pensamientos. No tardó en ser tan grande la cantidad de papeles que tenia en su sofá, que le obligó á tomar un archivero de toda su confianza. Confirió aquel encargo á su barbero (*Berber-Bachi*), que no sabia leer ni escribir; pero á quien por lo mismo consideró mas digno de obtenerla. Mahmud tenia ademas otro favorito, Khalet-Effendi, cortesano solapado, cuyas innobles bufonadas le agradaban, y que por este medio le dominaba. Este hombre que fue en un principio secretario del director de las carnicerías de Constantinopla, y despues embajador de Selim III cerca de Napoleon (en 1806), fue conducido á Mahmud desde los cafés de Galata, por Berber-Bachi, su íntimo amigo; y los dos fueron el centro de las intrigas que se estendian desde el serrallo á las provincias. Khalet reunió, por medio de los regalos que aceptaba, riquezas inmensas, y su influencia no tardó en ser tan grande que dirigia él solo al Divan, lo mismo que al Sultan. No pudo conseguir, sin embargo, que el Mufti le admitiera entre los Ule-

mas, pues esta casta privilegiada le rechazaba porque era hijo de un pellejero, y hombre mundano que bebia vino; pero hizo desterrar al Mufti, y su sucesor y el nuevo gran Visir hicieron cuanto querian Berber-Bachi y Khalet-Effendi. Khalet no aceptó ningun gran destino, con el objeto de evitar toda responsabilidad en el caso de que salieran mal los proyectos que él aconsejaba; pero en desquite partia el botin de los gobernadores que saqueaban las provincias, y corrompia los miembros del Divan, haciéndolo de modo tal, que ni una sola queja contra él llegó á oidos del Sultan. Mr. Pouqueville pretende que el Emperador mismo partia con sus favoritos las multas impuestas á los grandes. Sin embargo, Mahmud tenia una conducta altiva y firme con los gabinetes cristianos. La pronta administracion de justicia en la capital, unida á una policía severa que vigilaba él mismo saliendo de noche disfrazado, ha probado que tenia á un tiempo energía y sagacidad. Con todo, los altos funcionarios y los hombres poderosos fueron siempre juguete de sus caprichos, y víctimas de su avaricia y de sus recelos. No habia grande alguno del imperio, bien fue-

se inocente ó culpable, que tuviera seguridad en su vida ni en sus bienes: de aqui provino la inclinacion general de los turcos á las sublevaciones, y el maquiavélico sistema del Divan, de atizar á los sátrapas unos contra otros para que fueran instrumentos de su propia destruccion; de desterrar á los mas atrevidos y odiosos depredadores, y de hacer estrangular, bajo cualquier pretesto, á los ejecutores de las órdenes de destierro, para apoderarse á la vez de los tesoros de unos y otros. Asi es, que el gobierno de Mahmud era una lucha continua entre la traicion y la revuelta, lucha que ha hecho á la Puerta mas y mas dependiente de la voluntad de los sátrapas poderosos y felices, y de las victorias de las poblaciones atrevidas y resueltas. Asi fue como lograron los Servios substraerse de la dominacion del Bajá de Belgrado, y hacerse dueño absoluto del Egipto, Mehemet-Ali-Baja, el vencedor de los Wahabitas, y del Rey de los mamelucos; asi fue como los bajalatos de Romelía, Viddin, Damasco, Trebizonda, San Juan de Acre, Alepo, Bagdad, Lata kieh y otros, cambiaron sus opresores despues de sangrientas insurrecciones; asi el temerario

y solapado Ali-Bajá de Janina, se erigió en soberano independiente del Epiro. Mahmud, para apoderarse de los bienes de este Bajá, instigado por Khalet-Effendi, hizo que le declararan culpable de alta traicion. Aquella medida, que comprometió á la Puerta en una guerra civil, en la que descubrió su debilidad, desesperó á los griegos, y les hizo empuñar las armas para proteger su religion y conquistar su libertad. El embajador británico comunicó el plan de los griegos al gobierno turco (*), y Khalet-Effendi resolvió esterminarlos. «Todos los cristianos, que puedan hacer uso de las armas, dice este último, en nombre de Mahmud, al Seraskier Ismael y á Kurschid-Bajá, serán muertos. Los jóvenes serán circuncidados; se organizarán con ellos tropas que se instruirán á la europea, y para no ofender á los Ulemas, se les llamará genízaros.» Despues de la caida de Ali, Kurschid-Bajá recibió del gran señor la órden de matar á toda la poblacion del Epiro, sin esceptuar las mugeres ni los niños, de estermi-

(*) Véase la *Historia de la regeneracion de la Grecia* por Pouqueville, volúmen II, página 171 y siguientes.

nar los Moreotas, y devastar toda la Morea (*)

Finalmente, cuando Mahmud hubo esterminado á sus enemigos en la capital y en los dos principados donde principió la insurreccion; despues de vencidos los sátrapas rebeldes con los esfuerzos de otros bajás ambiciosos; y cuando vió á sus pies la cabeza del terrible Alí; cuando por la mediacion de la Inglaterra, hubo hecho la paz con la Persia en 1823, la cual puso término á una guerra poco gloriosa; y cuando ya nada tenia que temer de los Wahabitas, se aumentó su orgullo y su obstinacion, y fue mas arrogante, mas cruel todavia. Hizo matar á los hijos y los nietos de Alí, el cual se le habia sometido bajo su promesa de salvarle la vida. Inflexible en su sistema de exterminar á los rajahs, se resistió á las justas reclamaciones de las potencias europeas, y solo les hizo algunas ligeras concesiones relativas al restablecimiento de las iglesias destruidas, y á los intereses comerciales. En cuanto á la Moldavia y la Valachia, no consintió en evacuarlas hasta el 23 de Junio de 1824, despues de tres años de mediacion de parte del

(*) Véase el mismo autor, tomo III, página 585.

embajador de Inglaterra. Sin embargo, Mahmud temblaba cuando los genízaros alborotaban la ciudad con incendios, asesinatos y robos. Para tranquilizar á aquel populacho, todo lo sacrificaba; los hombres mas distinguidos, sus mas próximos parientes, sus amigos mas íntimos y antiguos, y hasta sacrificó á Khalet-Effendi, que le era indispensable. Los genízaros consideraban á este favorito como la causa primera de la perjudicial insurreccion de los griegos; veian en él al autor de todas las medidas opresivas dictadas para subvenir á la escasez de dinero que tenia el Gobierno, al paso que reinaba en el serrallo la mayor prodigalidad. Fijábanse pasquines que le irritaban; en los cuerpos de guardia se cantaban coplas satíricas contra la Khasnadar-Ustá, favorita del Sultan, la cual, decian, costaba mas á aquel príncipe que el mantener un ejército. A los ruegos de esta muger ordenó el Sultan que se tratasen con consideracion las ciudades de Scio, que suministraban al harem objetos de lujo. En vano Khalet hizo dar muerte á generales á quienes atribuia los sucesos de la Grecia, y á griegos de distincion que señalaba como traidores; en vano distribuyó oro á manos llenas en-

tre los rebeldes; al fin la sublevacion estalló en 1822. El Sultan desterró de la capital á aquellos dos grandes funcionarios, lo mismo que á Berber-Bachi y Khalet-Effendi; fueron destituidos y muertos un gran número de empleados públicos, y la Khasnadar-Ustá, despues de haber recibido un fuerte castigo del gefe de los eunucos, fue encerrada con varias otras odaliscas en un lugar de correccion del harem.

Desde aquella época hacia Mahmud cuanto pedian los genízaros por medio de diputados que tenian asiento en el Divan. Sin embargo desde que apareció restablecido el órden, resolvió castigar la ostinacion de aquella soldadesca. El gran visir, Abdallah, amigo de los genízaros, y el agá de estos, enemigos ambos de Khalet, fueron destituidos y estrangolados en seguida. Los grandes preparativos de la cuarta campaña contra los griegos (en 1824); la probabilidad de una próxima reconciliacion con la Rusia, que acababa de anunciar el Divan el envio de un ministro plenipotenciario á Constantinopla; la cooperacion del virey de Egipto contra Candia y contra los Moreotas; la llegada del general Guilleminot como embajador francés; la armonía

que reinaba entre la Puerta, el Austria é Inglaterra; la toma de Ipsara en 3 de julio de 1824, y algunos otros acontecimientos favorables, llenaron al Sultan de temerarias esperanzas. Pero cuando la severidad de su yerno y nuevo favorito Hussein-Bajá, agá de los genízaros, y las medidas de rigor adoptadas por el gran visir Ghalib, dispertaron la antigua exasperacion; cuando se recibió de Tesalia la noticia de la derrota del Seraskier Dervich-Bajá, causada por los Helenos en junio de 1824; y el aviso del Epiro de que Omer, agente (*urione*) de la Puerta, nada podia hacer allí; cuando se presentó la flota griega delante de Ipsara y los Dardanelos, y burló las operaciones del capitan Bajá contra Samos, el furor de los genízaros de Constantinopla estalló de nuevo; imputábasele que hacia pasar á su hijo primogénito, Abd-Ul-Shamid (nacido en 5 de mayo de 1813), por epiléptico, y que le ocultaba á la vista del público, para poderle envenenar en el caso de que intentaran los rebeldes sentarlo en el trono de Osman. Para evitar los incendios y los robos, y para su propia salvacion, destituyó Mahmud á Hussein-Bajá y al Aga del Arsenal; los desterró, y el 1 de agosto

de 1825 fue con su hijo á la Mezquita. Poco despues (el 14 de setiembre) se vió precisado á nombrar al Bajá de Silistria Gran visir, en reemplazo de Ghalib. Con todo, los peligros que rodeaban á Mahmud, solo contribuian á aumentar su energía; fermentaron poco á poco en su cabeza planes ds reformas rádicales, y principió á ejecutarlos con medidas de policía muy rigorosas. Su vigilancia se estendió hasta á la Biblia de los cristianos, cuya distribucion en el imperio prohibió muy severamente (12 de Agosto de 1815). Una actividad mayor en los trabajos del arsenal, é importantes mejoras en la marina, dieron á la flota turca cierta superioridad sobre la griega. Los nombramientos de Seraskier y de Capitan Bajá, que recayeron el primero en Redchid-Bajá, y el segundo en Khosrew-Bajá, eran mas acertados indudablemente que los anteriores. El Divan por medio de brillantes promesas obtuvo el eficaz auxilio del virey de Egipto en Morea; pero diferió de un mes para otro el atender á las reclamaciones de la Rusia. Sin embargo, cuando el emperador Nicolás insistió en un pronto arreglo, viósé forzado el Divan á aceptar el 14 de mayo de 1826, el *ultimatum* que habia

entregado Mr. Minziakhy el 15 de abril anterior, y solo entonces fue cuando las tropas turcas evacuaron la Moldavia y la Valachia. La cuestion turco-rusa tuvo en seguida una solucion definitiva con el convenio de Aetherman de 6 de Octubre de 1826, por el cual concedió Mahmud cuanto exigia la Rusia. Dicho convenio no se ejecutó sin embargo hasta el mes de Mayo de 1827, y en consecuencia Mr de Ribeaupierre tuvo la primer audiencia del gran Visir el 7 de Junio, y del Sultan el 14.

Lo que principalmente indujo al Sultan á ceder á la Rusia, fue la reorganizacion de su ejército, principiada apenas á la sazon, y que presentaba grandes riesgos. El licenciamiento de los genízaros que Mahmud meditaba mucho tiempo habia, no se decidió hasta despues del incendio que causaron en los arrabales de Galata, y que duró desde el 3 al 5 de enero de 1826. Para el efecto, en 29 de Mayo del mismo año, espidió un *hatti-sherif* sobre la disciplina de sus tropas y la reorganizacion del ejército. A consecuencia de esta medida, insurreccionáronse en masa los genízaros de Constantinopla, el 14 de Junio; pero el Sultan hizo trenzolar el estan-

darte del profeta, y despues de obstinada lucha, logró el 15 rechazar á los rebeldes. Entonces un *fetva* del Mufti, apoyado con un *firman* del Gran Señor, declaró disuelto y maldito el cuerpo de genízaros, y Mahmud manifestó en aquella ocasion tanto valor como firmeza. La organizacion del nuevo ejército á la europea ha seguido con la mayor actividad, de modo que puede decirse que Mahmud ha hecho con buen éxito una de las mas peligrosas reformas.

El Reis-Effendi remitió en 9 de junio de 1827 al embajador ruso y á los demas representantes de las potencias cristianas una declaracion negativa, concerniente á la cuestion greco-europea; y asi fue que Mahmud, cuando el tratado de pacificacion de Lóndres de 6 de Julio de 1827, le anunció la mediacion armada de la Rusia, la Inglaterra y la Francia en las contestaciones entre los griegos y la Puerta, rechazó de un modo perentorio toda intervencion de los estados cristianos. « La Puerta, dijo el Reis-Effendi á los embajadores de Rusia é Inglaterra, perecerá antes que permitir una intervencion cualquiera que sea. » La destruccion de la escuadra turca en Navarino no doblegó la voluntad de Mahmud sobre este

punto; pero su cólera desdeñó vengarse con los cristianos que se hallaban en Constantinopla. Los embajadores de las tres potencias signatarias del tratado de Lóndres abandonaron la capital de la Turquía. La gran Bretaña parecia querer aproximarse á la Puerta; pero irritada la Rusia con la falta de ejecucion del tratado de Acterman, y con las medidas amenazadores del gobierno turco, declaró la guerra á Mahmud en 1828. En la batalla de Kustewtcha (el 11 de Junio de 1829) fue derrotado el nuevo ejército turco; pero la vuelta á Constantinopla de los embajadores de Inglaterra y Francia, sostuvo sin embargo el ánimo de Mahmud, hasta que el general en gefe ruso, el conde Diebitsch-Sabalkanskoi, ocupó á Andrinópolis el 20 de Agosto.. Entonces quedaron abiertas al vencedor las puertas de Constantinopla; pero Nicolás ofreció, por medio del teniente general prusiano de Muffling, otra vez la paz á Mahmud, el cual la estipuló con él en Andrinópolis en 14 de Setiembre.

Mahmud despues de esta guerra solo se consideraba seguro en su campamento y en medio de sus guardias. Segun los informes dados por Walsh y Macferlan, era este príncipe en su par-

ticular dulce y afable, y tenia bastante talento para preferir las instituciones europeas á las de su pais. Desde 1828 ha *europeizado* la barba y el turbante: ha reformado el trage de las mugeres turcas, y les ha dado mayor libertad. Con todo, Mahmud no era un general, ni son una nacion sus súbditos. Se ha apagado el fanatismo de los otomanos, y en la desgracia no encuentra el despotismo ni fidelidad ni adhesion.

Un hombre de génio ha conseguido algunas veces regenerar un imperio, y detenerle cuando corria á su ruina. Esto ha querido ensayar Mahmud en Turquía, sacándola de su estado de decrepitud, como Pedro el Grande sacó de la barbárie á su pueblo; y la Europa ha visto con admiracion sus inauditos y enérgicos esfuerzos para introducir entre los Turcos las artes, la industria y la civilizacion. Juzgóse de la nacion por su gefe, y se creyó que habia conseguido comunicarle su valor y fuerza. Asi fue que al principiar el año de 1831, cuando la insurreccion polaca hacia frente al coloso moscovita, cuando todo amenazaba á la Europa con una conflagracion general, volvióse la vista á la Turquía para contemplar si aprovechaba una ocasion fa-

vorable de vengar las afrentas de la última campaña con la Rusia. Creyendo el embajador francés en Constantinopla en un pronto rompimiento, á pesar de carecer de instruciones de su gobierno, hizo presentir al Reis-Effendi las ventajas que resultarian á la Turquía de unirse en aquel caso á la Francia; y por medio de una nota recomendó al ministro otomano que calculase sus medios, y que estuviese pronto á obrar en caso oportuno. Tuvieron conocimiento de esta nota las potencias extranjeras, al tiempo mismo que recibian del gobierno francés las mas pacíficas seguridades. El ministro de negocios extranjeros de Francia creyó que el Divan era el que habia hecho traicion al general Guilleminot, y lejos de estrañarlo, esplicó aquella cobardía diciendo que el embajador francés solo habia intentado dar movimiento á un cadáver. El dicho era cierto: pero no lo hubiera sido el inferir de él que el imperio otomano no debia ocupar á los gabinetes; un imperio semejante, aun cadáver y ofreciendo una presa facil á vecinos ambiciosos, debe llamar lo mismo que cuando estaba en el apogeo de su grandeza, la mayor atencion, por el interés de equilibrio europeo. El gobierno francés, para po-

ner á cubierto su probidad política, retiró al general Guillemiuot, y aunque despues este justificó al Divan, el hecho ha quedado siempre dudoso.

El descontento manifestado en toda la Turquía por las innovaciones del Sultan, habia escitado á sublevarse al Bajá del Bagdad, al de Escutari, á varios gefes albaneses, á los Bosnios, y algunos distritos de la Macedonia. Estos enemigos interiores, tanto mas temibles cuanto tenian relaciones con la capital, ocupaban muchas fuerzas de la Puerta, y el gran Visir Reschid-Bajá, habia tenido que marchar con 20,000 hombres contra el Bajá de Escutari, que oponia una tenaz resistencia.

Mahmud perseveraba sin embargo en querer reformar completamente su nacion; pero la Turquía se mostraba rebelde á los esperimentos de su Señor, quien no pudo desconocer el sordo descontento que por do quiera reinaba.

Graves síntomas anunciaban que la ciega sumision de los turcos á los preceptos del Koran, y su antiguo respeto por la sangre imperial, empezaban á desfallecer. El Soltan sin embargo, se obstinó en establecer entre los turcos usos muy

antipáticos á sus costumbres, y á sus preocupaciones religiosas. Despechados los fieles musulmanes, recurrieron á su modo de protestar ordinario, y el incendio manifestó la oposicion de aquellos bárbaros á las reformas del Gran Señor.

El 2 de Agosto devoraron las llamas el arrabal de Pera, donde estan los palacios de los embajadores europeos, y las principales casas de los Francos (*), pereciendo en aquel desastre incalculables riquezas, lo que probaba que el envejecido ódio de los musulmanes contra los giaurs no se habia debilitado; mostraban aquellos una impasibilidad estúpida á la vista de tan horrible espectáculo, y decian á los que todo lo perdian: «¡Dios es grande! este es el castigo de vuestro crímen de Navarino. Esto es lo que hace el profeta para enseñar al renegado (el Sultan) á obedecer sus preceptos, y á no manchar el sólio de su imperio uniéndose con los infieles.» Ya no se dudó entonces de que el Sultan cederia á tan terrible protesta del partido nacional;

(*) El número de casas incendiadas ascendió á 80,000, y á 10,000 el de las destruidas.

pero fue un error. Poco despues celebró Mahmud una fiesta enteramente europea, con motivo de distribuir las insignias de una órden civil y militar; y autorizó la publicacion de un *Monitor* escrito en francés y en turco. Nuevos incendios manifestaron un acrecentamiento de irritacion, y cual si en aquella época debiese el imperio reunir en su seno todas las calamidades, la peste y el cólera devastaban varias provincias. La Valachia y la Moldavia sufrian los crueles estragos del cólera, que invadió despues á la Turquía, y la peste despoblaba á Esmirna y Bagdad. Fue sin duda una compensacion á tantos males el que al fin del año terminase, asi por medio de negociaciones como por las armas, la rebelion de los Bajás de Bagdad y Escutari; pero el Bajá de Egipto preparaba entonces nuevos embarazos á la Puerta de mas difícil remedio.

Existian entre el virey de Egipto y Abdallah, Bajá de San Juan de Acre, antiguas disensiones, cuya principal causa era la proteccion que encontraban en Siria los egipcios. Mohamet-Alí habia solicitado del Divan que le autorizase á vengarse de un ingrato á quien habia salvado del enojo de la Puerta, que en términos poco me-

surados le negaba el reembolso de una cantidad considerable, pagada para obtener su gracia. El Divan se pertrechó en el sistema comun en Turquía de las respuestas evasivas, por cuyo medio se ganaba tiempo, hasta que poniendo el colmo á los embarazos de la Puerta la sublevacion del Bajá de Escutari, se pensase en comprar los auxilios de Mohamet-Ali, ó por lo menos su neutralidad, concediéndole la autorizacion de marchar á Siria, bajo las órdenes del capitan Bajá, cuya escuadra se reuniria al efecto con la del virey.

Aquella espedicion salvaba las apariencias, y prevenia el abuso de la victoria con la presencia de la primera dignidad del imperio. Salió y llegó á Rodas el Capitan Bajá, donde se detuvo al saber los grandes estragos que el cólera hacia en Egipto, ascendiendo el número de las víctimas en solo el Cairo en los meses de Agosto y Setiembre ó 60,000. La epidemia disminuyó, pero la flota otomana en vez de seguir su rumbo, regresó á los Dardanelos; se ignora por qué motivo. Era cuando el Gran Visir conseguia señaladas ventajas sobre el Bajá de Escutari; y tal vez se creyó, que Mohamet-Ali, desanimado

con los recientes sucesos, no se atreveria á emprender nada sin un firman de S. A.

Pero el virey ningun miramiento debia tener ya con la Puerta. Este hombre, que habia recogido y cultivado con tanto esmero el gérmen de civilizacion depositado en las orillas del Nilo por Bonaparte, conocia su superioridad. Hallando una ocasion favorable para sacudir un resto de sumision, habia hecho apresurar con la mayor energía los preparativos de la espedicion. El vencedor de los Wahabitas, aquel á quien solo la intervencion de la Europa en Navarino pudo impedir que sujuzgara á la Grecia aniquilada, Ibrahim-Bajá, tomó el mando del ejército compuesto de 30,000 hombres. (*)

Destruido el ejército en que fundaba sus esperanzas Mahmud, y no queriendo la Puerta prestarse á las proposiciones de arreglo hechas por Mohamet, fuéle preciso hacer nuevos esfuerzos. Revocó por un firman el nombramiento de Hussein-Bajá, recayendo en Reschid-Mohamet-Bajá, que habia terminado felizmente la guerra con los rebeldes de la Albania y la Bosnia, el cual

(*) Véanse las Biografías de Mohamet Ali é Ibrahim-Bajá. Tomo I.

se ocupó activamente en reorganizar el ejército, haciéndole ascender á 60,000 hombres. La Puerta esperaba un buen resultado de la segunda campaña; pero no contaba con las disensiones del Divan, en donde muchos de sus miembros consideraban las desgracias del imperio, como consecuencia de las innovaciones hechas por Mahmud, siendo de opinion de que los cristianos se servian de aquel príncipe para destruir el islamismo. Verdad es que tampoco Mohamet-Ali habia dejado en zaga el celo reformador de su Señor; pero habia logrado persuadir á sus súbditos que su causa era la de la religion; y lo que colmaba el descontento de los de Mahmud era que ya habia pensado en pedir socorros á la Inglaterra ó á la Rusia contra los Arabes correligionarios suyos. Asi era que jamás pareció mas próxima la inevitable crísis que amenazaba al imperio Otomano.

Ibrahim permaneció inactivo en Koniah, esperando el resultado de las disensiones en Constantinopla, hasta el 21 de Diciembre que se presentó el último ejército de Mahmud, el cual fué completamente destruido, habiendo sido hecho prisionero el intrépido Reschid y otros varios Bajás, y calculándose en 30,000 los turcos que quedaron fuera de combate.

Mahmud no veia medio de impedir que Ibrahim entrase en Constantinopla, y en su crítica posicion se dirigió al enemigo mas antiguo del imperio; los rusos fueron los que con una intervencion armada le protegieron en Constantinopla, con el mismo celo y eficacia que si se tratara de su propio pais.

No pudieron las desgracias sufridas por los ejércitos otomanos en 1832, inducir á la Puerta á que escuchase los consejos del encargado de negocios de Francia, dirigidos á poner término á la guerra con el Bajá de Egipto; estableciése sin embargo una especie de tregua, y despues de algunas conferencias con el Bajá, se remitieron á Constantinopla proposiciones reducidas á que Mohamet-Ali, ademas de los cuatro bajalatos de Siria, por los cuales se comprometia á pagar un tributo al Gran Señor, pedia la cesion del distrito de Adana.

Estas negociaciones se suspendieron con la llegada á Constantinopla del general ruso Maurawieff; y mediaron varias contestaciones infructuosas, hasta que el 20 de Febrero de 1833 una escuadra rusa entró en el Bósforo, dando lugar á vacilaciones de parte de la Puerta, y á reclama-

ciones del vice-almirante Roussin, embajador entonces de Francia cerca de ella.

Entre tanto, Ibrahim, dueño, como él decia, de hacer beber su caballo en las aguas de Escutari, habia estendido nuevamente sus operaciones. Tomó posesion de Magnesia, Balikeser y Aidin. Mandó á Esmirna uno de sus oficiales con el nombramiento de gobernador, el cual fué admitido sin dificultad, despues de haber reunido el *Mollah*, los *ayans*, y un gran número de notabilidades turcas, para noticiarles que las tropas egipcias se iban á dirigir á Esmirna si no se sometian.

El virey habia rehusado aceptar las condiciones presentadas en virtud del tratado concluido entre el almirante Roussin y la Puerta, segun el cual, sin ceder nada el Sultan en el Asia menor, solo concedia de la Siria y el Egipto los dos bajalatos de San Juan de Acre y de Trípoli, con las ciudades de Jerusalen y de Naplusa. Proseguia Mohamet sus armamentos, y enterada la Puerta pidió prontos socorros á la Rusia, la cual en 20 de Marzo dió órden para que saliera la espedicion preparada en Odesa, con tropas de desembarco, y dió á la vela el 29, convoyada por una division de la escuadra mandada por el contra

Biblio

almirante Koumani. El almirante Roussin, sabiendo lo sucedido en Esmirna, reclamó de Ibrahim, y con la presencia de algunos buques franceses mandados por el contra almirante Hugon, que habian ido del Archipiélago á Esmirna, y la cooperacion de los demas ministros estranjeros, consiguió que se retirara el gobierno provisional instalado á nombre de Ibrahim, el cual declaró que aquel momentáneo trastorno habia sido sin su consentimiento ni noticia.

Por último, el Sultan por un *hatti sheriff* concedió al Bajá de Ejipto los cuatro bajalatos de San Juan de Acre, Damasco, Alepo y Trípoli con sus dependencias, y despues de cuatro dias de discusion, renunció Ibrahim á sus demas pretensiones, reservando el punto relativo á Adana para una negociacion ulterior. Asi fué que en el *Jewdsischad*, ó lista anual de las promociones y confirmaciones de los gobiernos del imperio otomano, publicado en Constantinopla solemnemente el 16 de abril, se conferia á Mohamed-Ali, ademas de los bajalatos que ya tenia, la Siria entera, que solo ambicionaba al parecer, junto con el Ejipto, para estar revestido de la dignidad de *Emir Hadgi*, ó gefe su-

premo de las caravanas de la Meca, y proteger así á todos los fieles creyentes que hicieran la perigrinacion; y esto precisamente era lo que mas le honraba en el concepto de todos los pueblos del Oriente.

Seguia entre tanto su curso la intervencion rusa; la escuadra que salió de Odesa llegó al Bósforo el 5 de Abril. Desembarcaron y tomaron posicion las tropas en la costa de Asia, frente á Bujukdere y Terapia. Asegurado Mahmud con la presencia de los rusos, se negaba á ceder á Adana; pero por fin, por las influencias nacionales y estrangeras la cedió á Ibrahim á título de *Mohassilik* ó arrendador general.

Ibrahim evacuó el Asia menor, y las tropas rusas salieron de la rada de Bujukdere el 10 de Julio, no habiendo pasado las fronteras de la Moldavia el ejército ruso. Libre la Turquia de sus enemigos y de sus aliados, pudieron considerarse concluidos los negocios de Oriente; pero el descubrimiento de un tratado celebrado entre la Rusia y la Puerta, volvió á aquellos asuntos la amenazadora apariencia que tenian como cuestion oriental. Dicho tratado, negociado con el mayor secreto con el conde de Orloff, se habia

firmado en Constantinopla el 8 de Julio, y establecia por el término de ocho años una alianza defensiva contra todo ataque interior ó esterior, y por un artículo supletorio se convenia en que la Puerta, en caso necesario, cerraria la entrada de los Dardanelos.

Reclamaron los gobiernos inglés y francés; pero á pesar de no ser muy amistosas las contestaciones dadas por el ministro Nesselrode á las notas que se pasaron al gobierno ruso, las escuadras inglesa y francesa pasaron á sus estaciones de invierno de Tolon y Malta, sin que tuvieran ulteriores consecuencias las escaramuzas diplomáticas, la polémica de los diarios, ni las esplicaciones ágrias y llenas de animosidad que con este motivo se suscitaron.

Seguian ademas las causas que amenazaban con la disolucion del imperio Otomano, como lo probaban los numerosos incendios en Constantinopla, despues de la salida de los Rusos. El gobierno turco no era amado ni temido; solo escitaba el desprecio, y esto esplica cómo ha podido hacerse dueño de la mitad del imperio el Bajá de Egipto.

La cuestion de Oriente, aunque aplazada, no habia quedado definitivamente resuelta, y asi con-

tinuó durante el año de 1834, no satisfecho el Virey de Egipto del premio de sus victorias, y pesaroso el Sultan de los sacrificios que habia tenido que hacer. Finalmente, el tratado de 8 de Julio de 1833, llamado de *Unkiar Skelessi* era para Francia é Inglaterra una causa permanente de desconfianza y descontento. Las hostilidades entre la Puerta y el Egipto estuvieron á punto de romperse de nuevo, á causa de la sublevacion de la Siria contra Ibrahim; pero la diplomacia europea intervino otra vez, y se conservó el *statu quo*.

La medida mas importante adoptada por Mahmud en medio de tantos embarazos interiores, fué la organizacion de las fuerzas militares del imperio.

Se cree que las costumbres europeas hayan contribuido á la temprana muerte de Mahmud; uno de los borrones que manchan su vida es la aficion á los licores fuertes y su propension á la embriaguez. Una afeccion en el pecho, producida por el uso de bebidas espirituosas, tenia destruida su salud, y el 28 de Junio de 1839 cayó en un desmayo que duró hasta las siete de la mañana del 1.º de Julio, espirando en los brazos de su hija la princesa Salia, esposa de Halil-Bajá. Su cuerpo fué

llevado el mismo dia con gran pompa y solemnidad á la orilla asiática del Bósforo, donde le recibió el nuevo Sultan su hijo, y se depositó en el barrio de Tazli-Bajá.

Hemos acabado de bosquejar la vida y principales sucesos del reinado de Mahmud II. Este príncipe ocupará indudablemente un lugar en la historia, entre los soberanos ilustres, aunque algunos le tachen de afecto á cierta puerilidad ridícula, achaque muy comun á todos los reformadores. Las ideas de progreso penetraron en un pueblo cuya inamovilidad y fatalismo erigidos en el sistema político y religioso, parecia que debian ser un insuperable obstáculo para su realizacion. Penetró hasta Constantinopla el deseo de alterar las costumbres antiguas, presentando el imperio el estraño espectáculo de una reforma opuesta en su índole y carácter á las demas de Europa, pues en estas obra el pueblo contra el Gobierno, y Mahmud se hizo reformador contra el voto popular, contra su creencia religiosa, tan opuesta ó incompatible con las ideas de civilizacion y tolerancia que deben distinguir á los pueblos regidos por los modernos principios, guiados por los de una religion de paz y fraternidad.

Biblioteca Universitaria
Oviedo

SILVIO PELLICO.

Personages celebres del Siglo XIX.

SILVIO PELLICO.

«Egli á sposato una causa santa, e non le é stato adultero anche in mezzo á piu lunghi, á piu atroci martiri.»

PIERO MARONCELLI.

«Este confesor de Cristo y de la patria se llama Silvio Pellico.»

ANTONIO DE LATOUR.

El dia 22 de Febrero de 1822, la ciudad entera de Venecia estaba en movimiento desde por la mañana; las góndolas se deslizaban rápidamente por los canales, y el pueblo acudia en tropel á la *Piazzetta*, pequeña plaza inmediata al pa-

lacio del Dux. Pronto quedó llena, y la multitud se esparció por las calles inmediatas, al paso que los techos y las ventanas de todas las casas estaban ocupadas por numerosos espectadores, hombres y mugeres, cuyas ávidas miradas se concentraban con ansiedad sobre un cadalso levantado en medio de la plaza. Aquel cadalso estaba vacío, y esperaba como la multitud. Desde el pié del cadalso hasta el pórtico del Palacio, formaban carrera dos filas de granaderos austriacos; mas allá, y en diversos puntos, veianse brillar haces de bayonetas; grupos de caballería húngara circulaban con trabajo por entre las masas, y habia en los ángulos de la plaza cañones cargados á metralla, con las mechas encendidas.

La multitud, contenida por aquel terrible aparato militar, se agrupaba compacta, silenciosa y sombría; de cuando en cuando levántase del seno de aquella inmensa muchedumbre un prolongado y sordo murmullo, parecido al de un mar tempestuóso; segun transcurrian las horas iba en aumento la agitacion; la impaciencia de la espera, y las confusas palabras que se proferian en voz baja, se unian al pisoteo de los ca-

ballos. Por último, hácia el medio dia propagose rápidamente al traves de la multitud unmovimiento de ondulacion que tenia principio en el patio del Palacio; levantáronse todas las cabezas, y se pintó en todos los semblantes un sentimiento de curiosidad y de simpatia. Acababan de aparecer en lo alto de la *Escalera de los Gigantes*, dos hombres con esposas en las manos, rodeados de eshirros, y bajaban aquellos escalones de mármol que vieron rodar en otro tiempo la encanecida cabeza de Marino Faliero. Llegados al pórtico salieron á la *Piazzetta*, pasaron entre las dos filas de soldados, dirigiéndose al cadalso cuyas gradas subiéron con lentitud. Apenas sobresalieron sus cabezas de las de la multitud oyose una grande esclamacion seguida inmediatamente de un silencio general. Llegaron por fin á lo alto del cadalso, donde se colocaron de pie en una noble actitud, dirigiendo una mirada tranquila y segura sobre el innumerable concurso. Ambos soportaban con igual dignidad el peso de aquella gloriosa ignominia, y la sonrisa triste y dulce que se advertia en sus lábios, cual si trataran de animarse recíprocamente, manifestaba toda la fuerza de su mútuo afecto. El uno mas

alto, mas robusto, y algo mas jóven que el otro tenia una de esos hermosas fisonomías italianas, tan espresivas, en que brillan con caracteres de fuego la inteligencia y la vida; parecia ocuparse mucho menos de sí mismo que de su compañero de desgracia, cuyo aspecto y cuyo nombre, célebre ya, parecian producir una viva impresion en la multitud: «Jamás, ha dicho despues un prisionero de Spielberg (*), jamás se habia presentado á mi vista un semblante mas dulce y melancólico; jamás rostro alguno habia correspondido mejor á la imájen de candor y de angelical bondad que me habia hecho de aquel cuyas cartas descubren en cada línea las adorables cualidades.» Aquella frente tan pálida y tan pura en sus nobles proporciones, aquellos ojos tan llenos de ternura y de inspiracion, aquella boca con dulce y suave sonrisa, tenian tanta tranquilidad, manifestaban tanta resignacion, conmovian tanto, que solo el terror de las bayonetas y de los cañones austriacos pudo impedir que el pueblo de Venecia manifestara su simpatía por aquel noble é ilustre hijo de la Italia;

(*) Andryane. — *Memorias de un prisionero de Estado en Spielberg.*

simpatía que aun hacia mayor la profunda piedad que inspiraban lo macilento de sus mejillas y la palidez de su color, pruebas demasiado ciertas de los destrozos que habian causado en su cuerpo, tan débil ya, los rigores de una larga detencion preventiva.

Habian transcurrido algunos minutos en aquella dolorosa contemplacion, cuando de repente se dirigió la atencion general hacia el terraplen del palacio en el que acababa de aparecer un escribano, llevando en la mano un rollo de papel que desenvolvio lentamente. Era la sentencia de los dos mártires de la independencia Italiana..... Reinó un profundo silencio y el escribano leyó con voz sonora lo siguiente:

Per sentenza della commissione imperiale confirmata dal supremo tribunale di Verona, e sanzionata da Sua Maesta, Piero Maroncelli e Silvio Pellico acussati e convincti di alto tradimento sono condamnati á morte.

A estas palabras, *condenados á muerte*, un inmenso rumor, un universal murmullo de horror y de compasion revelo las sensaciones de la muchedumbre; el escribano se detuvo un momento y continuó:

Ma per somma clemenza di Sua Maesta, la pena capitale eglino é stata commutata in quella del carcere duro, nella fortezza di Spielberg, Maroncelli per vent' anni, é Pellico per quindici.

Este triste testimonio de la clemencia imperial fue acogido con un nuevo murmullo. Los guardias hicieron bajar á los dos condenados, que siguieron el mismo camino que habian traido; el gentio les siguió con la vista, y al cerrarse en pos de ellos las puertas de la prision, se separó triste y silencio; por la noche, en lo interior de los antiguos palacios de Venecia, se elevaron á la Virgen muchas voces de muger, rogándole que dispertara al fin á la Italia, á esa *hermosa indolente que se duerme con la cabeza sobre los Alpes y los pies hácia el Etna.*

Svegliar la neghitosa
Che il capo in Alpi posa
E stende all' Etna il pié.

A los pocos dias remaba hácia Fusina una góndola llevando á los dos prisioneros. El autor de *Francisca de Rimini*, el émulo de Manzoni,

el poeta querido de la Lombardía, conducido con los grillos en los pies al través de las poblaciones conmovidas, pasaba los Alpes y saludaba con una última y triste mirada la patria italiana, para ir á sepultar en los calabozos de Spielberg, un génio ya en flor, una vida gloriosa ya.

Sabidas son las grandes compensaciones que reservaba la Providencia al poeta mártir; cómo diez años de tortura convirtieron una gloria italiana en una gloria europea; cómo el simple relato de las jornadas de un prisionero, ha obtenido en todo el mundo un éxito que jamás tuvieron los mas conmovedores dramas; cómo en fin el autor de *Le Mie Prigioni* ha hecho olvidar al autor de *Francisca de Rimini* y se ha colocado al nivel de los nombres mas grandes de la historia contemporánea.

Se han escrito ya muchas noticias biográficas sobre Silvio Pellico; la primera y mas notable es la que Mr. A. de Latour ha puesto al frente de su hermosa traduccion del libro de las prisiones, traduccion que no contribuyó poco á popularizar el original.

La noticia de Mr. A. de Latour reune todas

las cualidades de su traduccion; y si la naturaleza de nuestra obra no nos impusiera la obligacion de hacer figurar en ella todas las ilustraciones de nuestro siglo, nos hubiéramos abstenido de un trabajo que evidentemente no podrá ser mas que una imitacion, cuyos defectos serán solo los que nos pertenezcan. Se ha publicado otra noticia sobre Silvio en italiano, por Maroncelli, su compañero de desgracia, y colocada al frente del suplemento que creyó deber *añadir al libro de su amigo*. Esta noticia está calcada en gran parte sobre la de Mr. de Latour, cuyos materiales habia dado el mismo Maroncelli. Nos valdremos pues de estas dos noticias para componer la presente, y de algunos trabajos mas recientes y en especial de memorias llenas de interés, publicadas por Mr. Andryane, á quien su mala estrella arrojó jóven, y lleno de porvenir, entre las garras del Austria, y que *Spielberg* no ha devuelto al mundo sino despues de haber devorado los diez años mas hermosos de su vida.

Silvio Pellico pertenece á una familia piamontesa de una honrada medianía; nació en Saluces en 1789. Su padre se llamaba *Honorato* y era digno de este nombre. Su madre, saboyana de

nacimiento, tenia todas las prendas del corazon que distinguen aquella nacion escelente. Tenian ya dos hijos cuando nació Silvio en compañía de una hermana gemela, lo que fué para la familia una doble fiesta. El poeta de las almas tiernas y melancólicas tuvo una niñez enfermiza y penosa; apenas salia de una enfermedad grave sufria otra mayor, y los médicos declararon que no pasaria de los siete años. Cuando el niño tuvo ocho, anunciaron que moriria en el segundo periodo septenal, esto es á catorce años; despues se prorrogó el término fatal hasta los veinte y uno, y de plazo en plazo aquel débil muchacho vuelto hombre, ha encontrado en su organizacion delicada fuerza bastante para resistir á diez años de la existencia mas mortífera que pueda concebirse. Un solo médico, el mejor de todos, no perdió jamás la esperanza, y era su madre. Silvio Pellico la ama con pasion; cuando habla de ella, dice Maroncelli, su palabra se convierte en un himno de adoracion; ella es la que inclinada sobre el lecho del pequeño moribundo, le calentaba con sus besos, le reanimaba con su voz, le estrechaba en su seno para mitigar sus dolores; á ella en fin es

á quien veinte veces debió la vida. Casi todos los hombres completamente grandes, es decir grandes y buenos, han tenido buenas madres.

Sin embargo, bajo el frágil cuerpo de un niño enfermizo, se ocultaba una inteligencia que parecia sacar de su mismo dolor una fuerza y un brillo precoces. Confiado á los cuidados del buen sacerdote Manavella, lo mismo que su hermano Luis, les enseñó los primeros elementos de las letras, y Silvio manifestó pronto una decidida vocacion dramática. Los dos niños (Luis ha llegado á ser un poeta cómico distinguido) se entretenian en construir un pequeño teatro, en el que recitaban ante un auditorio de familia pequeñas piezas que su padre les componia. A los diez años, abrió Silvio casualmente la brillante traduccion de Ossian, de Cesarotti. Encantóle aquella poesia fantástica, y como en él toda inspiracion venia á parar al drama, consiguió componer sobre aquel tema nebuloso, un ensayo de tragedia que no se ha conservado.

En aquella época, el padre de Silvio, despues de haber permanecido algun tiempo en Pignerolles, donde estableció un taller de hilados de seda que no tuvo buen resultado, se

trasladó con su familia á Turin para desempeñar un empleo en la administracion. Acababa de fundarse un Gobierno republicano en aquella parte de Italia, y Mr. Honorato Pellico, perseguido en Saluces por sus opiniones monárquicas, y que en las diversas crisis revolucionarias del Piamonte, habia convertido muchas veces su casa en un asilo para los vencidos del dia siguiente, sus perseguidores de la víspera, fue acogido en Turin como el mejor de los hombres durante la monarquía, y el mejor tambien durante la república.

Asistia frecuentemente á las asambleas populares, tomaba algunas veces la palabra y casi siempre iba acompañado de sus dos hijos. Silvio escuchaba atentamente cuanto se decia á su alrededor, y aquellas reproducciones en miniatura de las grandes luchas del foro antiguo, causaron una impresion en su tierna alma que jamás se ha borrado.

A aquella enseñanza de la plaza pública, combinada con buenos estudios domésticos, se unieron las primeras emociones del corazon. Silvio entraba en la adolescencia, tenia quince años, y continuaba en Turin con sus distracciones tea-

trales, que eran todo su contento. Pero la compañía, reducida al principio á los dos hermanos, se habia aumentado sucesivamente con varios niños de la ciudad, y entre ellos una niña llamada Carlottina. Silvio la amó como se ama á los quince años, con ese amor puro y dulce de los ángeles. Aquel amor celeste no estaba destinado á ajarse sobre la tierra; Dios lo segó en flor, y Carlottina murió á los catorce años, dejando á Silvio un recuerdo indestructible; veinte años mas adelante, durante las largas noches de Spielberg, el alma de la jóven bajaba desde el cielo á consolar al prisionero

Poco tiempo despues de aquel primer dolor Silvio dejó la Italia y fue á Lion, á casa de un primo de su madre, Mr. de Rubod, con el cual pasó cuatro años de placeres, entregado á todas las distracciones del mundo, y apasionándose por las costumbres elegantes y la literatura francesa. Olvidaba la patria, cuando su hermano Luis le envió un nuevo poema de Foscolo, *I Sepolcri*; «este poema, dice Mr. de Latour, fue para él el escudo de Reinaldo. Al leerlo sintió que volvia á ser italiano, y se volvió á encontrar poeta. A los pocos dias iba andando para Italia.»

Toda su familia se habia trasladado á Milan, donde desempeñaba su padre las funciones de gefe de seccion en el Ministerio de la Guerra. A su llegada fue nombrado el jóven Silvio profesor de lengua francesa en el colegio de huérfanos militares. Aquel destino le dejaba mucho tiempo libre, y pudo entregarse sin obstáculo a su decidida inclinacion á la poesia.

Era en los últimos dias de la Era Napoleónica, y Milan bajo el gobierno del Virey Eugenio, habia llegado á ser la Atenas de Italia. Dos hombres se disputaban en ella el imperio de las letras, Monti y Foscolo: el uno poeta ingenioso y fecundo con lenguaje puro, con impresiones movibles, mas amante de la forma que del fondo, de la melodia de las palabras que de la energía del pensamiento, artista descuidado y escéptico como Goethe y como él cortesano, menos universal que Goethe, pero sacando como él una especie de originalidad de una imitacion multiple y feliz; cantando con igual facilidad á Bonaparte Cónsul, y á Napoleon Emperador, á Washington y á Francisco, á Pio VI y á La Fayette, digno en una palabra de ser el representante literario de la Italia es-

clava y resignada: Foscolo al contrario, genio altivo, ardiente y desigual, el Byron del Mediodia, la espresion poética mas elevada de la Italia vergonzosa de sus cadenas, entristecida con su degradacion política, estremeciéndose al recordar lo pasado, pero demasiado debilitada, demasiado enervada por la servidumbre, para atreverse á querer con aquella voluntad única, firme, y perseverante que proporciona la libertad.

Monti y Foscolo se detestaban, y el jóven Silvio llegó á ser su comun amigo. «Me interesaba mas por el último, por Foscolo, dice él en sus memorias. Este hombre violento que con su aspereza alejaba de sí á casi todos sus amigos, era para mi la misma dulzura y cordialidad, y yo le profesaba una tierna veneracion.» Mr. de Latour, ha pintado en su noticia la alegria del jóven piamontes al pasar por la vez primera el umbral de la casa de Monti, la benévola acojida del viejo poeta, el desencantamiento de Silvio á la vista del *Zibaldone*, enorme cuaderno, especie de *Gradus ad Parnassum*, que el autor de *Graco* habia hecho para su uso particular, llenandolo de *hemistiquios* y *de*

pensamientos sacados de todas las lenguas y de todos los libros del mundo; vasto receptáculo poético del cual sacaba hecha su poesía. «Silvio, añade Mr. de Latour, quedó confundido ante aquella receta de talento.»

A pesar de los consejos de Monti, que esplicaba con complacencia al jóven las ventajas de su procedimiento, creyó Silvio que no debia hacer uso del *Zibaldone* y principió por escribir una tragedia sobre un asunto griego, *Laodicea*. Acababa de terminar esta obra, cuando vió un dia en un pequeño teatro de Milan, una figuranta de diez á doce años, que ha llegado á ser despues la primer trágica de Italia: era la célebre Carlota Marchionni. La fisonomía y el modo de representar de aquella niña le inspiraron. Al tiempo mismo que tal vez se dispertaba en el corazon del jóven el recuerdo adormecido de la tan llorada Carlotina, un tierno pensamiento del Dante se apoderaba del poeta; veia pasar ante sus ojos, llevados por un torbellino eterno, á las dos sombras melancólicas de Francisca y de Pablo, esos dos niños que se amaron sobre la tierra, á quienes la muerte sorprendió en un beso, y que no deben separarse ya mas.

El resultado de aquella impresion de Silvio fue una segunda tragedia, *Francisca de Rimini*: apenas escrita, la sometió al juicio de Foscolo: «esto es malo, le dijo el áspero poeta; no toquemos á los muertos de Dante, arroja al fuego esta tragedia y traeme la otra.» Silvio fue á buscar á *Laodicea*. «En hora buena, esclamó Foscolo, esto es hermoso; continua asi.» De vuelta á su casa, apeló Silvio á su conciencia de artista del fallo de su amigo, y su conciencia lo dió contrario; conservó á *Francisca* y arrojó al fuego á *Laodicea*.

Algunos años despues, en 1819, aquella actriz niña, que habia inspirado al poeta, volvia á presentarse en Milan, moza y rodeada ya de una grande reputacion, adquirida en diferentes teatros de Italia. Silvio le fue presentado, *Francisca de Rimini* salió del cajon en que yacia olvidada, y Carlota Marchionni adoptó aquella obra que ella habia hecho nacer. La tragedia fue representada en Milan, despues en Nápoles, en Florencia, con un buen éxito siempre en aumento, y desde el principio se encontró Silvio Pellico colocado en el rango de los poetas mas distinguidos de Italia.

Francisca de Riminí, la primera y la mejor de las producciones dramáticas de Silvio, basta para dar una idea del método del artista, pues tiene ese carácter de pureza, de gracia y de nobleza, ese sello de pasion melancólica y de templado brillo que se vuelven á encontrar en *El Eufemio de Messina*, en la *Ester de Engaddi*, en la *Gismonda*, y las demas tragedias del mismo autor. Economía de personajes, cuatro ó cinco lo mas, sobriedad de incidentes, falta de todas esas combinaciones de efectos teatrales, vulgares y materiales, tan usados en el drama moderno, y sin embargo poco de esos aires magestuosos de la tragedia francesa del gran siglo; pero tambien nada muy conmovedor, muy impetuoso; bastante pasion verdadera y sentida, si no enérgica, para evitar la sequedad; un esquisito sentimiento del bello moral; un gran fondo de ternura; cierta mezcla de molicie, de elegancia, de familiaridad y de delicadeza en el lenguaje, que sienta bien para la espresion de un amor italiano á quien el sentimiento del deber contiene; tales son, en nuestro concepto, las principales señales de las tragedias de Silvio.

Despues de la caida de Napoleon, la familia del poeta habia regresado á Turin; en cuanto á él, detenido en Milan por amigos ilustres y por numerosas relaciones literarias, consintió en encargarse sucesivamente de la educacion de los hijos del Conde de Briche y de los del Conde Porro Lambertenghi. En esta última casa, cuyo gefe le profesaba un fraternal afecto y lo habia presentado á sus hijos como un segundo padre, pasó Silvio los dias mas felices de su vida, en el seno de una escelente familia que habia llegado á ser la suya. Diariamente en contacto con todos los hombres ilustres de Italia, tuvo ademas el autor de *Francisca* la ventaja de poder vivificar su inteligencia, con el frecuente trato con los hombres mas eminentes de Europa, que al visitar la Italia y al pasar por Milan no dejaban de reunirse en casa del Conde Porro. Alli fue donde conoció Silvio Pellico á Mme. de Stael, Schlegel, Byron (cuyo *Manfredo* tradujo en prosa, y á que él correspondió con la traduccion en verso inglés de la tragedia de *Francisca*, traduccion que desgraciadamente se ha perdido), Dawis, Brougham, Hobhouse, Thorwaldsen, y otros mil. Alli por fin aprendió

Silvio á elevar su alma desde el amor de la familia al amor de la patria; amor noble y desgraciado, puesto á dura prueba por diez años de tortura, pero que lejos de apagarse en el fondo de los calabozos, debia fortificarse, agrandarse, transformarse para abrazar un dia con sus latidos á la humanidad entera.

En el gran trastorno de 1814, la Italia confió por un instante que la Europa consentiria al fin en darle la independencia. Habíase constituido una regencia en Milan, y enviado comisionados cerca de las Potencias para abogar por la causa italiana. Pronto se desvaneció aquella esperanza: la Rusia y la Inglaterra contestaron solo con la indiferencia, el Austria con el desden y la amenaza. Restablecióse el reino Lombardo-Veneto, fue preciso resignarse y esperar mejores dias. Entre los comisionados y á la cabeza de los patriotas milaneses, habia dos personajes ilustres por su nacimiento, por su fortuna, por la elevacion de su espíritu, y por la dignidad de su carácter: eran el Conde Porro, de quien ya hemos hablado, y que despues consiguió burlar con la huida los rigores del Austria, y el Conde Federico Confalonieri, la

figura política mas grande y mas hermosa de la Italia contemporánea; Confalonieri, martir ilustre, enterrado vivo durante doce años en Spielberg, antes de que pudiera conocerse de cuanto era capaz; Confalonieri, á quien el odio del Austria ni siquiera le ha dejado la libertad del destierro, y que desfallece en el dia en otro hemisferio, lejos de la patria que queria libertar.

Aquellos dos hombres, obligados á aplazar la esperanza de romper por la fuerza el yugo que pesaba sobre su pais, emprendieron el luchar, por lo menos en cuanto pudiesen, contra el sistema de asfixia intelectual que caracteriza la dominacion austriaca. Vióseles entonces, desde 1815 á 1819, en medio de toda clase de obstáculos, consagrar su fortuna y sus cuidados á la mejora material y moral del pais, al desarrollo de la industria, del comercio, de las artes y de la instruccion pública. Aquellas empresas aisladas, y contrariadas casi siempre por el recelo del dueño, no eran sin embargo suficientes para la regeneracion italiana: conocióse pronto la necesidad de levantar una bandera á cuyo alrededor pudieran reunirse para un mismo objeto

odos los entendimientos eminentes del pais; y para satisfacer á aquella necesidad, Silvio Pellico que se habia asociado desde mucho tiempo á todos los pensamientos de Porro y Confalonieri, concibió y propuso el plan de un periódico. Inútil es decir, que redactado á la vista del Señor, aquel periódico no podia ser mas que puramente literario; pero apoderándose de las inteligencias, dando un mismo impulso á los espíritus, esforzándose en alcanzar el bien por medio de lo bello, creando para la Italia una especie de unidad literaria; aquel periódico podia contribuir poderosamente á preparar su unidad política.

En 1819 se fundó *El Conciliador*, en la casa y bajo el cuidado del Conde Porro, y pronto cuanto habia grande en Italia en ciencias, letras y artes; respondió al llamamiento de Silvio, y fue á llevar su ofrenda al pensamiento de los fundadores. La vida del *Conciliador* fue brillante pero corta. Por pacífico que fuese el título de aquel periódico, por inofensiva que fuera su redaccion, la censura austriaca no quiso dejarle vivir. Sus intenciones se manifestaron al principio con grandes tigeretazos; y pronto no

dejó al periódico mas que el título y las firmas de sus redactores. El *Conciliador* cesó de aparecer en 1820, un año despues de su fundacion.

En aquel momento estalló la revolucion napolitana, seguida de cerca por la insurreccion del Piamonte. Parecia que se propagaba por toda Italia un pensamiento igual de resistencia; mal combinados, mal dirigidos, todos aquellos movimientos abortaron. El Austria estaba en acecho, y cuando creyó llegado el momento de obrar, inundó de tropas la Península, y principiaron las prisiones. Cuantos hombres eminentes por su cuna ó por su talento encerraban los Estados Lombardo-Venetos, fueron envueltos en una misma proscripcion; la redaccion del *Conciliador* fue atacada en masa; algunos mas dichosos, como Porro, Arconati, Pecchio, Arrivabene, Berchet, Ugoni consiguieron pasar la frontera; los demas fueron entregados á comisiones judiciales, para quienes juzgar y condenar era una misma cosa.

Silvio Pellico fue de estos últimos; regresaba de un viage á Venecia, cuando fue detenido en Milan, el 13 de Octubre de 1820, conducido

á la prision de Santa Margarita, desde allí á Venecia, y por último á la fortaleza de Spielberg. Su vida de prisionero es sabida; está en su libro, y su libro está traducido en todos los idiomas.

Digamos ahora dos palabras acerca de este libro.

La obra de Silvio, como lo ha dicho su amigo Maroncelli, es un libro *di grandi verità e di grandi lacune*. No somos de los que creen que el libro en sí mismo hubiera ganado en ser escrito con mayor libertad, es decir sin miedo alguno de la censura austriaca; al contrario, concedemos gustosos, que debe su verdadera originalidad al carácter de franca resignacion y de absoluta mansedumbre, que le distingue de todas las producciones contemporáneas. Es el libro de un santo, y los santos se hacen mas raros cada dia; creemos tambien que el fondo y la forma de este libro son mucho menos el resultado de la posicion particular del autor, que de un sistema bien fijo en él y apoyado en convicciones profundamente sinceras. Así, pues, bajo el punto de vista del arte y de la moral cristiana, *Le mie Prigioni* es un libro sublime,

pero bajo el de la historia es incompleto, insuficiente. Vivimos en un tiempo de languidez y de pasion, en que la mayor necesidad de las almas es la verdad firme y fria. La caridad que echa un velo piadoso sobre el mal y no dice mas que la mitad de la verdad, es una virtud admirable, pero que de nada sirve para la historia; necesita esta conocer á fondo todos los hechos odiosos para infamarlos y sacar de ellos toda la moralidad que encierran; la historia debe penetrar en todas partes, lo mismo en las casamatas de Spielberg, que en el antro donde se elaboraban las sentencias revolucionarias de 93. Todo esto interesa igualmente á la historia, para que pueda enseñar á los pueblos á profesar el mismo ódio, al despotismo y á la demagogia.

Leyendo el suplemento á las Memorias de Pellico, por Maroncelli, y las Memorias de Mr. Andryane, es como puede formarse una idea *cabal* de los inauditos procederes del despotismo, aun el *paternal*, con sus enemigos; en estas dos obras es donde puede verse cuán difícil le es á un hombre el resistir á la inclinacion que le lleva á abusar de su poder, cuando no tiene

límites; cómo bastan ciertas posiciones de la vida para falsear el entendimiento y pervertir el corazon; cómo se puede ser bueno por naturaleza y atroz por sistema. El último Emperador de Austria nos presenta un notable ejemplo de semejante anomalia.

El Emperador Francisco es sumamente original. Véas á un hombre que ha sido uno de los soberanos mas populares de Europa; los austriacos le amaban como á un padre; poseia en el mas alto grado todas las virtudes privadas que distinguen á la raza alemana; el pueblo de Viena le llamaba siempre *der gute Franz*, el buen Francisco. Pues este buen Francisco es dueño de la Italia; la suerte de las armas ha unido á su pueblo otro pueblo que le es estraño por la sangre, por las costumbres, por el idioma. Este pueblo quiere ser libre y permanecer italiano. A los ojos del Emperador, esta voluntad no es únicamente una voluntad perjudicial á sus intereses, y cuya realizacion es preciso impedir con la fuerza; uno de esos hechos políticos que la política reprime, pero que la conciencia no infama; es mas que todo esto, es un crímen en toda la fuerza de la espresion, un crímen casi

tan infame como el parricidio; el italiano que le comete no es solo un enemigo á quien se debe destruir ó sugetar, es un gran facineroso á quien se debe castigar, y sobre todo, pues el Emperador es bueno) *corregir y mejorar*.

Veamos ahora lo que hace el Emperador para corregir á sus súbditos italianos; digamos en primer lugar que esta es su ocupacion principal: en su ancianidad, el Monarca dejaba gustoso á Mr. de Metternich la direccion de los grandes negocios políticos; la especialidad suya, su gran negocio, era la direccion material y moral de las prisiones de Estado, y particularmente de Spielberg. Tenia en su gabinete un plan detallado, desde la cruz á la fecha, del interior y del esterior de la fortaleza; estaba unido á aquel plan un arreglo de horas que le daba ó conocer lo que hacia cada prisionero en cada minuto del dia; añádanse á esto los informes minuciosos que le dirigian cada semana el director general de la policía, el director de la prision, el confesor, el gobernador general de la provincia, etc.; con estos informes, procedia el Emperador á poner en planta su sistema penitenciario.

En primer lugar, importaba que los presos

políticos no se imaginasen que existia la menor diferencia entre ellos y un criminal comun, un asesino, un falsario ó un ladron; se les colocará pues en el sitio que habitan los presidarios, se les vestirá como ellos, como ellos se les cargará de cadenas y se les tratará con mayor dureza; pues tendrán de menos que ellos la facultad de respirar el aire esterior y el auxilio del trabajo (*). El hambre es tambien un medio de correccion, y los presos de Spielberg están siempre hambrientos; los miserables alimentos que se les dan son de tal naturaleza, que cuando el desfallecimiento les obliga á llevar los lábios al fétido vaso que los contiene, tienen precision de taparse las narices.

Al principio se les permitió el uso de sus libros; pero el Emperador advirtió muy luego que aquella lectura era para ellos un *alimento moral* que les ayudaba á soportar dignamente, es decir con *impudencia* su situacion, y se les

(*) Tratose de dar á cada prisionero político un presidario por compañero de calabozo, pero estos reclamaron contra aquella agravacion de pena, y se abandonó el proyecto. (Véanse las memorias de Andryane).

quitaron los libros. Prohibióse severamente toda comunicacion oral ó escrita entre los condenados, y el Emperador esperaba que alguna muestra de humildad y de arrepentimiento comprobara el buen efecto de su proceder. No sucedió así sin embargo, los prisioneros callaban y se resignaban. Quedábanles aun algunos consuelos: escribian sus pensamientos en las paredes de sus calabozos con clavos, agujas ó pedazos de vidrio, y hasta encontraban medio de burlar la vigilancia de sus guardianes, escribiéndose entre sí algunas líneas trazadas por lo regular con su sangre (*) Disfrutaban ademas de una claraboya con verjas, y subiéndose á ellas descubrian á lo lejos el valle de Brunn. Veian el sol, contemplaban un hermoso paisaje, seguian á la golondri-

(*) Las memorias de Mr. Andryane, contienen sobre este punto un hecho notable, que la modestia del autor de *Las Prisiones* ha pasado en silencio. El jóven prisionero francés se desesperaba de no poder continuar una obra que habia principiado, por falta de tinta; aquella obra, escrita bajo el punto de vista cristiano, habia sido comunicada á Silvio, y le gustaba. Deseoso de verla terminada, logró hacer entregar secretamente al autor una botellita llena de su sangre. La obra escrita con la sangre de Silvio, no pudo librarse de las pesquisas, y fue quemada.

na en su vuelo, y se fortalecian de este modo en medio de la iniquidad.

No se habia llenado el objeto del Emperador: llegó una órden de Viena para que semanalmente se hiciera en cada calabozo un rigoroso rejistro. El prisionero, despojado de todos sus vestidos, hasta de los mas interiores, debia esperar desnudo, tiritando de frio; que los altos funcionarios cubiertos de placas y decoraciones, que Barones, Consejeros de Estado, Directores generales, despues de haber registrado todas las partes de su cuerpo, hicieran lo mismo con el inmundo gergon en que descansaban, y descosieran cada pieza de su vestido de presidario, buscando los clavos, agujas, pedazos de papel y otros objetos que le distraen, y causan recelos al Emperador; y para que fuese completo el plan de este último, tardó poco en levantarse un muro delante de cada reja, que arrancó á los cautivos su último consuelo. Devorados entonces por la eterna ociosidad, por la horrible soledad de las paredes de un calabozo, los infelices pidieron á gritos que se les permitiera compartir con los presidarios el trabajo material, que libraba á sus cuerpos de la inaccion que les mataba. Tras-

mitiose la súplica al Emperador, el cual *permitió* á los prisioneros que ejercitaran su cuerpo, imponiendo á cada uno de ellos la obligacion de hacer diariamente una cierta cantidad *de hilas*, todo bajo pena de total privacion de alimentos, y hasta de palos. Quejáronse los prisioneros de la índole de aquel trabajo, de la suciedad de los trapos viejos del hospital, cuyas emanaciones mal sanas se les precisaba á respirar, y de la obligacion impuesta que convertia un favor pedido en un castigo mas. El Emperador contestó á todo esto: «¿por qué se quejan? ¿no son filantropos?» Los prisioneros se conformaron é hicieron hilas; pero mientras sus manos estaban ocupadas en aquel monotono trabajo, estaba libre su imaginacion, pensaban, en sus dolores, y eso era aun un consuelo. Poco tardó el *Emperador en conocer* que es difícil tener á raya á un rebelde que piensa, y se cambió la obligacion de hacer hilos en la de hacer un par de medias cada semana, bajo la misma sancion penal indicada antes. Se necesitaba que el pensamiento del prisionero descendiese de la altura en que se refugiaba para fijarse en un obillo de grosera lana, que debia aprender á tejer con agujas de madera.

La imaginacion se espanta en presencia de semejantes hechos, de los cuales solo citamos una pequeña parte, y se negaria á creerlos, si las víctimas no estuvieran presentes para atestiguarlos. ¿Y quiénes son los hombres que sufren esos mil tormentos, tanto mas crueles cuanto mas mezquinos y degradantes? ¿Qué hombres son los que á todas horas deben presentarse desnudos ante sus carceleros, sufrir el hambre y la sed, llevar encadenado el cuerpo y el pensamiento, hacer hilas y medias? Esos hombres son la flor de la Italia, son jóvenes de un brillante porvenir, ó ancianos de un pasado glorioso. Son, Confalonieri, noble vástago de una raza noble, hermano de leche de una de las mugeres del mismo Emperador; el jóven Marqués Palavicini, Pedro Borsieri, uno de los primeros poetas del Milanesado; el jóven y débil Conde Oroboni, á quien mató el hambre para librarle de sufrir mil muertes; Villa, el esposo, el padre, arrancado á su mujer y á sus hijos adorados, y á quien la muerte libertó tambien de sus males; Márcos Fortini, digno Sacerdote, cándido y puro como en los primeros siglos de la Iglesia, y que condenado como *carbonario* iba preguntando á todos

sus jueces lo que era un *carbonario*; Munari, jurisconsulto célebre, viejo filosofo, cano, impasible, como Epiteto o Zenon, á todos los dolores físicos que la despedazaban, y llorando como un niño al verse precisado á hacer un par de medias cada semana; el Coronel Moretti, otro anciano sexagenario, veterano de la ex-guardia imperial, á quien las balas habian respetado en cien batallas, para ir á doblar su noble frente de soldado bajo las ignominias de Spielberg; Bacchiega, Oficial del antiguo ejército Italiano; Foresti, jóven y distinguido Magistrado; Andryane, Maroncelli, y Silvio Pellico.

Al pensar que esa vida atroz, marcada á cada minuto con una nueva persecucion, no ha durado un mes, ni un año sino *diez años*, para algunos y mas aun para otros; al considerar que ni una sola de las víctimas (*) quiso comprar su libertad á costa de una bajeza, que en vano se esperaba y solicitaba, se siente uno arrastrado á detestar al opresor con igual fuerza que la admiracion que se esperimenta por el oprimido.

Pero por otro lado, cuando se piensa que el

(*) Una sola cedió, no la nombramos.

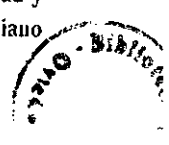
opresor era un Monarca bondadoso, modelo de los esposos, de los padres y de los Reyes austriacos, constantemente dulce y moderado para con todos los que no eran *sus prisioneros italianos*; cuando se le vé desempeñar su tarea de *atormentador*, como si se tratase de una larga operacion quirúrgica; cuando se le oye responder á las súplicas de las madres y hermanas de sus víctimas con la eterna frase: «*aun no está bastante corregido*;» cuando se leen las curiosas palabras dirigidas á Mme. Andryane, al devolverle á su hermano, destruido por diez años de hambre, de sed, de frio, de calabozo y de tormentos: «*es preciso hacerle vestidos calientes, pues de otro modo se resfriaria y yo seria el responsable. Es preciso dejarle comer poco, porque su estómago está cansado, y acostumbrarlo gradualmente al aire libre, etc.*;» cuando se examina asi de cerca la singular fisonomía de *aquel paternal verdugo*, el ódio se aparta de él, para caer por entero sobre los principios y las instituciones que le hicieron lo que era, pues ya fue á dar cuenta á Dios de su pensamiento, dejando en manos de su sucesor su corona de Rey y sus llaves de carcelero.

Fernando solo aceptó la primera parte de la herencia: ¡tanto mejor para su fama! la historia no tiene ya que enumerar esos actos infames que deshonran al Soberano que los comete, y mas aun á la Nacion que los consiente. Pero queda el ejemplo, y las memorias de los prisioneros de Estado de Spielberg, probablemente serán un dia para el Austria un escelente curso de derecho constitucional.

Silvio Pellico salió de la fortaleza de Spielberg pocos dias antes de la revolucion de Julio en Francia; salió con el cuerpo destruido, pero su inteligencia debia sobrevivir á los esfuerzos impíos del gefe de un grande imperio, que empleó todo su poder en apagar aquella llama emanada de Dios. Desde la publicacion del *Libro de las Prisiones*, Silvio ha escrito algunas trajedias nuevas, cuya representacion se ha prohibido, á pesar de su carácter profundamente moral y enteramente ageno á las cuestiones políticas. El Austria no quiere que la Italia celebre un poeta en la persona de un prisionero de Estado. Las obras dramáticas de Silvio se componen de ocho trajedias: *Francesca de Rimini*, de que hemos hablado; *Eufemio di Messina*, compuesta

en la época del *Conciliador*, y que la censura permitió imprimir con la condicion de que jamás se representase; *Ester d' Engaddi*, *Iginio d' Asti*, *Leoniero da Dertona*: estas tres últimas creadas en los calabozos de Venecia y de Spielberg; *Gismonda*, prohibida recientemente cuando acababa de tener un grande éxito, y por último, *Eroldade* y *Tommaso Moro*. Ademas de estas trajedias, ha publicado Silvio doce *cantiche*, pequeños poemas narrativos sobre asuntos morales y caballerescos, sacados de los anales de Italia; la *cantica* es un género que Silvio ha creado y en el que sobresale. Ha publicado ademas una coleccion de poesías sueltas, bajo el nombre de *Poesie inédite*, en donde hay trozos muy notables. La obra de Silvio que mas boga ha tenido, despues de su *Libro de las Prisiones*, es el volúmen en prosa que ha publicado bajo el título de *I Doveri dell' uomo* (*los deberes del hombre*). «Dulce y sábia teoría, dice un escritor, con una moral de que el mismo autor sirve de ejemplo.»

En el dia, Silvio Pellico vive tranquilamente en Turin en el seno de su familia, rodeado de amigos generosos, que rivalizan en bondad y atenciones, para hacer olvidar al mártir italiano



sus largos y crueles padecimientos. A pesar del cuidado de Silvio en ocultar su vida, las miradas de todo el mundo se dirigen hácia él; sabida es la sensacion que causó, hace pocos meses la noticia dichosamente falsa de su muerte. «No tiene, dice el escritor (*) que hemos citado antes, tiempo apenas para componer nada. Ocupa casi todo el dia en su correspondencia, precisado á contestar á las cartas afectuosas que de todas partes de Europa van á buscarle en su retiro. Pero esta tarea oscura y cansada en sí misma, es dulce para él, porque la hace útil, y y porque de este modo desempeña sin salir de su casa, el papel de convertidor lejano; Silvio poseia cuanto era menester para tener crédito entre la juventud actual; posee este influjo y se sirve de él para conducirla á Dios.

(*) Mr. Guerrier de Dumast.

LORD PALMERSTON.

Biblio

LORD PALMERSTON.

Palmerston! ha hecho una cosa grande, una de las mayores que desde mucho tiempo se hayan hecho para la Inglaterra. — DISCURSO DE MR. BERRYER. (Sesion de 2 de Diciembre de 1840).

Tenian razon los hombres de Estado que en el gabinete inglés decian á Lord Palmerston: sacrificais la política elevada á la pequeña. — DISCURSO DE MR. JOUFFROY. (Sesion del 1.° de Diciembre de 1840).

No hay salvacion sino probando que la mano que ha firmado el tratado de 15 de Julio, es una mano *criminal*. Es el único medio de que la luz del dia pueda esclarecer *aquella infame traicion*. Si Lord Palmerston saliese del gabinete, no por eso quedaria menos en pié el sistema, si no se destruye en su persona misma. — LA CRISIS: por MR. URQUHART, página 52.

Véanse aqui tres opiniones muy diferentes, formuladas en la misma época, por el mismo he-

cho, y sobre la misma persona. Lord Palmerston, mirado con el microscopio de Mr. Berryer, toma de repente proporciones gigantescas. La Inglaterra debe erigirle estatuas, la historia destinarle una gran página. «¡El movimiento del mundo ha variado! esclama Mr. Berryer; el fondo del Mediterráneo ha vuelto á ser el centro del mundo, del mundo activo, del mundo social, del mundo comercial, del mundo industrial. El fondo del Mediterráneo es el lazo de esos sesenta millones de habitantes y súbditos de la India, cuyos dominadores descansan en su isla del lado allá del estrecho de la Mancha. El fondo del Mediterráneo, es en el dia el punto centrico de todos los grandes negocios del globo; Palmerston ha sentado en él el pabellon inglés; ha hecho una cosa enorme, y no me admira que los toris mas ardientes de Inglaterra, esten resueltos en el dia á sostener firmemente á ese gefe del gabinete whig.»

Mr. Berryer era un gran orador y mal profeta, pues á poco tiempo, en lugar del *firme apoyo* que le pronosticaba el orador francés, recibió Lord Palmerston de los toris de Inglaterra, la mas fuerte zancadilla que se ha dado

desde mucho tiempo á un hombre de Estado

El segundo apreciador, Mr. Jouffroy, es menos entusiasta; para él, asi como para otros muchos, Lord Palmerston es un hombre de estado de pocos alcances, de un entendimiento limitado y tenaz, sacrificando por obstinacion al triunfo de un momento, á la satisfaccion de su vanidad personal, los verdaderos intereses del pais. Los peligros, dice Mr. Jouffroy, le vendrán á la Inglaterra de la Rusia y no de la Francia; y como la Inglaterra nada puede contra la Rusia sin la Francia, obra la Inglaterra contra sus intereses al quebrantar y enagenarse á la única nacion capaz de servirla con provecho en la gran lucha, que tal vez decidirá un dia su existencia. Para creer inatacable y perfecto el silogismo de Mr. Jouffroy, seria preciso estar seguro de dos cosas: 1.º que la Francia sabrá recordar su injuria y obrar en consecuencia; 2.º que jamás podran entenderse y arreglarse á su costa, la Inglaterra y la Rusia. Estas dos proposiciones, que en nuestro concepto se enlazan con bastante fuerza para que la solucion de la primera ocasione la de la segunda, no están todavia, á nuestro modo de ver, de tal modo demostradas, en especial desde el

nuevo convenio llamado *de los estrechos*, que no quede á la Inglaterra mas recurso que llorar las calaveradas de su ministro.

La tercera opinion acerca de Lord Palmerston, la de Mr. Urguhart, no por estar menos estendida que las otras dos, deja de tener aun en Inglaterra algunos adictos, especialmente en el partido radical. Mr. Urguhart, autor de un libro titulado *La Turquía y sus recursos*, es un publicista inglés, de talento y sobre todo de imaginacion; y cuando los ingleses la tienen, tienen mucha. Mr. Urguhart, ex-secretario de embajada en Constantinopla, creemos que fue destituido por Lord Palmerston, lo que sin duda ha contribuido á la exaltacion que le es natural. Bajo esta disposicion de espíritu, ha publicado el autor de *La Turquia y sus recursos*, un libelo en francés, muy curioso, con el fin de probar que Lord Palmerston no es un grande hombre de Estado, como dice Mr. Berryer, ni un pequeño estadista, como dice Mr. Jouffroy, sino un *gran traidor*, un *profundo pícaro*, que hace diez años prepara ocultamente un atroz complot; y no se propone nada menos que entregar la Inglaterra atada de pies y manos á la Rusia.

Para ocultar mejor sus designios, este ministro Judas, profesa abiertamente durante diez años una política anti-rusa, y oculta con apariencias de oposicion su secreta connivencia con el Gabinete de San Petersburgo. «¡En este sistema, esclama Mr. Urguhart, todo está enlazado; nada se escapa á la ambicion inmensa que es su alma, ni al profundo disimulo que es su instrumento! ¡No hay un acto que no sea un crímen, ni una palabra que no sea una mentira! Crímen que triunfa, porque rinde al espíritu humano con su enormidad, etc.» Mr. Urguhart sigue en este tono de melodrama durante cien páginas. En su preocupacion, hasta acusa á Mr. Thiers, si no de complicidad, de una imperdonable ceguedad por lo menos, en haberse contentado con armar, en vez de instruir él mismo el proceso de Lord Palmerston, probando doctamente al pueblo inglés la perversidad de aquel ministro, «que; dice, os hubiera comprendido y se hubiera levantado como un hombre solo para unirse con vosotros bajo la enseña de la justicia;» y Mr. Urguhart, concluye declarando á la Inglaterra que está perdida, si no se apresura á destruir el sistema de Lord Palmerston *en su misma per-*

sona; es decir en buen castellano, *ahorcar* á Su Señoría; ó por lo menos, en consideracion á la noble sangre de los *Temple*, entregar su pérfida cabeza á la cuchilla del verdugo.

¿Será preciso hacer ahora lo que Mr. Urguhart echa en cara á Mr. Thiers no haber hecho? ¿habrá que confesar que el crímen de Lord Palmerston oprime el entendimiento humano por su enormidad? Se deberá erigir á Su Señoría, llena de *afeite* (*his cosmetic Lordship*), como dicen los periódicos toris, en un vandido colosal, y entregar al verdugo esa cabeza de jóven de sesenta años, con peligro de incurrir en las maldiciones de las rúbias ladies del otro lado del canal? ó se deberá, por imparcialidad, decir que que es el génio político mas eminente de Inglaterra? ¿decirlo con Mr. Berrier, que ha hecho una cosa grande, enorme, ó repetir en su elogio uno de esos ditirambos burlescos que todas las mañanas le prodiga Sir Napier, el ejecutor de sus altos hechos, el vencedor de Beyrouth, el belicoso comodoro, que es á Nelson lo que su patrono es á Conning?

El lector nos permitirá que no adoptemos ninguno de estos dos sistemas; y nos parece difí-

cil, aun colocándose bajo el punto de vista inglés, unir al nombre de Lord Palmerston idea alguna de *enormidad*, ni en bien ni en mal; y puede decirse de Su Señoría, que no ha merecido.

Ni cet excès d' honneur ni cette indignité.

En efecto, porque la Francia, despues de haber defendido en Julio de 1839, en la persona de Mr, Villemain contra Mr. de Lamartine *los derechos adquiridos* de Mohamed-Aly, poseedor entonces de la Siria; despues de haber dicho, en la misma época, por el órgano de Mr. de Guizot, que el tener que desempeñar un papel en la cuestion de Oriente, *es para ella una buena fortuna; que la política de la paz, por lo mismo que está frecuentemente ociosa y enfriada, corre riesgo de pasar por pusilánime y egoista*, y que *los grandes intereses generales*, *los grandes intereses morales*, jamás deben ser sacrificados á semejante política; porque la Francia, despues de haber dicho en Julio de 1839, por el órgano de Mr. Dupin, que *el dia en que el Sultan dejase de batirse solo contra uno de sus bajás*, tenia el *derecho* y el *deber* de intervenir; porque la

Francia despues de haber declarado, en Julio de 1839, por el órgano de Mr. Jouffroy (1) con aplauso de toda la Cámara; que no toleraría de *ningun modo* que se resolviese la cuestion sin su concurso; porque la Francia despues de haber dicho todo esto, ha sido llevada por una série de faltas, en que todo el mundo tiene parte, á decir un año despues, lo contrario de lo que habia dicho, por el órgano de los mismos hombres que la animaban poco antes, hasta el momento en que el mismo que habia hablado en nombre suyo en 1839, Mr. Jouffroy, usando por lo menos de franqueza, les ha recordado la verdad con las siguientes palabras que reasumen toda la situacion. «Digo, que hemos salido mal en el negocio de Oriente pues no hay mas que un sentimiento en la Cámara y en el pais; y es que en este negocio la Francia, ha sufrido un *grande* y *notable* golpe (**).» Porque la Fran-

(*) Mr. Jouffroy hablaba en nombre de la comision que concedió por *unanimidad* el crédito estraordinario de 3) millones, pedido entonces por el ministerio de 12 de Mayo, para poner las fuerzas navales en un pié respetable, en el Levante.

(**) Sesion de 1.° de diciembre de 1840.

cia desposeida ya de toda influencia en Constantinopla, se ha resignado benévolamente á sufrir igual suerte en Egipto y en Siria; porque en una palabra ha sufrido la Francia un *grande* y *notable* golpe, no veo hasta ahora nada para que la Inglaterra, con Mr. Urguhart, deba acusar de un crímen horrible á Lord Palmerston.

Por otra parte, porque un hombre cuya vida política tan larga y por tanto tiempo tan insignificante, no ha traspasado jamás los límites de la mediania; porque este hombre, despues de *haber representado desde 1809* el papel oscuro de *utilidad*, de *comparsa*, en casi todos los gabinetes toris y whigs que se han sucedido en Inglaterra; porque este hombre definitivamente alistado en 1830, bajo las banderas del partido whig, eclipsado al principio por todos los hombres eminentes que formaban el primer ministerio Grey, se ha visto crecer poco á poco, con la salida ó la muerte de la mayor parte de aquellos hombres, *hasta el punto de adquirir en el gabinete*, tan frecuentemente dislocado de Lord Melbourne, *una importancia que nada justifica en él*; porque este hombre, asi *agrandado por casua-*

lidad, despues de haber proclamado durante diez años, que la alianza anglo-francesa era la salvacion del mundo; despues de haber propuesto á la Francia un acto de agresion abierta contra la Rusia, se decide bruscamente, de un dia para otro, á pasar del uno al otro campo, sin mas motivo que su vanidad herida por la supuesta gestion directa de Mr. Thiers con el Bajá, y el hecho accidental de la insurreccion de la Siria; y arrastra á su pesar á sus cólegas á una política de cabo de escuadra, basada únicamente en una prevencion injuriosa para los franceses, y que tan temeraria hubiera sido en otros tiempos (*); porque este hombre obrando así ligeramente, sin plan fijo, sin medios preparados (**) para hacer frente á las eventualidades que podian salir de un conflicto, y con riesgo de envolver á la Eu-

(*) Mr. Guizot mismo, ha declarado (véase su discurso en la discusion de contestacion al de la corona) que Lord Palmerston no habia firmado y llevado á ejecucion al tratado de 15 de Julio, sino porque tenia el convencimiento de que la Francia hablaria mucho, no obraria, y acabaria por conformarse.

(**) Es constante (véase la discusion de la contestacion al discurso del Trono) que en el momento del ataque de Beyrouth, la Inglaterra solo tenia nueve navíos en el Mediterráneo, al paso que la Francia tenia quince.

ropa en una guerra interminable, se encuentra de repente justificado por dos hechos igualmente *impresumibles*, la debilidad militar del Bajá, y la inaccion de la Francia; porque en una palabra Lord Palmerston, cuando el *statu quo* no tenia peligros y la intervencion estaba rodeada de riesgos, se decidió ligeramente, sin necesidad urgente, á jugar el reposo del mundo con una probabilidad contra dos, y porque ha ganado el juego, nos es imposible ver en este, *envido el resto*, de un jugador impaciente y afortunado, una de esas concepciones maduradas por mucho tiempo combinadas con fuerza, bastante estensas para abarcarlo todo, bastante sólidas para hacer frente á todo, bastante vitales para satisfacer al presente y al porvenir, y tales en una palabra como pueden salir de la cabeza de un hombre de génio.

Se ha dicho muchas veces que el tratado de 15 de Julio variaba la faz del mundo; es posible, aunque muchos de los que al principio lo decian en alta voz, afectan en él dia desdeñar de un modo estraño, lo que presentaban como tan formidable; pero lo que nos parece cierto, es que Lord Palmerston se cuidaba poco de aquel gran

resultado. Su objeto era menos estenso y mas inmediato; la influencia rusa le ofuscaba en Constantinopla, y la francesa en Egipto; y no pudiendo destruirlas ambas, ha querido por lo menos romper una ú otra; para conseguirlo ha tomado el camino mas corto; ha principiado por proponer á la Francia que obrase contra la Rusia, forzando de acuerdo los Dardanelos. La Francia fiel á ese espíritu de indecision que caracteriza su política esterior desde la muerte de Casimiro Perier, se ha negada á ello, y estaba en su derecho; pero debia esperar lo que ha sucedido: á saber, que no pudiendo el Lord arreglar la cuestion contra la Rusia con ella, procuraria arreglarla con la Rusia contra ella. Sin embargo, este caso estremo presentaba obstáculos numerosos, que hubieran contenido á un entendimiento menos presuntuoso; era preciso para dar la razon á Lord Palmerston, que Ibrahim, agarrotado por las esperanzas francesas, no pasase el Tauro; que la escuadra rusa no tuviese que salir del Mar-Negro para ocupar a Constantinopla; que una brillante escuadra francesa se pasease *inocentemente* desde Salamina a Tolon, mientras cuatro ó cinco navios bombardeaban á Beyrouth;

era preciso que el Bajá, esperando siempre un apoyo formal, mandase la inaccion á su hijo; que Mr. Thiers, dueño por un momento de la situacion, esperase á su vez para obrar, que pudieran arrojarle á la frente el invencible argumento de los *hechos consumados*; era en fin preciso que el mismo Bajá se hiciese tambien el humilde servidor de los *hechos consumados*, de Sir Napier y del Foreing-Office, hasta que sus sucesores vayan á refunfuñar en las calles de Lóndres, con todos esos pequeños soberanos de la India, que toman el pálido sol inglés en Hyde-Parc. aprenden á cantar el *God save the Queen*, y olvidan sus reales esplendores bebiendo *porter* á espensas del tesoro público. Se necesitaba que Lord Palmerston, al dejar de ser ministro, ni siquiera tuviese que legar á sus sucesores, como consecuencia de su temeridad, el temible aislamiento de la Francia; era preciso en una palabra, que el ministro elegante apareciese hasta el fin en política, lo que fué en otro tiempo en amor, el hijo mimado de la fortuna. Y ahora, entretanto que se haya cambiado la faz del mundo por el hecho de Lord Palmerston; lo que solo seria una prueba mas de que todos los medios

sirven á la Providencia para lograr sus fines; como este nombre está ya para siempre enlazado con un hecho histórico, cuyos resultados pueden ser inmensos, vamos á esforzarnos en bosquejar aqui brevemente los principales lineamientos de esa vida por mucho tiempo oscura.

El muy honorable Lord Henry John Temple, vizconde Palmerston, nació el 10 de Octubre de 1784, de una familia de mediana aristocrácia originaria del Buckinghamshire, y que se estableció, segun creemos, en Irlanda á mediados del siglo XVII. Pertenece á esta familia el célebre diplomático Sir William Temple que representó un papel bastante hermoso en el reinado de Cárlos II. Al firmar el tratado de 15 de Julio, Lord Palmerston ha podido inspirarse con una tradicion de familia, pues precisamente uno de sus antepasados, ese mismo William Temple, fue el que firmó con Juan de Witt en Bruselas, el tratado de 1688 entre la Holanda, la Inglaterra y la Suecia, para obligar á la Francia á restituir sus conquistas en los Paises-Bajos. El padre de Lord Palmerston, ejercia las funciones de *ottorney* general de Irlanda, y tenia la reputacion de tori reforzado. Nada sabemos de los primeros

años de Su Señoría, si no que era un muchacho muy bonito, muy vivaracho, muy mimado, en virtud de su derecho de primogenitura, tan poderoso todavia en Inglaterra, y que mereció muy jóven el apodo de *Cupido*, con que sus conciudadanos le han honrado mas adelante, á causa de su probada superioridad en materia de galantería.

Muy jóven todavia, fue enviado al colejio aristocrático de Harrow, donde estuvo en compañía de Sir Roberto Peel, de Byron, de Bankes, de Hobhouse, y de muchos otros jóvenes que, todos, valiéndonos de las palabras de Byron en una nota de sus memorias, han hablado y hecho hablar de ellos. Los estudios de Lord Palmerston, fueron bastante buenos. Sin embargo, en medio de aquella vida semi-claustral y semi-mundana que hacian en Harrow los jóvenes patricios de Inglaterra, sucedió que el descendiente de los Temple, descuidó un poco los austeros deberes del *escolar*, por adquirir las cualidades mas brillantes del *gentil-hombre*. Lord Palmerston al salir de *Harrow-School* pasó á la Universidad de Edimburgo, despues á la de Cambridge, donde se entregó á los solaces disipados

y turbulentos, con que un jóven inglés de buena casa se prepara para ejercer los elevados cargos públicos. A los veinte años le encontró su familia un burgo (*) *cerrado* ó *podrido*, que le envió en 1805 á la Cámara de los comunes. Cuatro años despues, á los veinte y cinco de edad, desempeñaba Lord Palmerston las funciones de ministro de la guerra (*secretari of war*), que ha conservado durante diez y nueve años seguidos. Pegado por decirlo así á su cartera, pasó en la oscuridad junto con ella, desde Mr. Perceval, á Lord Liverpool, de Lord Liverpool, á Mr. Canning, de Mr. Canning, á Lor Goderich, de Lord Goderich, á Lord Wellington, hasta que la dimision tan tímidamente presentada y tan brutalmente aceptada de Mr. Huskisson, su amigo, obligó á Lord Palmerston á separarse con pesar suyo, de su querida cartera, y á seguir á Mr. Huskisson en la oposicion whig. Esto sucedia en 1828.

(*) Es preciso no confundir los burgos cerrados (*close boroughs*) con los burgos podridos (*rotten boroughs*) ambos abolidos por lo demas desde la reforma electoral. En los primeros no faltaban electores, pero sus votos correspondian de derecho á algun poderoso. En los segundos, no habia en realidad mas que una ó dos personas con derecho de votar.

Los lectores españoles, que apenas hayan oido hablar de Lord Palmerston desde el año de 1830, preguntarán tal vez cómo no han tenido antes conocimiento de un hombre, que siendo tan jóven, desempeñó en su pais durante diez y nueve años funciones tan *importantes* como las de ministro de la guerra; que las desempeñaba en una época en que la Inglaterra sostenia contra Napoleon un duelo á muerte, del cual salió victoriosa, y que de consiguiente parecia que debia tener una gran parte en la gloria de aquel triunfo? Tal vez preguntarán tambien ¿cómo se puede ser ministro de la guerra en cinco ó seis gabinetes sucesivos y diferentes? ¿y si esa inmovilidad en semejante puesto, en medio de todas las modificaciones ministeriales, no supone necesariamente una de esas *especialidades* estraordinarias, una de esas capacidades de que no es posible prescindir, y que sacan el principio de su duracion del poder, de un talento superior y de la fuerza de las circunstancias?

Entrados en este camino, no tienen los lectores mas que andar, é iran lejos. Cómo! un hombre que desde 1809 á 1815 *dirige* en el silencio del gabinete la gran lucha que sostuvo la

Inglaterra en todos los puntos de Europa, que vigila las operaciones de Wellington en Portugal y en España, que prepara la *victoria* de Waterloo, y despues de haber *vencido*, como ministro de la Guerra al mayor Capitan de los tiempos modernos, pasa luego á los negocios esteriores, en medio de las mas criticas circunstancias, hace frente á todas las dificultades, y concluye, como dice Mr. Berryer, por variar la faz del mundo. ¡Este hombre, es un hombre grande, si los hubo! ¡tan gran estratégico como diplomático! ¡y la historia no dice una palabra de él durante veinte años! ¡y apenas se encuentra su nombre al fin de todas las listas ministeriales! ¡y la Inglaterra habla de Pitt, de Fox, de Canning, y aun de Castelereagh! ¡que aguarda para llenarse de gloria habiendo dado el ser á Lord Palmerston, que ha firmado el tratado de 15 de julio! Es que hay en esa tardia glorificacion una grande injusticia; pues al fin Lord Palmerston ha sido á los veinte y cinco años el Carnot de Inglaterra antes de ser su Richelieu.

Bastará para calmar la impaciencia de los lectores, decirles, si lo ignoran, que de todas las *sinecuras* que tanto abundan en Inglaterra, es

muchas veces la primera el empleo de ministro de la Guerra; es por lo comun lo que se llama una cartera puramente *política*, una de esas casillas tan numerosas, en donde el gefe del gabinete, el *leader*, al llegar al poder, coloca á los mas insignificantes de su falange. Supóngase á uno que es poeta, abogado, matemático, ó currutaco, cuya palabra carece de influencia en la Cámara de los Comunes, y que no tiene bastante importancia para aspirar al timon de los negocios esteriores; pero que tiene celo, relaciones distinguidas, una buena posicion en el mundo; que está de moda, que ha trabajado con todas sus fuerzas para la caida del ministerio anterior, y que quiere una parte del turron: el *leader* no sabe qué hacer de él, y le hace ministro de la Guerra, (*secretary of war*). Mr. Macauley que desempeñaba este empleo en el último ministerio whig, es un literato á quien suponen de mucho talento, pero que conoce la historia de la clásica falange macedonia, mucho mejor que la organizacion del pais (*).

(*) Sir Hardinge, que ha sido llamado á este puesto en

Entre las treinta ó cuarenta personas que cada cambio ministerial hace llegar de este modo á los puestos ministeriales, jamás hay entre ellos mas que un número muy corto que comparta con el gefe del gabinete la direccion de los negocios; los demas solo tienen una importancia secundaria, proporcionada á lo que personalmente valen, y no llenan mas que *por la forma* las funciones de que estan revestidos. Entre nosotros se estraña que el ministerio de guerra ó marina se confiera á una persona que ni es marino ni soldado; en Inglaterra es esto muy comun, y á nadie sorprende; y hasta opinan muchos que es un bien, en el concepto de que siendo siempre dirigidos los negocios del ramo, fuera de las luchas y de los hombres políticos, por consejos y agentes *especiales* y casi siempre *permanentes*, siguen una marcha mas regular, mas uniforme, y participan menos de los inconvenientes de la instabilidad ministerial; al paso que cuando se suceden con tanta rapidez en uno ú otro ministerio hombres especiales,

el nuevo gabinete tory, es, *cosa extraordinaria*, un oficial distinguido.

se creen obligados muchas veces á hacer cosas nuevas, deshaciendo la obra de su predecesor, é imprimiendo á la marcha de la administracion una instabilidad perjudicial. Pero no es este lugar de tratar esta grave cuestion, examinando cual de los dos métodos es preferible; lo poco que de ello decimos no tiene otro objeto que dar á conocer á nuestros lectores por qué Lord Palmerston, en una época en que apenas era conocido si no por el corte de su casaca, la elegancia de su cabello, sus proezas galantes, sus triunfos en el baile de Almacks, su habilidad en valsar, de lo cual le atribuyen algunos la importacion en Inglaterra, la sonrosada frescura de su tez, su mezcla de fatuidad y de arrogancia, ese modo de presentarse tieso y al mismo tiempo descompuesto que constituye lo que llaman los ingleses un *esclusivo* (*) es decir un *Leon* por escelencia; por qué,

(*) En la jerga elegante, solo merece el título de *esclusivo*, el que tiene el privilegio de dar el tono entre la pandilla. El *esclusivo* profesa un soberano *desprecio* por el *dandy* vulgar, al cual llama un *(nobody)* nada. El esclusivo es esencialmente *interruptor* (cutteer) por naturaleza, y se le conoce por la manera como *interrumpe* al *nobody*. El arte del *cut* consiste en fingir no conocer á uno á quien

decimos, Lord Palmerston ha podido ser deudor á cualidades de esta especie, cuya influencia no es pequeña entre aquellos isleños, de ser llamado tan jóven á desempeñar el ministerio de la guerra. (*)

Fáltanos esplicar cómo ha conseguido Lord Palmerston *eternizarse* en su *sinecura*, posar por todos los gabinetes torys de diversos colores hasta el momento en que fue á buscar una cartera en un ministerio whig, lo que nos lleva á reasumir lo mejor que podamos estos dos periodos de la vida política de Lord Palmerston.

se conoce perfectamente, y en negarse con descaro á saludarle, de miedo de no rebajarse hablándole, esto es lo que el *esclusivo* llama interrumpir á un hombre. Damos estos detalles, en primer lugar, porque no nos parecen fuera de sazon tratándose de un ministro *leon*, que en sus relaciones con la Francia parece haberse colocado un tanto como un *cutter* (véase la contestacion al *memorandum* de Mr. Thiers, y su discurso á los electores de Tiverton) y despues porque la moda es hoy en Inglaterra un poder formidable, aun en las cosas sérias.

(*) Debemos añadir sin embargo, que el *Morning-Chronicle* de Julio de 1809, hablando de este nombramiento se burla muy agradablemente del ministerio Perceval por el apoyo que va á encontrar en la *literatura* del *jóven* Lord Palmerston. Lo que indica al parecer que el *jóven* Lord, unia á las cualidades antes enumeradas, pretensiones de literato, que no hemos visto justificadas.

Los cambios de colores, por mas que se haya dicho lo contrario, son tan comunes en Inglaterra como en otras partes. Hay allí tambien transformaciones en el modo de considerar la política, que se esplican y justifican por la influencia pura y sencilla de los hechos esteriores, y el trabajo interior del pensamiento. Lord Stanley, tory en el dia, era no hace ocho años whig: Lord Lyndhurst, el actual canciller, uno de los conservadores mas grandes de la Gran-Bretaña, hijo del pueblo y por consiguiente demócrata, pasaba en otro tiempo el estrecho, en tiempo de la república francesa, para llevar á los clubs parisienses mensajes de felicitacion. Lord Brougham ha votado sucesivamente con los radicales, con los whigs y con los torys. Pudiéramos citar á otros mil nombres distinguidos que han pertenecido á opuestos partidos. Diremos tambien que en Inglaterra la opinion es menos severa y con frecuencia mas justa sobre tales cambios; dependiendo esto de varias causas que solo podemos indicar aquí. En primer lugar, entre los torys y los whigs, aunque sea el combate violento en palabras, hay mas de un punto de contacto; en el fondo estas dos grandes fracciones parlamen-

tarias representan el mismo interes; los mismos radicales, ó por lo menos gran parte de ellos, nada tienen de *comun con los nuestros*. No hablamos de los *cartistas*, reunion de individuos que puede llegar á ser mas ó menos peligrosa, pero que aun no forma un partido. Cuando los puntos de contacto son tan numerosos entre los partidos y los hombres, por multiplicadas que sean las diferencias de pormenores, las transacciones son menos difíciles; ademas, en Inglaterra, siendo la riqueza la regla, y la pobreza la escepcion, en casi todos los que toman parte en los negocios, la acusacion de corrupcion, de deseo de lucrar y de empleos, esa acusacion que persigue entre nosotros á cuantos modifican sus opiniones en sentido contrario á la oposicion, es menos encarnizada, menos persistente. Debemos añadir, sin embargo, que Lord Palmerston es uno de los hombres á quienes se ha dirigido mas vivamente este cargo ¿lo mereceria mas que otros? Examinemos los hechos.

Cuando á los veinte y un años de edad, con una fortuna patrimonial relativamente mediana (*)

(*) Despues se ha aprovechado de su *posicion*, ca-

Lord Palmerston llegó á la Cámara de los Comunes, Pitt, el gran ministro, el patriota ardiente, se moria jóven todavia, pobre, empeñado, y rendido por los duros trabajos de una vida consagrada enteramente al servicio de su pais.

Cuando murió, el partido whig, dirigido por Fox se apoderó por un momento del timon de los negocios; lo conservó poco tiempo, y apenas habian transcurrido ocho meses, que ya Fox, muerto por el trabajo como Pitt, iba á descansar bajo las losas de Westminster, al lado de su ilustre adversario, y el gabinete whig caia á los golpes del jóven Canning, que se anunciaba entonces á la Inglaterra como el sucesor de Pitt, como el proseguidor de la política de guerra á muerte contra la Francia y Napoleon.

Lord Palmerston descubrió al momento que el partido whig estaba aun alejado del poder por mucho tiempo, y deseando adelantar, se alistó

casándose con la viuda del conde Cowper, que fue en otro tiempo una hermosura á la moda. Lady Cowper le ha llevado una fortuna bastante considerable, y el título de cuñado de Lord Melbourne.

en las banderas del torysmo, se hizo el oscuro satélite del astro brillante de Canning, á quien sostuvo lo mejor que pudo, mas bien fuera que dentro de la Cámara, donde era nula su influencia, y su palabra sin brillo ni poder. Canning recompensó su celo haciéndole nombrar primero, *sub-lord* del Almirantazgo; y despues, cuando el desafio de Canning y Castelereagh, y la dimision simultánea de estos dos personajes causaron la dislocacion del gabinete, durante el trabajoso engendro del ministerio Perceval, Canning, que por razones de conveniencia se creia obligado á permanecer alejado del ministerio, contribuyó de buen grado á hacer que se *mueblase* con hombres insignificantes pero adictos, y el *Times* del 24 de Octubre de 1809 anunció á sus lectores admirados: «que los sellos de la secretaria del Estado y de la Guerra, despues de haber sido llevados de una parte á otra durante muchos dias, se acababan de ofrecer á Lord Palmerston; jóven, añadia el periódico, que no ha cumplido veinte y un años hasta el viernes último.»

En aquel ministerio y en el de Lord Liverpool, Lord Palmerston formó parte de la minoría que

se mostró en el gabinete favorable á la emancipacion de la Irlanda, sostenida fuera de él por Canning. Hasta 1815 la parte personal de Lord Palmerston en los grandes negocios esteriores fue muy limitada, y se redujo á algunos informes oficiales sobre el estado de los ejércitos, que leyó de vez en cuando en la Cámara de los Comunes. El ministerio presidido por Lord Liverpool tuvo dos periodos bastante distintos: en el primero, que pudiera llamarse periodo Castelereagh á causa de la influencia que este personage ejerció, habiendo vuelto á encargarse del ministerio de negocios estrangeros, reinó sin contradicion el torysmo mas desenfrenado, y se esplicó en el esterior con la adhesion del gobierno inglés, á las máximas y medidas de la Santa Alianza; en el interior con el *degüello* de Manchester, y los *seis bills* de represion conocidos con el nombre de *seis actas*, que sublevaron á todo el partido whig. Lord Palmerston, que en el dia pretende ser muy liberal, sancionó con su consentimiento todas aquellas medidas. Su posicion, como individuo del gabinete, hasta hubiera llegado á ser penosa, si no hubiera sido muy secundaria. En efecto, Can-

ning que él mismo habia principiado con opiniones *ultra-toris*. Canning por tanto tiempo odioso á los whigs, despues de haber abandonado á la Inglaterra por no asistir á la causa de la Reina, de quien se habia declarado defensor, y despues de un largo viage por el continente, habia vuelto con ideas mas moderadas, y bajo diversos aspectos se habia manifestado tenaz adversario del gabinete de que Lord Palmerston hacia parte. El suicidio de Castelreagh, en 1822, puso término á los embarazos del honorable Lord, dividido entre los dos adversarios, de los cuales el uno era su contrario, y el otro su amigo político. Canning reemplazó á Castelreagh, y al momento se vieron dos partidos en el seno mismo del ministerio; el uno, el viejo partido tory, negando la menor concesion al espíritu del siglo; el otro, el partido Canning, menos absoluto, y mas dispuesto á entrar en una senda de mejoras y progreso. No hay necesidad de decir, que Lord Palmerston se adhirió á Canning; cuando murió Lord Liverpool, en 1827, llegó este á ser primer ministro; los ultra toris salieron del gabinete, fueron reemplazados por los whigs, y

el resto de la vida política de Canning fue con frecuencia una lucha con sus antiguos amigos.

Durante su ministerio y con él, Lord Palmerston, rechazando entonces como ilusoria toda idea de reforma parlamentaria, tomando parte en todas las medidas enérgicas de represion interior, fue ademas el abogado de la emancipacion católica de la Irlanda, que fracasó en la mala voluntad del rey y en una mayoría de cuatro votos en el Parlamento. Canning tardó poco en morir en la misma Cámara, y en el lecho de muerte de Fox. No habiendo cuajado el ensayo de un ministerio de coalicion, bajo la presidencia de Lord Goderich, el partido ultra-tory volvió al poder en Enero de 1828, representado por Lord Wellington y Sir Roberto Peel (1).

Este es el momento mas desagradable de la vida política de Palmerston; habia defendido con su ilustre colega Canning la causa de la emancipacion; con él habia sostenido la causa de los Griegos; se habia asociado á él en todas las medidas que habian hecho su administracion sospe-

(*) Sir Roberto Peel, que representa en el dia el torismo moderado, pertenecia entonces á la fraccion mas absoluta del partido.

chosa á los torys, y consintió en quedar en el ministerio bajo la presidencia del antagonista mas directo de Canning, del hombre que dos años hacia no cesaba de combatir su política como apoyada en un espíritu *innovador y peligroso*; del hombre que se habia pronunciado formalmente en muchas ocasiones contra la *emancipacion*; del hombre que siempre se habia mostrado contrario á las medidas tomadas por Canning en favor de los Griegos; del hombre en fin que acababa de calificar de *untoward event*, *suceso desgraciado* la batalla de Navarino. Este apego, *sea como quiera*, á su cartera, le hizo poco honor en la opinion pública; ocho meses despues hubo altercados sérios entre Lord Wellington y Mr. Huskisson, uno de los antiguos colegas de Canning, que como Lord Palmerston habia consentido en entrar en el nuevo gabinete. Mr. Huskisson habló de dimision; le tomaron la palabra, salió del ministerio, y solo entonces creyó Lord Palmerston que debia seguirle y terminar una situacion comprometida para él, en cuanto parecia que sacrificaba sus principios á su interés.

Desde aquel momento principia á engrande-

cerse un poco la importancia política del honorable Lord; desde 1828 á 1830 dirigió, en union con MM. Huskisson y Grant, una reducida fraccion parlamentaria que formaba una especie de tercer partido entre los torys y los whigs. Al tiempo mismo que aplaudia la emancipacion católica arrancada á Lord Wellington; al mismo tiempo que combatia al noble Duque en su absoluta negacion á toda reforma, se negaba á asociarse á los esfuerzos de Lord Grey, de Lord John Russell para conseguir una reforma general; se pronunciaba por las concesiones en detall, los paliativos y las modificaciones progresivas; apoyaba al partido whig en ciertas ocasiones particulares, como el trasportar el derecho electoral del burgo de East Redfort á las grandes ciudades fabriles, que carecian entonces de todo derecho electoral. Toma una parte activa en las cuestiones de política esteriores; pronuncia sobre los negocios de Portugal, en 1829, y sobre los de la Grecia, en 1830, dos discursos que hicieron cierta sensacion. Durante aquel periodo de semi-oposicion, se hizo notable Lord Palmerston por ataques bastante vivos contra las simpatías esclusivas de Lord Wellington en favor de los

gobiernos absolutos de Europa. — « Espero, esclamaba entonces el hombre que mas adelante habia de sacrificar tan ligeramente la alianza francesa á la rusa, espero que la Inglaterra no se enlazará jamás con los representantes del principio de intolerancia militar en asuntos de gobierno. Confio que el gabinete procurará obtener las simpatías del pueblo, conservando no solo en el pais, sino aun en todas partes donde pueda alcanzar su accion, la preponderancia de los principios de un liberalismo sábio, justo é ilustrado. »

Sabido es cómo por rechazo de la revolucion de Julio cayó el ministerio Wellington; el partido whig debió á aquel gran suceso el reconquistar en Inglaterra un ascendiente que habia perdido hacia ya 50 años. La alianza anglo-francesa que fue el constante ensueño de Mirabeau, y cuyo pensamiento legó á Talleyrand; la alianza anglo-francesa fue la consecuencia de aquella simultaneidad del triunfo de la ideas liberales en Francia y en Inglaterra; y por una coincidencia singular, el partido whig, debilitado sucesivamente á medida que se alejaba del sistema del cual sacaba tal vez su fuerza, recibió un golpe inmen-

so, y sucumbió en el momento mismo en que rompia el lázo que le unia á la Francia.

El ministerio whig, dueño de los negocios durante diez años, y apenas interrumpido en su posesion por la tentativa desgraciada de los torys en 1834, apoyado primero por una poderosa mayoría, ha visto aumentarse progresiva y anualmente el número de sus enemigos, y disminuir en igual proporcion el de sus amigos, hasta el punto de verse en 1841 separado del poder por una mayoría de 80 votos; y sin embargo, apresurémonos á decirlo, el ministerio whig, cuya historia presenta cuatro épocas muy diferentes, en la desigual carrera que ha recorrido, ha llevado á cabo grandes cosas. El primer ministerio Grey es sin disputa uno de los mas gloriosos para la Inglaterra. Viérose reunidos bajo la enseña de un hombre ilustre por treinta años de hermosos combates políticos, á Lord Brougham, Lord Stanley, Lord Dhuram, Lord John Russell, Sir James Graham, Lord Ripon, Lord Howick, el Duque de Richemond, Lord Melbourne y Lord Althorp; el público se admiró un poco de ver el nombre, inferior hasta entonces, de Lord Palmerston unido á todos aquellos nombres célebres en el partido whig.

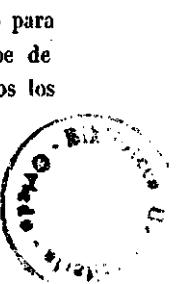
Pero el recuerdo de Canning protegió á su descolorido discípulo; el choque que habia tenido en la última sesion con Lord Wellington, el apoyo que acababa de prestar á los whigs, sin entregarse sin embargo á ellos antes de la victoria, parecieron á Lord Grey motivos bastantes para acogerle en su campo, y admitirle á los honores del triunfo, encargándole el ministerio de negocios estrangeros, con el cual ha atravesado todas las vicisitudes interiores del ministerio whig durante diez años, y que no dejó sino por un instante, cuando la brusca invasion del gabinete por Lord Wellington y Sir Roberto Peel, para volverse á encargar de él al momento, hasta el en que definitivamente tuvo que entregarlo á las manos vencedoras de los torys.

No es este el lugar de resumir todas las grandes luchas que ha sostenido el partido whig en el interior, y todas las cosas grandes que ha hecho; hablaremos de ellas cuando tratemos de hombres que representen mas completamente dicho partido. La política esterior del ministerio whig es conocida; ha sido casi siempre diestra, feliz y útil al pais, á cuyo objeto todo lo sacrifica el gobierno inglés, cualquiera que sea el

partido que ejerza el poder. Principió por conservar la paz del mundo, uniéndose estrechamente con la Francia, de modo que le impedia á un tiempo atacar y ser atacado: arregló despues la cuestion belga, tan complicada de accidentes y protocolos, en provecho de su influencia política y de su interés comercial; formó la cuádruple alianza con el objeto aparente de defender la causa constitucional de España y de Portugal, donde ha conseguido establecer la influencia esclusiva de la Inglaterra, y con ella destruir todo germen industrial en el último reino, y trabaja asiduamente y de todos modos para reducir al mismo miserable estado nuestra industria, por medio de un tratado de comercio; ha llevado adelante en todas partes una gran medida en la que la política se cubre con la filantropia, esto es, la supresion del comercio de negros, y la abolicion de la esclavitud. Al tiempo mismo que añadia nuevas conquistas á sus conquistas en la India, tomaba posicion en Siria, en Aden, en las islas Bahreyn, en los principales puntos de la costa arábiga, y por último hasta en la China, donde el cañon inglés ha abierto nuevos mercados á sus productos.

Si en todos los demas hechos realizados antes de 1830 por el ministerio whig, no aparece bastante preponderante la accion de Lord Palmerston, para que deba atribuirsele esclusivamente la responsabilidad ó el honor, es difícil no reconocer su influencia personal en la fijacion de límites de las fronteras del Canadá, cuestion agriada con la prision del agente inglés Mac-Leod; la guerra de China, terminada en favor de la Inglaterra por el ministerio tory, y por último la cuestion de Oriente. La sola solucion de estas tres cuestiones puede condenar ó justificar al hombre que las ha promovido. Si la Francia no encuentra en sí misma bastante energía para contener las dos influencias que luchan en su seno, intentando justificarse la una con la otra: si por temor de aquellos á quienes Mr. de Tocqueville llama con razon *los bárbaros del interior*, la Francia constitucional, siempre inquieta y desasosegada, retrocede siempre ante la idea de emprender y seguir con calma, firmeza y perseverancia un gran negocio esterior; si la Francia que posee Marsella, Tolon, la Córcega y Argél; si la Francia, que tiene todos sus intereses vitales en el Mediterráneo, permite que

la Inglaterra, cuya política es tan activa, que la Inglaterra dueña ya del Occeano y de la entrada de los dos mares, dueña de Malta y de las Islas Jónicas, la encierre entre el cabo de Bon y Gibraltar, hasta que pueda quitarle una á una las posiciones que le quedan; en una palabra, si el Mediterráneo llega á convertirse algun dia en un *lago inglés*; la Francia se convertirá en una potencia feliz y poderosa, como la Italia y la España; y Lord Palmerston, en vez de ser una inteligencia mediana, presentuosa y altiva, será á su vez un grande hombre; pues con muchas mas razones que los franceses para temer un conflicto; con la hacienda en desórden, con una deuda enorme, con el desarrollo de fuerzas que hace preciso la vigilancia de las posesiones esparramadas por todos los puntos del globo, con facciones interiores no menos violentas que las de Francia, con un cáncer al costado, llamado la Irlanda, Lord Palmerston no habrá temido atropellar las cosas para abrirse el camino para rebajar á la Francia; y su política de golpe de mano tendrá en su favor el mejor de todos los argumentos; el buen éxito.



EL ARCHIDUQUE CARLOS.

Personages célèbres

EL ARCHIDUQUE

CARLOS DE AUSTRIA.

Este príncipe disfrutaba de una merecida reputacion, que el tiempo por otra parte ha aumentado, y á la cual me complazco en rendir tributo. Posee las eminentes cualidades que forman á los grandes hombres de guerra, y hubiera llegado á ser, no lo dudo, el mejor capitan de su época, á no haberle opuesto la fortuna obstáculos de los cuales no ha podido triunfar con todos sus talentos.

NAPOLEON.

Cuarenta y seis años hace dos generales, nacidos en campos enemigos, principiaron á un mismo tiempo del modo mas brillante su carrera,

en Italia el uno y el otro en Alemania. A fines del año 1796, la Europa entera tenia fijos los ojos en aquellos dos rivales de gloria, de los cuales el mayor contaba apenas veinte y siete años. El uno con treinta mil franceses acababa de conquistar la Italia con una sola campaña, despues de haber destruido sucesivamente tres ejércitos austriacos. El otro, jóven de veinte y cinco años, acababa de salvar á la Austria del mayor peligro que hasta entonces habia corrido. Con sus hábiles maniobras habia rechazado desde el Danubio al Rin á dos ejércitos franceses; habia batido á Jourdan, vencido al vencedor de Fleurús, y obligado á Moreau á la hermosa retirada, tan gloriosa para el que la ejecutó, y por consiguiente, no menos gloriosa para el que la causó con sus combinaciones.

Si la Francia en aquella época, no tenia bastantes elogios y laureles para el vencedor de Collí, de Beaulieu, de Wurmser, el Austria repitiendo las palabras de Moreau, proclamaban su Archiduque el primer capitan del siglo, y el digno sucesor del príncipe Eugenio. De aquellos dos jóvenes héroes, el uno ha llenado todo lo que ofreció desde un principio, pues ha sido Na-

poleon; el otro, menos feliz que hábil, contrariado en su carrera por diferentes obstáculos inferiores, ha visto eclipsarse su gloria ante la inmensa de su rival; y sin embargo, los desastres del Archiduque Cárlos, han sido acompañados de bastante talento y de victorias bastantes, para grangearle la merecida reputacion del hombre de guerra mas hábil, del mayor estratégico que la Europa pudo oponer á los franceses, durante veinte y cinco años de combates. Cuando el príncipe Cárlos, desanimado á un tiempo por las intrigas, por los entorpecimientos burocráticos, y por el triste estado de su salud, hubo abandono definitivamente la carrera, otros vieron caer al poder de sus golpes reunidos, á Napoleon cansado por la victoria y abandonado por la fortuna; hicieron de su suerte su gloria. Solo el Archiduque ha tenido el honor de vencer en luchas iguales, á algunos de los mas ilustres generales del Emperador, y de resistir, con buen éxito algunas veces, con intrepidez y talento siempre, al mismo Emperador en todo el brillo de su poder y de su génio.

La guerra no es solo un juego de ajedrez, cuyo éxito descansa en un conjunto de diestras

combinaciones, es tambien un juego de azar cuyo éxito depende de una multitud de circunstancias esteriores. la palma es del que mejor sabe aprovechar la buena fortuna, y luchar contra la adversa. Véase por qué Napoleon es tan grande en Waterloo como en Lodi, y el Archiduque Cárlos indisputablemente superior á todas las glorias militares que han despuntado en el estrangero en los últimos años del imperio.

Cárlos-Luis de Lorena, Archiduque de Austria, Duque de Teschen, General-Feld-Mariscal del Imperio, hijo de Leopoldo II, hermano de Francisco I, tio del actual Emperador reinante, nació en Viena el 5 de Setiembre de 1771. Recibió la esmerada educacion que es tradicional dar á los individuos de la familia imperial de la monarquía austriaca. Estudió, segun creemos, el arte militar bajo la direccion del Conde de Bellegarde, que era considerado como el táctico mas hábil del Imperio; pero el real discípulo debia olvidar pronto sobre el campo de batalla, en presencia de generales improvisados por la inspiracion y el génio, las antiguas rutinas de la escuela. Apenas contaba veinte años cuando se formó la primera coalicion entre el

Austria y la Prusia, y cuando fue llamada á mandar la vanguardia del ejército austriaco, bajo las órdenes del Príncipe de Coburgo. Durante aquella campaña dió muestras de gran valor, y se distinguió particularmente en la batalla de Nerwinde, en que fué vencido Dumouriez, y reconquistada la Bélgica en una sola batalla, del mismo modo que habia sido perdida. A consecuencia de aquel triunfo, fue nombrado el Archiduque Cárlos gran cruz de la órden de María Teresa, y gobernador de los Paises-Bajos. En la campaña siguiente, cuando la Prusia se hubo retirado de la coalicion, y cuando el Austria tuvo que continuar la guerra con sus propias fuerzas y los subsidios de la Inglaterra, el jóven Príncipe segundó con talento y valor las operaciones algunas veces felices del general Clayrfait. Despues de inútiles esfuerzos para obtener la paz con la mediacion de la Prusia, se decidió el Directorio á dar un gran golpe al abrirse la campaña de 1796. Se decidió por un plan calculado sobre una de las mas estensas escalas de la estrategia moderna. Las operaciones ofensivas de tres grandes ejércitos franceses, el del Rin mandado por Moreau, el del Sambra-y-Mosa,

por Jourdan y el de Italia por Bonaparte, debian enlazarse con el mismo sistema y contribuir al mismo resultado. El ejército de Sambra-y-Mosa debia apoyar su ala derecha en el Rin, mientras avanzase su izquierda en Alemania, conservándose siempre á la altura del ala izquierda del ejército del Rin. El centro y la derecha de este segundo ejército débia penetrar en Suavia, y adelantarse, por el lago de Constanza, hasta las montañas del Tirol, para dar desde allí la mano al ejército de Italia, y los tres ejércitos reunidos hubieran ido á dictar la paz al Emperador en su misma capital.

El Austria vió el peligro y se dispuso á hacerle frente: al mismo tiempo que enviaba á Wurmser con réfuerzos á Italia, dió el mando en gefe del ejército de Alemania, al Archiduque con la cooperacion de los generales Latour y Wartensleben.

Los que quieran conocer á fondo las operaciones de aquella hermosa campaña del Rin, encontrarán los detalles de ella en una obra escrita por el mismo Archiduque, en las Memorias de Jomini, y en la Historia de la revolucion francesa de Mr. Thiers. Los ejércitos de ambas na-

ciones tenian á corta diferencia iguales fuerzas: constaba cada uno de ellos de ciento cincuenta mil hombres. Los franceses tenian dos escelentes generales; pero obraban separadamente y á gran distancia el uno del otro. Jourdan entró en Alemania por Dusseldorf, y Moreau pasó el Rin por Strasburgo. Los dos ejércitos austriacos retrocedieron al principio ante los franceses. Despues de una larga série de combates, mezclados con triunfos y reveses, Moreau, persiguiendo al Archiduque, habia llegado hasta el Danubio, y entraba en Baviera. El objeto del Archiduque al replegarse sobre aquel rio, era concentrarse en él para poder obrar contra el uno ó el otro de los dos ejércitos franceses con fuerzas superiores. Entre tanto Jourdan obligaba al general Wartensleben á retirarse mas allá de Amberg, y procuraba rechazarle á Bohemia; este último iba á practicar aquel falso movimiento, que hubiera abierto el paso hasta el Danubio al ejercito de Sambra-y-Mosa, cuando de repente el Archiduque, creyendo llegado el momento de ejecutar su plan, despues de haber dado á Moreau la sangrienta é indecisa batalla de Neresheim, dejó delante de él para entretenerle al general

BIBLIOTECA

Latour, con treinta y seis mil hombres, se dirigió rápidamente con otros veinte y cinco mil á reunirse con el cuerpo de Wartensleben, y ambos cayeron sobre Jourdan. Este último, inferior en fuerzas, no pudiendo resistir aquel inesperado choque, se preparaba á replegarse sobre Amberg: pero fue alcanzado el 24 de Agosto, atacado y derrotado en diferentes puntos de su línea, y retirándose sobre Salzbach, dejó nuevecientos hombres en poder de los austriacos. Perseguido despues por las tropas ligeras de Wartensleben, le empujaron desordenadamente sobre el Mein. Jourdan sin esperanza de poderse reunir á Moreau, ni recibir socorros de él, creyó poder restablecer en Wurtzburgo sus rotas líneas; pero el Archiduque en persona se apresuró á precederle, y allí se trabó el 3 de Setiembre una nueva batalla. En un principio el ala izquierda austriaca fue rechazada con pérdida, pero el Archiduque mandó al viejo Wartensleben, que mandaba el centro, pasar el Mein á vado con toda su caballería, y cargar la izquierda del ejército francés. Veinte y cuatro escuadrones de coraceros atravesaron á nado el Mein, desembocaron hácia Erfelsdorf, y sostenidos por ocho ba-

tallones de granaderos, derrocaron la izquierda de Jourdan, y precipitaron su retirada sobre el Sieg y el Rin. Asi pues Jourdan despues de haber llevado á Wuartensleben durante dos meses y medio, hasta las fronteras de la Bohemia, fue á su vez, por la atrevida maniobra del Archiduque conducido en veinte y cinco dias desde las fronteras de la Bohemia, bajo los muros de Dusseldorf.

Mientras el Archiduque egecutaba aquel hermoso movimiento, daba á Moreau, que habia quedado á su espalda, ocasion para ejecutar otro igual, cuyos resultados le hubieran sido tal vez funestos; el general francés, si no se hubiera obstinado en permanecer sobre el Danubio, podia imitar el movimiento del Archiduque, caer vivamente sobre él, como él cayó sobre Jourdan, atacarle por la espalda mientras Jourdan lo hacia por el frente, y entonces colocado el Archiduque entre los dos ejércitos estaba espuesto á una pérdida casi segura. En vez de obrar de este modo, no atreviéndose Moreau á tomar bajo su responsabilidad el desobedecer las instrucciones del Directorio, que le prescribian apoyarse en el Tirol para comunicar con el ejército de Ita-

talia; é ignorando al principio la derrota de Jourdan, permaneció en sus posiciones; cuando tuvo conocimiento de ella, en vez de retroceder, marchó adelante, atravesó el Danubio é invadió la Baviera, esperando atraer de este modo al Archiduque y librar á Jourdan Pero el Príncipe no se distrajo de su empresa, ni revolvió sobre su primer adversario, sino despues de haberse desembarazado completamente del segundo. Moreau conoció entonces el peligro de su posicion: el desastre de Jourdan le dejaba descubierto, y espuesto á ser atacado al mismo tiempo por los tres cuerpos reunidos del ejército austriaco. Preparose entonces á regresar tranquilamente á Francia; volvió á pasar el Leck, desbarató sucesivamente todos los cuerpos austriacos que intentaron cerrarle el paso, y atravesando los mayores obstáculos, desembocó en Brisgaw. Alcanzado por el Archiduque y Wardensleben en Emmindlingen, sostuvo contra ellos un obstinado combate, cuyo éxito fue dudoso, y despues de otro tenido en Schligen, volvió á pasar el Rin en Brisach, y se dirigió sobre Strasburgo. Asi pues el plan del Directorio fue destruido por el vigor, el atrevimiento y la habilidad del Archiduque.

Aquella campaña hizo el mayor honor al Príncipe Cárlos. Dos meses antes el Austria se creia perdida, Bonaparte destruia todos sus ejércitos en Italia y se aproximaba al Tirol; Jourdan estaba inmediato al Danubio y amenazaba á la Bohemia; Moreau entraba en Baviera, dirigia su ala derecha hácia Inspruck, y se preparaba á dar la mano á Bonaparte. Durante aquel tiempo, la Prusia, á la sombra de su neutralidad, procuraba aprovecharse de los embarazos de su vecina para estenderse en Alemania; ya habia inducido á la ciudad de Nuremberg á ponerse bajo su soberanía, y hasta habia principiado á posesionarse de ella; sucesivamente habia separado del partido del Austria, al Duque de Wurtemberg, al Margrave de Baden y al Elector de Sajonia, escitándoles á tratar con la Francia. Tal era el estado de las cosas, cuando las hermosas y rápidas maniobras de un general de veinte y cinco años cambiaron repentinamente la situacion; la Prusia se apresuró á retirar sus tropas de Nuremberg; el Elector de Baviera, cuyos ministros habian tratado ya con Moreau, se negó á ratificar el tratado y volvió á caer bajo el yugo del Austria, y el Directorio se llevó un gran chasco,

pues la guerra se trasportó de repente sobre la frontera de Francia, y la campaña, principiada con la invasion de la mitad de la Alemania, terminó con la toma de Khel, y de Huninga, que capitularon ante los ejércitos vencedores del Archiduque.

Sin embargo Bonaparte, siempre victorioso, se disponia á llevar á cabo él solo el atrevido proyecto que la derrota de Jourdan y la retirada de Moreau habian hecho abortar. Dueño al fin de Mántua, reforzado con veinte mil hombres destacados del ejéccito del Rin, dejando detrás de sí á la Italia conquistada y atónita, iba á atravesar los Alpes Noricos, para arrojarse bruscamente del lado allá del Drave y el Muer, en el valle del Danubio, ó ir en derechura sobre Viena por un camino que ningun ejército habia seguido desde Carlo-Magno.

El Austria para conjurar este nuevo peligro, dirigió naturalmente sus miradas sobre el que ya otra vez la habia salvado. El Archiduque Cárlos, despues de haber sido recibido en triunfo en Viena, y nombrado generalísimo de todos los ejércitos austriacos, asi en el Rin como en Italia, recibió órden de salir inmediatamen-

te al encuentro de Bonaparte para detenerle y cambatirle.

Desgraciadamente para el buen éxito de sus operaciones, el Archiduque no reunia á grandes cualidades militares aquella confianza en sí mismo, aquella tenacidad de carácter, aquella independencia de voluntad, de que daba pruebas tan frecuentes en sus relaciones con el Directorio su jóven é imperioso adversario. Desde Wallenstein, está mas que nunca en las tradiciones del Consejo Aulico de Viena el contener á los generales; á ellos corresponde la ejecucion de los detalles, al Consejo la direccion absoluta del conjunto de las operaciones. Al tiempo mismo en que la Alemania entera, por medio del coadjutor de Maguncia, proclamaba la necesidad de conferir al Príncipe Cárlos una dictadura militar que permitiese á su génio el prepararse libremente para aquella gran lucha, algunos viejos tácticos de gabinete le imponian un plan de campaña absurdo, y el Archiduque, en su respeto por la formidable burocracia de Viena, se sometia ciegamente á decisiones que él no aprobaba. Cuantos escritores han tratado de aquella campaña de 1797, principiando por Napoleon,

están acordes en censurar la línea de operaciones, elegida ó mas bien aceptada, por el Archiduque.

«La enorme falta, dice uno de ellos, del Consejo Aulico de reunir el ejército imperial en el Friul, en vez de hacerlo en el Tirol, esponia la capital y decidia de la suerte de la guerra. En efecto, para impedir que el ejército francés pasase el Tagliamento, hubiera sido preciso reunir el ejército austriaco en el Tirol antes del 1.º de Marzo. Precisados los franceses á hacer la guerra en el Tirol, hubieran resultado para el general austriaco tres ventajas indispensables: 1.ª poder reunir su ejército veinte dias antes; 2.ª darle un campo de batalla todo en ventaja suya, en un pais cuya poblacion le era exaltadamente adicta; 3.ª darle los medios no solo de recibir nuevos refuerzos del ejército del Rin, sino de concentrar sus movimientos y hacerlos á la vez imponentes y seguros (*).»

En lugar de esto, el Archiduque tuvo que formar en línea su ejército detrás del Tagliamento, antes que estuviera completo, y desafiar de

(*) Memorias sacadas de los papeles de un Hombre de Estado, t. IV.

aquel modo el choque del general mas hábil y mas pronto en aprovecharse de las faltas del enemigo. El 16 de Marzo de 1797 fue cuando los dos adversarios se encontraron por primera vez frente á frente en las dos orillas del Tagliamento, ambos jóvenes, hábiles, afamados, intrépidos; pero el uno tan seguro de sus soldados como de sí mismo, y el otro, muy incierto del buen éxito. Bonaparte, despues de algunas escaramuzas para sondear las disposiciones del enemigo, encontrándole demasiado bien dispuesto, hizo descansar sobre las armas á sus soldados y establecer los campamentos; el Archiduque se engañó; creyó que el ejército francés, cansado por una larga marcha, tomaba posicion, y regresó á sus tiendas; pero á las dos horas, los franceses se formaban repentinamente en línea, se precipitaban en el rio, y el enemigo corria aun á las armas, cuando ellos estaban ya formados en el mejor órden de batalla en la otra orilla. Despues de muchas horas de combate y de una vigorosa resistencia, el Archiduque se vió precisado á retirarse, dejando cuatrocientos ó quinientos prisioneros.

Durante este tiempo, Massena, persiguiendo

el cuerpo de ejército del general austriaco Lusignan, se dirigia al collado de Tarvis, se apoderaba de él, é impedia el paso á otra division austriaca mandada por el general Bayalitsch. El Archiduque, para librar á aquella division, abandonó un instante el grueso de su ejército, se dirigió con seis mil granaderos húngaros al encuentro del cuerpo austriaco rechazado por Massena; los reunió, los volvió á llevar al combate, y libertó el collado de Tarvis; Massena volvió á cargar con su tenacidad tan sabida, y los dos generales, conociendo la importancia de aquel punto, se encarnizaron y espusieron como simples soldados. El collado de Tarvis es el punto mas elevado de los Alpes Noricos, y domina la Alemania y á la Dalmacia. «Se batian, dice Mr. Thiers, sobre las nubes, en medio de la nieve y sobre llanuras de yelo;» líneas enteras de caballeria eran destruidas, y yacian en aquel espantoso campo de batalla. Finalmente, despues de haber hecho cargar hasta su último batallon; despues de haber desafiado á la muerte veinte veces, el Archiduque se vió obligado á abandonar á Tarvis á su tenaz enemigo, y á sacrificar la division Baya-

litsch, que atacada de frente por Massena y por retaguardia por Bonaparte, no tuvo otro remedio que entregarse prisionera.

Asi pues, en quince dias, llegado Bonaparte á la cumbre de los Alpes, iba á reunirse con Joubert, que habia quedado en el Tirol, y Massena con su cuerpo principal, para marchar sobre Viena con cincuenta mil hombres; bajaba al valle del Muer, cuando recibió la noticia de la sublevacion de las provincias venecianas, que propagándose por todas las provincias de la orilla derecha del Mincio, amenazaba comprometer la retirada y la seguridad de su ejército en caso de un contratiempo. Supo tambien, que el Directorio, por falta de dinero, no habia podido hacer entrar en campaña los dos ejércitos acantonados sobre el Rin; por otra parte acosada el Austria se disponia á emplear sus últimos recursos llamando á las armas á la nacion entera. En tan grave situacion, con una sublevacion á su espalda, teniendo delante una nacion levantada, y rodeado de las desconfianzas del Directorio, Bonaparte, antes de decidirse á jugar el resto prosiguiendo su marcha, quiso probar el medio de las negociaciones: victorioso, ofreció la paz á su

enemigo vencido, y desde Klagenfurth, capital de la Carintia, dirigió en 31 de Marzo al general austriaco la famosa carta que la historia ha consagrado, y que creemos deber reproducir aquí, como prueba del aprecio que Bonaparte hacia del Archiduque.

«Señor general en gefe: los valientes militares hacen la guerra y desean la paz; ¿no dura esta ya hace dos años? ¿no habemos matado bastante gente y causado males bastantes á la triste humanidad? ella clama por todas partes..... El Directorio egecutivo de la república francesa habia hecho conocer á S. M. el Emperador, el deseo de poner término á la guerra que desola á todos los pueblos; la intervencion de la corte de Londres se ha opuesto á ello. ¿No habrá esperanza alguna de poder entendernos? ¿Y será preciso, que por los intereses y las pasiones de una nacion que no sufre los males de la guerra, continuemos degollándonos mútuamente? Vos, Señor general en gefe, que por vuestro nacimiento estais tan inmediato al trono, y sois superior á las mezquinas pasiones que animan frecuentemente á los ministros y á los gobiernos, ¿estais decidido á merecer el título de bienhe-

chor de la humanidad entera, y de verdadero salvador de la Alemania? No creais, Señor general en gefe, que suponga que no es posible salvarla por la fuerza de las armas; pero aun en el caso de que las contingencias de la guerra lleguen á seros favorables, no por eso la Alemania quedará menos devastada. En cuanto á mi Señor general en gefe, si el paso que acabo de dar puede salvar la vida á un solo hombre, me envaneceré mas con la corona cívica que de este modo habré merecido, que con la triste gloria que puede resultar de los triunfos militares.»

El jóven Príncipe contestó á esta carta

«Señor general: seguramente al paso que hago la guerra y sigo la vocacion del honor y del deber, deseo tanto como vos la paz para la felicidad de los pueblos y de la humanidad. Sin embargo, como en el puesto que me está confiado, no me corresponde poner término á las querellas de las Naciones beligerantes, y como no tengo ningun pleno poder de S. M el Emperador para tratar, os parecerá natural, Señor general, que no entre con vos en negociacion alguna, y que espere órdenes superiores para objetos de tan alta importancia y que no son

precisamente de mi resorte. Por lo demás, cualesquiera que sean las eventualidades de la guerra, las esperanzas de la paz, os ruego Señor general, que os persuadais de mi aprecio y de mi distinguida consideracion.»

Pronto llegaron los plenipotenciarios austriacos; firmáronse los preliminares de paz en Leoven, y el 17 de Octubre del mismo año el tratado de Campo-Formio puso fin á la primer guerra continental contra la revolucion.

Aquella primera coalicion tan formidable en un principio, y que habia amenazado á la Francia con la suerte de la Polonia, fue disuelta á treinta leguas de Viena, y el gobierno austriaco, faltando á todas sus promesas de desinterés, se apresuró á arreglarse con la Francia á costa de los pequeños Estados cuya independencia se habia encargado de proteger.

Sin embargo, la gran lucha fomentada por la Inglaterra entre la revolucion y la Europa, estaba solo aplazada; el tratado de Campo-Formio llevaba en sí el gérmen de una nueva guerra; y el interminable Congreso de Rastadt no hizo otra cosa que poner mas manifiestamente en descubierto la incompatibilidad de los dos sistemas.

Las hostilidades entre la Francia, la Suiza, y Nápoles no habian cesado. Pronto ardió nuevamente la Europa, y el Austria apoyada en una cooperacion activa de la Rusia, se preparó á atacar á la Francia á un mismo tiempo sobre el Rin en Suiza y en Italia. El Congreso de Rastadt duraba todavia, y los combatientes marchaban ya por todas partes. Por último el Directorio, despues de haber pedido en vano una esplicacion al gabinete de Viena acerca de los movimientos del cuerpo ruso de Souwaow hácia Italia, mandó á los generales de sus cuatro ejércitos de Italia, de Helvecia, de observacion y de Maguncia que principiasen las operaciones. La guerra quedó declarada de hecho. El Archiduque Cárlos acampado en Baviera con setenta y cinco mil hombres, estaba encargado de hacer frente á Jourdan. El general francés pasó el Rin el 1.º de Marzo de 1799, el austriaco atravesó el Leck el 3 del mismo mes y los dos adversarios tardaron poco en encontrarse. Era destino de Jourdan el ser siempre desgraciado en sus combates contra el Archiduque. Desde el primer encuentro, en Ostrach, despues de una vigorosa resistencia se vió obligado á retirarse. Deseoso de tomar el

desquite, el 25 de Marzo, atacó él mismo á Stockach. El Archiduque estrechado vivamente por la vanguardia francesa mandada por Soult, vió al principio rechazado su derecha hasta los bosques situados á la espalda de Liptingen. Jourdan en la ceguedad de aquel primer triunfo, creyéndose ya vencedor arrojó por medio de un movimiento prematuro que le debilitaba, al general Saint-Cyr con una fuerte division sobre el flanco de su enemigo, para rodearle y cortarle la retirada. Poco cuidado dió al Archiduque, dotado de un golpe de vista pronto y seguro, aquel movimiento: juzgando que toda la batalla estaba en la posesion de los bosques, y que si Jourdan era rechazado, el cuerpo que habia aventurado á su espalda quedaria mas comprometido, se ocupó solo en reforzar su derecha que defendia los bosques de Liptingen con encarnizamiento. Echó pié á tierra, cargó él mismo á la cabeza de sus granaderos, y despues de un furioso y sangriento combate, libertó los bosques y rechazó á los franceses á la llanura. Jourdan quiso llamar á Saint-Cyr, pero era demasiado tarde; quedábale solo su reserva, que no pudo hacer frente á las reiteradas cargas de los coraceros del Ar-

chiduque. Se introdujo en el ejército francés una confusion horrible; Jourdan se consumia en heróicos esfuerzos para contenerle, pero fue arrastrado en su fuga. El ejército austriaco, rendido tambien de cansancio, no pudo aprovecharse de la victoria. Jourdan se replegó hasta la entrada de los desfiladeros de la Selva-Negra; y despues de haber tomado allí posicion, desmoralizado por tan precipitados reveses, dejó el mando á su gefe de Estado Mayor, y marchó á Paris á quejarse del estado de inferioridad numérica en que habian dejado á su ejército.

El Archiduque se habia reunido con el cuerpo de ejército de su Lugarteniente Hotz; habia marchado sobre Massena, y en quince dias despues de una série de combates sin resultados bien decisivos, habia obligado al general francés á retirar su línea defensiva, á concentrarse sobre Zurich, y á replegar su derecha detras del monte San Gotardo. Era dueño de la mitad de la Suiza. Massena tardó poco en evacuar á Zurich y el Archiduque entró en pos de él; pero debilitado con el envio de un cuerpo de veinte y cinco mil hombres al ejército austriaco de Italia, esperaba para obrar la llegada del cuerpo ruso, destacado

del ejército de Italia, y que se adelantaba á las órdenes de Korsakoff, cuando el Consejo Aulico imaginó un nuevo plan de campaña que variaba completamente la disposicion de las tropas en la línea de operaciones. Los austriacos y los rusos no estaban muy de acuerdo, y se decidió que solo pelearian juntas las tropas de cada nacion; el Archiduque recibió órden de ceder el puesto á Souwarow, que debia dejar la Italia para ir con su ejército á reunirse en Suiza al ejército ruso de Korsakoff, y de trasladarse inmediatamente sobre el Rin, donde debia operar solo.

Resultó de tan bello cambio, que Massena libre del peligro de tener que combatir á los austriacos y á los rusos reunidos, mandados por un general de primer órden, conociendo á fondo su terreno, no encontró ya delante de sí mas que á un general completamente nulo, Korsakoff, á quien destruyó en la gran batalla de Zurich, antes que Souwarow pudiera reunirsele; este último llegó solo para compartir la derrota de su segundo, y apenas pudo salvar la mitad de su ejército.

Al saber el Archiduque el desastre de las tropas rusas, tomó sobre sí el aproximarse á la Suiza, y escribió á Souwarow proponiéndole

obrar de concierto. Furioso con su derrota, el brutal moscovita respondió con insolencia que nada queria tener ya con los austriacos, que suponia le habian vendido; y evacuando la Suiza se puso en marcha para Rusia, con treinta mil hombres, resto de los ochenta mil que habia llevado á Italia y á Suiza.

El Directorio, vencedor en Suiza y en Holanda, habia mandado al ejército del Rin, batido bajo las órdenes de Jourdan, que volviera á entrar en Alemania, mandado interinamente por el general Lacourbe, mientras llegaba de Italia Moreau. Despues de la brutal respuesta de Souwarow, el Archiduque volvió rápidamente sobre el ejército del Rin, que ya bloqueaba á Filisburgo; libertó la plaza el 23 de Noviembre, batió al ejército francés en Heinzheim, y el 5 de Diciembre los dos generales concluyeron un armisticio, en cuya virtud los dos ejércitos tomaron cuarteles de invierno, el uno en la orilla derecha y el otro en la izquierda del Rin.

Al concluir la campaña de 1799, el Archiduque Cárlos, disgustado de ver contrariados sin cesar sus planes militares por el Consejo Aulico, pretestó la debilidad de su salud, cedió el pues-

to á su hermano el Archiduque Juan, y se retiró á Bohemia.

Sin embargo, Napoleon regresaba de Egipto, se apoderaba del poder, y despues de haber hecho inútiles proposiciones de paz al Austria, principió de nuevo la guerra mas viva que nunca. Al tiempo mismo en que el primer Cónsul batia á los austriacos en Marengo, Moreau pasaba el Rin, desbarataba al Archiduque Juan en Neresheim, en Nordlingen, en Oberhausen, y por último lo destruia en Hohenlinden; la córte de Viena al saber tantos desastres se apresuró á llamar al Archiduque Cárlos; pero era ya demasiado tarde: el Príncipe encontró á Moreau á treinta leguas de Viena, persiguiendo á un ejército completamente desorganizado, y solo llegó á tiempo para firmar con este último el armisticio de Steyer, al que siguió bien pronto la paz de Luneville, firmada el 9 de Febrero de 1801, que puso fin á la segunda coalicion.

En el intervalo de paz que separó la segunda coalicion de la tercera, llamado el Archiduque Cárlos á desempeñar el ministerio de la Guerra, se ocupó activamente en restablecer en un buen pie la organizacion militar del Austria;

fijó para los soldados la duracion del servicio, hasta entonces ilimitada, y consiguió hacer triunfar algunas otras innovaciones sábiamente entendidas. Tan modesto como valiente, rehusó la estátua que el Rey de Suecia, grande admirador de sus conocimientos, proponia á la Dieta de Ratisbona que se erigiera en honor suyo.

Despues de cuatro años de habladurias diplomáticas y de recíprocas acusaciones, el Austria, apoyada en la Rusia, se decidió á sacar la espada otra vez contra la Francia. El Archiduque Cárlos, que se habia declarado abiertamente contra la guerra, ni fue llamado á las conferencias que la prepararon, ni consultado sobre el plan de campaña propio para asegurar su buen éxito. El gabinete de San Petersburgo participando del absurdo rencor de Souwarow contra el jóven gefe austriaco, exigió que no mandase el ejército al cual debian reunirse las tropas rusas; se confió su mando al general Mack, cuya nulidad, probada ya en Italia, debia resaltar pronto con mas evidencia en Alemania. En cuanto al Archiduque, estuvo encargado del mando del ejército reunido en Italia sobre el Adigo.

No siendo nuestro objeto hacer aquí la historia militar de aquella época, pasaremos en silencio la brillante campaña de Austerlitz, coronada, despues de dos meses de rápidos triunfos, por una de las más grandes victorias de Napoleon, sobre las dos potencias continentales mas formidables. Nos limitaremos á las operaciones particulares del Archiduque Cárlos. Mientras Mack y el Archiduque Fernando eran batidos en Alemania, solo el Príncipe Cárlos sostenia dignamente en Italia, contra Massena, el honor de las armas austriacas. Despues de tres dias de sangrientos combates, obligó á su terrible enemigo á abandonarle el campo de batalla de Caldiero. Y cuando ya no quedó esperanza alguna en Austria, devolvió intacto el ejército que se le habia confiado.

Despues de la paz de Presburgo, fue nombrado gefe del Consejo Aulico de Guerra, y generalísimo de los ejércitos austriacos. Volvió por última vez á tomar las armas en 1809, y terminó su carrera militar con una lucha gloriosa, aunque desgraciada contra Napoleon en persona. Hacia mucho tiempo que el Austria meditaba romper el humillante tratado de Presbur-

go; la situacion embarazosa de Napoleon en España le pareció un momento favorable, y el Archiduque Cárlos, profundamente afectado del estado doloroso de su pais, se arrojó á aquella guerra con entusiasmo. Encargado del mando en gefe de todas las fuerzas del Imperio, se lanzó sobre la Baviera, despues de haber dado una proclama á sus soldados llena de ardor patriótico.

Sorprendido Napoleon por la rapidez del ataque, habia enviado adelante á Berthier para reunir los diferentes cuerpos de ejército sobre el Danubio, y aquel general mas hombre de bufete que de guerra, estuvo en poco que no comprometiera la suerte de la campaña. Estendió sus tropas sobre una línea inmensa, ocupando una estension de mas de veinte leguas de derecha á izquierda. El Archiduque iba á cortar las dos álas y circuir el cuerpo de Davoust; pero Napoleon, favorecido por la lentitud austriaca, llegó á tiempo; con una mirada de águila vió el mal y el remedio, y en un momento cambió el aspecto de las cosas. Cinco dias de sangrientos combates, que son otras tantas victorias, rechazaron al Archiduque del lado allá del Danubio, y abrieron al ejército francés el camino de Viena. Todos los

hombres especiales consideran las maniobras de Napoleon, durante aquellos cinco dias, como obras maestras de ciencia militar. Viena capituló el 13 de Mayo, diez y ocho dias despues de la victoria de Eckmuhl. El Archiduque que no pudo socorrerla, se estableció el 16 en Ebersdorf; instruido el 19 que Napoleon despues de haberse apoderado de la grande isla de Lobau, reunia alli sus fuerzas y procuraba echar un puente sobre el gran brazo del Danubio, no intentó oponerse á su paso, esperando destruir con una sola batalla al ejército enemigo que, adosado al rio, se encontraria privado de todos los medios de retirarse despues de cortados los puentes con los brulotes y otros cuerpos flotantes que hacia preparar. Con esta idea, contentóse el Archiduque con formar su ejército en batalla sobre la orilla izquierda del rio, entre las aldeas de Aspern y de Enzensdorf, teniendo delante de su ála izquierda á Essling. Aquel ejército formado en dos líneas y dividido en cinco columnas, presentaba un total de setenta y cinco mil hombres, con doscientas ochenta y ocho piezas de artillería.

El ejército francés desfiló por sus puentes el 20, y el 21 se desplegaba en la llanura, cuando

al anochecer del mismo dia dió el Archiduque la señal de ataque; una artillería formidable esparcia la muerte en las filas francesas, y la aldea de Aspern fue tomada y vuelta á tomar muchas veces, acabando por ocupar una mitad de ella los franceses y los austriacos la otra. La noche puso fin á aquel primer combate, y los dos ejércitos durmieron sobre el campo de batalla, teniendo sus centinelas á solo treinta pasos de distancia.

Napoleon empleó toda la noche en hacer pasar el resto de sus tropas desde la orilla derecha á la izquierda; y el 22 á las cuatro de la mañana volvió á principiar el combate con increible encarnizamiento. Durante un dia entero, ciento cincuenta mil hombres, en medio de un granizo de balas y de metralla, arrojadas por quinientas piezas de artillería, se degollaron al rededor de la pequeña aldea de Arpern, tomada y vuelta á tomar catorce veces. Apenas habian roto las líneas de la infantería austriaca los coraceros franceses, cuando eran rechazados por la caballería del Archiduque, superior en número. Cada vez que Massena por un esfuerzo sobre humano volvia á entrar en Aspern, al momento apeándose de

su caballo el Archiduque, tomaba una bandera, se arrojaba delante de sus cohortes y las volvia á conducir al combate. De repente faltaron las municiones al ejército francés; y poco despues supo Napoleon que á consecuencia de las órdenes del Archiduque, brulotes y grandes barcos cargados de piedras y arrojados á la corriente del rio, acababan de destruir por entero uno de sus puentes y de romper la mitad del otro. La situacion del ejército francés era sumamente crítica; fue preciso pensar en la retirada, que se verificó ordenadamente durante la noche del 22 al 23. Todo el ejército volviendo á pasar el Danubio por un pequeño puente de barcas, se encontró reunido por la mañana en la Isla de Lobau, quedando el Archiduque dueño del campo de batalla. Se le ha criticado vivamente el que no aprovechase mejor su triunfo. Al dia siguiente de la batalla de Aspern, colocando su artillería á la orilla del brazo del Danubio, que le separaba de la isla de Lobau á una distancia de cuarenta toesas á lo mas, podia hacer sobre aquella isla un fuego de cañon del cual ni un solo tiro se hubiera perdido; pues el ejército francés que estaba enteramente bloqueado en ella, sin mu-

niciones, sin víveres, y formando solo una masa confusa y apiñada, hubiera podido ser completamente destruido. El Archiduque satisfecho con su triunfo de resistencia, dejó que Napoleon se organizase tranquilamente en la isla de Lobau, que hiciera de ella una plaza fuerte, en la que despues de veinte dias de inauditos trabajos, monumentos admirables del génio que los concibió, restableció sus puentes, reorganizó su artillería, remontó su caballería, reforzó su ejército, y pasó de nuevo á la orilla izquierda con ciento ochenta mil hombres, para dar al Archiduque la terrible y última batalla de Wagram.

La accion se trabó el 6 de Julio de 1809, á la vista de la poblacion de Viena, que estaba en los campanarios y en los tejados; los dos ejércitos y sus gefes desplegaron el mismo valor, el mismo encarnizamiento que en las jornadas precedentes. Mas de veinte mil hombres quedaron tendidos por ambos lados. «Por último, á las cuatro de la tarde, dice el duque de Rohigo en sus Memorias, el Archiduque se retiró en todos los puntos, abandonándonos el campo de batalla, pero sin prisioneros ni cañones, y despues de haberse batido de un modo capaz de

hacer prudentes á todos los hombres amigos de empresas temerarias. Se le perseguia sin acosarle demasiado, porque al fin no habia sido destruido, y no nos convenia que volviera á presentarse en batalla.»

Las varias faltas reprochadas al Archiduque durante el curso de esta campaña, se atribuyen principalmente á la muy marcada desunion que existia entre él y su hermano, el Archiduque Juan; desunion que produjo en el gabinete austriaco, y hasta en el Estado Mayor del generalísimo, disensiones muy vivas, incompatibles con la unidad del mando. Asi fue que á los pocos dias despues de Wagram, luego de haber firmado el Archiduque un armisticio con Napoleon, dimitió su encargo, entregó la direccion del ejército al Príncipe de Lichtenstein, dirigiendo á sus soldados una órden del dia en que les manifestaba todo su pesar por verse precisado á separarse de ellos.

Aqui acaba la vida militar del Archiduque, y desde aquel momento no volvió á aparecer sobre el campo de batalla. Cuando despues del tratado de Schœnbrunn, quedó decidido el casamiento de Napoleon con Maria Luisa, el Emperador,

queriendo dar á su noble adversario una prueba de aprecio, le envió poderes para casarse en su nombre con la jóven Princesa; y no fue una de las menores estravagancias de aquel tiempo, tan fecundo en prodigios, al ver al Príncipe Cárlos conduciendo á su sobrina al altar, y poniéndole en el dedo el anillo nupcial en nombre del héroe republicano del Tagliamento.

Los grandes sucesos de 1814 y 1815, no hicieron salir al Archiduque del retiro que habia elegido. Tal vez, á pesar de su patriotismo, el magnánimo corazon del Príncipe no pudo prescindir de un sentimiento de secreta simpatía por los últimos y heróicos esfuerzos del génio, sucumbiendo al número.

Mas adelante el desgraciado hijo del prisionero de Santa Elena, encontró en el mas glorioso de los enemigos de su padre, un patrono afectuoso y benévolo.

Casado el Archiduque en 1815 con la Princesa de Nassau-Weilburgo, ha tenido de este matrimonio cuatro hijos y dos hijas. Manejando la pluma con igual superioridad que la espada, ha dedicado sus ócios á la redaccion de dos obras militares muy apreciadas. La una se titula:

Principios de estratégia aplicados á la campaña de 1796 en Alemania, publicado en Viena en 1814 en tres volúmenes. La otra, que se compone de dos volúmenes publicados en 1819, contiene la historia de la campaña de 1799 en Alemania y en Suiza. « Esta obra, dice un escritor (*) hablando de la última, concisa y severa en sus miras, sembrada de grandes pensamientos, llena de notables observaciones sobre la marcha de la administracion militar, solo podia ser escrita por un gran capitan cuyos talentos hubiese desarrollado una dilatada esperiencia; tambien hace honor á su carácter, pues apreciador generoso del mérito ageno, el Archiduque solo se muestra demasiado severo consigo mismo. El Duque de Reichstadt, que profesaba á este Príncipe un profundo respeto, gustaba de estudiar sus obras, y ha hecho de ellas numerosos análisis y estractos.

(*) Mr. de Montbel, *Vida del Duque de Reistrall.*

EL GENERAL GRAVINA.

Personages celebres del Siglo XIX.

EL

GENERAL GRAVINA.

The brave Admiral Gravina is dead. Spain loses in him the most experienced officer in her Navy.

Cronica de Gibraltar de 15 de Marzo de 1806.

Cunctis flebilis occidit.

Horat.

Hubo un tiempo en que la España rica y poderosa, señora de grandes y estensas posesiones en el Nuevo Mundo, tenia una marina respetable por su número y mas aun por el valor y pericia de los gefes que la mandaban. Debilitada ya por anteriores desgracias, quedó enteramente

destruida en el memorable combate de Trafalgar. Vamos á bosquejar la vida y los hechos militares del general ilustre que mandaba las fuerzas navales españolas, en aquella desgraciada jornada, con la rapidez y concision á que nos precisa lo reducido de nuestras biografias.

Pocos combates navales presentará la historia de tan sangrientos resultados, y tan fatales para los gefes que mandaban las escuadras. El Almirante Nelson que mandaba la inglesa; el general Gravina que mandaba la española, combinada con la francesa á las órdenes del Almirante Villeneuve, perecieron ambos en el combate, suicidándose el último despues á consecuencia de su mal resultado (*).

D. Federico Gravina, hijo de los Sres. Don Juan Gravina y Moncada, Duque de S. Miguel, Grande de España de primera clase, y de Doña

(*) Hecho prisionero el Almirante Villeneuve y conducido á Inglaterra, cuando regresó á Francia, no pudiendo soportar la frialdad de Napoleon, que trataba de hacerlo juzgar por un Consejo de guerra, resolvió darse la muerte; al efecto estudió en algunos grabados la anatomía del corazon, y cuando se creyó bastante instruido para realizar su proyecto, se hundió en el corazon una larga agnja, y murió en el acto.

Leonor Napolí y Monteaperto, hija del Príncipe de Resetana, tambien Grande de España de primera clase, nació en Palermo á 12 de Setiembre de 1756. Recibió su primera educacion al lado de sus padres, y á la edad de ocho años pasó al célebre colejio Clementino de Roma, donde en breve descolló entre todos los alumnos, asi por su amabilidad y conducta, como por su capacidad y aprovechamiento en el estudio de las humanidades y de los varios ramos de las matemáticas.

Viendo sus favorables disposiciones, y con motivo de haber servido en España varios de sus progenitores, hallándose un tio suyo de Embajador de Nápoles en Madrid, solicitó ingresar en la Real Armada, y apenas hubo sentado plaza de guardia-marina en Cádiz á 18 de Diciembre de 1775, se presentó á exámen y fue completamente aprobado en las tres primeras clases de aritmética, geografía y cosmografía, habilitándosele poco despues para embarcarse, como lo verificó, en el navío S. José.

Ascendido á alferez de fragata en 2 de Marzo de 1776, salió de Cádiz en la fragata Clara, con la escuadra del Marqués de Casa-Tilli, que tras-

portaba á las costas del Brasil el ejército del general Ceballos; apoderada la escuadra de la Isla de Santa Catalina, tuvo Gravina el encargo de ir á intimar la rendicion, que se verificó sin resistencia, al castillo de la Ascension, situado sobre un islote inmediato.

La escuadra fue luego en busca de la enemiga y fondeó el 27 de Febrero de 1777, en la embocadura del rio de La-Plata; pero dando á la vela al anochecer para afuera, no se pudieron distinguir, ni sus señales ni su rumbo, y la Clara suponiendo que seguiria la derrota de la víspera se internó tanto, que á las cuatro de la noche, arrastrada por las corrientes y no pudiendo sin duda hacer observaciones astronómicas, cuando se consideraba á veinte millas del Banco inglés, varó en él. Saltó á los primeros golpes el timon, y para no zozobrar fue preciso derribar con el hacha los palos mayor y de mesana, dejando el de trinquete para poder hacer señales de socorro si asomaba algun buque. Frustróse aquella esperanza, formaróse con infinitos trabajos *jangadas* ó empalizadas, repartiéndose la gente en las tres únicas que se pudieron habilitar. Las dos menores fueron encontradas y recogidas por

el navío Septentrion; pero la mayor, en que iban ciento diez y seis hombres, tardó tres dias en llegar á la costa desierta, pereciendo casi todos por la debilidad y un recio temporal de agua y granizo que tuvieron que aguantar al desabrigo. Los oficiales se salvaron en la lancha y llegaron á Montevideo al dia siguiente. Gravina se embarcó luego de ayudante de la Mayoría general en el navío S. José, y trasbordado despues al San Dámaso, regresó á Cádiz, donde se encontró ascendido á Alférez de navío con fecha de 23 de Mayo de 1778.

Embarcose á poco tiempo en los jabeques Pilar y Gamo, destinados á impedir el paso al Oceano de cuatro jabeques argelinos; y si bien se frustró aquel objeto, se logró encontrarlos y destruirlos completamente.

Sobrevino en esto el rompimiento con Inglaterra, y formalizado el bloqueo de Gibraltar, hallándose Gravina de teniente de fragata y encargado del mando del jabeque S. Luis, empezó á dar muestras del brillante denuedo, de la actividad ardiente y desvelada, que fue en todos tiempos la prenda mas sobresaliente y característica de su espíritu marcial. Allí fue ascendido

á teniente de navío, y mereció por sus servicios que se le confiriese en Mayo de 1780 el mando en gefe del apostadero de la bahía de Algeciras. En este nuevo é importante cargo hizo varias presas, hasta que salió para la espedicion de Menorca, con las fuerzas navales mandadas por D. Ventura Moreno. Estuvo haciendo importantes servicios durante el sitio del fuerte de S. Felipe, y rendida ya la plaza, regresó al bloqueo de Gibraltar, y á la solícita y penosa comandancia de su apostadero.

Tratóse entonces de poner en planta el memorable proyecto de las baterías flotantes, para abrir brecha en la muralla y asaltar la plaza por la marina Eran las flotantes, que tambien se llamaron *empalletados*, unas embarcaciones grandes que solo llevaban artillería en un costado, con el resguardo de un parapeto doble y muy macizo, por cuyo intermedio, á fin de evitar ó apagar los incendios, corria el agua que arrojaban las bombas dispuestas al efecto. No se preveyó sin duda que supuesta la proximidad á que necesariamente debian situarse para desempeñar su objeto, las balas enemigas penetrarian por lo menos todo el parapeto esterior, y ocasionarian

el derrame total de aquella *corriente*, dejando toda la parte superior privada de su aventurado, aunque indispensable beneficio.

De todos modos, el Duque de Crillon que mandaba el sitio, y habia presenciado en varias ocasiones la intrepidez ó inteligencia de Gravina, quiso confiarle la direccion de toda la empresa; negóse Gravina á pesar de ser ya Capitan de fragata, manifestando modestamente que habia allí oficiales de mayor graduacion y esperiencia; pero aceptó el mando de una de las baterias nombrada S. Cristobal.

Lastradas por fin cual convenia para equilibrar el peso de la artillería, y tripuladas y guarnecidas á satisfaccion de los capitanes, salieron las flotantes en número de diez, á las órdenes del general Moreno, en la madrugada del 13 de Setiembre de 1782, y á las ocho se hallaron ya situadas en el sitio y en la forma que se les habia prevenido; rompieron inmediatamente el fuego sostenido por el de todas las baterías de cañones, morteros y obuses de nuestra línea, y correspondiendo la plaza por todos sus puntos, llegaron á jugar á un mismo tiempo mas de mil piezas de artillería; pero aquel grandioso y tremendo es-

pectáculo no pudo sostenerse con igual teson por nuestra parte, pues los enemigos, aunque padecieron desde luego estragos considerables, tirando desde tierra con bala roja, á la hora habian ya incendiado el S. Cristobal por tres partes, y desbaratado una de sus bombas. Consigió Gravina apagar el fuego; pero el valor, la actividad y la emulacion, todo fue infructuoso. A las dos horas estaba desarbolado, y haciéndose general el incendio fue forzoso tratar de ponerse en salvo, abandonando él, el último, su flotante pocos minutos antes de que se volase.

Ascendido Gravina á capitan de navío, empezó á sonar la voz de la venida de una escuadra inglesa al socorro de la plaza, y ansioso de tomar parte en el combate que probablemente habia de resultar con la combinada que la estaba esperando, solicitó con empeño el trasbordo á uno de los navios, alegando sus vivos deseos de instruirse práctica y fundamentalmente en las sábias y complicadas maniobras de la táctica naval; y el general D. Luis de Córdoba no solo accedió gustoso, sino que lo recibió á su lado en el Trinidad.

Llegó con su escuadra el Almirante inglés

Howe, corriendo un temporal deshecho que le obligó á embocar en el Mediterráneo; salió inmediatamente nuestra escuadra de Algeciras en su seguimiento, pero por la noche sobrevino una cerrazon tan densa que la hizo perder de vista, y ocasionó la separacion intempestiva de 15 navios. Por la madrugada fue forzoso ir en busca de ellos, y lograda su incorporacion, resolvieron todos pasar el Estrecho, donde muy á pesar suyo, divisaron la escuadra inglesa, que despues de haber dejado el convoy en Gibraltar, desembocaba al Occeano. En vano se intentó alcanzarla, y regresando la escuadra combinada al puerto, Gravina se restituyó al mando del jabeque S. Luis, al cual habia dado tanta nombradia con sus repetidas presas y continuados y trabajosos cruceros; hasta que verificada la paz con los ingleses pasó á desarmar á Cartagena.

Por aquel tiempo se trató de hacer un ejemplar con los Argelinos, asi por los ausilios que no dejaban de suministrar á nuestros mayores enemigos, como por la arrogancia y desenfreno intolerable que les habia infundido la malograda espedicion del año 1775. Al efecto se dispuso otra absolutamente marítima, compuesta de lan-

chas bombarderas y cañoneras, protegida por una escuadra de navios, fragatas y jabeques, á las órdenes del general Barceló, quien apenas tuvo concluidos sus preparativos dió la vela del puerto de Cartagena á primeros de Julio de 1783. Apenas llegó la espedicion á la vista de Argel, Gravina que tenia el mando de la fragata Juno, tomó por disposicion del general el de todas las lanchas, y empezaron los ataques. Hubo durante muchos dias un continuado bombardeo y cañoneo por ambas partes, hasta que sobreviniendo los vientos de travesía, que son violentísimos en aquella costa é imposibilitan el servicio de las embarcaciones menores, fue preciso dar la vuelta para Cartagena.

En el año de 1784, mandando Gravina el jabeque Catalan con toda la division de Poniente, volvió á la bahia de Argel antes que la estacion abonanzase, y á pesar de los temporales, mantuvo un bloqueo tan rigoroso, que no dejó salir barco alguno enemigo. Reconoció ademas á cuantos neutrales se presentaban, y entre estos á un jabequillo, Raguseo, donde venia el P. Conde, Comendador de la Merced, quien le entregó con reserva un pliego acompañado de un plano, en

que se manifestaban las baterías y otros preparativos de defensa que los Argelinos estaban disponiendo con ardor, temerosos de un nuevo bombardeo. Para rectificar aquel aviso, envió un patron á Constantina bajo el pretesto de comprar trigo, y á su regreso puso en conocimiento del general Barceló, que se hallaba en Mallorca, el plano y cuantas noticias habia podido adquirir con su infatigable vigilancia.

Llegada la estacion oportuna, se repitió la espedicion del año anterior, pero á los primeros ataques se echó de ver el influjo oficioso de los ingleses, asi en la disposicion de las nuevas baterías, como en la construccion de lanchas de fuerza, que oponiéndose á las nuestras, les hacian consumir gran parte de tiempo y de sus municiones en rechazarlas y tenerlas á raya. Adelantábanse sin embargo las bombarderas á su situacion competente, pero apenas volvian la popa en ademan de recogerse á la escuadra, cargaban sobre ellas desesperadamente los enemigos, y Gravina puesto á retaguardia con el jabeque, tenia todas las tardes que recibir sus descargas y contrarestar su choque, hasta dejar á los nuestros en salvo. A poco tiempo, empezaron

á reinar los vientos contrarios, y se retiraron todos á Cartagena, poco satisfechos del resultado de la empresa. Concluyose despues un ajuste con los Argelinos, y desarmaronse en consecuencia nuestros buques.

Gravina despues de tantos y tan continuados afanes, pasó á disfrutar el atractivo de la Córte, pero lejos de entregarse ciegamente al embeleso insubsistente del ócio y de la frivolidad, se ocupaba en lecturas amenas é instructivas. Llevado de la actividad impaciente de su espíritu, y de la vocacion que profesaba á su carrera, aceptó gustoso en 1787 el mando de la fragata Rosa, que debia reunirse en el Mediterráneo con otras ocho de los tres departamentos, para formar una escuadra de evoluciones á las órdenes de D. Juan de Lángara. Terminada aquella campaña de instruccion, desarmaron las fragatas, escepto la Rosa, que tuvo el encargo de restituir á su córte al primer enviado otomano en la nuestra, Gusuf Effendi. Salió Gravina para Constantinopla en Febrero de 1788, y fondeó el 12 de Mayo en su anchuroso y comodísimo puerto, dedicándose desde luego á adquirir noticias y á hacer observaciones astronómicas para

formar nuevas cartas ó rectificar las antiguas. Escribió tambien una Memoria que se conserva con justísimo aprecio, por ser un testimonio honorífico y perpetuo de su tino, erudicion y laboriosidad.

Estaba Gravina facultado, y era su ánimo permanecer allí algun tiempo para completar aquellos interesantes trabajos; pero la peste que reinaba á la sazon con la mayor violencia le obligó á dar la vela el 22 de Junio para Malta, donde hizo la cuarentena, regresando despues á Cádiz.

A poco tiempo fue ascendido á Brigadier, y en Abril de 1789 obtuvo el mando de la fragata Paz, destinada á conducir á Cartagena de Indias al Gobernador D. Joaquin Cañaveral; y como aquel viaje redondo é inaudito fue muy sonado en su época, será bien puntualizar todas sus fechas para dar una cabal idea de su estraordinaria brevedad. Dió la vela de Cádiz el 12 de Junio, y habiendo rendido un mastelero tuvo que arribar inmediatamente al mismo puerto; volvió á salir el 17, llegó á Playa Grande en la costa de de Santa Fé el 14 de Julio, y fondeó en Boca-Chica delante de Cartagena, el dia siguiente. El

18 dió de nuevo la vela para la Habana, adonde llegó el 28 del mismo Julio, y habiendo salido á las veinte y cuatro horas, entró en Cádiz el 2 de Setiembre al amanecer.

En el año de 90, considerando los ingleses á la Francia, nuestra aliada, agena de parar su atencion en acontecimientos ultramarinos, quisieron apropiarse la isla de Notka, al Norte de las Californias, deseosos quizá de ocasionar con este pretesto un rompimiento, para recobrar la superioridad que tan dolorosamente habian perdido, al reconocer, en la paz anterior, la independencia de los mares y de sus colonias americanas. Con este motivo reunióse en Cádiz una escuadra á las órdenes del Marqués del Socorro, capaz de infundir respeto á todas las potencias de Europa, y en ella desempeñó Gravina, con el navío Paula que mandaba, varios y difíciles encargos; pero ajustadas las desavenencias con Inglaterra, cesó el armamento y hubo un intervalo de reposo, hasta que á consecuencia del terremoto acaecido en Oran en la noche del 1.º de Octubre de 1790, creyendo los moros supersticiosamente que su Profeta les franqueaba por medios sobrenaturales la entrada en la

plaza, se presentaron á poco tiempo en ademan de posesionarse sin resistencia de su nueva y deseada adquisicion. Enviáronse de Cartagena comestibles y tropas, y pasó Gravina á mandar las fuerzas sutiles de mar, y la tropa de marina desembarcada. Prestó allí eminentes servicios y dió pruebas de su imperturbable valor; pero en medio de nuestra incontrastable superioridad se echó de ver, que el sitio se iba alargando demasiado, y que la posesion de aquella plaza, ya que los moros se retirasen, sobre ser inconducente para refrenar sus piraterías, se habia de hacer costosísima por la reedificacion del pueblo y el reparo de las murallas y fuertes; trató se en consecuencia de abandonarla, hízose al efecto una tregua con los enemigos, y nuestro ejército se retiró por tierra á Marzalquibir, plaza situada como á una legua al poniente de Oran, y que por su cómoda ensenada le servia de puerto: luego se embarcaron las tropas y se retiraron pacíficamente á Cartagena, dejando tambien aquel último punto en poder de los moros.

Entonces fue recompensado Gravina con el ascenso á Gefe de escuadra, y habiendo solicita-

do y obtenido el permiso de ir á correr córtes, lo verificó inmediatamente empezando por la de Londres, llevado del anhelo de conocer á fondo la marina inglesa. Fue recibido con distinguidos obsequios por el Almirantazgo, pasó á Postmouth, y habiendo por último sobrevenido el rompimiento con Francia, y teniendo Gravina que regresar á España, se embarcó en Spithead, en la fragata de guerra inglesa la Juno, y llegó al Ferrol á principios de 1793.

Inmediatamente se le dió el mando de cuatro navios, y arbolando su insignia en el Hermenegildo de 112, pasó con su division el Mediterráneo, y se reunió á la escuadra de D. Juan de Lángara, que estaba cruzando en el golfo de Rosas; allí permanecieron hasta el 26 de Agosto, en que se apareció una fragata de la escuadra del Almirante Hood, que se hallaba sobre las costas de Francia, con el estraordinario mensaje de pedir seis navios auxiliares para posesionarse del puerto y arsenal de Tolon.

Agitados los Toloneses por sus turbulencias intestinas, y temerosos de los decretos de la Convencion, resolvieron ponerse bajo la proteccion de los aliados, y en virtud de su lla-

mamiento, D. Juan de Lángara se resolvió á ir inmediatamente en su auxilio con toda la escuadra, en vez de enviar los seis navios que le habian pedido los ingleses. Verificose la entrada con indecible alborozo de los habitantes, á pesar de la resistencia del general de la escuadra Saint Julien, y desde el primer paso se echó de ver la celosa codicia de los ingleses; pues aunque Gravina, nombrado Comandante de armas, debia ser árbitro en arreglar el servicio, se constituyeron despóticamente depositarios del Arsenal, alternando con nosotros en la guardia de la Malga y de otros fuertes, y dejando absolutamente á nuestro cargo los puntos mas espuestos y menos interesantes.

Sin embargo, habiendo recaido el gobierno de la plaza en Lord Murgrave, Gravina se hermanó facilmente con él; y tomando sobre sí lo árduo y trabajoso de la empresa, recorrió prolijamente hasta los reductos mas avanzados, y trató de hacer frente por todas partes á los enemigos que ya empezaban á presentarse.

Su primer ataque se verificó por Olliule, donde fueron rechazados prontamente haciendoles algunos prisioneros, á quienes libró la humanidad

de Gravina del furor de los implacables Tolone-ses. Llegaron luego del Rosellon los regimientos de Hibernia y Mallorca, y para el completo res-guardo de la escuadra, se acordó fortificar los puntos de Balaguer y l'Eguillete, situados al frente de la Malga, en la punta ó lengua de tierra que forma el puerto; y el 1.º de Octubre á poco de haberse recibido los refuerzos que se esperaban de Cerdeña y Nápoles, se aparecieron los enemi-gos arrollando el fuerte de la Malga y ocupando las alturas de Faraon. Gravina dispuso salir con-tra ellos en tres columnas, compuesta la de la izquierda de ingleses solos á las órdenes de Lord Murgrave, la de la derecha de tropas de todas las naciones al mando del Conde del Puerto, despues Duque de S. Cárlos, y la del centro de españoles y napolitanos bajo su inmediata di-reccion. Travose inmediatamente el combate, mas no con el ardor que anhelaba la actividad im-paciente del general, que despues de herido gra-vemente en la pierna derecha, insistió con el mismo ahinco en el ataque, hasta trepar por el pendiente de la montaña, teniendo los enemigos la pérdida de cerca de trescientos prisioneros, y viéndose obligados los demas á despeñarse

por los precipicios, donde perecieron los mas.

Al volver las tropas triunfantes á la plaza, Gravina, que iba en una parihuela, fue victoreado con el mayor entusiasmo, y al dia siguiente la municipalidad le presentó una corona de laurel con una felicitacion afectuosa y honorífica. Dilatose la curacion de la herida, por el solícito desvelo del general que no cesaba de atender á todo. Mandó otra salida en que fueron igualmente rechazados los enemigos; pero llegó en esto el general O-Hara, nombrado gobernador de Tolon por su córte, y sobrevinieron grandes altercados acerca del mando de las armas. Quedó sin embargo Gravina mandando las tropas, mas no por eso cesaron las etiquetas y desabrimientos entre el adusto general inglés y el cortés español.

Hecho prisionero el gobernador O-Hara el 30 de Noviembre en una accion en que se perdieron mas de seiscientos hombres, le substituyó el general Dundás, que guardó la mejor armonía con Gravina; pero imposibilitados los trabajos por las incesantes lluvias de Diciembre, reforzados los enemigos con el ejército venido de la toma de Leon, y dirigidos por Dugomier, embistieron en la madrugada del 17 la avanzada de

los napolitanos, la arrollaron sobre la marcha y fueron tomando en seguida otras baterías ademas del fuerte de Balaguer. A la mañana siguiente se hizo conducir Gravina en silla de manos á la junta de generales que se celebraba en casa del Almirante Hood, y sabida allí la novedad de haber sorprendido los enemigos á Faraon, propuso ir él mismo á recobrarlo, atado á su caballo; pero no accedieron los demas, manifestando que aun cuando se consiguiese, no por eso quedarian en salvo las escuadras de los tiros de la parte de Malbusquet, que domina lo interior del puerto, y de los puntos ya perdidos de Balaguer y L' Eguillete, y en consecuencia se acordó la evacuacion inmediata de la plaza.

Grandes fueron los desastres ocasionados en aquella ocasion al infeliz vecindario, que quedaba espuesto á los sangrientos furores del vencedor, pereciendo muchos sumergidos en las olas por huir del castigo que les preparaban los revolucionarios. La entereza incontrastable de Gravina en medio de tanto y tan doloroso conflicto, atendió en lo posible á la conservacion del órden; pero los ingleses impacientes por esterminar en lo posible la marina francesa, para armar con

el tiempo iguales asechanzas contra la nuestra, despues de haber poseido y saqueado a su arbitrio los tesoros del arsenal, anticiparon inconsideradamente su incendio, y pusieron en nueva conmocion á aquel desventurado pueblo. Con este motivo en vez de hacerse la retirada ordenadamente por la puerta de Italia, segun estaba acordado, se hizo con precipitacion por una poterna, tomando luego el camino inmediato de la Malga, adonde llegó toda la columna, cubriendo los españoles la retaguardia. Los enemigos avisados y dirigidos por los presidiarios del Arsenal, que se habian puesto en libertad, se apoderaron de la ciudad y pasaron luego á la Malga, desde donde dispararon algunos cañonazos á la escuadra; pero esta, aunque salió bordeando y con el riesgo continuo de estrellarse mútuamente en las viradas, por ser contrario el poco viento que tenia, logró ponerse en salvo, y fue á fondear á las islas de Hieres. Allí padeció un fuerte temporal, y á fines de Diciembre, dió la vela para Cartagena con un inmenso trasporte de miserables fugitivos, cuya abandonada patria estaban acabando de esterminar la guillotina y la metralla.

Ascendido Gravina á Teniente general, fue

á convalecer á Murcia, pero antes de estar perfectamente restablecido de su herida, se embarcó de nuevo en el Hermenegildo, y á primeros de Mayo de 7794 salió de Cartagena con una escuadra para socorrer las plazas de Colliure y Portvendres, sitiadas por los franceses; pero encontró que estaban ya en poder de los enemigos y se retiró la escuadra á la bahia de Rosas; apenas dió en ella fondo Gravina, bajó á tierra y con parecer del general del ejército Conde de la Union, recorrió y puso en el mejor estado de defensa y al cuidado de oficiales y tropa de marina, los puntos marítimos de aquella costa.

Vinieron por fin los dias memorables de 17 y 20 de Noviembre, en que los dos Generales Dugomier y el Conde de la Union, perecieron á la izquierda de nuestra línea, y la derecha, al verse sin el apoyo del centro, que habia corrido la suerte de la izquierda, tuvo que abandonar los puntos que ocupaba; los soldados se retiraron con tanta precipitacion, que al llegar á Rosas se arrojaban despavoridos al agua para que se les llevase á la escuadra, como único punto de salvacion. La entereza de Gravina y sus oficiales pudo contenerles, y dispuso el general que que-

dase solo la tropa necesaria para la defensa de la plaza; y embarcando la demas, la envió á Palamox para que inmediatamente pasase á incorporarse con el ejército del Marqués de las Amarillas, que habia establecido su cuartel general en Gerona.

Rindióse Figueras, y se presentaron los enemigos delante de Rosas intimando la rendicion. No faltaron algunos que opinasen por la entrega, pero Gravina se opuso á ello; y ofreciendo suministrar cuantos auxilios de tropa, municiones y víveres fuesen necesarios, fortaleció los ánimos y todos resolvieron defenderse hasta el último trance. Así se verificó en efecto, hasta que en 1.° de Diciembre se juzgó indispensable la retirada que quedó resuelta para la noche del 3. A fin de ejecutarla con prontitud y seguridad, formó Gravina tres líneas; la primera compuesta de los botes y lanchas que se pudieron recoger para llegar hasta la orilla á recibir la tropa; la segunda, de lanchones y jabeques mallorquines; la tercera, de bergantines y jabeques mayores, de donde se trasladaba despues la gente á los navíos; y se hubiera completado el reembarco, sin la voz de alarma de un sargento que estaba

de avanzada, pues al oirla se retiraron trescientos hombres al pueblo, de donde se volvieron por la madrugada á la plaza y luego capitularon. Aquella memorable defensa, debida principalmente al espíritu y vigilancia de Gravina, fue de la mayor importancia, por haber contenido durante dos meses y medio el ímpetu de los enemigos, y dado lugar á que se reorganizase nuestro ejército.

En premio de tan señalados servicios, honró el Rey con la llave de Gentil-Hombre de Cámara con ejercicio á D. Federico Gravina, que vino á quedar de General en Gefe de la escuadra por ascenso de D. Juan de Lángara, con quien se habia reunido, al Ministerio de marina. Vuelto despues á Cartagena y hecha la paz con Francia se desembarcó por enfermo y pasó á Valencia, donde logró restablecerse de sus fatigas é indisposiciones.

En el año de 1797, estando ya en guerra con los ingleses, obtuvo el mando de la escuadra del Occeano; pero su natural modestia, haciéndole reconocer por superior en la táctica naval á otro general de la armada, solicitó con instancia, y logró con satisfaccion, quedarse en clase

de segundo en el mismo destino. En el año siguiente idearon los ingleses un bombardeo contra Cádiz, y al efecto prepararon en Gibraltar una bombardera de estraordinarias dimensiones (conocida despues vulgarmente con el nombre poco culto de *Bombo*) que llevaba en el centro varios morteros, y al rededor 24 cañones de grueso calibre, para barrer á metralla á cuantos intentasen atacarla.

Noticioso D. José Mazarredo de tales preparativos, habilitó las lanchas de fuerza, y poniendo un cañon de á veinte y cuatro en cada una de las de los navios, dió el mando de todas á Gravina. El 3 de Julio por la noche llegó el *Bombo* y aterró con sus tiros, que causaron algunos estragos, á los habitantes de Cádiz; pero salieron las lanchas y trabaron un combate tan reñido y próximo con las enemigas que lo sostenian, mandadas por Nelson, que se mezclaron y confundieron mútuamente, haciendo por último cesar el bombardeo. Repitióse la operacion el 5 y Gravina volvió á embestir denodadamente al enemigo, y le obligó á retirarse á Gibraltar.

Poco despues pasó la escuadra á Cartajena, y desde allí á Brest con la francesa á las órde-

nes de Bruix; y habiendo recaido otra vez en Gravina el mando de la española, contribuyo eficazmente á contrarestar la espedicion que proyectaban los ingleses contra aquel puerto.

El 14 de Diciembre de 1801, salió con cuatro navíos para Santo Domingo, de ausiliar de una escuadra francesa; pero el Neptuno, donde llevaba arbolada su insignia, empezó á hacer tanta agua que le obligó á entrar en el arsenal del Ferrol para atajarla. Trabajóse en esta operacion dia y noche hasta que á los 14 dias se hizo de nuevo á la mar, y alternando continuamente en el alcázar con el capitan del buque D. Cayetano Valdés, llegó por una derrota desusada, al cabo Zamaña en la isla de Santo Domingo, á los 19 dias de su salida del Ferrol, y veinte y cuatro horas antes que los demas buques de la escuadra. Regresó luego á Cádiz con caudales, en Mayo de 1802, y pasó luego á Madrid donde el Rey recompensó su esclarecido mérito con la gran cruz de la órden de Cárlos III.

Hecha la paz, obtuvo por primera vez licencia para ir á ver á sus padres, que derramaron lágrimas de placer al estrechar en sus brazos a

un hijo colmado de honores adquiridos á costa de su sangre, y coronado de una gloria que daba nuevo esplendor al lustre de su familia. Permaneció Gravina una larga temporada en Palermo disfrutando los agasajos de sus deudos y conciudadanos, y en Junio de 1804 fué nombrado Embajador en París. Al admitir tan importante puesto interpuso con instancia la condicion, de que si sobreveuia algun armamento se le emplease desde luego en la carrera activa. Dedicóse entre tanto con desvelo á promover los intereses que se ponian á su cargo, hasta que rota de nuevo la guerra con los ingleses, pasó á Cádiz á tomar el mando de la escuadra, y el 15 de Febrero de 1805 arboló su insignia en el navío de 80 cañones, el Argonauta.

En la noche del 9 de Abril inmediato, habiéndose presentado delante de la bahia una escuadra francesa, Gravina, segun las órdenes que tenia, zarpó y se le reunió tan egecutivamente con sus seis navios y una fragata, que el general Villeneuve le envió á decir, que *su salida equivalia á una victoria*. La escuadra combinada se dirigió luego á la Martinica, y habiendo tomado la Roca ó Pun-

ta del diamante, dió la vuelta para Europa.

El 22 de Julio, al llegar al cabo de Finisterre, se avistó á sotavento la escuadra inglesa del Almirante Calder, que se encaminaba á cortar la retaguardia de la combinada. Gravina que mandaba la vanguardia, sin esperar el *momento* ó señal de egecucion del general, viró á favor de una niebla sin ser visto de los enemigos; pero conociendo estos que si seguian de vuelta encontrada, se habian de ir empeñando sucesivamente con toda la combinada, superior en número, viraron tambien al descubrir aquella maniobra. Gravina embistió entonces á Calder, le estrechó mas y mas forzando siempre de vela, y escarmentó á un navío de tres puentes que se adelantó á sostenerle; pero los ingleses se mantuvieron siempre retrayendo su retaguardia de la nuestra, y formando una especie de 7 muy abierto y reforzado en el ángulo, para presentarse muchos contra pocos, segun su costumbre; asi fue que los navíos Firme y S. Rafael, que se hallaron en aquel punto, quedaron tan desmantelados, que por estar á varlovento, y por haber dejado en la Martinica con los enfermos á la fragata Magdalena, que pudiera ha-

berlos sacado á remolque, fueron á parar, arrollados por el viento y la oleada, á la línea enemiga.

Los ingleses se separaron á las nueve de la noche del combate, que habia durado desde antes de las cinco, con el Windsor-Castle de tres puentes absolutamente inutilizado, y maltratados otros muchos navíos, en términos que no se atrevieron á renovar la accion en los dias siguientes. La escuadra combinada se reunió en el Ferrol, pasó despues á Cádiz, y el 31 de Agosto arboló Gravina su insignia en el navío Príncipe de Asturias de 112.

El 20 de Octubre volvió á salir en número de treinta y tres navíos, quince españoles y diez y ocho franceses; y habiendo avistado el 21 la escuadra del Nelson sobre el cabo de Trafalgar, hizo el safarrancho y los demas preparativos para entrar en combate. Mandaba Gravina la vanguardia, compuesta de doce navíos interpolados de ambas naciones, y Nelson, que estaba á varlovento, se mantuvo desviado, haciéndose cargo de que adonde quiera que atacase, habian de acudir con ventaja aquellas fuerzas reunidas y espeditas. Mandóse virar por redondo, y desigualándose los na-

víos no pudo quedar bien formada la línea, pero Gravina, cuya division vino á quedar con esta maniobra á retaguardia, procuró conservar en lo posible su varlovento para observar y oponerse á los movimientos del enemigo. Embistió éste luego con direccion oblicua en tres columnas subdivididas despues en otras muchas, y al llegar á tiro rompió el fuego el Monarca, mandado por D. Teodoro Argumosa, contra el navío de Colingot, que mandaba la del centro, y logró derribarle el mastelero de proa ó de *velacho*; el Fogoso, francés, le hizo una gran descarga de fusilería que le obligó á *orzar* ó alejarse algun tanto; pero luego insistió en atravesar la línea por delante del Santa Ana, donde llevaba su insignia el general Alava. Forzó éste de vela, le alcanzó y trabó con él un reñidísimo combate; entretanto Nelson intentó atravesar por la proa del Bucentauro, que era el navío general, y la popa del Trinidad donde iba el general Cisneros; pero éste puso todas sus velas en facha, caminó para atrás, le atajó y le hizo una descarga de sus cuatro baterías. Llegaron luego los dos navíos de tres puentes y apuraron sus fuegos por varlovento en el Trinidad, causándole infinitos destrozos; y al mismo tiempo Nelson,

dando la vuelta por la popa del Bucentauro, y dejando este en manos de otros que le seguian, embistió al Trinidad por el costado opuesto, de modo que Cisneros tuvo que batallar desde el principio á tiro de pistola contra tres navíos poderosos.

A este tiempo, Gravina habia empeñado una accion vivísima con los dos primeros navíos de la tercer columna que venia á cortar por aquella parte. Llegaron luego por sotavento otros dos, que habian doblado la línea por el estremo de retaguardia, y ademas presentó su costado por popa otro que le disparó todos sus fuegos á tiro de metralla, causando varios estragos, é hiriendo gravemente al general en el codo izquierdo, el cual á breve rato, no pudiendo ya sostenerse sobre el alcazar, se creyó muerto y encargó el mando y la continuacion del combate á su mayor general D. Antonio Escaño.

Este esclarecido oficial se hallaba en la toldilla, cuando una descarga de metralla arrolló, escepto á un cabo de artillería, á cuantos con él estaban, hiriéndole gravemente en una pierna; no quiso sin embargo retirarse, hasta que precisado por los oficiales bajó por un momento, y hecha la cura

volvió á desempeñar con igual intrepidez el encargo de Gravina.

No será fuera de propósito hacer aqui honorífica mencion de los ilustres marinos que perecieron en aquel sangriento combate. Habia muerto ya D. Cosme Churruca y su segundo Don Francisco Moyua en el Nepomuceno que peleó al principio contra tres y despues contra cinco navíos; D. Francisco Alcedo y su segundo Don Antonio Castaños, en el Montañés; D. Dionisio Galiano, despues de haber rendido á un navío de tres puentes, en el momento en que estaba en el Bahamá observando con el anteojo los movimientos del enemigo; en solo el Trinidad siete valientes oficiales, y aunque segun se asegura Nelson perdió su vida de una descarga de fusilería de la cofa de mesana de este navío, su muerte fue pobre compensacion á tantas desgracias. Cuatro generales; los capitanes Gardoqui, Uriarte, Pareja, Vargas, Jado, Argumosa, Valdés y otros estaban heridos, y sus navíos desmantelados; este último, que mandaba el Neptuno de 80, intentó socorrer solo á todo trance el Trinidad, como ya lo habia salvado el 14 de Febrero en el combate del Cabo de San

Vicente; pero se lo impidieron un sin número de navios que le salieron al encuentro. Los franceses perdieron entre otros al insigne Capitan Magon, el cual habiéndole quitado una bala entrambas piernas, se hizo meter para estancar la sangre en un barril de harina, y desde allí continuó mandando la maniobra y animando á todos con el mayor heroismo, hasta el momento en que espiró. Sabidos son por desgracia el éxito de aquel sangriento combate, y los efectos del furioso temporal que sobrevino. No es de este lugar el exámen de si debió ó no renovarse la accion con los navios reunidos que se retiraron á Cádiz; pero desde aquella fatal jornada puede sí asegurarse, que quedó enteramente destruida la marina militar española.

La herida de Gravina era tan grave que desde luego se trató de cortarle el brazo; pero ofrecióronle algunos facultativos curarle sin aquella operacion radical, y se determinó á escusarla. Siguió la curacion con variadas alternativas, hasta que por último despues de haber cumplido con los deberes religiosos, espiró el dia 2 de Marzo al medio dia, con la mayor resignacion.

Tal fue el glorioso fin de la brillante y laboriosísima carrera de D. Federico Gravina, Co-

mendador de la órden de Calatrava, Gentil-hombre de Cámara de S. M. con egercicio, gran cruz de la órden de Carlos III, y de resultas del último combate, Capitan General de la Real Armada. Era de regular estatura, y su rostro retrataba al vivo la inalterable apacibilidad de su espíritu. Fue siempre en estremo culto y espresivo en sus modales y palabras, irreprensible en sus costumbres, y absolutamente desprendido de todo interés mezquino. Espléndido con sus amigos y generoso con los necesitados. Justificado y afable hasta con el último marinero, llano y aun familiar con sus subalternos, cautivaba los corazones de cuantos estaban bajo su mando. Su maestría en la profesion, su actividad vigilante y atinada en todo genero de empresas, su impetuoso denuedo en el avance, su teson inflexible en el empeño, y sobre todo su inalterable serenidad, hacen de él un perfecto remedo de uno de nuestros mas esclarecidos h roes del siglo XVI, del inmortal Alejandro Farnesio.

Los enemigos hicieron justicia á su mérito, diciendo en los papeles públicos: «Tenemos que lamentarnos al oir que el valeroso General Gravina ha muerto. Sus amigos han vivido largo

tiempo esperanzados de su restablecimiento, pero por desgracia acaban de quedar frustrados sus anhelos. La España pierde en él el oficial mas esperimentado de su Armada, á cuyas órdenes sus escuadras, ya que alguna vez hayan sido vencidas, nunca han dejado de merecer los encarecimientos de los vencedores. » (*) Su funeral se celebró con el correspondiente aparato en medio de un gentío inmenso, pudiéndose repetir aquel dia lo de Tácito, hablando de Germánico; «Que al par de la pompa y el ceremonial de las exequias, reinaba entre los asistentes un entrañable desconsuelo. »

(*) El Almirante Colingod escribió el pésame al Marqués de la Solana, en una carta lacónica y espresiva.

D. F. TADEO DE CALOMARDE.

Personages célebres del siglo XIX.

D. F. T. CALOMARDE.

«No se muestra acreedor á la victoria
«quien del vencido la desgracia insulta

SIMON BOCANEGRA acto 1.°

Difícil tarea á la par que ingrata, toma sobre sí el que escribe la biografía de un hombre impopular, en el pais mismo que le mira como causador de sus males, y á presencia del partido vencedor. En tales circunstancias y al concitar sobre sí el ódio de este partido, réstale únicamente el consuelo de esclamar, que basta los dioses mostraron su faz risueña á la causa ven-

cedora, y solo un Caton se atrevió á sostener la de los vencidos. Lejos de nosotros la idea de compararnos al valeroso romano, al referir las acciones de un proscripto, sin ocultar sus defectos ni sus buenas cualidades. Al escribir su biografía, no vamos á trazar su panegírico, ni tenemos motivo para ser sus apologistas.

Por otra parte la historia contemporánea escrita por hombres, que recibieron rudos golpes y quizá persecuciones directas del personage en cuestion, le ha retratado con los mas negros colores, y apenas se hallará una pincelada que le sea favorable. Con todo, una larga espiacion y hasta la victoria misma del partido á quien oprimió, han modificado algun tanto la opinion acerca del ilustre proscripto, á quien cubre ya tierra estrangera. Y ¿quién será capaz de llevar sus resentimientos mas allá de la tumba? No aumentaremos el número de los que se complacen y deleitan en ver la humanidad bajo sus aspectos mas defectuosos, antes bien imitaremos al pintor griego, que hizo el retrato de Antígono, de perfil, para ocultar el defecto de un ojo, concretando la narracion á los sucesos de la vida de Calomarde y dejando los comentarios sobre su política pa-

ra los que escriban prolijamente la historia.

Una de las cosas que mas han chocado á los estrangeros que han tratado de observar la nuestra en lo que llevamos de este siglo, ha sido la tendencia del pueblo, ó si se quiere la plebe, al absolutismo, y de la aristocracia española al régimen constitucional. Acostumbrados á profundizar harto poco en nuestros asuntos han calificado estas tendencias de anomalías, á pesar de que seria muy fácil hacer ver que tales tendencias son naturales en unos y en otros, mirando con detenimiento su educacion y sus ideas. Si Calomarde hubiera nacido en otro pais, quizá hubiera sido un tribuno: en España por el contrario, figura como uno de los tipos del absolutismo, á pesar de ser hijo del pueblo.

Oscuros fueron á la verdad su nacimiento, su familia y hasta su patria, situada en un pueblecito del bajo Aragon, llamado Villel, donde vió la luz primera el dia 10 de Febrero de 1773. Sus padres llamados Juan y Rosa de Ariza, eran unos labradores no muy acomodados.

Otra ocupacion diferente se les ha supuesto, y los Palaciegos que ora se arrastraban á sus pies, ora á sus espaldas daban curso á su sar-

cástica maledicencia, le designaban con el apodo del *alpargatero*. Pero á pesar de su pobre estracion jamás dudó de su futuro engrandecimiento, á la manera que Cromwell, de quien aseguran que siendo jóven una fantasma le predijo su futura elevacion. Chocante era por cierto esta confianza en el jóven Francisco Tadeo, cuando cursaba jurisprudencia civil en la universidad de Zaragoza. Reducido á servir de page en casa de una señora viuda, solia acompañar por la noche precediendo con el farol á unos comerciantes de Teruel, que vivian en la misma casa. Recordaban estos no ha muchos años con admiracion que al preguntar á Calomarde á qué aspiraba, respondia siempre sin desconcertarse, á Ministro de Gracia y Justicia. Esta respuesta harto orgullosa en boca de un pobre page, unida á su figura no muy elegante, solian hacerle blanco de las bromas de los festivos tertulianos. Y con todo, la providencia tenia escrito ya en sus decretos eternos, que sus conatos serian cumplidos, y que arribaría á la cima á la cual encaminaba sus vacilantes pasos.

Al trasladarse Calomarde á la Córte á fines del siglo XVIII, rico tan solo de esperanzas y

con la cabeza colmada de gra'as ilusiones, semejaba á los viageros, que abandonan su pais natal y arriban al Nuevo-Mundo, llevando por única esperanza y base de sus soñadas riquèzas en vez de conocimientos y recursos una carta de recomendacion. La fortuna le protejió desde sus primeros pasos. Presentado al médico de Cámara D. Antonio Beltran, que tambien lo era de Godoy y aragonés, supo captarse su benevolencia y encontrar en él un protector. Calomarde criado en la dependencia, carecia de aquella fiereza ingenua característica de su pais, y acostumbrado á plegarse á voluntades agenas, no le habia de estorbar su firmeza el medrar en una Córte aduladora y corrompida.

El médico de Godoy tenia una hija poco favorecida de la naturaleza, pero que con todo era un partido harto ventajoso para el jóven pretendiente. Con este objeto, el presunto suegro obtuvo de Godoy para su protegido una plaza de Oficial en la secretaría de Indias, como regalo de boda. Pero Calomarde una vez puesto en carrera despreció la mano benéfica que le habia favorecido, sacándole de la oscuridad, y solamente una reprension harto ágria de Godoy, acompañada (se-

gun dicen) con la amenaza de echarle á presidio, le obligaron á dar la mano á la infortunada jóven, objeto ya de su menosprecio. Nunca se miró como casado, y las personas mas allegados á él, jamás oyeron salir de sus lábios el nombre de su esposa.

Entretanto su fortuna se aumentaba rápidamente: antes del año 1808, habia sido promovido á Oficial mayor de su secretaria y se hallaba interesado en algunas contratas. Los sucesos de aquella época le arrojaron á Cádiz con la Rejencia y sus oficinas, entonces bastante interesantes por el giro que principiaban á tomar los asuntos de América.

Poco despues pasó á Oficial mayor de Gracia y Justicia por influjo de su amigo el Ministro Sierra, que trató de salir juntamente con él, Diputado por Aragon. Algunos han atribuido al desaire que entonces sufriera el encono que despues mostró contra el gobierno representativo. Viósele en efecto ya desde aquel punto estrechamente ligado con Sierra, Lardizabal y demas corifeos del partido realista. Juntamente con ellos trabajó por el proyecto de confiar el Gobierno á la Princesa Carlota, y desde entonces la casa

de Portugal se le mostró no poco propicia; pero á la caida de aquel partido, Calomarde se vió envuelto en su ruina.

El regreso de Fernando VII, vino á trocar enteramente la escena, y los que habian sido abatidos por las Córtes de Cádiz, pudieron hacer alarde y ostentacion de sus servicios. Uno de los mas favorecidos y de los primeros en escalar el poder fue Lardizabal, que por el decreto de 4 de Mayo de 1814, fue nombrado Secretario de la Gobernacion de Ultramar, nombre que se daba á la antigua secretaría de Indias, y que luego volvió á trocar por este último. Con Lardizabal volvió tambien á la secretaría de Indias su antiguo amigo y oficial, acreditado ya como acérrimo realista por la parte que habia tomado en Cádiz contra las reformas liberales, y la persecucion que habia sufrido. Aumentóse mucho mas su valimiento con motivo de las bodas de los desterrados de Valencey con las Princesas del Brasil, hijas del Regente de Portugal. Era mediador de aquellas bodas el célebre P. Cirilo de Alameda, que durante su emigracion habia logrado introducirse con aquella familia en el Brasil, y á su regreso á España se constituyó en agente de aquel doble casamiento.

Para llevarlo á cabo pasaron á Coimbra Lardizabal y Calomarde, ambos sujetos de confianza para la familia Real de aquel pais, con motivo de los servicios prestados en Cádiz por ellos á la infanta Doña Carlota. Los que prestaron en esta ocasion fueron tambien remunerados largamente y entre otros favores obtuvo Calomarde el nombramiento de Caballero de Santiago de Avis. Los contratos quedaron otorgados en 22 de Febrero de 1816, y á principio de Setiembre desembarcaban las Infantas en la bahia de Cádiz. Lardizabal y Calomarde creian del todo afianzada ya su fortuna, cuando un contratiempo inesperado vino á sumirlos en la desgracia. La camarilla que rodeaba al monarca y que disponia de sus favores, veia con ojos aviesos el encumbramiento de estos dos personajes. Ya el año anterior Lardizabal habia sufrido un imprevisto contratiempo, tanto mas sensible para él, cuanto que se le juzgaba árbitro de la voluntad del Rey. El ministerio de Indias habia sido disuelto, y sus empleados repartidos por otras oficinas: Lardizabal habia quedado de simple consejero de Estado, y Calomarde habia pasado á oficial del ministerio de Gracia y Justicia. Al verlos pues recobrar su influencia

despertose la dormida envidia que los empujó contra los mismos escalones por donde pensaban subir.

Hallábanse ya las infantas en Cádiz cuando se recibieron noticias poco satisfactorias acerca de la conducta del gabinete portugués en América, y aun se aseguró, que se disponia para atacar á Montevideo. Al mismo tiempo llegaban noticias confidenciales harto desagradables, acerca de la salud de las princesas. Alarmóse la Corte con tales nuevas, reunióse el Consejo de Estado, y combinándolas con otras anteriores y con la mala fe y torcidas miras que se suponia al gabinete portugués, principiaron á dictarse medidas de precaucion. No estrañaremos que sea cierto lo que se dijo entonces, de que el infante D. Antonio propuso, que las infantas quedasen como en rehenes, hasta que se recibieran ulteriores noticias. Los agentes del casamiento, sorprendidos con tan estraña catástrofe, fueron las primeras víctimas de ella, y exhonerados de sus empleos se vieron en breve lanzados de la Corte. Calomarde, confinado á Pamplona, presenció desde aquel retiro las fiestas á que se entregaban la Corte y la nacion con mo-

tivo de las bodas, en que tan directamente habia intervenido y de las cuales por tan rara peripecia, en vez de honores y favor, tan solo habia conseguido su desgracia. En vano la amable Isabel interpuso su mediacion á favor de sus desgraciados agentes, y presentó á su esposo los hijos de Lardizabal, que imploraban la libertad de su padre. El Rey, que dominado por ignobles influencias daba muy pequeña parte de su corazon á la virtuosa Isabel, se mostró insensible á los infantiles ruegos, subiendo al coche sin responderles y desairando á la Reina, que habia tenido una gran parte en aquella escena. La prematura muerte de aquella amable Reina, en la que los españoles cifraban grandes esperanzas, concluyó de arrebatar á Calomarde las pocas que le restaban, y se tuvo que resignar á vivir oscuro y olvidado en el rincon de su destierro, mucho mas al ver el tortuoso giro que tomaban los negocios públicos, y la tempestad próxima á estallar.

Nada podia esperar del Gobierno constitucional, que acababa de instalarse en la Península, y por tanto veia con placer sus desaciertos y el descrédito que le amenazaba en el estrangero.

Previendo en lo que vendria á parar, y temeroso por otra parte de que las autoridades de Pamplona, en vista de su conocida desafeccion, tratasen de arrestarle y hacerle servir de represalias, huyó secretamente de Pamplona en 1822, y llegó á Madrid, donde permaneció oculto mas de un año, hasta la evacuacion de la capital por Zayas y la entrada de las tropas francesas.

Los sucesos de aquella época son bien conocidos, como tambien el nombramiento de Regencia, de la cual fue secretario Calomarde. Poco tiempo despues se le vió subir al ministerio de Gracia y Justicia en compañía de Ofalia, que entraba en el de Estado el 17 de Enero de 1824, por fallecimiento del Marqués de Casa-Irujo.

Tambien entró por el mismo tiempo de secretario del Consejo de Ministros y del Consejo de Estado el célebre D. Antonio Ugarte, amigo de Calomarde, con quien convenia en ideas, y que era mirado entonces como el favorito del Rey. La influencia de este Ministro y su preponderancia en el Consejo, eran poco satisfactorias á sus compañeros de Gabinete, á los cuales dominaba. Decíase de él, que estando iniciado en los secretos del Gobierno los comuni-

caba al partido llamado Apostólico, del cual se le suponia acérrimo agente. Conjurados los otros Ministros contra Ugarte, lograron por fin arrancarle del lado del Monarca y darle un honroso destierro, enviándole de ministro plenipotenciario de Cerdeña en Marzo de 1825.

Vióse á poco tiempo crecer rápidamente el valimiento de Calomarde, y alianzarse en él, de tal modo, que pudo mirar como vinculado en su persona el favor de un Rey harto propenso á mudar de Ministros. A la verdad, concurrian muchas circunstancias para esta elevacion no difíciles de esplicar si bien se mira, aun prescindiendo de la intriga y de la adulacion. El partido realista se hallaba dividido en dos grandes facciones: el uno de ideas templadas á cuyo frente se hallaba la grandeza y la mayor parte del ministerio: el otro mas exagerado y furibundo en sus ideas, titulado el partido apostólico, á cuyo frente se suponia á D. Cárlos. Fernando, que tenia sopeditado ya al partido liberal, veia tambien con placer dividido al realista, que se hacia de este modo menos compacto y temible. A no haber sido por esta division, que el Rey se guardaba muy bien de atajar, quizá se

hubiera visto él precisado á lanzarse en brazos del partido liberal; como Enrique III de Francia, acosado por la liga, se entregó á discrecion de los Hugonotes, que tan encarnizadamente habia perseguido. Conociendo Calomarde esta situacion se penetró bien de su papel, que en cualquiera de las dos facciones habia de ser harto desairado. Resentidos los ultras de la destitucion de Ugarte miraban con ceño el encumbramiento de Calomarde, que no se presentaba como su predecesor á quemar incienso ante sus aras. Los partidarios del despotismo ilustrado y la grandeza merecian pocas simpatías á Calomarde, y tampoco esta podia profesarlas á un ministro de su estofa. En tal situacion llegó el Ministro de Gracia y Justicia á ser entre sus compañeros de gabinete, lo que el Rey entre los dos partidos realistas que se combatian á la vez. Esta situacion homogénea debió escitar igualmente sus simpatías, y por tanto Calomarde, fiel intérprete de aquella política, al paso que se situaba en su propio terreno, venia á ser el mas útil resorte de ella. Por una parte refrenaba al partido conservador que propendia al liberalismo; por otra intimidaba á los reac-

cionarios que aun clamaban por venganza. Esta política se hallaba compendiada en aquella frase que llegó por entonces á ser vulgar, *palo al burro blanco*, *palo al burro negro*, idea que el Rey su amo solia espresar en términos mas groseros, parodiando aquella cantinela *¡ese narizotas!..*

¿En qué consiste, pues, que el partido liberal ha mirado y mira á Calomarde como su Neron, siendo asi que durante su encumbramiento disfrutó mas libertad y tolerancia que en los años anteriores? ¿En qué consiste tambien que el partido realista odió y sigue odiando á Calomarde, y le arrojó de sí como á causador de todos sus males? No será esto á la verdad una anomalía, si se observa que combatiendo sus proyectos y haciendo gastarse al uno con el otro, llegó á verse en una posicion escéntrica para ellos, y se hizo odioso á los dos á la vez. Cuantas persecuciones sufrian los liberales de los agentes del Gobierno se miraban por aquellos como influidas directamente por Calomarde, al paso que la grandeza le detestaba igualmente, y el Duque del Infantado renunciaba su cargo por zelos, segun se dijo, de la preponderancia del favorito.

Tales son las causas del engrandecimiento de Calomarde y su larga permanencia en el poder, bajo la férula de un Rey inconstante. Habian nacido el uno para el otro, y se entendian fácilmente, pues convenian en ideas. El Rey solia decir que con ninguno despachaba mas á gusto que con Calomarde, y que le presentaba los negocios con tal claridad y precision, que facilitaba sus resoluciones. A la verdad, aun cuando no concedamos á Calomarde un gran talento, tenia en su favor la espedicion y facilidad que dá la práctica, con bastante conocimiento del corazon humano y sus mas íntimos resortes. Tampoco le faltaba teson para arrostrar los inconvenientes del sistema, que tanto el Rey como él se habian trazado, y confiado en su posicion se mostraba enérjico y aun inflexible, el mismo que en la presencia de su amo se arrastraba humildemente á sus pies.

El uno y el otro tenian indudablemente un fondo de sentimientos religiosos, aun cuando en su vida privada no hayan sido modelos de virtud: con todo, atendiendo mas á sus defectos que á sus buenas cualidades, se les ha lanzado el dictado de hipócritas. No se crea por eso que

los sugetos que tan acerbamente han calificado á Fernando y á su Ministro por su conducta privada, sean algunos varones ejemplares, que con el tiempo hayan de entretener á la Congregacion de ritos. Creemos que la escusarán esta molestia, y nos mueve á ello el pensar, que los hombres verdaderamente virtuosos suelen ser los mas indulgentes con las flaquezas de sus semejantes.

Recordamos con este motivo que en una de las catedrales de España se motejó al Rey por un estremo contrario, calificándole de impio, porque omitió una genuflexion al pasar por frente del altar mayor. Habiendo ido al dia siguiente una diputacion del cabildo á cumplimentar al Rey, y con ella el canónigo que mas mordaz se habia mostrado, recibió de Calomarde y reservadamente, una reprension bien amarga, manifestándole entre otras cosas que por delicadeza se abstenia de poner en parangon su conducta con la del Monarca.

Respetemos pues al menos la vida privada, absteniéndonos de trasmitir á la posteridad por medio de la prensa, lo que la maledicencia no dejará de conservar por tradicion. Con todo, hay

en la vida de Calomarde un suceso de esta clase, imposible de pasar en silencio, pues ademas de ser muy público, va enlazado con los principios de su elevacion. Tal es el fallecimiento de su olvidada esposa Doña Juana Beltran, en Zaragoza. A pesar de los desdenes y el ingrato porte de su esposo, con quien apenas vivió, se contentó con llorar en el silencio y oscuridad de su retiro; y próxima á morir dió un testimonio de resignacion cristiana, nombrándole heredero á pesar de su ingratitud. Es falso lo que se ha dicho de que la habia abandonado á la miseria, pues la consignó una pension de 12,000 reales anuales y una casa para su habitacion en Zaragoza.

Por aquel mismo tiempo llamaban la atencion en la Corte unas escenas harto cómicas, en medio de los sangrientos dramas que con frecuencia se representaban. Y bien merecen seguramente el nombre de cómicas, las escenas á que dió lugar la Real órden sobre reunion de matrimonios mal habidos, dada por un Rey que seguramente no era modelo de fidelidad conyugal, por conducto de un Ministro que jamás vivió con su muger, ni aun se le oia nombrarla, y

en medio de unos cortesanos muchos de ellos públicamente embarraganados. Seguramente que si se tratára de aumentar párrafos á la crónica escandalosa de la Corte, bastaria referir algunos de los episodios á que dió lugar la tal Real órden, que fue causa de encierros monásticos, arrestos y reclusiones á que se vieron condenados algunos de los mismos grandes y cortesanos.

Pero otros sucesos mas terribles y trascendentales vinieron á llamar la atencion pública, apenas la Nacion principiaba á disfrutar una aparente tranquilidad. Tales fueron los sucesos de Cataluña en 1827, que pudieron ser de una trascendencia incalculable, pues aun no se ha descorrido enteramente el velo que los cubrió por largo tiempo. Los partidos, como sucede siempre, al ver el mal éxito de los sucesos, no han querido prohijar aquel levantamiento, cansado por opuestos intereses y por elementos contrarios. Esta revolucion, producida á la vez por dos partidos estraños entre sí, dió lugar á varias anomalías de problemática resolucion. De todos modos, aquel Monarca tan tímido y apático, que al estallar la revolucion en las Cabezas de S. Juan pasó dos meses en una entera iner-

cia y apatía, y comunicó á los sublevados el valor y arrojo, que no desplegaba por su parte, le vemos al presente revestido de toda la energía y dignidad de su carácter, lanzarse rápidamente en medio del peligro y conjurar la tempestad con su presencia. ¿Quién ha causado en el Rey tal metamorfosis? Ved á Calomarde que le acompaña en la silla de posta que camina rápidamente hácia Zaragoza. Esto ha obligado á decir á personas muy sensatas, que á no haber sido Calomarde confinado á Pamplona en 1816, probablemente hubiera subido al Ministerio, y quizá hubiera variado tambien el aspecto de las cosas en 1820.

Respecto á las atrocidades cometidas en Cataluña varian mucho las opiniones, inculpando unos al Rey y otros á su Ministro: pero quizá una mano oculta precipitó en la tumba aquellas víctimas, con el mismo objeto con que habia fusilado á Bessieres sin permitirle declarar acerca de su levantamiento. En tal caso, el Conde de España solamente fue un instrumento y Calomarde un testigo.

No entraremos en pormenores acerca del ministerio de Calomarde, en el cual hallamos se-

guramente absurdos insostenibles, y actos por el contrario mal juzgados. Unos y otros los calificará la historia, que quizá en sus fallos respetará poco el de los contemporáneos.

Enmedio de los negros colores con que se le ha pintado, resaltan algunas buenas cualidades personales. No eran el apego al dinero ni la rapacidad vicios que se hayan inculpado á Calomarde: desempeñaba gratuitamente una porcion de destinos que le hubieran rendido gruesos sueldos; socorria con largueza los establecimientos públicos, y aun se le tachaba de ser descuidado en materia de interés. Quizá esto último ha influido no poco para acelerar su muerte, y algunos periódicos lo han presentado como causa inmediata de ella. Tampoco se le acusó de haber apadrinado á sus parientes, defecto harto comun en hombres de gobierno; pero por otra parte, el pueblo que nunca perdona el nepotismo, se ensangrentó contra Calomarde y le echó en cara su despego, achacándole á desvio de sus parientes, cuyos modales rudos y groseros le recordaban su humilde estraccion. Quizá esto no sea del todo infundado, pero tampoco lo es que al regresar de Cataluña á Zaragoza en

compañia del Rey, visitó á los que le habian favorecido en sus primeros años, y no se mostró ingrato con ellos ni con sus condiscípulos.

En cambio se le acusó, y no sin fundamento, de su escesivo provincialismo, y de poner en manos de aragoneses los mejores empleos de su ramo. Para ello no hay mas que recorrer las listas de los altos funcionarios civiles y eclesiásticos. En varias ocasiones tuvo que sufrir las zumbas del rey por este motivo, sin que se mostrase por ello mas enmendado. Cuando dió noticia á Fernando de haber vacado la mitra de Segovia, le dijo este en tono burlon.—¿Tienes por ahí algun aragonés por obispar?—Pocos dias despues Calomarde creyendo, que ya el Rey se habria olvidado, le presentó al aragonés Briz Martinez, general de los Domínicos. Entonces Fernando sonriéndose le dijo:—Eso ya lo sabia yo, que me habias de traer algun aragonés.—A pesar de eso firmó la presentacion sin omitir sus acostumbradas pullas.

Hallábase pues Calomarde en el apogeo de su esplendor colmado de honores y distinciones, y favorecido de todas las Córtes europeas que le honraban con sus cruces y condecoraciones,

siendo quizá de los que mas podian presentar en Europa.—El Toison, la de Cárlos III, la de Isabel la Católica, la de Avis de Portugal, la del Aguila negra de Rusia, la de la Vendée la Legion de honor, honraban su pecho con otras muchas, que seria prolijo referir.—Echábase de menos la Jarretierra de Inglaterra, porque á la verdad no fue esta nacion con la que mas simpatías tuvo.

Pero esta misma elevacion era un mal presagio para él, por la dificultad de conservarse estable en el poder, luego que se ha llegado al punto culminante, y cuando casi no hay mas á que aspirar. ¿Pero quién se detuvo en tales consideraciones al verse disfrutando la privanza?

Uno de los primeros golpes para ella fue el casamiento de la Reina Cristina. La presencia de los Reyes de Nápoles, el influjo de su hija, y la elevacion de la Infanta Doña Luisa Carlota esposa de D. Francisco, por tanto tiempo postergada, debilitaron en gran parte el influjo de la Camarilla y del Ministro favorito, que conoció no estar del todo seguras en sus manos las riendas del Gobierno, que tan holgadamente habia manejado.

Poco tiempo despues habiendo logrado el Rey sucesion de este último enlace, trató de dar publicidad á la Pragmáctica-sancion de 1789, por tanto tiempo arrinconada y cubierta de polvo en los estantes del Consejo.

Se ha disputado con mucho calor acerca del autor del pensamiento de restablecer la Pragmáctica-sancion. Los liberales no queriendo deber este favor á Calomarde, suponen que fue el Guarda sellos, D. Juan de Grijalva, el instrumento de que se valió el Rey para la publicacion de dicha Pragmática. Los realistas por su parte acusaron á Calomarde de haber sido no solamente quien sugirió la idea, sino tambien el que la llevó á cabo. No será estraño que uno y otro cooperasen á este fin: pero no es cierto como se ha querido suponer que Calomarde se opuso á su ejecucion. Hallábase aborrecido por el partido realista furibundo, y por otra parte no dejaba de recelar del ascendiente que la Reina iba adquiriendo sobre el ánimo de su real Esposo. Creyó pues oportuno congraciarse su benevolencia por este medio; pero no deja de ser dudoso el objeto, que para lo sucesivo se proponia, á no ser esta medida únicamente pa-

ra prolongar su permanencia en el Ministerio.

Sus esperanzas eran ilusorias y la última hora de su poder iba á sonar. Sabidas son las célebres ocurrencias de la Granja, y las intrigas palaciegas á que dió lugar la aparente muerte del Rey, y la abnegacion sublime de su Esposa. Los cortesanos semejantes á los salvajes que adoran al sol al tiempo de salir, pero jamás se acuerdan de tributarle culto al tiempo de ponerse, volaron presurosos al cuarto de D. Cárlos á tributarle sus primeros respetos, *como á su Rey y Señor*. No se quedó atrás Calomarde, á pesar de que llevaba consigo el presentimiento de su caid que afligia su corazon. La repentina é inesperada mejoria del Rey, y la llegada no menos imprevista de la Infanta Doña Luisa Carlota, acabaron de variar enteramente la escena. Las amargas censuras de la Infanta decidieron á la Augusta Cristina á reparar su momentáneo error, y los cortesanos aterrados con aquel golpe huyeron á su vista despavoridos.

Calomarde por su desgracia tropezó con la fogosa Infanta, y es fama que recibió de su mano un solemne bofeton: poco rato despues le buscaba con mas siniestro objeto, pero el ex-

ministro previendo su destino se habia ocultado ya, y trataba de poner tierra por medio. El dia 2 de Octubre llegó secretamente á Madrid, y dos dias despues salió en la diligencia para Valencia, de donde se trasladó á Olba, en cuyo pueblo tenia su fábrica de papel, famosa por aquel tiempo. Sabiendo que se trataba de prenderle, huyó á esconderse en un convento de frailes franciscos tan oportunamante, que á poco rato llegaron las requisitorias y se dió aviso á la frontera. Disfrazado con el humilde sayal, se dirigió á esta, pasados algunos dias, y ya iba á pisar el territorio francés, cuando por su desgracia fue reconocido por un sargento de carabineros, y solamente á fuerza de oro logró escapar de sus manos. El proceder que observó despues con ellos, es uno de los mas negros borrones de su conducta. Habiéndose descubierto el cohecho, el sargento y los carabineros se vieron en la precision de emigrar á Francia: aquellos infelices se vieron reprochados por él asperamente, y llegó á decirles «que merecian bien ser fusilados por haberse dejado sobornar.» Este rasgo, que parece increible, únicamente puede esplicarse por el humor atrabilario que á veces le dominaba y que tomó incremento con su caida.

Su posicion se hizo mas crítica con los encuentros frecuentes que tenia con los emigrados españoles, que volvian ufanos á su patria despues de tan dura y larga proscripcion. En varias ocasiones llegó á verse espuesto á perecer entre sus manos, si no le hubiera salvado la generosidad de algunos otros de ellos que le debian favores reservados. En aquella época tan feliz para muchos españoles, cuando las familias llenas de júbilo abrazaban aquellos objetos de su cariño, que no creian volver á estrechar contra su seno, Calomarde solo y despreciado en pais estranjero, apuraba en secreto la copa de la amargura, sin un amigo ni un recuerdo que mitigasen sus penas. Perdidos sus empleos, secuestrados sus bienes, y hecho su nombre un objeto de execracion y sinónimo de una época de aciagos padecimientos, que esclusivamente se le imputaban, parecia Calomarde en su destierro, aquella infortunada víctima, que llamaban los hebreos *hostia por el pecado*, á la cual abandonaban en medio del desierto, cargada con todas las iniquidades del pueblo de Israel, despues de haber invocado sobre su cabeza con mil execraciones la cólera celeste.

Sus primeros pasos en Francia se dirigieron

á Orleans, de donde marchó á París. Desde allí como desde un punto culminante, pudo contemplar las escenas que rápidamente se sucedian en la Península; y los densos vapores que sobre su horizonte se aglomeraban, présagos de horrenda tempestad. El Rey falleció, y al punto saltó la chispa eléctrica que puso en combustion los agrupados vapores. Tronó el cañon en los ángulos de la Península, y sus fértiles campiñas se regaron con española sangre. Entonces Calomarde se aproximó al teatro de la guerra, fijando su residencia en Tolosa, y se le vió dispuesto á tomar parte en la contienda; pero sus servicios fueron desechados, y la corte de Oñate le prohibió el pisar territorio español. Aquella orden fue espedida por antiguos amigos y clientes suyos, que olvidando sus numerosos beneficios vengaban sus desdenes: castigábasele tambien no solo por la presentacion de la Pragmática, sino aun mas por las medidas represivas que habia tomado contra el partido ultra-realista, que prevalecia en Oñate. Al verse pues cargado con el anatema de este partído, vilipendiado en su desgracia, y escarnecido por sus mas íntimos amigos, recayó en la hipocondria á que era muy propenso.

Con objeto de distraerse pasó á Roma, morada comun de ilustres proscriptos. Aquella ciudad santa, colmada de religiosos y antiguos recuerdos de todas épocas y de todas edades, objeto por lo comun de ódio para los hombres elevados al poder, debe escitar sin duda las simpatías de los que algun dia se vieron rodeados de esplendor y ahora gimen arrastrándose en el polvo y viviendo de brillantes recuerdos, como la mansion augusta de los Césares. La prensa quiso dar importancia política á este viaje, que probablemente no fue mas que un deseo de distraccion ó de entusiasmo religioso, á la manera que un enfermo en su agitacion febril da vueltas en todas direcciones y en ninguna postura calma su dolor.

Los dos últimos años de su vida en Tolosa, fueron consagrados esclusivamente á obras de beneficencia. Ademas de suministrar gruesas cantidades á los carlistas que imploraban su proteccion para pasar á Navarra, durante la guerra habia socorrido muchas familias que la emigracion habia lanzado en la miseria. Pero al volver de Roma, favoreció indistintamente á las bandas de emigrados que inundaban aquel pais,

sin distincion de colores, y estos agradecidos á sus beneficios llegaron á llamarle el padre de los pobres españoles.

Muchas familias, no solamente francesas, sino aun dentro de España lloraron el dia de su muerte, porque les faltaba el pan de cada dia. Y en medio de este desprendimiento, se trataba á sí mismo con un porte mezquino, lo que hizo creer con mucho fundamento, que preparaba un donativo para los prisioneros de Bourges, como en holocausto por conseguir su favor. Otros lo atribuyeron hasta cierto punto á efecto de alguna aberracion mental, causada por la melancolía, mucho mas al ver los raptos de fervor religioso á que se entregaba públicamente en las iglesias de Tolosa, poniéndose en cruz, besando el suelo, y haciendo otras demostraciones, que daban no poco que reir á los franceses.

Los periódicos franceses y los españoles copiándolo de aquellos, atribuyeron su fallecimiento á noticias poco satisfactorias sobre asuntos peculiares suyos, que recibió de Madrid, las cuales agravando su habitual melancolía, le causaron un accidente apoplético que puso fin á sus dias el 19 de Junio de 1842.

En su última enfermedad le asistió el médico de Cabrera, D. Juan Sevilla.

Pocas horas despues de su fallecimiento, se recibió por el telégrafo orden de París, para que se le hiciesen solemnes exequias como general, por estar condecorado con el gran Cordon. La guarnicion de Tolosa cubrió la carrera, la artillería hizo los disparos de ordenanza, y las autoridades civiles y militares de grande uniforme presidieron su entierro, el mas suntuoso que hace muchos años se habia visto en Tolosa. Enterróse en una caja de plomo, pues habia manifestado deseos de que su cadáver se trasladase á España, y se colocase en la capilla del Cristo de Olba, que á sus espensas habia levantado. Pero este deseo no es tan fácil de cumplir como él creia, y solamente alguna que otra familia, que esperimentó su beneficencia recordará con el tiempo su tumba olvidada en tierra estrangera. ¡Veinte años han trascurrido antes que se cumpliera el último voto de Napoleon!

Ligeramente ha sido preciso tocar la parte de la vida de Calomarde que se roza con la política, y era seguramente lo menos desfavorable que se podia hacer. La historia es la que juzga acerca de

esta, al paso que se desentiende de las cualidades personales. Pero muchas veces para juzgar de aquella, es preciso estar al corriente de estas, que difícilmente se hallarán á no ser en una biografía. Esta idea ha dominado en la presente, que á la verdad no es un panegírico.

Por desgracia al partido liberal que se creyó triunfante y feliz al ver la caida de Calomarde, le restaban aun largas calamidades y desengaños. Le faltaba aun atravesar el sangriento período de una revolucion, en la que, como en todas, se habian de desconocer los principios tutelares de las sociedades, y de olvidar toda nocion de lo bueno y lo justo. Le faltaba ver encumbrados á hombres que podia poner en parangon con Calomarde, resultando este superior porque no invocaba al menos el sagrado nombre de la libertad, para ejercer la tiranía, ni estaban en contradiccion sus hechos con sus palabras y principios. Por fortuna de nuestra patria, ni el tiempo de Calomarde puede ya volver, ni pueden tampoco ser de larga duracion los males que la aquejan.

Bibliotheca Universitatis Oloensis

BONAPARTE.

Personages celebres del Siglo XIX.

BONAPARTE.

(PARTE PRIMERA.)

«Si un dia desapareciese la civilizacion de nuestro viejo continente, quedando poesías, crónicas, medallas y ruinas; si al través de las devastaciones del tiempo, leyese el historiador el mismo nombre inscrito en las piedras del Escorial, en los mármoles del Capitolio, en el granito de las pirámides; si volviese á encontrarlo en los escombros de Scoolnbrunn, de Potsdam, del Kremlin lo mismo que bajo la arena de los desiertos; ¿daria crédito á los testimonios que hicieran de aquel nombre el de un solo conquistador, de un mismo potentado, de un Monarca grande entre los legisladores, tanto como entre los guerreros?»

SALVANDY. Diccionario de la conversacion, art. BONAPARTE.

Las palabras que acabamos de copiar del ilustre escritor francés, bastarian por sí solas, á no

ser tan conocido el personage que vamos á biografiar, para manifestar la gran dificultad de reducir á los estrechos límites de nuestra publicacion, la vida de un héroe, enlazada con tan grandes acontecimientos, sirviéndole de teatro casi toda la Europa continental y una gran parte del Oriente, y de sepulcro el solitario peñasco de Santa Elena. Sucesos en que hay que hacer mencion de todos los grandes personages que han figurado en el mundo durante su reinado, y cuya sola enumeracion ocuparia todo el espacio de nuestra biografía. Conociendo toda la dificultad de la empresa, y presentando el gran personage de que vamos á ocuparnos, dos figuras distintas, bosquejaremos primero la vida de BONAPARTE, desde su nacimiento hasta el Imperio, en esta primera parte, y desde que ciñó la corona hasta su muerte en la segunda.

¿Cómo enumerar las innumerables victorias, sus conquistas sin término, unidas á todas las creaciones de las artes, á la restauracion de los templos, á las instituciones de los códigos y de una legislacion entera del héroe de los tiempos modernos, héroe parecido á los personages épicos, segun la espresion del autor antes citado? Todo es ho-

mérico, todo es fatal, todo prodigioso en su grande vida, para quien contempla su curso desde la isla que fue su cuna, hasta la que fue su sepulcro. Sin embargo aquí lo maravilloso está en lo verdadero: ese estraordinario destino se ha realizado entre nosotros; su carrera fue un drama del cual todos hemos sido actores ó espectadores.

Cuando Juan Jacobo Rousseau, escribia en el *Contrato Social* que tenia un secreto presentimiento de que la isla de Córcega admiraría un dia al mundo, nació en ella y en su capital Ajaccio Napoleon, el 15 de Agosto de 1769, siendo sus padres Cárlos Bonaparte, vástago de una familia noble de Toscana, y Leticia Ramolino. Aquel año era notable por las primeras señales de los sacudimientos que habian de cambiar el aspecto del mundo: en América la insurreccion de Massachusetts; en Europa la confederacion de Bar, y el dispertar de los griegos á la vista del pabellon de Catalina en el Mediterráneo; en Francia la sublevacion de los Parlamentos en el asunto de la Chalotais, la oposicion á la Corona de todos los Príncipes de la sangre, y sobre todo la grande humillacion de esta en el reinado declarado de la Condesa Dubarrí. A los diez años, el jóven

Bonaparte no sabia hablar francés. Pasó á la escuela militar de Brienne y desde allí á Paris, y en 1785 fue nombrado Subteniente de artillería. Han insistido muchos en que era un alumno comun; pero sin embargo, se hacia notar por la avaricia con que empleaba el tiempo, así como por la hábil eleccion de sus ocupaciones. Tenia, es verdad, poca aficion al latin, y en esto se parecia á Cárlos XII; pero cultivó con avidez todos los ramos de instruccion que forman el arte militar. La historia era una pasion para él, pues siempre estaba pensando en la *guerra* y en la *política*. Devoraba á Plutarco, no soltaba de la mano á Arriano, y estudiaba á Polibio. La lectura era su única distraccion, y en vez de correr á jugar como los demas niños en las horas de recreo, se encerraba en la biblioteca, ó en un jardin apartado, pensando en el porvenir, y recordando su primera niñez y su primera patria. Todo indicaba en aquel niño una altivez que no sabia doblegarse á la humillacion. Cuéntase que al acabar sus cursos en 1783, fueron á Brienne el Duque de Orleans y Mme. de Montesson, y que éste fue el que colocó en la frente de Napoleon las coronas con que habia sido premiado. ¡Su nieto

le ha levantado una estatua! Napoleon pasó á la Escuela Militar de Paris en Octubre de 1784, y en Agosto de 1785, contando apenas 16 años de edad, fue nombrado Subteniente del regimiento de artillería de Lafere, que estaba de guarnicion en Valencia del Delfinado. De corta estatura, pero derecho y esbelto, habia en su porte una mezcla de decision, de atropellamiento y de gravedad, que no permitian ver en él á un hombre vulgar. Su color amarillento, sus mejillas hundidas y su estremada flaqueza, tenian cierto atractivo. Sus discursos hacian olvidar la altaneria de su acento, pues siempre se perdona el orgullo cuando se vé que está apoyado en lo que es del hombre, y no en lo que está fuera de él. Su cabeza, demasiado grande para su estatura, corregia este defecto con una ancha y noble frente, un ojo de águila, y una boca que tenia un encanto inesplicable en momentos de benevolencia, y una hermosura terrible en los de cólera. La contradiccion causaba en él fácilmente esta especie de hermosura, pero su mirada lo mismo que su sonrisa, eran siempre notables por la movilidad trasparente con que brillaban á su turno el desden, la enemistad, el afecto y el entusiasmo. En 1786 la

academia de Leon á instancias del Abate Raynal propuso la cuestion siguiente: *¿Cuáles son los principios, las instituciones que deben inculcarse á los hombres para hacerles lo mas felices posible?* Presentáronse varias memorias, y una entre ellas llamó la atencion por la energía salvaje y oriental á un mismo tiempo de su estilo, y la firmeza y estension de los pensamientos. El autor era un oficial de artillería que apenas contaba 18 años. Era Napoleon Bonaparte. Durante aquellos años de inaccion para él, de trabajo y de descomposicion para la Francia, que trascurrieron hasta que se le dió un papel en el drama de sus tempestades, Napoleon continuó pidiendo á las letras las distracciones y el interés que no podia encontrar ni en el placer, ni en el estudio, ni en el polígono. Quedó bosquejado un viaje á los Alpes en el estilo de Seerne; una historia de Córcega ocupó mas particularmente los ócios de su vida de guarnicion. Esta obra se ha perdido.

Bonaparte que estuvo sucesivamente de guarnicion en Douay, en Flandes, (1787), y en Auxonne, en Borgoña (1788), procuró pasar sus semestres en Paris para frecuentar el trato de

los espíritus elevados, cuyo conocimiento le habia proporcionado el Abate Raynal. Desarrollábase entre tanto el espíritu revolucionario en Francia, y entre los varios sucesos de aquella época, en la que Napoleon no tomó una parte activa, llegó á Capitan de artillería, el 6 de Febrero de 1792. Con este grado estuvo en el sitio de Leon en 1793, á las órdenes del General Kellermann. Empleado despues en el sitio de Tolon, fue promovido á Gefe de batallon, y mandó la artillería hasta la toma de la plaza. La actividad, el valor y los conocimientos que habia desplegado durante la campaña, le hicieron nombrar Ayudante general Gefe de brigada. Allí tambien manifestó la fecundidad de sus recursos, y tal vez en toda su vida no ha brillado tan entera en parte alguna su superioridad como en aquel primer triunfo. En Mayo de 1794 se dirigió la espedicion sobre Córcega, que habia sacudido el yugo francés. Dióse el mando de ella á Bonaparte, pero salieron frustradas sus tentativas para tomar á Ajaccio á los insurgentes, y se vió precisado á volver al ejército que se hallaba sobre el Var. Colocado siempre á la cabeza de la artillería, se distinguió en la toma de Saorgio, en el Condado de Nisa, y fue

recompensado con el grado de General de brigada.

Es una cosa singular, que la caida de Robespierre llevó tras sí la de Bonaparte, y la revolucion del 9 Thermidor estuvo á punto de comprometer su naciente fortuna, porque se habia pronunciado por el partido de la montaña. Pocos dias antes del 9 Thermidor, el 13 de Julio, Ricort, que habia quedado el único representante del pueblo en el ejército de Italia por la marcha precipitada de Robespierre el jóven para Paris, habia dado la órden por escrito al General, Comandante de la artillería, de pasar á Génova, para desempeñar una mision militar bajo el aspecto de otra política. En el intérvalo, la revolucion que se verificó en el seno de la Convencion, dió lugar al reemplazo de Ricort por Albitte y Salicetti; y bien fuese que estos dos hombres, dispuestos á hacer olvidar sus violencias terroristas, quisiesen arrojarse á las violencias thermidorianas, y entregar víctimas á diestro y á siniestro, para sobrenadar, permaneciendo en todos los regímenes felices; ó ya estuviesen impulsados á aquella cobardía por el resentimiento de su ignorancia en el sitio de Tolon, ó ya en fin que la mision

confiada á Bonaparte les fuese desconocida y sospechoso su viage á Génova, el 19 Thermidor decretaron su acusacion, le hicieron arrestar y mandaron que fuese llevado á la comision de Salud-Pública. Junot y Sebastiani sus ayudantes de campo le propusieron librarle, pero se opuso á ello diciendo: «Soy inocente y confio en las leyes.» Contentose con escribir una carta á los dos representantes, llena de admirable sencillez, de nobleza y de valor: «Quieren, decia, que vaya á Paris con un decreto que me declara sospechoso, y es de suponer que los representantes no lo han dado sino á consecuencia de un informe. Cualesquiera que sean las medidas que adopte la comision, no podré quejarme de ella. Si tres hombres declarasen que he cometido un delito, no podria quejarme del jurado que me condenara. ¿Deben los patriotas perder inconsideradamente á un General que no ha sido inútil á la República? ¿Deben los representantes poner al Gobierno en la necesidad de ser injusto ó impolítico? Escuchadme, destruid la opresion que me rodea; una hora despues, si los malos quieren mi vida, ¡la estimo tan poco! ¡la he despreciado tantas veces! Si, la sola idea de que aun puede ser útil á la Patria me hace

soportar su peso.» Bien sea por esta carta ó por el exámen de sus papeles, teniendo los representantes en consideracion *lo útiles que podian ser á la República los conocimientos militares de Bonaparte*, mandaron el 3 Fructidor (20 de Agosto de 1794) que quedase *provisionalmente* en libertad, permaneciendo en el cuartel general.

Quedaba al jóven héroe una libertad provisoria, una situacion precaria, y hizo uso de ella para destruir, en el mes de Setiembre, una marcha amenazadora de los Austriacos sobre la Bormida, y de los Ingleses sobre Vado, donde se refugiaban todos los cruceros enemigos. Envió á la comision de Salud-Pública un plan de invasion en Italia, el mismo que un año despues le habia de hacer reconocer como el primer Capitan de los tiempos modernos. La comision mandó que se hiciese alto, en ódio tal vez al oficial de 25 años que hablaba de conquistar reinos. El ejército victorioso de Italia, condenado al reposo durante todo el otoño y todo el invierno siguiente, vió con los brazos cruzados los triunfos de las legiones del Norte.

Bonaparte entregado á la oscuridad en aquellos

momentos, ni aun allí estuvo exento de peligros. Perseguido poco antes por los terroristas repugnantes de los degüellos, fuelo ahora bajo otro título. Destruidos en Marsella por los movimientos populares los fuertes de S. Jaime y San Nicolas, los habia él comprendido en sus planes de defensa del litoral francés, é hizo trabajar en ellos. Los patriotas marselleses se creyeron ó supusieron amenazados; se quejaron á la Asamblea, la cual temerosa del disgusto de los jacobinos, aun cuando se separaba de ellos, mandó comparecer en la barra al General, como sospechoso de moderantismo y de traicion: era un decreto de muerte, pero el grito universal del ejército de Italia paró el golpe, y se salvó. Estas locuras y peligros sin embargo, si bien afectaban su alma altiva, no le hacian doblegar. Hallábase en Tolon, donde debia haber tomado el mando de una espedicion naval destinada contra la Santa Sede, y que no se habia llevado á efecto á causa de los desastres esperimentados por la escuadra: un dia, un corsario francés entró una presa española, y el pueblo sabiendo que habia en ella una veintena de emigrados, queria asesinarlos, desconociendo á los representantes del pueblo, que ofrecian una

muerte jurídica dentro de 24 horas: Bonaparte se presenta, vé entre los sediciosos á artilleros que él habia mandado, les arenga, les impone, y salva á los representantes amenazados tambien por el populacho; hace desaparecer los franceses prisioneros que se embarcaron en cajones y le debieron la vida. Era esto á los ojos de los gobernantes un nuevo crímen, y sin embargo Bonaparte tuvo la dicha de no verse condenado mas que á abandonar el ejército. Voló á Paris y llegó allí poco despues de las convulsiones del 12 Germinal (20 de Mayo), en las que Pichegrú, que habia ido á defender la Convencion acontra los jacobinos, vió amenazada su vida y concibió tal horror á aquella asquerosa anarquía, que regresó inmediatamente á su ejército para venderlo. Previanse sin embargo nuevos dias de revuelta y de sangre. La Convencion no contenta con haber depuesto á los decemviros, queria entonces sus cabezas para castigarles de todas las bajezas que les habian impuesto. En nombre de la Constitucion de 1793, (20 de Mayo de 1795), los jacobinos sublevaron los arrabales y los arrojaron sobre las Tullerías. Era la gran crisis de la revolucion francesa: tratábase de saber si el 9 Thermidor y los 10 meses

que acababan de transcurrir eran solo un acto engañoso como todos los que habian marcado el movimiento ascendente de la revolucion, ó si estaban acabadas las destrucciones, agotado el desórden, y adoptada al fin la marcha hácia un Gobierno regular, legal y libre. Triunfó el órden, y como en el 9 Thermidor, la victoria quedó á los poderes constituidos, á las leyes, á la Convencion nacional. Hasta el advenimiento de Robespierre, la fortuna de la guerra habia sido siempre favorable á la insurreccion popular; desde el reinado de Robespierre, el juicio de Dios será siempre contra ella. Treinta y cinco años debian transcurrir hasta que llegasen los dias en que el pueblo fuese mas fuerte que la autoridad. Para esto, era necesario que la reaccion del órden que principiaba, estuviera á su vez agotada, y agotada por sus propios escesos, hasta tal punto que hubiera reaccion en los espíritus contra la misma reaccion: las cosas humanas estan regidas por una ley misteriosa que condena las naciones, á las causas, á los partidos, culpables de haberse dejado arrastrar por un primer esceso, á soportar el esceso contrario, antes de poder gravitar hácia el término de sus trabajos.

En aquellos tiempos de convulsiones, en que caia el Gobierno revolucionario tras el gobierno constitucional y tras el monárquico, cuando habia que crear para la Francia uno nuevo y definitivo, hallábase Bonaparte sin posicion, sin fortuna, apesadumbrado con la pobreza de sus hermanas y de su madre, y con el corazon afligido de los pesares de que el génio no libra á 25 años á los grandes hombres. El Oriente le ocupaba mucho, y llegó hasta presentar á la comision de Salud-Pública, un proyecto para la restauracion de la Milicia en el Imperio turco, que él se encargaba de realizar con algunos oficiales enviados por el Gobierno á la Puerta. Pasaba sus dias en doloroso ócio con sus edecanes fieles, su condiscípulo Bourrienne, su antiguo maestro de matemáticas Patraut, su tio el Abate Fesch y una familia corza. Iba algunas veces al teatro, pero la alegria de los demás oscurecia la suya: gustaba de los parages solitarios, y al saber que su hermano José acababa de casarse con Madama Clary, hija de un comerciante rico y apreciado de Marsella, envidiaba su felicidad. Tal era la existencia vacía y atormentada de Napoleon; ¡triste y curioso espectáculo el de aquel génio cautivo,

y que puede hacer comprender lo que sufrieron el Tasso ignorado, Galileo encadenado, el Dante proscrito, Camoens errante, Cristobal Colon desarmado, y cuantos poetas ven ante sí mundos que la fatalidad les impide alcanzar!

Los desastres del ejército de Italia le sacaron por un momento de sus meditaciones. Aunque en un puesto secundario, habia Bonaparte brillado tanto en aquel teatro, que á pesar de estar destituido, acudió á él la Comision de Salud Pública para conocer los medios de hacer frente á aquellos contratiempos: redactó las instrucciones que se enviaron á Kellermann, y en recompensa de aquel servicio fue agregado al depósito de la guerra. Asi permaneció separado de los acontecimientos, hasta que uno grande le arrojó á la escena del mundo. La Convencion desde el 1.º Prairial, es decir, desde cuatro meses, no tenia mas política para atraerse la opinion pública que la de ir destruyendo mas y mas todas las medidas que ella habia sancionado. Los decretos de Fructidor sublevaron á Paris, y las secciones que pocos meses antes habian defendido la Convencion contra los revolucionarios, se armaron contra la Convencion. Los realistas, y gran núme-

ro de emigrados se habian alistado en las filas de la Guardia Nacional y marchaban á su frente; el 12 Vendimiario á las siete de la noche, el General Menou, Comandante en Gefe del ejército del interior tuvo que ceder á los sublevados, y aquella noticia puso en alarma á la Convencion. Buscaba á un General que se atreviese á salvar con la Asamblea, la revolucion comprometida. Hablábase de Barrás, y entre otros nombres pronunciados por algunos representantes que se acordaban de Tolon, y tal vez por el mismo Barrás, hirió el oido el de un jóven palido, flaco, mal vestido, que escuchaba con atencion los debates desde una tribuna: era Bonaparte. Despues de mucho reflexionar, se presentó sin ser llamado á las comisiones reunidas; allí contó lo que habia visto, habló de los recursos que quedaban, del modo de emplearlos, y acabó dictando la ley. Fijó sus condiciones para salvar la Asamblea, siendo una de ellas que no estaria bajo las órdenes de sus comisarios; pues aquel yugo imbécil habia pesado demasiado sobre él para que quisiera volverlo á soportar. La Convencion para conciliar ambos éstremos decidió que Barrás fuese el Comandante en Gefe de la fuerza armada, teniendo por segundo

á Bonaparte, bajo la promesa de entregar el mando de hecho y sin restriccion, á su hábil segundo. Era la una de la mañana. Al amanecer veíanse 40,000 Guardias Nacionales organizados y aguerridos. Bonaparte se informa de los medios de defensa de la Convencion, reducidos á unos 8,000 hombres de todas armas. Al momento envia á Murat, Gefe de escuadron entonces, con 300 caballos á los *Sablons* donde habia 40 piezas de artillería, con órden de llevarlas inmediatamente al jardin de las Tullerías. Todo el dia pasó la Guardia Nacional encerrando la Convencion en las Tullerías y el Louvre, sin atacar; Bonaparte, adoptadas todas sus medidas, esperaba el ataque. Verificóse este al fin, y á las dos horas habia cedido en todos los puntos, destruyéndose durante la noche á cañonazos las barricadas que se habian construido. Al dia siguiente se desarmaron las secciones mas comprometidas. La Convencion habia vencido, y cuando Bonaparte se presentó á ella fue aclamado el salvador de la Asamblea, de la República y de la revolucion. Nombrado General de division en 16 de Octubre, se le confirió poco despues el mando en Gefe del ejército del interior, encargo el mas superior que habia en el Estado.

El 5 Brumario año IV (26 de Octubre de 1795), principiaron su carrera la Constitucion del año III y el régimen directorial. Bonaparte, con su conducta, se habia grangeado del público una opinion muy diversa de la que tenian los gobernantes de aquella época. En la espantosa carestia del invierno de 1796, viósele hacer distribuir alimentos á los pobres con una solicitud agena de un soldado. Habia pensado unirse con una señora corza de poca fortuna, pero el destino le deparaba otros lazos. Mientras el 14 Vendimiario desarmaba las secciones, se le presentó un jóven de 14 años, reclamando la espada de su padre que le habia sido arrebatada; su padre era uno de aquellos generales del antiguo régimen, que en 1792 dieron la victoria á la revolucion, y á quienes la revolucion devoró en los cadalsos en 1793. Bonaparte devolvió la espada con tanta generosidad y delicadeza, que obligó á la viuda á irle á dar las gracias al dia siguiente; era una creolla á quien una vieja negra, ducha en decir la buena-ventura, habia pronosticado muchas veces una corona. Maria Josefina de Tascher, Vizcondesa de Beauharnais, de mas edad que el General Bonaparte, reunia

á la hermosura cuantos encantos dan el alma y el corazon. Bonaparte la amó, y se casaron el 9 de Marzo de 1796, poniendo en comun mas esperanzas que bienes presentes.

Consultado Bonaparte por el Directorio sobre la campaña de Italia, creyó que era posible vencer, y trazó los medios de penetrar en el corazon del Milanesado. Carnot conocia y admiraba su plan de campaña de 1795. Desde entonces habia pedido la conquista de la Italia, pero como era sospechoso se le habia negado. Despues del 13 Vendimiario, se entregó la Italia al solo hombre que entreveia victorias por aquel lado; esta es toda la intriga y todo el fenómeno.

En aquel teatro iba á desenvolver las grandes concepciones, que hasta entonces solo habia dejado entrever, y á igualar en menos de un año, las reputaciones militares mas elevadas, antiguas y modernas; y lo que es singular, al mismo tiempo, otro capitan ilustre se presentaba en la palestra. (*) Con fuerzas inferiores ganó sucesivamente las batallas de Montenotte, Mi-

(*) Véase la Biografia del Archiduque Cárlos.

llesimo, Mondovi, en los dias 12, 15 y 22 de Abril de 1796; forzó el paso del puente de Lodi el 10 de Mayo, entró en Milan el 17, triunfó en Castiglione el 5 de Agosto, en Arcole el 17 de Noviembre, despues de tres dias de combate, en Rivoli, y bajo los muros de Mántua el 14 y 15 de Enero de 1797, sobre las márgenes del Tagliamento el 16 de Marzo; firmó los preliminares de la paz con el Austria en Leoben el 18 de Abril, y concluyó el tratado definitivo en Campo-Formio el 17 de Octubre.

Bonaparte, en el curso tan rápido de sus triunfos, manifestó que su genio y sus miras no se limitaban á la direccion de las tropas sobre el campo de batalla: organizó y administró los paises conquistados, concluyó armisticios y firmó tratados. Su nombre tenia un brillo en Europa que debia alarmar al Directorio ejecutivo; amenazado aquel cuerpo por el partido anti-revolucionario, conoció la necesidad de granjearse el apoyo del vencedor de Italia, por medio de una condescendencia calculada en la preponderancia que este podia dar á la mayoría de los dos Consejos que formaban la oposicion. Así fue que el golpe de Estado del 18 Fructidor 3 de

Setiembre de 1797) fue dado por el Directorio, de acuerdo con Bonaparte, quien para llevar á cabo la parte militar, destacó al General Augereau del ejército de Italia bajo el pretesto de enviar unas banderas. Cuando la paz de Campo-Formio, el Directorio nombró á Bonaparte General en Gefe del ejército del Occéano, destinado á obrar contra la Inglaterra, y le dió órden de ir antes al Congreso de Rastadt para presidir la legacion francesa. El 5 de Diciembre de 1797, regresó Bonaparte á París despues de veinte meses de ausencia. El entusiasmo público le recibió con trasportes desconocidos entre los antiguos para con los triunfadores, desconocidos entre los modernos para con las testas coronadas. La ciudad de París dió á la calle Chantereine, que habitaba, el nombre de calle de la Victoria. El Instituto le llamó á su seno: el Directorio le recibió con magnífica pompa, en medio del patio del Luxemburgo, con el tratado de Campo-Formio en la mano. Allí Barrás esclamaba en nombre del Directorio: «Que la naturaleza, avara de sus prodigios, solo de tarde en tarde dá á la tierra grandes hombres; que él el primero de todos ha roto el yugo de

los paralelos, y que con el mismo brazo con que ha destruido á los enemigos de la República, ha separado los rivales que le presentaba la antigüedad.» ¡La adulacion le hacia ya Príncipe! Despues de dos meses de permanencia en la capital, visitó las costas del Occéano y regresó á ella, causando nuevos embarazos al Directorio su presencia y sus pretensiones. A aquella posicion del Directorio y del General se debió la espedicion de Egipto. Bonaparte habia concebido el proyecto con la lectura de una Memoria depositada en tiempo de Luis IV en el Ministerio de negocios estrangeros, y cuya tendencia era formar en aquel pais de Africa una Colonia destinada á servir de depósito al comercio de la India. Habia conferenciado sobre aquel proyecto con Talleyrand, Ministro entonces de relaciones esteriores. El Directorio adoptó el plan de la espedicion y se reunieron los medios para egecutarla. Bonaparte salió de París el 3 de Mayo de 1798, llegó á Tolon el 9, y alli encontró reunidas las tropas destinadas al embarque, los transportes necesarios y las fuerzas marítimas que debian proteger el convoy. Embarcado el ejército, dieron la vela los transportes

y la escuadra el 19, y llegaron delante de Malta el 9 de Junio. La ciudad fue ocupada el 13 en virtud de un convenio, y se organizó un gobierno de la Isla en lugar del de los Caballeros de la órden de S. Juan. En 1.º de Julio, á los trece dias de haber salido de Malta, se presentó la espedicion en las costas de Egipto. En la noche del 1 al 2 desembarcó el ejército y se apoderó por la mañana de la ciudad y puerto de Alejandria. A los tres dias marchó sobre el Cairo, capital del Egipto, batió por primera vez á los mamelucos en Chebreiss, y los derrotó completamente el 23 de Julio entre Embabeh y Giseh, sobre la orilla izquierda del Nilo, á la vista de las Pirámides. Atravesóse el Nilo el dia siguiente, y Bonaparte hizo su entrada en el Cairo el 25.

Imposible seria dar aqui los detalles de aquella espedicion: baste saber que despues de haber conquistado el Egipto hasta las Cataratas, por sí mismo ó por sus Generales, Bonaparte salió mal de su empresa en Siria contra S. Juan de Acre, residencia del famoso Bajá, Ahmed-Djezar; y que aquel contratiempo no fue compensado por el triunfo obtenido sobre el ejército del Bajá

de Damasco, al pie del monte Thabor. Precisado á regresar á Egipto por las pérdidas que la peste y los diversos combates habian causado en su ejército, el vencedor de los mamelucos, lo fue tambien de las tropas del Sultan de Constantinopla en la batalla de Aboukir, el 15 de Julio de 1799. Un mes despues, el 22 de Agosto, dejando Bonaparte el mando al general Kleber, se embarcó en Alejendria para regresar á Francia, bien fuese llamado por las noticias de los progresos de la coalicion europea, ó bien por insinuaciones que se le hubiesen hecho antes de la espedicion, para colocarle al frente de un complot contra el Directorio. Desembarcó en Frejus el 9 de Octubre, y por una estraña escepcion no sufrió la cuarentena prescrita por las leyes sanitarias; anunciólo el telégrafo y el 16 de Octubre llegó á París.

El Consulado es la era de la restauracion social de la Francia: el complot de que acabamos de hablar se urdió ó enlazó de nuevo: el Directorio sucumbió el 18 Brumario año VIII (9 de Diciembre), no sin viva oposicion por parte del Consejo de los Quinientos, y Bonaparte fue nombrado el primero de los tres Cón-

sules que se instituyeron en reemplazo del Directorio. Desde entonces todo tomó un nuevo aspecto en Francia; á un régimen opresivo, sucedió otro de moderacion. Por desgracia, aquella reaccion, que llevaba tras sí una Constitucion, objeto de tantas esperanzas cinco años antes, se llevó del mismo golpe otro establecimiento, objeto de universal amor en 1789. El sistema representativo, separándose de la Monarquía se habia perdido. Su alianza con la República le hizo responsable á los ojos de los pueblos, de todas las desgracias que llevaba en pos de sí la falta de un poder supremo y tutelar. Asi fue que la Francia respiró al ver cerrarse las asambleas legislativas, que durante diez años habian sido la mansion de las tempestades. Y admírose una prueba del cansancio de los principios constitucionales: Bonaparte en todas sus proclamas, justificó la dispersion de los Consejos, diciendo *que estaban divididos*, como sino estuviera en la esencia de los cuerpos representativos el estar en efecto divididos, el poner frente á frente todas las opiniones, para que salga de él discusion, la justicia, y de esta la tranquilidad: ¡admirable sistema que hermana de este modo

las disensiones civiles con el público reposo, la igualdad con el órden, la Monarquía con la libertad! Pero entonces Bonaparte tenia razon. Las asambleas que pretendian gobernar, estaban condenadas á la concordia. La Convencion lo consiguió poniendo en hileras en sus propios bancos las cabezas de los disidentes. El régimen directorial quiso contentarse con proscripciones, pero sin fruto. La Tribuna sola no puede reinar; necesita un punto de apoyo, y á falta del Trono, los cadalsos: alejándose estos cayó. La representacion nacional por haber abusado hasta la furia y el delirio de sus derechos, fue á sufrir, vergonzosa y abandonada, en SaintCloud el contra golpe de la sesion del Juego de pelota. Todos los poderes perecen por sus escesos y Dios no ha esceptuado de esta gran ley á la libertad.

Bonaparte decia en sus instrucciones: «Sin el órden, la administraccion no es mas que una eleccion sin justicia, y no hay mas que partidos, opresores y víctimas. La moderacion imprime un caracter augusto asi á los gobiernos como á las naciones. Es compañera siempre de la fuerza y de la duracion de las instituciones sociales; en ella estriban la estabilidad de los Gobiernos y la

grandeza de las Naciones.» A su regreso á Paris dictó al Ministro de Policía una proclama notable, en que se manifestaba la política del órden y de la gloria, en vez de la de los intereses y del entusiasmo que se invocaron hasta entonces. (*) Llamó á sí, cualquiera que fuese el partido á que hubiesen pertenecido, á cuantos hubiesen aprendido algo de las lecciones del tiempo, y eran capaces de renunciar á la victoria para disfrutar la tranquilidad. De este modo no dejaba en pos de sí, como miserables restos, mas que á los incorregibles de las fracciones estremas; enlazaba á su suerte á la Nacion entera, y con tan medidos pasos conducia de la revolucion al órden, á la Francia agitada, sin que la muchedumbre de los republicanos advirtiera que los conducia á la monarquía, ni la de los realistas que les arrancaba á la legitimidad.

Todas las partes que constituyen el servicio público, sintieron su mano poderosa: fundó el Banco de Francia, creó la Caja de Amortizacion,

(*) Véase para mayores detalles sobre este periodo, el interesante artículo escrito por Mr. Salvandy en el Diccionario de la conversacion.

organizó el sistema de las obligaciones de los receptores generales; abriéronse los puertos de Francia á las potencias neutrales; las tropas fueron reorganizadas y atendidas; constituyó definitivamente la Escuela Politécnica; destruyó la ley de los rehenes; volvió las iglesias á la religion; y 20,000 ancianos, levitas sin altares, se encaminaron desde la tierra del destierro para irse á sentar y orar en el hogar de la patria. Renacieron las antiguas y elegantes costumbres de la sociedad; y al mismo tiempo que mandaba hacer pomposos funerales á los restos de Pio VI, muerto cautivo en Valencia, erigia una estátua á S. Vicente de Paul. Todos estos actos, tan estraños entonces, contribuian mas que victorias á la pacificacion interior de la Francia. Dió un poderoso impulso á los trabajos preparatorios del Código civil, y con sus discursos durante la discusion, admiró á los asistentes.

La revolucion de Brumario habia anunciado un nuevo Código político á los franceses: era último refugio de los designios orgullosos de Sieyes y de sus ambiciosas esperanzas; pero Bonaparte conociendo toda la irregularidad de aquel edificio, procuró destruirle, y en el interior de

un consejo privado se elaboró la Constitucion del año VIII, que declaró que el primer Cónsul era Napoleon Bonaparte. Abriéronse registros en todas las municipalidades á fin de que los ciudadanos aprobasen aquella Constitucion, resultando entre 3.012,560 votos, solo 1,500 á 1,600 negativos. Antes de hacerse el escrutinio, instaló el 24 de Diciembre á los otros Cónsules Cambaceres y Lebrun, constituyó el Senado, le hizo elegir el Tribunado y el cuerpo legislativo, y organizó por último el Consejo de Estado. Asi pues habia principiado el Imperio; desde los primeros dias de su poder, él solo firmaba los actos oficiales, y solo con él despachaban los ministros de modo que los otros Cónsules quedaban oscurecidos. Desde su llegada á Luxemburgo, restableció los usos, los procederes del bocabulario de la antigua sociedad francesa. Mma. Bonaparte fue el centro de la nueva sociedad; estableciéronse las paradas en que el primer Cónsul, General Bonaparte, se mostraba al pueblo y al ejército con todo el brillo de su sencillez y de su gloria.

El 30 Pluvioso año VIII (19 de Febrero 1800) Bonaparte se dirigió al palacio de los Reyes bajo

el pretesto de instalar en él el Gobierno, y subió con un aire de indiferencia los escalones que Luis XVI habia bajado por la última vez ocho años antes. Tomó para sí la Cámara de Luis XVI y el Gabinete de Luis XIV, instaló á Josefina en las habitaciones de la Reina, y envió al cuerpo diplomático y á todos los cuerpos del Estado, á felicitar á aquella nueva Soberana; diciendo á su Secretario Bourrienne que le daba el parabien por verle en aquel sitio: «No basta estar en él, es preciso permanecer.» Desde aquel dia todas sus miradas se dirigieron al esterior; lo que queria conquistar, era la paz; pues si la victoria le habia hecho Dictador, solo la paz podia hacerle Rey.

El fuego de la guerra civil se habia encendido de nuevo en la Vendée. El tratado de Campo-Formio habia sido violado, y los ejércitos de Italia estaban en el mayor desórden. La Inglaterra era el alma de la coalicion, y Bonaparte dejando á un lado las formas diplomáticas, escribió al Rey de la Gran Bretaña proponiéndole la paz; la denegacion injuriosa hecha por el Ministro Pitt, contribuyó á hacer popular la guerra. Bonaparte se dirigió entonces con 80,000 hombres

sobre Italia, pasó los Alpes, los montes de San Bernardo, Simplon y San Gotardo, atravesó el Tesino, entró en Milan el 4 de Junio, pasó el Póo, y destruyó los enemigos apoderándose de sus almacenes y artillería. Bonaparte dió una batalla general y decisiva al General Melás en las llanuras de Montebello, haciéndole 6,000 prisioneros. Repuestos los austriacos volvieron á la carga, pero fueron rechazados por todas partes, y la batalla de Marengo fue una de las jornadas mas célebres en los fastos franceses. Siguióse á aquella victoria una suspension de armas; Bonaparte regresó á Milan para reorganizar la república Cisalpina, y desde allí á París pasando por Lion. Por último, los triunfos del General Moreau en Alemania, dieron lugar á la paz de Luneville.

El 8 de Mayo de 1802, el Senado reeligió á Bonaparte primer Cónsul por diez años, ademas de los otros diez por los cuales le confería este cargo el artículo 59 de la Constitucion. A los pocos dias decretó el Senado que se consultase al pueblo: «si Napoleon Bonaparte seria Cónsul vitalicio», y el 14 de Thermidor, declaró el Senado que de 3.577,259 ciudadanos que habian

votado, habia reunido Bonaparte 3.568,185 votos á su favor, y que en consecuencia era declarado primer Cónsul vitalicio. Así se consagró en la nueva Constitucion del año X.

Fue reconocido despues mediador de la Confederacion suiza; por un decreto del 1.º Brumario año XI declaró propiedad inherente de la República francesa á los estados de Parma y de Guastalla; el resto del año lo pasó recorriendo los Departamentos.

Roto el tratado de Amiens, volvió á empezar la guerra con la Inglaterra por la invasion del Hannover.

Por aquel tiempo estallaron varias conspiraciones contra el primer Cónsul, siendo la mas notable la de la máquina infernal de que se salvó milagrosamente. Jorge Cadoudal y sus co acusados perecieron casi todos en el patíbulo, y el General Moreau fue desterrado, y se retiró á los Estados-Unidos.

Réstanos hablar de un hecho que será siempre sin duda un eterno borron en la vida de Bonaparte. Hablamos del asesinato del Duque de Enghien arrebatado de su residencia de Ettenheim, llevado á la ciudadela de Strasburgo, y

desde allí á Vincennes y el 21 de Marzo juzgado condenado y ajusticiado en menos de tres horas. Se ha dicho que sus subalternos se habian escedido, y que él mismo se sorprendió de aquella muerte tan pronto. La Francia quedó consternada; y Bonaparte acababa de desmentir su obra de cuatro años. Bonaparte aprovechó aquel momento para consumarla. El 27 de Marzo presentó al Senado un cuadro de todos los peligros del pais por la guerra, los complots y las intrigas del estrangero, y el Senado contestó al momento que no habia mas puerto de salvacion que la monarquía hereditaria. El 30 de Abril deliberó el Tribunado sobre la necesidad de elevar al Imperio á Bonaparte y á sus herederos. Solo Carnot opuso su veto; y el 18 de Mayo se proclamó el Imperio, presentándose Napoleon al dia siguiente con su cortejo de Condestables, Mariscales y Grandes Dignatarios. El pueblo y el ejército aplaudieron aquel espectáculo. Era un gran golpe de atrevimiento: enemiga la Inglaterra, amenazadora la Europa, Moreau pronto á comparecer ante un tribunal, y el Duque de Enghien asesinado la víspera ¡qué momento para subir el último escalon y sentarse en el trono!

Lo que indica el lugar que debe ocupar en el mundo Napoleon, no es que haya reinado, sino que empezase á reinar el dia que lo hizo. La Francia no vió mas que una cosa, la monarquía; un hombre, Napoleon; un principio, el órden; una esperanza, el reposo con el poder. Creyó que la revolucion habia acabado, y se engañaba. Ademas de la monarquía, necesitaba la libertad, y el trono imperial no podia dársela; dióla sí, sin embargo, seguridad, confianza y gloria.

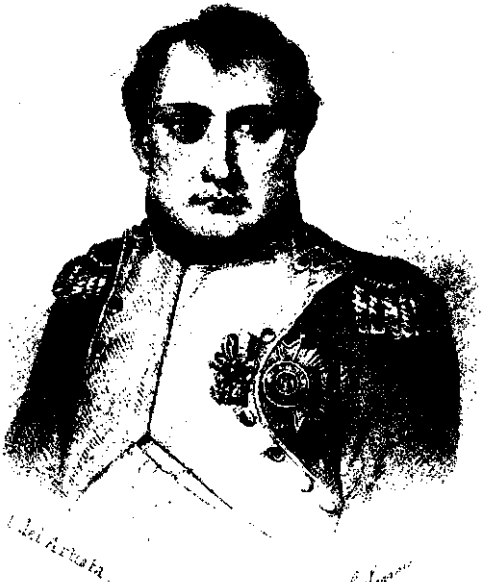
Hemos visto al jóven Bonaparte, entusiasta y reflexivo, dotado de todas las fuerzas del estudio y del génio, poner su espada al servicio de la revolucion contra el estrangero, y asegurar el 18 Vendimiario, por una grande resolucion civil, su fortuna que habia principiado por un grande hecho de armas en el sitio de Tolon. Despues hemos visto al General Bonaparte, á la edad de 27 años, Comandante en Gefe del ejército de Italia, admirar al mundo asi por sus creaciones como por sus victorias, tranquilizar á la Europa, mas que por sus tratados por sus máximas, é instruir atrevidamente la revolucion con sus actos y su lenguaje, en el culto de los recuerdos, en el respeto de las creencias, y en

el amor á las artes. Hemos visto en fin al primer Cónsul Bonaparte proclamar como programa del 18 Brumario, *la restauracion del órden social*, y cumplirlo con una admirable mezcla de audacia y de prudencia. Disciplinando la revolucion, la sometió á ver restablecido el órden en la familia, en la sociedad, en el Estado. Todos los partidos fueron destruidos, amalgamados y reconciliados. Un poder grande y fuerte, fuerte con todo el prestigio de la victoria, y ostentando como un trofeo mas glorioso que la misma victoria, despues de doce años de una guerra furiosa y universal, la paz universal y gloriosa, aquel poder se habia hecho el punto de apoyo de todos los intereses y de todas las opiniones. Imparcial y tutelar, habia dado el primero de todos los bienes, la seguridad. Instituciones administrativas admirables, el restablecimiento de la religion, sábias leyes civiles, formaban con la constitucion militar mas poderosa de Europa, un sistema político que no habia podido establecerse, ni podia perpetuarse sino con el Gobierno de uno solo. Todos lo conocian, y el Gobierno de uno solo estaba ya de hecho establecido y apreciado por los franceses, cuando el

primer Cónsul creyó llegado el momento de confesar el Imperio y de inaugurarlo. En la parte siguiente examinaremos, no ya á Bonaparte, sino á Napoleon Emperador, y el gran drama del Imperio.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

Biblioteca Universitaria
Oviedo



NAPOLEON.

NAPOLEON.

(PARTE SEGUNDA.)

«Lo que pereció entre sus manos, no pereció solo por su hecho, sino tambien por el hecho de su destino. Componiase este de problemas verosimilmente insolubles. Asi pues puede decirse con certeza, que cayó por desconocer la justicia; no podria añadirse, que con ella se hubiese sostenido.

SALVANDY. Diccionario de la conversacion.

Hemos visto antes, que el 18 de Mayo de 1804, pocos dias despues de la muerte del Duque de Enghien, cuando Pichegru acababa de morir en una prision, y Moreau estaba aun en ella, llevó el Senado á Napoleon al palacio de Saint-Cloud el Senado-Consulto que variaba la Constitucion del

Estado y le conferia la dignidad imperial hereditaria. La Francia sancionó con su voto aquel cambio, verificado sin contradictores; el clero lo celebró en el santuario, y los magistrados esclamaron: «*Dios crió á Bonaparte y descansó.*» Solo dos protestas hubo, la de Carnot en el Tribunado en nombre de la revolucion, y la de Luis XVIII, desde Varsovia, en nombre de los derechos de su raza y del principio de la legitimidad. Napoleon las desdeñó, y hasta hizo insertar en el Monitor el acta del hermano de Luis XVI.

Los primeros actos del Emperador fueron estraordinarios. Reorganizó las escuelas Politécnica, de Puentes y calzadas, y de Derecho; instituyó un ministerio de negocios eclesiásticos; dió al código civil que acababa de promulgar, y que es uno de sus títulos de gloria para la posteridad, el nombre de Código-Napoleon. Al mismo tiempo, inauguró la institucion de la legion de honor. En seguida, fue á recibir las aclamaciones de sus ejércitos de Boloña, á hacer maniobrar sus flotillas, inspeccionar los grandes trabajos de las plazas de la Bélgica, dispertar en Aix-La-Chapelle los recuerdos de Carlo-Magno, recoger

en Maguncia los homenages de los Príncipes del Imperio que le habian salido al encuentro, y regresó á Paris para recibir de manos del Gefe de la cristiandad, el óleo santo que Carlo-Magno habia ido á buscar á la capital del Mundo cristiano. Fue un espectáculo singular y que daba á conocer el Imperio de las antiguas costumbres, el poder de Bonaparte y de la reaccion, el ver á la Francia conmoverse y arrodillarse en presencia de aquel anciano, que iba á ejercer en el seno de la nueva sociedad y á imponerle una autoridad que el siglo XVIII creia haber destruido con el sofisma, y ahogado en la sangre. Pio VII y Napoleon, eran dos conquistadores que tomaban ambos posesion del Imperio. En Paris y en todas partes, el Papa atraia á la muchedumbre á los templos al ir á consagrarlos. La profanacion habia sido grande, grande era la reparacion.

El 2 de Diciembre de 1804, verificóse en la Iglesia de Ntra. Señora de Paris el acto solémne de la consagracion. Napoleon tomó la corona bendita de manos del Soberano Pontífice, para colocarla sobre sus sienes y sobre las de Josefina, manifestando asi que la recibia no del sacerdote, sino de Dios y de su espada, y satisfaciendo de

este modo las modestas exigencias del liberalismo de entonces. La mitad de la Europa se negó á reconocer aquella nueva corona, y la otra reconociéndola, conspiró. Pitt habia vuelto á tomar *las riendas del Gobierno*, y su primer acto fue unir la Suecia á la alianza de la Inglaterra. El Emperador Alejandro se preparaba á hostilidades abiertas, arrastrando en pos de sí á la Puerta Otomana. La Dieta de Ratisbona estaba bajo la misma influencia, y ya el Austria movia sus ejércitos. Solo la España habia seguido la causa del Imperio francés, y reunido sus flotas á las de aquella nacion.

El año de 1805, la guerra se hacia sentir en todas las costas y sobre todos los mares. La Inglaterra bloqueaba los puertos de Francia, España é Italia, y la Rusia ostentaba sus escuadras en el Báltico, en la Mancha y el Mediterráneo. Napoleon sin embargo ocupaba con sus ejércitos todo el Occidente, estendiéndose los unos desde el Rin al Hannover, y los otros desde la República Cisalpina hasta el reino de Nápoles: suscitaba á la Persia contra la Rusia, y á la India contra la Inglaterra. La marina francesa jamás fue tan poderosa, y si Villeneuve sufria un primer de-

sastre (*), Linois, Verhuel y otros marinos ilustraban el pabellon tricolor, con brillantes hechos de armas.

En medio de esta general conflagracion, Napoleon seguia trasformando los estados. La República de Liguria, la antigua Génova, era incorporada al Imperio; Parma y Plasencia tuvieron igual suerte, y la República italiana fue erigida en reino (28 de Marzo de 1805). Napoleon corrió á Milan con su esposa á ceñirse la vieja corona de hierro, y unió á su título de Emperador el de Rey. Dió á su hijo político, Eugenio de Beauharnais el Virreinato de Italia; y á sus hermanas Elisa y Paulina, los principados de Piombino, de Luca y de Guastalla.

La tercera coalicion fue la respuesta del continente á aquellas estrepitosas subversiones del *statu quo*. Firmóse en San Petersburgo el 11 de Abril de 1805, y el Austria accedió á ella dos meses despues. Napoleon de vuelta á las Tullerias y desde alli al campo de Boloña, se ocupaba de sus preparativos de desembarco en Inglaterra,

(*) Véase la Biografía de Gravina.

cuando supo á un tiempo que una falsa maniobra del Almirante Villeneuve habia frustrado todos sus planes, y que el Austria, quitándose la máscara, movia sus ejércitos. El Archiduque Fernando al frente de 90,000 hombres, el Archiduque Juan de 40,000 y el Archiduque Cárlos (*), marchaban sobre el Inn, el Lech y Adigo; la Baviera estaba ya invadida. Napoleon levantó el campo de Boloña y transportó el ejército á marchas forzadas sobre el Rin y el Pó, el Adigo y el Danubio. El 27 de Setiembre se hallaba en Strasburgo, y el 15 de Noviembre Viena le abria sus puertas, despues de haber destruido y humillado al enemigo en Ulm. En aquel momento los ejércitos rusos aparecian en la Moravia con el Emperador Alejandro á su cabeza; y la Prusia justificando su resolucion con la violacion de su territorio, reunia sus numerosas fuerzas á las de los dos Emperadores. Napoleon se adelantó á ellas, y el 2 de Diciembre, aniversario de su coronamiento, destruyó en las llanuras de Austerlitz el lazo que unia á los Monarcas coaligados. La Monarquía austriaca, enteramente conquista-

(*) Véase su biografia.

da, quedó sometida por aquel terrible golpe á la mano del vencedor. El Emperador Francisco II, se presentó en el campamento de Napoleon, y la vieja soberanía se inclinó ante el soldado coronado. El Emperador de Austria, merced á la generosidad del vencedor, se apresuró á regresar á sus estados. La Prusia desarmó, entregando en cambio del Electorado de Hannover, de que se despojaba la Inglaterra, los Principados de Berg y de Cleves para Murat, y el de Neufchatel para Berthier. Los soldados de la revolucion hechos Mariscales del Imperio, ascendian á Príncipes y Soberanos, para pasar luego á ser Reyes.

Así acabó la campaña de setenta dias, una de las mas gloriosas para el ejército francés. Firmóse la paz en Presburgo, y en memoria de aquel suceso, Napoleon ofreció á sus tropas reunirlas en Paris para celebrar las fiestas que debia darles el 1.º de Mayo. Desde Viena habia anunciado Napoleon á su ejército de Italia la próxima invasion del Reino de Nápoles, y su hermano José, encargado de aquella espedicion obtuvo la corona de aquel reino; en el mes de Junio de 1806, Luis, otro hermano del Emperador, fue colocado sobre el trono de Holanda.

El 25 de Setiembre de 1806, se firmó la cuarta coalicion entre todas las Potencias del Norte, y la Prusia lanzó al gabinete de las Tullerías la intimacion, verdaderamente insensata, de retirar las tropas francesas del lado allá del Rin; antes del 8 de Octubre inmediato. Apenas pueden creerse semejantes locuras, y nada prueba mejor cómo se fascinan los Gobiernos absolutos. La embriaguez de la juventud alemana se habia apoderado de la corte de Potsdam. Una Reina jóven y hermosa que recorria á caballo los cuarteles al lado de Federico Guillermo, al ver el entusiasmo que escitaba, creyó que su ejército lo podia todo, porque todo lo podia ella sobre aquella juventud numerosa y valiente. Napoleon al recibir tan estraño cartel, se levantó diciendo: «Nos dan una cita de honor para el 8 de Octubre; y como hay una Reina hermosa que quiere presenciar los combates, seamos corteses, marchemos sin descansar á Sajonia.» En efecto, el 28 de Setiembre, Napoleon habia pasado el Rin, y el 8 de Octubre, dia señalado, maniobraba sobre el Saale. Los prusianos se admiraron de ver delante de sí á Napoleon y á su ejército dividido en ocho cuerpos, mandados por todos los héroes de la

Hiliada imperial, Bernadotte, Lannes, Davoust, Ney, Soult, Augereau, Lefebvre, Mortier, y el gran Duque de Berg. Los contingentes de los Reyes y Príncipes de la Confederacion del Rin, los de la Holanda, de la Suiza y de Italia, estaban unidos á los soldados de ciento veinte departamentos que contaba el Imperio, y animados del mismo ardor. El 9 vieron al enemigo y lo rechazaron; el 10 lo batieron de nuevo, y el 14 la Monarquía prusiana quedó destruida en Jena. La Campaña de Austria habia terminado por un rayo, y un rayo principiaba esta. Cada dia se apoderaba el ejército imperial de alguna plaza, y ya estaban en su poder Stettin, Spandau y Custrin, cuando Napoleon llegó á Potsdam para inclinarse ante el sepulcro del gran Federico, y hacer su entrada triunfal en Berlin. El Austria habia costado á Napoleon una campaña de sesenta dias, y empleó catorce en destruir la Monarquía del gran Federico. Los ejércitos rusos se adelantaban para combatir con los prusianos sobre el Saale, y encontraron las columnas francesas sobre el Vístula. La Polonia se agitó al acercarse las banderas amigas, y cuando los franceses entraron en Varsovia (el 28 de Noviembre), toda

aquella Nacion exaló un grito de alegria, y tuvo un sueño de libertad. Napoleon, antes de dejar á Berlin, habia dado el famoso decreto del bloqueo continental; y desde Posen firmó el decreto, haciendo de la Iglesia de la Magdalena el templo de la gloria. Pasó el invierno en Varsovia, á quinientas leguas de su capital, y desde allí reinaba sobre todo el continente. Desde allí tambien reunió en Paris un Sanhedrin que reformó el estado civil de los israelitas, reglamentó el clero protestante, autorizó las comunidades católicas, estendió su mano sobre la Península española, derribó y humilló á sus pies á Godoy, confundido con un manifiesto dado por él el dia antes de la batalla de Jena, y retractado al siguiente. Napoleon se contentaba con que la España le diera su ejército, y se lo dió en efecto.

Sin embargo, la guerra se reanimaba en su verdadero teatro, y el grande ejército tenia que combatir ahora á los rusos, en su pais, bajo su cielo, y en medio de su helada atmósfera. El 29 de Febrero alcanzó la famosa victoria de Eylau, el 1.º de Marzo la de Elving, y el 14 de Junio, aniversario de la de Marengo, la de Friedland. Esta última terminó la campaña; y

en Tilsitt, en medio del Niemen, sobre un barco, se presentaron el Emperador de Rusia y el Rey de Prusia ante el soldado coronado que les habia vencido, y que dos años antes habia recibido al Emperador de Alemania en la mismo actitud en su campamento de Austerlitz. Napoleon señalaba casi siempre el fin de una campaña con la abolicion de alguna de las instituciones liberales que no se habia atrevido á destruir á su advenimiento al Imperio. Asi fue que suprimió el Tribunado el 19 de Agosto de 1807; el 1.º de Marzo un Senado-Consulto dió una nobleza á la Monarquía imperial, y restableció los mayorazgos, suprimidos por la Asamblea constituyente en 1790.

La paz de Tilsitt es el punto culminante de la fortuna de Napoleon y de los triunfos del Imperio. Todos los Reyes, menos Gustavo IV, que se obstinaba y perdió en ello la Pomerania, y despues la corona, se habian inclinado ante su presencia. El 9 de Julio, Napoleon se despidió del Emperador de Rusia, del Rey y de la Reina de Prusia, y de su ejército, y entraba en Paris el 27; Paris, que era entonces el punto de reunion de los Reyes y Principes, de los Embaja-

dores de los mas lejanos paises, celebraba suntuosas fiestas con motivo de las bodas de varios Príncipes y Princesas; y al mismo tiempo que llegaba del Norte la espada del gran Federico, conquistada en Potsdam, llegaba tambien del Mediodia la de Francisco I, restituida por la España. En 1808, Napoleon cometió la mayor de las iniquidades, invadiendo alevosamente la España, y arrancando la corona á su legítimo poseedor para darla á su hermano José, que cedia la suya de Nápoles á Murat. No nos detendremos en recorrer las diferentes faces de la gloriosa guerra de la independencia, que tan heróicamente sostuvo el pueblo español durante seis años: un ilustre escritor las ha consignado en su inapreciable Historia de aquella época. (*) Mientras Napoleon transportaba á la Península sus ejércitos y desguarnecia la Alemania, se organizaban en aquel país las sociedades secretas, y los armamentos del Austria probaban sus disposiciones hostiles. Entretanto, en Setiembre de 1808, corria Napoleon á Erfurth para conferenciar con el Em-

(*) Historia del Levantamiento, Guerra y Revolucion de España, por el Conde de Toreno.

perador Alejandro á fin de repartirse el mundo; y despues de tres semanas de íntimas conferencias, se separaron los dos Emperadores el 14 de Octubre, para no volverse a ver sino en el campo de batalla. El 25 anunciaba Napoleon al Cuerpo legislativo que iba á salir para España. Salió el 29 de Octubre; el 4 de Noviembre habia vuelto á tomar la ofensiva: el 10 triunfaba en Búrgos, el 30 en Somosierra, y el 4 de Diciembre se hallaba en Madrid.

Napoleon estaba de vuelta á las Tullerías el 23 de Enero de 1809, y el 12 de Abril supo por el telégrafo la invasion de los austriacos, verificada el 9. El 16 estaba enfrente de las líneas austriacas á la cabeza del grande ejército; y tres dias despues las habia destruido en las cuatro batallas gloriosas de Thann, Abensberc, Eckmuhl, y Landshutt. El 23, delante de Ratisbona, alcanzó el plomo enemigo por primera vez á Napoleon; pero siguió su camino, y el 10 de Mayo se hallaba bajo los muros de Viena, que se rindió despues de tres dias de bombardeo.

En medio de sus triunfos, Napoleon conoció dolorosamente que la guerra habia cambiado de aspecto. El espíritu público era mas patriótico,

estaba mas irritado, y las masas se consideraban mas comprometidas en la lucha. El ejemplo de España era contagioso y el llamamiento de su Junta Central á todos los pueblos, habia sido escuchado. Una insurreccion fanática en el Tirol, multiplicadas sublevaciones en Westphalia, y otros acontecimientos mantuvieron el fuego en Alemania durante muchos meses, á despecho de sus gobiernos, y fatigaron á muchos cuerpos de ejércitos franceses. El Austria abatida se volvió á levantar del lado allá del Danubio, mostrando nuevos ejércitos que necesitaban nuevos sacrificios, nuevas victorias y una nueva campaña. En Lobau, para el paso del primer brazo del Danubio y en Esling (22 de Mayo) para el del segundo, fue la lucha, fue tenaz y sangrienta (*); y despues de haberlo verificado, por primera vez vaciló la fortuna de sus armas en Wagram (6 de Julio). El Austria estaba sola; ¿qué hubiera sucedido si la Prusia que temblaba, y la Rusia que estaba vacilante hubieran seguido la inclinacion de sus afecciones y su política? Siguióse á aquella batalla un armisticio, y despues de tres me-

(*) Véase la biografía del Archiduque Cárlos de Austria.

ses de negociaciones se firmó la paz en Viena el 3 de Octubre.

Mientras los ejércitos franceses sucumbian en la Península y evacuaban el Portugal, hacia la Inglaterra desembarcos formidables en las Islas Jónicas de que se apoderó, en Nápoles, en el Báltico, y en el corazon mismo del Imperio. Una flota considerable con 50,000 combatientes á las órdenes de Lord Chatham se presentó en las aguas de Zelandia, desembarcó en Walcheren, se apoderó de Metdelburgo y Flesinga y amenazó á Amberes. Quedaban aun algunas dificultades por parte de Napoleon para firmar el tratado de paz de Viena, que desaparecieron con el incidente del frio fanatismo del jóven Stabs, que se presentó para matar á Napoleon en nombre de la patria alemana, con la sangre fria de un duelo, y que murió con la constancia de la virtud; Napoleon admirado, conoció entonces el entusiasmo con que los pueblos entraban en la lucha, y lo que en adelante podia contar con ellos.

Napoleon al dia siguiente de su entrada en Viena (15 de Mayo) habia consumado la destruccion de una soberanía respetada por las naciones desde hacia mil años. Habia reunido al Imperio

los estados de la Iglesia, apoderándose de posesiones agenas, destruyendo un estado independiente, cambiando violentamente la situacion relativa de las potencias Europeas, haciendo del Gefe espiritual de todos los estados católicos, un pensionado y súbdito de uno solo, y despojando al anciano que le habia coronado. El Papa habia vengado atrevidamente los derechos y la dignidad de la Santa Sede, arrojando los rayos de la Iglesia á la frente que poco antes habia consagrado; ahora usaba el Emperador de represalias, oponiendo la fuerza á el anatema, y el augusto anciano fue llevado prisionero á Grenoble.

A su vuelta á Francia, Napoleon hizo disolver su casamiento con Josefina, con quien estaba enlazado desde 1796, para contraer una nueva union con la Archiduquesa Maria Luisa, hija del Emperador de Austria. El matrimonio se celebró en Saint-Cloud el 1.º de Abril de 1810. En el mismo año fueron reunidos al Imperio por un decreto la Holanda y el Valais; las ciudades Anseáticas perdieron su independencia en 1811, y el título de Rey de Roma, dado por Napoleon á su hijo, manifestó cuanto habia exaltado su ambicion, su enlace con la hija de Francisco II. Sin

embargo un concilio francés, burló con su resistencia las miras del dominador que le habia convocado para reunir legítimamente en su mano las dos potestades espiritual y temporal.

En Mayo de 1812, salió el Emperador de París con su esposa, y pasó varios dias en Dresde con su suegro el Rey de Prusia y otros Príncipes alemanes; hizo con aquellas dos grandes potencias tratados de alianza, y á los pocos dias se anunció un rompimiento entre la Francia y la Rusia.

En efecto, las tropas francesas pasaron el Niemen el 23 de Junio, y Napoleon se apoderó de Wilna y sucesivamente de cuantas plazas encontraba á su paso. El enemigo huia delante de él despues de haber quemado y destruido cuantos recursos ofrecia el pais. El 10 de Setiembre, dió á los Rusos en las orillas del Moskowa una de las batallas mas sangrientas, y de la que salió victorioso: el 14 entró en Moscow, entregado á las llamas, y en cuya ciudad permaneció imprudentemente hasta principios de Octubre, engañado sin duda por el buen tiempo que duró hasta el 7. Desde el dia 14 al 16 el termómetro señalaba 16.° y 18.° bajo cero. Los caminos quedaron intransitables, y en pocos dias perecie-

ron mas de 30,000 caballos; sabidas son las penalidades y enormes pérdidas que sufrió el ejército francés durante aquella horrible retirada, cuyos pormenores nos es imposible referir.

Napoleon dejó el mando á Murat, despues del terrible paso del Veresina, y metiéndose en un trineo casi solo, desconocido, por entre mil peligros atravesó la Polonia, la Prusia y la Alemania, para ir á pedir á la Francia su obediencia, sus tesoros y su sangre, para reemplazar el grande ejército que habia muerto, y vengarle si era posible. El 19 de Diciembre se presentó de repente Napoleon en las Tullerías, y la Francia le acusó de haber abandonado á sus hijos. Creemos sin embargo que hizo bien en dejar al ejército para conservar su Imperio, pues su deber no era atender á algunos, sino á todos. Necesitaba realzar la fortuna de la Francia, si le era posible, reanimar su valor, formar nuevos ejércitos, reprimir los cobardes descontentos que se encarnizaban contra los poderes amenazados, exaltar las pasiones generosas que salvan á las naciones cuando peligran. Solo él podia hacerlo. Su primer cuidado fue imputar á las opiniones liberales que llamaba ideología, la abortada conspira-

cion de Mallet, mientras estaba en Rusia, é hizo que todas las grandes corporaciones le prodigasen las mas monárquicas seguridades. Preveyéndolo todo, arregló por un Senado-Consulto la constitucion de la Regencia. Pasó tres dias en Fontainebleau para calmar al Sumo Pontífice, y terminar todas las diferencias por medio de un concordato. Se ocupó principalmente en organizar un ejército; el Senado le dió 350,000 reclutas, 100,000 hombres de las cohortes de la Guardia Nacional, 100,000 de las conscripciones anteriores, y 150,000 de las venideras; en dos meses se organizaron, se instruyeron y marcharon sobre el Elba, con 150 cuadros compuestos de oficiales esperimentados y sargentos aguerridos sacados de los ejércitos de España: 40,000 artilleros de marina, inútiles entonces en el Océano, pasaron á reforzar el ejército de tierra.

La Inglaterra y el continente coaligados multiplican por su parte los sacrificios y los esfuerzos. Alejandro saca soldados del fondo del Asia. La Inglaterra arrastra la Suecia á la alianza, ofreciéndole la Noruega. La Prusia se quita al fin la máscara, y devuelve á la juventud alemana sus gritos de patria y libertad. Una declaracion de

Emperador Alejandro, fechada en Calish invitó á todos los pueblos y á todos los Príncipes de Alemania á sacudir el yugo de la Francia; la guerra debia continuar en nombre de la libertad, y el porvenir de la Europa estaba en aquel documento.

Napoleon respondió á las hostilidades de la Prusia, pidiendo al Senado 180,000 hombres mas, que le fueron concedidos, agotando lo pasado y devorando el porvenir. Formóse ademas un cuerpo de 10,000 guardias de honor, vestidos, montados y equipados á su costa, y al mes siguiente la flor de la juventud del Imperio, asi de Roma, Turin, Amsterdam y Bruselas, como de París y Lion, iba á colocarse á la vanguardia del grande ejército. El 15 de Abril de 1813 salió Napoleon de París para el ejército, entregando la regencia á la Emperatriz María Luisa, y esperando estrechar de este modo la alianza con el Austria; pero esta aprovechó aquel momento (26 de Abril) para declarar que *el tratado precedente no era aplicable á las circunstancias actuales.* No era aun enemiga, era neutral y se ofreció como mediadora. Napoleon quedaba solo con la Confederacion del Rin, cuyos principios veia vacilar,

dispuesto segun la suerte de la guerra á permanecerles fieles, ó á acceder á la declaracion de Calish, y no viendo sino la eleccion entre dos servidumbres, donde los pueblos irritados soñaban en la nacionalidad alemana y la libertad.

La batalla de Lutzen (2 de Mayo) que arrojó á Alejandro y á Federico Guillermo de Dresde, y en la que pereció Bessieres; la de Bautzen (20 de Mayo) donde esperimentó la pérdida sensible de Duroc; la de Wurchen, al dia siguiente, que volvió á abrir los caminos de la Silesia y del Oder á las águilas francesas, fortalecieron la Alemania y en particular á la Sajonia, algunos cuerpos de la cual estaban ya con el enemigo. La Europa quedó asombrada de aquellas victorias debidas al génio de Napoleon. Hamburgo y Lubeck habian vuelto á su poder, y Berlin estaba amenazado. El Austria propuso un Congreso que fue aceptado, y Napoleon un armisticio que se concluyó el 4 de Junio. ¿Habia traicion y artificio de parte del Austria? Hubo falta por parte de Napoleon en no proseguir sus triunfos, al paso que negociaba en el territorio neutral de Austria? Lo que no puede ponerse en duda, es que cedia en gran parte á una estraña preocupacion, á la

esperanza de salir bien de sus reiteradas tentativas de atraerse al Emperador Alejandro, y *dividir el mundo en dos partes* como lo decia él mismo. De todos modos, si hubiera continuado en marchar adelante, dominando el Oder, dando la mano por un lado á Rapp, que estaba en Dantzik, por el otro á los polacos de Varsovia y de Cracovia, cuyo hermoso ejército acababa de llevarle Poniatowski, no hay duda que hubiera restablecido su situacion en Europa, y podido tratar victoriosamente en Praga.

La lentitud del Congreso, que tardó desde el 5 de Julio hasta el 9 de Agosto para redactar proposiciones formales, 48 horas antes de que espirára el armisticio; aquellas proposiciones que solo debian dar una tregua armada en el continente, puesto que la Inglaterra no hacia parte del Congreso; las condiciones de aquella tregua, el brusco rompimiento de las negociaciones, la repentina declaracion de guerra del Austria, porque Napoleon, con la distancia que mediaba desde Dresde á Praga, no habia contestado en el término señalado de veinte y cuatro horas para la espiracion del armisticio, á proposiciones tan considerables y tan lentamente redactadas, todo

autoriza á creer que las negociaciones no fueron jamás una cosa séria, y que aun cuando Napoleon hubiese suscrito á todo al momento, hubiera sido en vano.

El Emperador de Austria se declaró contra su yerno, y sus tropas fueron batidas delante de Dresde. Napoleon se vió precisado muy pronto á abandonar la línea del Elba y á retroceder, á causa de las maniobras de uno de sus antiguos generales, Bernadotte, hecho Príncipe real de Suecia. No fue este el solo rival de Napoleon que se unió á la Europa para destruirle. Moreau se presentó tambien en el cuartel general de los Emperadores y Reyes.

El 15 de Agosto, volvióse á abrir la campaña, y el 26 se vieron obligados los Emperadores á pelear. Como en Austerlitz, los tres estaban en frente unos de otros. Como en Austerlitz el águila francesa triunfó. El enemigo en su huida se llevaba á un herido ilustre á quien una bala de cañon habia quitado los dos muslos. Era Moreau. La Providencia igualaba el castigo á la falta.

La victoria de Dresde, alcanzada por el génio de Napoleon sabre el plan de campaña de Moreau, sirvió solo para probar cuanto tenia de des-

tructor é insuperable aquel plan. Mientras el Príncipe de Skmuhl contenia y batia á los aliados en Hamburgo, el Príncipe Eugenio cubria la Italia, Napoleon sostenia en Sajonia una especie de sitio regular contra todo el continente. Un senado-consulto pedia 280,000 hombres, cuando supo el Emperador que la Baviera acababa de entregarse á la coalicion con su hermoso ejército, que habia peleado con los franceses durante diez años. El Wurtemberg, Baden y los pequeños estados imitaron su ejemplo. El Rin quedaba descubierto y fue preciso acorrer á Leipsick, asegurarse de aquel puesto amenazado por todas partes para apoyar la retirada inevitable ya, y urgente. En efecto, el 16 de Octubre, un encuentro glorioso habia coronado con una última victoria la campaña de Sajonia que la estrategia admirará; pero el dia 18 en medio de la batalla, mas que nunca terrible, el ejército sajon se pasó al enemigo y volvió sus armas contra los franceses. La caballería wurtemburguesa imitaba su ejemplo; el Rey de Nápoles se desertaba, y como un soldado mercenario se pasaba al enemigo para negociar y conservar su ejército y su reino. A estas desgracias se juntaron otras; un puente que se voló

demasiado pronto en la batalla de Leipsik, dejó en la orilla enemiga á 20,000 hombres que fueron asesinados, que se ahogaron y desaparecieron, entre ellos el valiente Poniatowski, última esperanza y último resto de la Polonia. La retirada fue espantosa, y el ejército no se reunió mas que un solo dia para reparar gloriosamente aquella retirada y destruir al ejército bávaro delante de Hanau.

Napoleon de vuelta á Paris, desesperando de conservar la España, devolvió la corona á Fernando VII: y en la situacion crítica en que la Francia se encontraba, procuró atraerse la opinion que se alejaba de él, anunciando al Senado y al Cuerpo legislativo disposiciones pacíficas. Iban á principiar para la Francia nuevos destinos. Los españoles habian pasado los Pirineos; el Mariscal Soult cubria á Bayona y al Bearne; Eugenio cumplia con su deber y defendia la Italia; pero continuaban las defecciones. Napoleon habia pedido al Senado y este le habia dado 300,000 hombres; habia tambien reunido el Cuerpo legislativo, el cual el 19 de Diciembre de 1813, preparaba un mensage en el que no se limitaba á pedir *garantias políticas*, *á fin de que la guerra fuese nacional*, sino que añadia atrevida-

mente consejos de paz y tardias reconvenciones de ambicion, inoportunas, culpables en aquel momento en que los representantes de un gran pueblo, al paso que deseasen la paz, debian limitarse á ofrecerlo todo para la guerra. Napoleon disolvió aquella asamblea, y se preparó á rechazar á los enemigos que habian invadido el territorio francés el 1.º de Enero de 1814. El 22 salió de París, y el mismo dia el Papa se encaminaba desde Fontainebleau al Vaticano. Se despidió de la Guardia Nacional de París, confiándole á su muger y á su hijo. En Brienne fue donde por primera vez se batió con el enemigo el 29 de Enero; ¡en Brienne donde niño habia soñado toda su gloria, y donde se hallaban entonces los estranjeros, despues de realizados sus ensueños mas allá de lo que podia concebir la imaginacion humana! La Europa entera marchaba sobre Paris, y cada una de las columnas que se adelantaban por diferentes caminos, llevaban centenares de millares de combatientes, ébrios de patriotismo y de alegria, dirigidos por Príncipes y Emperadores, y contando entre sus filas la nobleza, las universidades, la juventud de todas clases, todas las fuerzas vivas de las naciones. Napoleon para contener

aquellos torrentes de hombres, no tenia mas que un ejército de 40 á 50,000 hombres, y durante setenta dias hizo frente á todo con marchas inauditas, y admirables combates. No nos detendremos en la sorprendente campaña de Francia de 1814, en que desplegó Napoleon el génio que tanta gloria le diera en sus campañas de Italia.

Habíase abierto un Congreso en Chatillon y ya no se trataba en él de reducir el Imperio á los límites, que jamás debió traspasar, sino de imponerle las fronteras de Luis XIV. Rompiéronse aquellas negociaciones, y el 20 de Marzo en un encuentro con Schwartzemberg, en Arcis-sobre-Aube, cayó una granada á los pies de su caballo, y Napoleon esperó inmóvil á que reventara. La granada le respetó como en los tiempos de su prosperidad. El 27, despues del glorioso combate de Saint-Dizier, recibió un correo con la noticia de que París estaba amenazado por los ejércitos de Blucher y de Schwartzemberg, que al fin se habian reunido. El Emperador estaba de pie al rededor de una hoguera con Berthier, el mariscal Ney y otros gefes del Estado Mayor del ejército; acababa de partir un pedazo de pan blanco que comia el Mariscal Ney, cuan-

do se acercó el Príncipe de Neufchatel para comunicarle los despachos que acababa de recibir. El Emperador al leerlos dió algunos pasos, se llevó la mano á la frente, y volviéndose á los Mariscales: «á caballo, Señores, dijo» y echó á andar despues de haber dado algunas órdenes con voz firme y lacónica. Habia llegado la hora fatal de su ruina: creia tener delante de sí á Blucher y tenia solo á Wintzingerode. Los grandes ejércitos aliados estaban en marcha abierta sobre París, que se hallaba casi sin defensa. El 29 el Rey José que mandaba en Gefe, decide en consejo de regencia que la Emperatriz regente, el Rey de Roma, los Ministros y todo el Gobierno se retiren á Blois. Mr. de Talleyraud fue de contrario parecer; sin embargo, todos se alejaron y no quedaron mas que Marmont y Mortier para pelear, José para capitular, y Mr. Talleyrand para atender al dia siguiente. El 30 de Marzo, José mandó que París capitulase, y Napoleon que habia tomado una silla de posta para ir mas aprisa que su ejército, supo á cinco leguas de distancia, por el General Belliard, que París habia capitulado. Su primer movimiento fue correr allá, pero añadiéndole Belliard qué el ejér-

cito lo habia evacuado, que Mortier estaba en Villejuif, y que él solo habia salido de la capital por medio de un convenio, y que ni él ni sus tropas podian volver á entrar, Napoleon se sometió al destino, se arrojó á su coche, y fue á esperar en Fontainebleau el resultado de las negociaciones que prescribió, y tal vez la llegada de su ejército. No consideraba que la toma de París por el estrangero, era para su Imperio lo que para la antigua Monarquía habia sido la toma de la Bastilla: era aquello mas que un contratiempo, era una revolucion.

Mientras llegaba á Fontainebleau, entraban los aliados en París; y una proclama del Emperador Alejandro (31 de Marzo) anunció solemnemente que la Europa no trataria ya mas con el Emperador Napoleon, *ni con ningun otro enemigo de la libertad francesa*. El Senado se reunió el 1.º de Abril é instituyó un gobierno provisional, colocando á su frente á Mr. de Talleyrand. El 2 de Abril el Senado pronunció el destronamiento de Napoleon, y el 6 publicó el proyecto de Carta constitucional, declarando por aquel acto que la Francia llamaba al trono á Luis Estanislao Javier, hermano de Luis XVI. El 11 el Em-

perador que desde el dia 4 habia abdicado por sí, lo hizo por su raza. Se cree que á la noche siguiente, hizo uso de un sutil veneno que llevaba siempre consigo, y que no hizo mella en su cuerpo de hierro. La Providencia le trató mejor que él mismo; era acabar como un aventurero, y debia acabar como Rey El 12 de Abril entró en París el Conde de Artois, lugar-teniente del Reino, despues de 25 años de destierro, menos como el vencedor de la revolucion, que como vencido y conquistado por ella. El 20 se separó Napoleon de su Guardia en Fontainebleau y partió para la isla de Elba. De todaslas defecciones, la mas grande fue la de María Luisa. Esta princesa no supo ir de Blois á Fontainebleau; llevó á su hijo á Francisco II y no á Napoleon, y se alejó llevando el olvido de los franceses. Josefina, rodeada de los homenages de la Europa, murió de repente; esta fue hasta el fin la verdadera Emperatriz.

Napoleon se embarcó el 1.º de Mayo para la isla de Elba, en las playas de Provenza, donde habia desembarcado catorce años antes radiante con sus victorias de Egipto y de Italia. El 4 de Mayo desembarcó en Porto-Ferrayo, capital de

aquella isla, y fue saludado con 100 cañonazos por la artillería de los fuertes, y recibido por las autoridades de la isla con régio aparato. Allí permaneció hasta que el descrédito en que cayó la Familia Real de Francia, y el maquiavelismo del Congreso de Viena que amenazaba á Murat con la pérdida de sus estados, y las intrigas de sus muchos partidarios en Francia, le indujeron á intentar recobrar su corona. Al efecto habia hecho comprar municiones de guerra en Nápoles, armas en Argel, y transportes en Génova. Todo estaba pronto, y el 24 de Febrero de 1815, eligió Napoleon para la tentativa mas atrevida que presenta la historia: el momento de un gran baile que daba él mismo. A las cuatro de la mañana se hallaba á bordo del bergantin *Inconstante*, y en algunos pequeños buques en que flotaba el pabellon blanco, sembrado de abejas, se embarcaron 900 hombres que habian luchado con él en Arcola, en las Pirámides, en Moscow y en Montmirail. Aquella flota llevaba á César y á su fortuna. En el camino se encontró con dos fragatas y un bergantin de guerra francés, y habiendo este último preguntado al paso por el Emperador, contestó él mismo que estaba bueno, des-

pues de haber hecho ocultar á su gente. El 1.° de Marzo desembarcó en el golfo Juan y habiendo enviado á un capitan y 15 hombres á Antives fueron desarmados. A las once de la noche se puso en marcha con lo que él llamaba la diputacion de la Guardia, y despues de andar veinte leguas seguidas, llegaron el 2 á Serenon, y el 5 á Agap, donde Napoleon hizo imprimir las proclamas que se habian escrito durante la travesía, y que llevan el sello de la elocuencia original de un conquistador lleno de génio. Pasó desde allí á Grenoble, y engrosándose sucesivamente con todas las tropas que se le iban uniendo, llegó á París el 20 de Marzo. En poco tiempo fue reconocido el Gobierno imperial en todos los puntos del reino. Inmediatamente se ocupó con su estraordinaria actividad de la organizacion del Gobierno y de los medios de hacer frente á todas las fuerzas de la Europa, cuyos representantes estaban aun reunidos en el Congreso de Viena: y considerando las disposiciones manifestadas por los numerosos partidarios del liberalismo, solo vió un peligro inminente en lo que solo una nueva revolucion podia sacar fuerza. Se negó á las concesiones que pedia aquel partido

y el 21 de Abril publicó el acta adicional á las constituciones del Imperio, especie de Carta nueva que consagraba el régimen imperial de 1812, y todos los abusos de que se habia acusado á la monarquía de 1778. Aquel acto escitó la indignacion general, y apenas quedó á Napoleon mas que el ejército. Marchó con él para combatir á la coalicion en las fronteras del Norte, y fue vencido en Waterloo, siendo de todos conocidos los grandes resultados de aquel famoso desastre. De regreso á la capital, se vió obligado á abdicar en favor de su hijo, y á reconocer la autoridad de un Gobierno provisional, que le instaba para que abandonase la Francia. Retiróse al palacio de la Malmaison, y el 29 de Junio pidió dos fragatas para que le trasportaran fuera de Francia. Desde aquel retiro de la gloria, salieron los nobles y tiernos adioses al ejército, y el Monitor mismo fue inexorable para el que le habia hecho hablar durante veinte años. Fouché interceptó aquella proclama. Encargóse la custodia de Napoleon al General Becker y al mismo tiempo se dió la órden á Rochefort para armar dos fragatas.

En vano pidió Napoleon al Gobierno provisio-

nal que se le permitiera batir al enemigo: «que me nombren general, decia, mandaré el ejército; no quiero poder, quiero destruir al enemigo, obligarle á tratar mejor á la Francia, y despues seguiré mi camino.» Acosado por la inquietud de la Comision ejecutiva, aconsejaron á Napoleon que se entregara él mismo al Emperador Alejandro. «Esta prueba de afecto, contestó, seria hermosa; pero una nacion de 30.000,000 de almas que lo sufriese, quedaria deshonrada.» Por último, al dia siguiente se decidió irrevocablemente su marcha. A las cinco de la tarde se habia despedido Napoleon de su hija Hortensia, y metido en un coche, acompañado de los Generales Becker, Rovigo y Bertrand. En vez de seguir rápidamente el camino como habia indicado, quiso dormir en Rambouillet y desde allí ofreció nuevamente defender la patria. El 4 de Julio llegó la respuesta á Rochefort. El Ministro de la guerra, Príncipe de Eckmuhl, decia al General Becker: «Las guarniciones de Rochefort y de la Rochela, deben daros auxilio para hacer embarcar á Napoleon.» La Comision decia: «Napoleon debe embarcarse sin demora; pudo haber marchado el 29; emplear la fuerza... hacerle partir. . sus servicios no pue-

den ser aceptados. La Comision halla inconvenientes en que Napoleon comunique con la escuadra inglesa, y niega el permiso que se le ha pedido.» Hubiera sido imposible echar del pais mas ignominiosamente á un malhechor, desterrado por sus crímenes; ¡y los que tales órdenes daban se lo debian todo al proscrito de la Santa Alianza! Jamás la ingratitud humana habia llegado á tan alto punto en la historia. No era esto todo; el que mandaba las fragatas tenia órden de no llenar su mision, si los buques del Estado podian correr algun peligro.

Napoleon podia, reuniendo los cuerpos mandados por Lamarke y Clausel, incorporarse á su frente con el ejército del Loira, sublevar toda la Francia, y obligar tal vez á la coalicion á evacuar su territorio. La Córcega podia darle un asilo, y desafiar en sus montañas la proscripcion de la Europa; pero un sentimiento sublime, le hizo esclamar: «No, no se dirá que yo solo he hallado un puerto en medio del naufragio del pueblo francés.» El 8 habiendo bajado Napoleon á la isla de Aix para embarcarse, se le comunicó un despacho del 6 del Ministro de Marina que terminaba así: «Por ningun motivo podrá

desembarcar Napoleon en el territorio francés, bajo la pena para el Comandante del buque de alta traicion.» Pocos dias antes, un buque danés se habia ofrecido á llevarlo á América, y á su vista burló los cruceros ingleses. Ahora Napoleon estaba bajo el registro de la nacion inglesa, y á ella se dirigia sin perder tiempo para librarse de sus perseguidores. El 12 supo por los periódicos que el Gobierno Real habia reemplazado en Paris al provisional. en vano tenia aviso que le esperaba en la ria de Burdeos un buque americano, pues siendo peligroso el tránsito hasta allí por tierra, el Emperador se decidió á implorar la hospitalidad británica. El 14, el Capitan Maitland, que mandaba el Belerofonte, declaró: *que esperaba por momentos los salvo-conductos pedidos, pero que si el Emperador queria embarcarse para Inglaterra, estaba autorizado para llevarlo allí y tratarlo con el respeto y consideraciones debidas al puesto que habia ocupado.* Una declaracion semejante decidió á Napoleon; pero el ofrecimiento de aquella hospitalidad era una traicion, pues el 7 de Julio habia recibido el Capitan la órden de su Almirante *de redoblar su vigilancia para interceptar á*

Bonaparte, el cual demasiado grande para sospechar un lazo infame, se embarcó en el Belerofonte, y el 13 de Julio de 1815 dirigió al Príncipe Regente esta noble carta: «Alteza Real; objeto de las facciones que dividen mi pais y de la enemistad de las mas grandes Potencias de la Europa, he terminado mi carrera política, y como Temistocles, vengo á sentarme al hogar del pueblo británico. Me pongo bajo la proteccion de sus leyes, que reclamo de V. A. R., como del mas poderoso, del mas constante, del mas generoso de mis enemigos.» Llegó á la rada de Torbay, y despues á Fltmouth, donde el 30 de Julio se le notificó que se le habia señalado por residencia la Isla de Santa Elena. El Príncipe protestó, concluyendo con estas palabras que resonarán para siempre en la posteridad: «La fé británica se perderá en la hospitalidad del Belerofonte; apelo á la historia: ella dirá que un enemigo que durante veinte años hizo la guerra al pueblo inglés, en su infortunio, acudió libremente á buscar un asilo en sus leyes. ¿Cómo respondió la Inglaterra á semejante magnanimidad? Fingio tender una mano hospitalaria á aquel enemigo, y cuando se hubo entregado de buena fé, le inmolaron.»

El 6 de Agosto anclo el Belerofonte en la rada de Starpoint, donde apareció el navio Northumberland escoltado por dos fragatas que conducian la guarnicion de Santa Elena. Napoleon fue tratado en el Northumberland con la misma consideracion y respeto que en el Belerofonte, y á su bordo, acompañado de los Generales Bertrand, Montholon, del Ayudante de campo Gourgaud, y del Chambelan Las-Casses llegó á la Isla de Santa Elena, y allí permaneció seis años bajo la custodia de las tropas inglesas, sufriendo las vejaciones y contrariedades, que omitimos por demasiado conocidas, hasta que murió el 5 de Mayo de 1821, de un cáncer en el estómago.

Asi acabó Napoleon. Despues de haber tenido durante doce años en sus manos los destinos de Europa, que consideraba estrecha para moverse en ella, devorado de arrepentimientos, espira sobre una roca. Pero su alma se lanzó al porvenir con la esperanza, tan consoladora para el orgulloso hijo de la tierra, de llenar las páginas mas notables de la historia de su siglo, y de vivir por mucho tiempo en la memoria de los hombres. El limitado espacio de nuestro cuadro no

nos permite mas reflexiones sobre este hombre estraordinario; ademas fácil será á aquellos cuya curiosidad no satisfaga esta noticia, el encontrar mas detallados documentos. La vida del Emperador fue enteramente política y militar, y el que quisiera escribir su vida privada fuera del gabinete ó del campamento, se hallaria muy embarazado, pues el trabajo y la guerra ocupaban las nueve décimas partes de ella: por lo mismo hemos omitido mil anécdotas, que si pudieran haber hecho mas entretenida la lectura, no hubieran contribuido en nada á la grandiosidad del cuadro.

En 1840 resolvió el Gobierno francés la traslacion á París de los restos mortales del Emperador, y el 8 de Octubre fondeó en la rada de Santa Elena la fragata *La Belle-Poule* que iba á buscarlos; el 9 el Príncipe de Joinville con los oficiales que le acompañaban, pasó al sepulcro de Napoleon, en la noche del 14 al 15 principiaron los trabajos de la exhumacion, y concluida esta se encontró el cadáver del Emperador casi enteramente conservado. Por una coincidencia singular, el 15 de Octubre de 1815 Napoleon cautivo habia anclado en la rada de Santa Elena

para principiar su larga agonia, y el 15 de Octubre, 25 años despues, volvia á entrar en la rada para ser llevado en triunfo á su patria. El 18 zarpó la escuadra el ancla, y el 30 de Noviembre anclaba en la rada de Cherburgo. Desde alli fue transportado el féretro á París, con una pompa y magnificencia difíciles de describir, y el 15 fue trasladado á la iglesia del hospital de los Invalidos, donde debe erigirse un magnífico sepulcro, que recuerde á la Francia sus glorios, á la Europa los desastres del reinado de tan grande hombre, y á todos los poderosos de la tierra la instabilidad de las humanas grandezas.

Hemos concluido el rápido bosquejo de la vida del hombre estraordinario, cuya grandeza y magnitud, creciendo á la par que se aleje de las generaciones contemporáneas, aparecerá á las venideras bajo una forma difícil de comprender. Hemos reasumido en pocas páginas los grandes hechos que ocupan inmensos volúmenes; é indudablemente ha sido para nosotros mas difícil suprimir pormenores sin desfigurar el cuadro, que lo hubiera sido, siendo mas roducidas sus proporciones, el engalanarlo y amenizarlo.

D. JUAN MARTIN.

(El Empecinado.)

EL EMPECINADO.

Peleó por el Rey, por la Independencia y por la Constitucion, y murió en un afrentoso patíbulo.

La guerra gloriosa que sostuvo la España durante seis años por defender su independencia y librar su territorio de la alevosa invasion enemiga, puso en evidencia caracteres notables, y uno sin duda entre ellos, es el que vamos á bosquejar. Al leerse la historia moderna de España, ninguno habrá que deje de admirar los brillantes hechos de armas del Empecinado, su patriotismo, su valor, su natural travesura y talento militar y su recomendable desinterés. Los guerrilleros españoles, tipos conocidos desde la mas remota antigüedad, adquirieron en aquella época un renombre mayor, y entre ellos, entre los que mas

contribuyeron á la gloriosa lucha de la independencia del pueblo español, ninguno tal vez mas digno de ocupar la pluma del biógrafo que el personage, cuya vida vamos á trazar, asi por su valor y patriotismo, como por el desastroso fin de su existencia.

D. Juan Martin, nació el dia 2 de Setiembre de 1775 en la villa del Castrillo de Duero, partido de Valladolid. Sus padres Juan Martin y Luisa Diez, honrados labradores, le dedicaron desde su infancia al mismo ejercicio, en el que desarrollándose su naturaleza, adquirió una robustez y fuerza prodigiosa. Apenas entrado en la pubertad, ya dió muestras el jóven Martin con su particular aficion á las armas, de lo que habia de ser un dia. En los años de 1791 á 1792, se fugó de la casa paterna y sentó plaza de soldado, compromiso de que le libraron sus padres, bajo el pretesto de su menor edad, pero á despecho suyo. Poco tardó en ver satisfechos sus deseos; declaróse la guerra á la Francia y habiendo fallecido su padre, sentó plaza de soldado en el regimiento de caballería de España, por todo el tiempo que durase la guerra. Su estraordinario valor en las batallas, su buena conducta, y su

respeto á los gefes, le grangearon la estimacion de estos y de sus camaradas. Ajustada la paz tomó su licencia absoluta y se retiró á sus hogares, satisfecho de haber cumplido con su deber y pagado á su patria el debido tributo. Contrajo matrimonio con Doña Catalina de la Fuente, y se avecindó en la villa de Fuentecen, dos leguas distante de la en que nació, dedicándose nuevamente á las tareas del campo.

Pasan por Castrillo, lindando con las casas, pequeños arroyos, que forman un lodo negruzco al que los naturales dan el nombre de *pecina*; y de ahí proviene el que en los pueblos inmediatos den el apodo de *Empecinado* á todos los que desde esta villa pasan á avecindarse en las de la inmediacion: por eso adquirió D. Juan Martin el sobrenombre de *Empecinado*, cuando pasó á vivir desde Castrillo á Fuentecen.

En este último pueblo se hallaba, cuando las huestes de Napoleon invadieron nuestro suelo, y solo su respeto á las leyes pudo contenerle en los límites del órden y evitar que hostilizara desde luego á las tropas francesas. Cuando el Rey corriendo desatentadamente á Bayona pasó por Aranda de Duero, manifestó ya el Empecinado sus recelos

de la perfidia de que iba á ser víctima. Apenas hubo entrado Fernando VII en Francia, desplegando el Empecinado en fines de Abril de 1808 su bandera de guerra, salió á batirse con los franceses, y apostándose en la carretera de Francia á Madrid, cerca del lugar de Onrrubia, se dedicó con dos convecinos suyos á interceptar los correos franceses, apresando en efecto varios, y conservando intactas las balijas para en mejor ocasion entregarlas al Gobierno.

El dia 2 de Mayo rasgaron los franceses en Madrid el velo de su perfidia, y los clamores de las víctimas bárbaramente sacrificadas, hicieron temblar de lástima y furor á nuestro héroe, que conoció que era ya llegado el caso de obrar con toda libertad Para vengar á su patria, reunió brevemente algunos compañeros y formó una pequeña partida, con la cual principió á hostilizar de muerte á los enemigos. Aquel puñado de valientes (eran doce) mandados por el intrépido Martin, hicieron prodigios de valor en los meses de Mayo, Junio y parte de Julio, eligiendo para campo de sus proezas los términos de los pueblos de Fuentenebro, Gumiel de Izam, Onrrubia, Castrillejo, Caravias y otros inmediatos á Aranda.

En tan corto tiempo, sufrieron los franceses, cuyas columnas molestaba de continuo, la pérdida de mas de 800 hombres; y en un solo dia cayeron en su poder 10 sargentos y mas de 80 soldados enemigos. Durante aquel tiempo, y aumentada su partida con algunos hombres, á quienes ofreció sueldo diario y una parte en las presas, hizo sus correrías contra los franceses con grandes y buenos efectos para la causa de la independencia.

Animado D. Juan Martin con tan felices sucesos, se presentó ya en campaña abierta, sentando sus reales en la provincia de Madrid, donde el Rey intruso habia situado su corte, y en las limítrofes de Guadalajara, Segovia, Avila y Toledo; inundadas siempre estas provincias de tropas francesas, facilitaron á este hombre estraordinario y singular, ocasiones de lucir su valor, su prevision, y si se quiere su sagacidad y tino, no solo para tener á la Corte en la continua alarma de que fueron testigos sus habitantes, sino para dar giro y mantener la constante correspondencia en que estuvieron los ejércitos españoles y las partidas que pululaban por todos los ángulos de la península contra el enemigo comun, encar-

gándose de la comunicacion de pliegos, de la conduccion de prisioneros de los puntos mas distantes, y de otros servicios del mayor riesgo é interés.

Enlazados ya en el año de 1810 los hechos de armas del Empecinado con los de los demas defensores del honor y libertad de la patria, es imposible numerar el pormenor de mas de cien acciones y encuentros parciales que tuvo con los enemigos, y de los cuales salió siempre victorioso, aun en los pequeños reveses que le preparára la envidia algunas veces, y no pocas la intriga. Sentado en Madrid el cuartel general del Empecinado, segun confesion de los mismos franceses, asustados siempre al oir su nombre, solo referiremos algunos hechos notables de aquella época. Salas, Intendente por el gobierno francés de Guadalajara, dispuso que saliesen de aquella capital el 9 de Marzo de 1810 unos 300 franceses de ambas armas, para saquear á Sigüenza y su partido, en ódio y venganza del buen acogimiento que se hacia allí al Empecinado y á sus tropas, y del desprecio y valentía con que habia contestado á las invitaciones que le habia dirigido por escrito para que abandonase la causa de la patria. Observaba

el Empecinado la marcha de aquella columna enemiga, y en el término de dicha ciudad la cargó é impidió que consiguiera el objeto que se habia propuesto; pero reforzada hasta el número de 500 infantes y 250 caballos, se vió precisado á ceder el paso y á retirarse, para proporcionar medios de atacarla á su regreso; asi se verificó el 16, esperándola el Empecinado en las cuestas de Mirabueno con 180 caballos, 150 infantes y 100 escopeteros de la provincia que llegaron al tiempo de la accion, causándoles la pérdida de mas de la mitad de su fuerza, y obligándoles á dejar el botin.

No se ocupaba solo D. Juan Martin en perseguir á los invasores; atendia igualmente al sosten de la tranquilidad pública y destruccion de sus enemigos domésticos. El estado de conmocion en que el pais se hallaba, proporcionaba á los malos el medio de dar libertad á sus pasiones: el presbítero D. Bernardo Mayor, bien conocido por el capellan de Fuente Espina, se aprovechó de aquella coyuntura, y bajo el pretesto de partidario, reunió hasta 20 hombres montados que solo empleaba en afligir á los pueblos con toda clase de exacciones. Noticioso el Empecinado

de la mala conducta que observaba Mayor, é instado por muchos para que les libertase del azote que sufrian con aquella cuadrilla; y no pudiendo consentir que se agravase al labrador sino en lo mas preciso, pasó en busca de Mayor y alcanzándolo en Atienza, desarmó á toda su partida, y mandó al gefe de ella con la correspondiente sumaria á disposicion de la junta superior de Guadalajara.

Estos dos acontecimientos dieron al Empecinado tal nombradía para con los pueblos, el Gobierno, y hasta sus enemigos, que le proporcionaron la ocasion de organizar ya una division formal, con soldados dispersos que por necesidad, ó mas bien por aficion entraron á su servicio, con muchos voluntarios de los pueblos, y hasta con desertores del enemigo: creó un batallon que denominó tiradores de Sigüenza, y otro de jóvenes de la provincia de Guadalajara, al que dió el nombre de Voluntarios de la misma. Con estos dos valientes y disciplinados batallones, y aumentada su caballería hasta el número de 250 hombres, empezó el valiente castellano á obrar mas en grande, y á ser mirado por sus enemigos con las conside-

raciones y respetos que no habia merecido hasta entonces.

Ocupado el Gobierno del usurpador de un enemigo que cada dia se hacia mas temible, y que le molestaba de contínuo hasta en las puertas de la capital y dentro de la Corte, donde llegó á tener confidentes fidelísimos aun en el mismo palacio, no omitia medio para deshacerse de él, ya usando de las numerosas fuerzas de que podia disponer, y ya de sobornos é intrigas manejadas por malos españoles. Perdidos fueron cuantos manejos empleó el Intendente Salas en el espacio de cerca de un año, y mas perdidos aun cuando invocó en su auxilio la cooperacion del Gobernador de Madrid, Belliard, y del tan astuto como valiente y activo General Hugo: es notable y digna de la posteridad, la correspondencia por escrito que durante el año 1810 medió entre el Rey intruso, Salas, Hugo y Belliard, y el incorruptible partidario: nos dilatariamos demasiado si quisiéramos consignar en este escrito el contenido de ella; pero no podemos prescindir de dar una ligera idea de su terminacion, como muestra del acendrado patriotismo del personage que nos ocupa. El General Hugo, decia al Em-

pecinado desde la villa de Humanes, donde se hallaba á la cabeza de mas de 10,000 hombres, lo siguiente:

«V. S. debe creer que tengo de V. S. una opinion bastante buena, para creer que pueda dar asentimiento á las mentiras que se cuentan; especialmente sobre la derrota del Mariscal Massena. Estas cosas pueden hacerse creer á los hombres sin talento y no á los sensatos. Las cosas políticas deben tener término dentro de muy poco tiempo; y algunos hombres que sirven contra nosotros, conocerán que han resistido en valde demasiado tiempo. Los españoles de todas las opiniones, convienen en que no se podrán encontrar mas grandes cualidades que las que adornan al Rey José I. ¿Por qué han de ser en adelante cubiertos de sangre las campos de España? ¿Por qué se han de matar los españoles por españoles? ¿Por qué ha de escitarse la destruccion de los pueblos, y la generacion presente para lograr un Rey, cuando tenemos el mejor en el trono de Madrid? Muchos males pueden evitarse aun, y particularmente en esta parte todo puede acabarse. ¿Qué dificultad puede haber en que V. S. sirviese á la España bajo

el reinado de José I? ¿Y los valientes oficiales y soldados que V. S. tiene á su lado, así de infantería como de caballería, no podian entrar á su servicio y recibir una organizacion verdaderamente militar? Si V. S. quiere conocer mis proposiciones, no solamente relativas á V. S., sino á todos los oficiales y soldados, puede enviarme una persona de confianza para conocerlas. Y si quiere comprender en ellas á la junta de la Huerta-Hernando, puede tambien hacerlo. Espero una contestacion pronta, y le aseguro de mi perfecta consideracion. — El Mariscal de Campo, J. L. de Hugo. — Humanes y Diciembre 7 de 1810.»

El incorruptible y valiente castellano, que apenas podia disponer de 3,000 hombres escasos, le contestó en estos términos:

«Aprecio como debo la opinion que habeis formado de mí: yo la tengo muy mala de vos; pero sin embargo, si arrepentido de vuestras atrocidades y cansado de ser esclavo, quisieseis encontrar vuestra libertad sirviendo en una nacion valiente y generosa, el Empecinado os ofrece que encontrareis proteccion. Que Massena se ha rendido con su ejército el 4 de Noviembre, parece

que no admite duda; pero sea enhorabuena falso, lo cierto es que sino ha perecido perecerá, porque su madre, la fortuna, hace dias que le mira rostituerta. No dudo que las cosas politicas tendrán término dentro de poco tiempo, pues parece que todas las naciones se conjuran contra la Francia; mas sin eso la España ha tenido siempre, y principalmente en el dia, sobradas fuerzas, energía y constancia, para humillar las legiones de vuestro Rey. Estas cualidades que suponeis en José I, Rey de Madrid, solo pueden serlo en el concepto de hombres venales y corrompidos. Si tan bueno es ¿cómo comete y consiente que se cometan tantas iniquidades? Nunca podrá ser bueno un usurpador, pérfido y alevoso. Los españoles que toman partido por el hermano de Napoleon deben ser muy pocos, y aun que muchos, siempre serán despreciables. La parte sana de la nacion, que es la mayor y en donde está la fuerza, aborrece y detesta el nombre francés. Me admiran ciertamente los sentimientos de humanidad que me manifestais; publíquenlos Cifuentes, Trillo, Duron, Ita, Lugares del Valle y otros, y todos los pueblos que han tenido la desgracia de que los hayais pisado vos y vuestros soldados:

yo que he visto vuestras obras ¿cómo he de creer vuestras palabras? En vano os fatigais si pretendeis persuadirme, y á mis subalternos y soldados, que desistamos de nuestro honroso empeño. Tened entendido, que si solo quedara un soldado mio, aun no se habia concluido la guerra, porque todos ellos á imitacion de su gefe han jurado guerra eterna á Napoleon y á sus viles esclavos que le siguen. Si quereis podeis decir á vuestro Rey, á todos vuestros hermanos, que el Empecinado y sus tropas, morirán en defensa de su patria, porque jamás pueden unirse á unos hombres envilecidos, sin honor, sin fé y sin religion de ninguna clase. Me hareis el favor de evitar toda correspondencia, y os aseguro con este motivo la mas perfecta consideracion. — J. M., el Empecinado. — Cogolludo y Diciembre 8 de 1810.»

Asi terminó aquella correspondencia, y el estilo descompuesto de la última comunicacion del Empecinado, nada estraño si se atiende á la exaltacion y ódio que reinaba entonces en todos los españoles contra los que tan alevosamente habian invadido su pais, ódio que el tiempo y las vicisitudes políticas sobrevenidas despues, han borrado enteramente, dió lugar á que se desataran

contra él todas las furias militares y políticas: enviáronse en su persecucion numerosas columnas; la policía redobló la mas activa é increible vigilancia contra los que sospechaba sus confidentes, y en la Corte no se hablaba ni trataba de otra cosa que del Empecinado, de sus partidarios y de su total esterminio.

Destruida por el valiente D. Juan Martin, una gruesa columna de franceses que devastaba la provincia de Soria, en el Retortillo, los moradores de aquella tierra reconocidos á tal beneficio, le mandaron á Atienza una comision dándole las gracias, presentándole con liberalidad mil regalos, y ofreciéndole cuantos auxilios necesitase para la tropa; pero no menos liberal que valiente al manifestar su agradecimiento, les contestó: « En cuanto á las gracias he hecho lo que he debido: peleo por la libertad de la patria y esta se compone de todas las provincias: los regalos los admito y se repartirán por VV. mismos á mis tropas; y en cuanto á auxilios, por ahora, gracias á Dios, no necesito mas que los víveres que á los pueblos correspondan por repartimiento que ellos mismos hagan. » Sabedora la Regencia del reino, de la accion de Retortillo,

y de las muchas anteriores, espidió al Empecinado el real despacho de Brigadier de caballería de los ejércitos nacionales, atendiendo á sus servicios y modestia en no haber solicitado premio alguno. Lejos de engreirse con esta nueva dignidad, en nada alteró su conducta fraternal con el soldado; pero le proporcionó prestigio y confianza en los pueblos para aumentar su division hasta 650 caballos y 2,000 infantes, con la cual desesperó al General Hugo y á sus tropas, llegando á tener empleados inútilmente en su persecucion, hasta 14 ó 15,000 hombres de todas armas.

Autorizado por real órden de 12 de Marzo de 1811, para aumentar su division hasta el número de 10,000 hombres, quedaron estos organizados en Mayo, y fue aquella declarada la quinta division del segundo ejército. Con esta nueva consideracion, al paso que escitaba mas la cólera de sus enemigos, se distinguia tambien mas por sus operaciones y actividad, siendo siempre el socorro de las necesidades militares que ocurrian en las provincias de Soria, Guadalajara, Madrid y Aragon. Yendo á auxiliar al general Duran que bloqueaba á la ciudad de Calatayud, ba-

tió y destrozó en el camino á una columna de 1,500 franceses que iba á reforzar la guarnicion, la cual se apresuró á abandonar la ciudad que ocuparon nuestras tropas.

Muchísimas fueron las acciones gloriosas para las armas españolas que sostuvo el infatigable Don Juan Martin, hasta que indicada la retirada del Rey José á Valencia, en 1812, sitió á Guadalajara con su division, y dirigiéndose á Madrid con dos escuadrones, entró el 10 de Agosto, acuchillando con solo 40 caballos hasta la misma Puerta del Sol, á una partida de doble fuerza de la misma arma, causándole bastante pérdida de muertos, heridos y prisioneros. Acudió en seguida con los dos escuadrones al ataque que la vanguardia del ejército inglés sostuvo en las Rosas; y presentándose al generalísimo Duque de Ciudad-Rodrigo, entre los muchos obsequios que le hizo, le dispensó el de que le acompañara en su entrada en Madrid el dia 12. No hay espresiones con que pintar el júbilo de los habitantes de la capital, al ver entre ellos á tan nombrado guerrero; victoreábanle sin cesar de dia y de noche, cantaban canciones patrióticas en su loor; pero él lejos de adormecerse con aquellas mues-

mas del público afecto, se presentó el 14 á su General y le dijo. «Excmo. Sr.: si V. E. me lo permite, tengo que hacer: he dejado puesto sitio con mi division á Guadalajara, y ya seré allí necesario.» En efecto, el 15 se entregó prisionera la guarnicion, y el 16 entró triunfante en aquella ciudad, que por tres años habia sido el punto céntrico de todas las operaciones militares y tramas dirigidas contra él. Continuó el Empecinado dando dias de gloria á la patria, y una constante y no interrumpida série de acciones, hasta que los avisos de sus confidentes de Madrid y los movimientos del enemigo manifestaron su próxima retirada de la Corte; y preparándose á tan notable acontecimiento, el 21 de Mayo de 1813, ocupó la ciudad de Alcalá. Noticiosos los franceses de la proximidad de un enemigo tan formidable en aquellas críticas circunstancias, trataron de alejarle á toda costa, y al efecto destacaron contra él y contra la ciudad 2,000 infantes, 300 caballos, y 2 piezas de grueso calibre: minutos antes de que llegasen, tuvo el Empecinado aviso de su marcha; con su acostumbrada serenidad hizo desfilar sus tropas para tomar posicion sobre el puente, al mismo tiempo

que entraban los franceses batiendo marcha: al amanecer del 22, se rompió el fuego por ambas líneas; en vano intentaron los franceses pasar el Henares; la infantería sufrió durante tres horas el fuego del cañon, y á pesar de ser duplicadas las fuerzas enemigas, defendió el puente y vados con inimitable valor, hasta que arrojándose por último á la bayoneta obligó al enemigo á retirarse precipitadamente hasta S. Fernando.

La ciudad de Alcalá en agradecimiento al ilustre caudillo y á sus bizarras tropas, y deseando perpetuar tan glorioso suceso, acordó que se erigiese una pirámide en el sitio de la batalla, con la siguiente inscripcion. «*D. O. M. La ciudad de Alcalá de Henares, dedica este monumento á la memoria de las valientes tropas de S. M. el Sr. D. Fernando VII, mandadas por D. Juan Martin, el Empecinado, Mariscal de Campo de los reales ejércitos, en reconocimiento de haber salvado á sus moradores del saqueo y de la muerte, arrollando y venciendo á los franceses la mañana del 22 de Mayo de 1813, que en doble número atacaron por este puente.* (*)

(*) Gaceta de Madrid de 16 de Abril de 1816.

Libre la capital de la monarquía de las tropas invasoras, y publicada y planteada la Constitucion promulgada en Cádiz el año de 1812, hallábase acantonada la division del Empecinado en las ventas del Espíritu Santo, y fue invitado por las autoridades y el pueblo á entrar con ella á guarnecer la carrera de la procesion del Corpus. Desde sus acantonamientos hasta su alojamientos, fue acompañado y aclamado sin cesar por un inmenso gentio; y el Ayuntamiento, entre otros obsequios, le regaló una magnífica montura y otras prendas militares de mucho gusto y valor. Incorporado despues con su division al segundo ejército á que pertenecia, continuó distinguiendose en nuevas y repetidas acciones, hasta que terminó la guerra de la independencia.

Restablecido Fernando VII en su trono, y destruida con el decreto de 4 de Mayo de 1814 la Constitucion del Estado, olvidando los inmensos sacrificios que por su libertad y por conservarle el trono habia hecho la nacion magnánima, cuyas ruinas acababa de pisar á su paso hasta Valencia, la sumió en todos los horrores de una espantosa reaccion, y restableció un Gobierno absoluto, incompatible ya con las ideas del siglo,

y con los principios que habian propagado en el pueblo español sus mismos invasores. Una de las consecuencias de aquel deplorable trastorno fue la disolucion de la quinta division del segundo ejército, de la cual solo quedó el regimiento de caballería de voluntarios de Guadalajara, del que era Coronel el Empecinado. Disuelta la division se presentó este al Rey, quien le recibió con marcada indiferencia. Concurrió en la Córte á algunos besamanos hasta que se presentó al Rey, no se sabe si conducido por las ideas de libertad con que se habia connaturalizado, ó sugerido de algunos amigos apasionados á ella, con la noble osadía de poner en sus reales manos, en aquellos dias de furor contra los liberales, una representacion pidiéndole el restablecimiento de la Constitucion, como el solo origen de la felicidad de los pueblos, y como el mejor título de gloria que pudiese alcanzar en su reinado. Este rasgo de patriótico arrojo del Empecinado atrajo contra él el desagrado del Rey, y sin embargo no le causó otra desgracia que la de ser confinado de cuartel á Valladolid, donde quedó oscurecido en un estrecho alojamiento, un español cuyo nombre habia llenado de gloria y estraordinario

aprecio por espacio de seis años á toda la Península.

Allí permaneció hasta que restablecida la Constitucion en 1820, fue nombrado segundo Cabo de aquella provincia. En Enero de 1821, se le confirió el gobierno de Zamora, y con retencion de este destino se le comisionó en Abril siguiente en la persecucion del rebelde Cura Merino, cuya faccion batió y destruyó por tres veces que tuvo la suerte de alcanzarla. En 9 de Julio de 1822, á consecuencia de los acontecimientos de los dias anteriores, corrió á Madrid á ofrecer sus servicios, y á los pocos dias se le encargó el mando de una columna, destinada á la persecucion de una partida de facciosos que apareció en tierra de Sigüenza, y á la cual destruyó en un solo encuentro. Habiendo regresado á Madrid, y aproximándose á la capital la faccion de Besieres, se le encargó el mando de la caballería destinada á su persecucion, y con ella consiguió enmendar entre Guadalajara y Brihuega la derrota sufrida por el general Odali, recuperando la artillería perdida. En Abril de 1823, fue destinado á la persecucion de las facciones de Castilla, dirigidas por Merino, Cuevillas y otros, y que servian como de van-

guardia al ejército francés; tuvo con ellas repetidas acciones, en circunstancias muy extraordinarias, hasta que el General Plasencia que mandaba en Estremadura le dió la órden de pasar á Cáceres para reponer las autoridades constitucionales, depuestas por el populacho sublevado. Desempeñó aquella comision con valor y prudencia reponiendo las autoridades, dictando las providencias mas oportunas para asegurar la tranquilidad pública, y retirándose despues de órden del General á la villa de S. Vicente de Alcantara. Allí recibió la capitulacion hecha por dicho General con el de los facciosos Laguna, en la cual se le habia comprendido á él y á su tropa.

Habilitado con el correspondiente pasaporte en toda regla, retirábase al pueblo de su naturaleza, Castrillo de Duero, cuando fue sorprendido por una partida de foragidos que se titulaban realistas de la villa de Roa, á cuyo punto le llevaron preso, atormentado de los insultos, algazara y atropellamientos de los mismos, á quienes en la guerra de la independencia habia librado mil veces del saqueo, de la muerte, y del esterminio de sus hogares y familias. Mandósele formar causa y estuvo encargado de ella el corregidor, menospreciando

escandalosamente la cualidad, categoría y fuero militar de que disfrutaba. Era el corregidor Don Domingo Fuentenebro, que habiendo sido preso en la guerra de la independencia como afrancesado, y puesto á disposicion del Empecinado para fusilarle, no se verificó sin embargo por un efecto de humanidad á que tan mal correspondió despues. Del proceso instruido por aquel juez para sentenciarle indefenso á la pena de horca, nos dá una idea la representacion que dirigió al Rey su esposa Doña Lucía Diez, el 26 de Junio de 1825, de la cual estractamos lo siguiente:

«El Corregidor le ha formado la causa valiéndose de testigos falsos y ganados, segun notoriedad, con un escribano ignorante, sanguinario y brutal, su encarnizado enemigo, confabulado con el mismo juez y testigos informantes tambien confabulados, de lo que resultan en vez de hechos verdaderos, calumnias atroces, hechos exagerados, falsos y fingidos... Tiene sin comunicacion al Empecinado, sin alimentos, sin auxilios de su familia y amigos, y privado de hablar al que hizo nombrar su defensor, hombre sin instruccion alguna, para hacer creer al vulgo ignorante con este ardid que el Empecinado

se defendia, estando en verdad absolutamente indefenso... El Corregidor hizo pasar al Empecinado el dia de su encarcelamiento por debajo de la horca, en señal de que se la preparaba; le tuvo cuatro dias sin alimento, hasta que un honrado eclesiástico le permitió le socorriese estando ya moribundo... En su prision le echan perros y gatos muertos y otras inmundicias, y hasta pellejos encendidos con grasa con el objeto de ahogarlo con su pestífero humo.... Le han hecho fuego siete veces salvándose como por milagro, y le han sacado á la vergüenza pública otras muchas, apaleándole, conducido como en triunfo de la venganza entre un infatuado populacho, frenético, seducido y atizado por aquellos mismos que debian impedirlo.»

Reclamaba su esposa la piedad y el honor de la Magestad, la vindicta pública, las leyes, los sentimientos y preceptos de la Religion, los derechos de la humanidad y de la justicia, y suplicaba á S. M. que tomando en su real consideracion la pública y solemne capitulacion bajo cuyo sagrado creia á su esposo al abrigo de las leyes, cuando no tuviese á bien dispensarle sus efectos y consecuencias, se dignára mandar

se le proveyese de pasaporte para salir de los dominios de España. A consecuencia de esta súplica, y de otros pasos dados por varios amigos del desgraciado General en las legaciones inglesa y francesa, y con el General Burmond, se comunicó órden al Capitan General de Valladolid para que estragese de Roa al infeliz Empecinado; pero el oficial que pasó allí al efecto con la correspondiente fuerza, se dejó sorprender por una real contraorden desconocida, verdadera ó fingida, que le manifestó el Corregidor, rodeado de un pueblo que él mismo habia amotinado, y tuvo la debilidad de retirarse á Valladolid con copia de aquella contraorden, y con escándalo de todos los amantes de la justicia, y asombro é indignacion de los militares instruidos en las ordenanzas.

Finalmente, sentenciado el Empecinado á la pena ordinaria de horca, sufrió tan injusto como atroz castigo en la villa de Roa, de un modo y con unas circunstancias que no queremos describir, para evitar la publicacion de un borron indeleble en la civilizacion del siglo actual. Solo los que como nosotros han tenido la desgracia de presenciar las repetidas reacciones que se han

verificado en nuestra patria, podrán comprender los actos atroces á que dá lugar el funesto espíritu de partido. Solo asi pueden esplicarse actos tan feroces, y que en otras circunstancias serian un padron de infamia para el pueblo que los cometiera y la nacion que los consintiese.

Ya que hemos concluido con la narracion de los hechos y hazañas del Empecinado y con la sensible descripcion de su triste fin, no consideramos fuera de propósito consignar aqui algunos de los rasgos que distinguian al hombre que llegó á adquirir, durante la guerra de la independencia, una fama europea, y cuyo nombre ha servido para caracterizar en cierto modo en el estrangero á todos los partidarios y gefes de guerrilla, que tanto en la guerra de la independencia como durante nuestras disensiones civiles se han levantado.

Era el Empecinado el primero á entrar en los combates, entusiasmando con su ejemplo á sus soldados, y á pesar de arrojarse donde conocia que era mas necesaria su presencia y donde estaba el mayor peligro, en medio de tantas acciones y reñidos combates solo recibió tres heridas de gravedad, una en un brazo, otra en el

pecho y otra en la cabeza, y cinco de menor consideracion; tuvo sí muchas contusiones causadas principalmente por caidas del caballo, á pesar de manejarlo con destreza, preciándose de buen ginete.

Era de regular estatura, robusto, lleno de cara, de rostro moreno, y bien compartido, y de negra y poblada barba: tenia los ojos vivos y centelleantes, era ancho de pecho y espalda, y de nervudos brazos. Duro para las fatigas, dormia poco; era muy frugal en las comidas, pero nimio en su aseo y curiosidad; cuidaba poco de la delicadeza y lujo en el vestir, y su alma no era insensible á la belleza: un tanto tardio en sus resoluciones, pero las ejecutaba con tanta rapidez como constancia despues de adoptadas: amigo de sus amigos, no conocia mas enemigos que á los franceses y á los que lo eran de su patria. No tuvo hijos legítimos, pero se asegura haber dejado reconocidos dos naturales: tuvo dos hermanos, compañeros de armas suyos en casi todas sus empresas, y de los cuales el uno perdió tambien la vida en defensa de la libertad.

El sobrenombre de Empecinado, que como llevamos dicho se dió á D. Juan Martin, fue

elevado despues en virtud de una real resolucion á apellido de su familia. Apellido que figurará con distincion en los anales de la gloriosa lucha que sostuvo el pueblo español por defender su independencia.

Ultimamente acaba de abrirse una suscricion para erigir un monumento en memoria del Empecinado, en la villa de Roa, donde tuvo el triste fin que hemos referido.

Despues de lo que llevamos espuesto acerca del personage que comprende esta biografía, oigamos lo que acerca del mismo ha dicho un historiador español célebre, que como otro Tácito tan bien ha pintado la gloriosa época de la guerra de la independencia (1). Hablando de los guerrilleros españoles y de sus partidas dice así:

« Distinguióse desde los principios la de Don Juan Martin Diez, que llamaron el *Empecinado*, apodo que dan los comarcanos á los vecinos de Castrillo de Duero de donde era natural. Soldado licenciado despues de la guerra de Francia de 1793, pasaba honradamente la vida dedicado á la la-

(1) El Conde de Toreno. *Historia del levantamiento guerra y revolucion de España*, t. II, p. 348.

branza en la villa de Fuentecen. Mal enojado como todos los españoles con los acontecimientos de Abril y Mayo de 1808, dejó la esteva y empuñó la espada, hallándose ya en las acciones de Cabezon y Rioseco. Persiguiéronle despues envidias y enemistades, y le prendieron en el Burgo de Osma, de donde se escapó al entrar los franceses. Luego que se vió libre reunió gente, ayudado de tres hermanos suyos; y empezando en Diciembre á molestar al enemigo, recorrió en Enero y Febrero con fruto los partidos de Aranda, Segovia, tierra de Sepúlveda y Pedraza. Aunque acosado en seguida por los enemigos, internándose en Santa María de Nieva, recojió en sus cercanías muchos caballos y hombres. Con tales hechos se estendió la fama de su nombre, mas tambien el perseguimiento de los franceses, que enviaron en su alcanze fuerzas considerables, y prendieron como en rehenes á su madre. Casi rodeado, salvose en la primavera con su partida, y sin abandonar ninguno de los prisioneros que habia hecho, yendo por las sierras de Avila, se guareció en Ciudad Rodrigo, etc.»

Y mas adelante: (*)

(*) Tomo III página 131.

«D. Juan Martin, el Empecinado, guerreaba allende la cordillera carpetana, mas buscado en Setiembre por la Junta de Guadalajara, acudió gustoso al llamamiento. Comenzó aquel caudillo á recorrer la provincia, y no dejando á los franceses un momento de respiro, tuvo ya en los meses de Setiembre y Octubre choques bastante empeñados en Cogolludo, Alvarés y Fuente la Higuera. Los franceses para vencerle recurrieron á ardides. Tal fue el que pusieron en planta en 12 de Noviembre, aparentando retirarse de la ciudad de Guadalajara, para luego volver sobre ella. Pero el Empecinado, despues de haberse provisto de porcion de paños de aquellas fábricas, rompió por medio de la hueste que le tenia rodeado, y se salvó. Pagó en seguida á los franceses el susto que entonces le dieron, principalmente sorprendiendo el 24 de Diciembre en Mazarrulleque á un grueso trozo de contrarios.»

Asi habla el ilustre historiador del personaje cuya vida hemos bosquejado. El esclarecido Conde no tuvo que escribir con su elevado estilo, mas que las glorias y hechos de armas del caudillo; ¡nosotro hemos tenido que referir sus persecuciones y su desastroso fin!

Biblioteca Universitaria
Oviedo

EL GENERAL MORILLO.

Personages célebres del Siglo XIX.

D. PABLO MORILLO,

CONDE DE CARTAGENA.

«Nam genus et proavos et quæ non fecimus ipsi, vix ea nostra puto.»

OVID. METAMORPH.

«Qui sert bien son pays n' á pas besoin d' aieux.»

VOLTAIRE -- MEROPE.

El guerrero ilustre cuya vida pública vamos á compendiar, no existe ya sino por la memoria de sus hazañas y el grato recuerdo de sus contemporáneos. Referiremos los hechos consignados en documentos oficiales, sin alterar su verdad, y sin que sirva de guia á nuestra pluma afeccion de ninguna especie. El Sr. Conde de Toreno hizo ya

larga y honrosa conmemoracion del valor y pericia de este General, en su inapreciable *Historia del levantamiento, guerra y revolucion de España*: nosotros nos proponemos acopiar aqui algunos materiales para la de los acontecimientos ulteriores, y en especial para la de la emancipacion de nuestras colonias del Nuevo Mundo, en la cual ocupará siempre el mas alto lugar el conquistador de Cartagena, cuyas campañas en el Vireynato de Santa Fé, no solo son superiores á todo encarecimiento, sino que pasarán tal vez por fabulosas algun dia.

Los estrechos límites en que debemos encerrarnos no nos permitiran detallarlas menuda y estensamente, ni hacer sobre ellas las muchas y graves reflexiones á que dan márgen, y que haran seguramente mucho mejor que nosotros todos los lectores, que al conocimiento de aquel dilatado pais, reunan el de los principios generales del arte de la guerra.

Nació D. Pablo Morillo en 5 de Mayo de 1778, en el lugar de Fuentes Secas, jurisdiccion de Toro, y á tres leguas de distancia de esta ciudad, siendo sus padres D. Lorenzo y Doña María Morillo. No contaba aun trece años, cuando sa-

Quin

liendo una noche de música con otros mozos y jóvenes del pueblo, vieron que se dirigia hácia ellos un grupo de gentes; y creyendo que se acercaban para impedirles la diversion ó causarles algun daño, les hicieron frente, disparándoles algunas piedras; mas como del grupo que se iba aproximando, saliese una voz, que dijo: *La justicia*, huyeron aturdidos. El temor del castigo por un hecho que pudiera atribuirse á insulto y resistencia á la autoridad, y el deseo de evitar la justa cólera de sus padres, obligaron al jóven Morillo á huir á Toro, y á sentar plaza en 19 de Marzo de 1791 en una bandera del real cuerpo de Marina que allí habia.

Destinado al Departamento del Ferrol, empezó pronto á dar muestras de su valor y á pagar con su sangre el aprendizage de las armas, pues apenas habia cumplido 15 años, cuando se halló en Mayo de 93 en el desembarco en la Isla de S. Pedro, en Cerdaña, y despues en la toma de Tolon, donde concurrió á siete acciones hasta el acto de su abandono, en el cual salió herido.

Pasando luego á Cataluña, se halló en el desembarco de Lauzada, en la accion del 13 de Agosto de 94, en las alturas de Cullera, y en el

sitio del castillo de la Trinidad en Rosas, durante el cual hizo dos salidas en guerrilla, y se embarcó en una lancha sufriendo varios dias el fuego de los enemigos. Posteriormente fue hecho prisionero á bordo del navio S. Isidro en el combate naval de 14 de Febrero de 97; estuvo en el bombardeo de Cádiz por los ingleses, y asistió á las acciones del 5 y 7 del mismo año.

Estos méritos y servicios, en el ejército de tierra hubieran allanado á Morillo el camino á las clases superiores de la milicia, abierto siempre á las virtudes militares y al talento; pero en la Marina no pudieron tener mas recompensa que la del ascenso á Sargento segundo, que obtuvo en 1.º de Octubre de 97. Siendo aquel cuerpo científico, escluia de la clase de oficiales á los que no hubiesen entrado á servir de Guardias-Marinas, y hecho sus estudios en los colejios de los departamentos.

Sin salir de la clase de Sargento, concurrió á la accion de 21 de Octubre de 1805, sobre el cabo de Trafalgar, á bordo del navio S. Ildefonso, donde fue herido y prisionero; y se halló despues en el flotante Argonauta, en la rendicion de la escuadra francesa en Cádiz.

Diez y siete años permaneció en este estado de nulidad, oscurecido en las clases inferiores de la milicia, el hombre llamado por sus prendas y cualidades á dar muchos dias de esplendor á su patria. ¡Tan cierto es que los talentos necesitan la reunion de varias y determinadas circunstancias para desarrollarse, cual las semillas de los vegetales para desenvolver el gérmen del fruto que en su seno encierran!

La gloriosa guerra de la independencia que encendió en España la alevosa invasion de Nápoleon en 1808, presentó á todos los españoles la ocasion favorable de acreditar su patriotismo, y un teatro apropósito para desplegar sus virtudes. No fue seguramente Morillo de los mas perezosos en acudir al llamamiento de la patria; promovido ya en 2 de Junio á Subteniente del regimiento de infantería, voluntarios de Llerena, que se creaba entonces, concurrió en 19 de Julio inmediato á la memorable batalla y gloriosa victoria de Bailen, que tanto contribuyeron á los grandes y señalados acontecimientos, que tuvieron sucesivamente lugar en Europa.

Pasando Morillo poco tiempo despues á Estremadura, se halló en el sitio y rendicion de

la plaza de Yelves; pasó desde allí al pueblo de Almaráz, donde con 200 hombres batió en 18 de Diciembre á 150 caballos enemigos; y atacado por ellos al dia siguiente, se retiró hasta el puente de el mismo nombre, se hizo fuerte en él, y consiguió rechazarlos. Destinado con la misma fuerza al puente del Conde, y acometido el dia 22 por tropas superiores, las repelió por tres veces, causándoles mucha pérdida. El premio de estos servicios, fue el ascenso inmediato á Teniente en 20 de Diciembre; y habiendo reunido á 25 paisanos, la mayor parte sin armas, en 4 de Enero de 1809, acometió en las inmediaciones de la Calzada de Oropesa á 37 infantes enemigos, matándoles cinco y haciéndoles veinte y nueve prisioneros.

No podian estar ocultas por mucho tiempo las grandes disposiciones y cualides militares de Morillo, y mucho menos á la penetracion del vencedor de Bailen, cuya vista perspicaz nunca perdonaba la menor ocasion de sacar partido, no solo de las disposiciones y talentos, sino hasta de las flaquezas de que ningun hombre se halla exento. Asi fue que habiéndole escrito el Sr. Saavedra, Ministro á la sazon, que la Junta

Central necesitaba una persona á propósito para enviarla á Galicia á propagar la alarma, le designó á Morillo, quien al efecto, promovido a Capitan del regimiento de voluntarios de España en 22 de Enero, y nombrado en 18 de Febrero para llenar aquella mision, pasó á Galicia inmediatamente; y con varios patriotas que allí se le reunieron, consiguió la rendicion de la plaza de Vigo en 17 de Marzo.

Procedió luego á formar un regimiento de infantería con el nombre de la Union, cuyo mando se le confirió en 27 de Abril, despues de haber sufrido el 13 del mismo, con solos 300 hombres para fuego, ochocientos armados de chuzos, y cuatro piezas de artillería, el ataque que le dieron en el puente de S. Payo los enemigos en número de tres mil infantes y seiscientos caballos, á quienes causó la pérdida de quinientos hombres, obligándoles á retirarse; y persiguiéndolos dos dias despues desde Pontevedra al Padron, les mató cuatrocientos hombres y se apoderó del puente de Zesures que defendian con dos piezas de artillería.

Aleccionados los enemigos con aquellos descalabros, se hicieron mas cautos, y reunieron tan

considerable número de fuerzas, que atacando á Morillo en la Salud lograron dispersarle, rehaciéndose sin embargo sus tropas en los baños de Cuntis, donde fue nuevamente atacado y perseguido en su retirada al puente de S. Payo, que ejecutó con el mayor órden. Conociendo Morillo la importancia de aquel punto, fue su primer cuidado ponerle en estado de defensa; al efecto sacó la artillería que los enemigos habian arrojado al agua cuando rompieron por aquella parte, levantó varios atrincheramientos, y por último cortó dos ojos del puente en su primer tercio, y otro á la entrada. Los acontecimientos ulteriores de la guerra justificaron el acierto de aquellas medidas, pues contribuyeron en gran manera á las acciones que allí sostuvo el Conde de Noroña en 7 y 8 de Junio (*), en las que Morillo mandó una columna.

Antes de esta victoria había concurrido ya en 23 de Mayo á la toma de Santiago, siendo el primer gefe que entró en aquella ciudad arrollando á los enemigos en las siete posiciones

(*) Toreno, *historia del levantamiento guerra y revolucion de España*. T. 2 pág. 385.

que tomaron en sus calles, y persiguiéndolos legua y media por el camino de la Coruña. Por último, terminó Morillo la campaña de este año pasando á Castilla á tomar parte en la accion de Tamames de 18 de Octubre, y en las que se dieron en 23 y 28 de Noviembre en Medina del Campo y Alva de Tormes.

Destinado al ejército de la izquierda en la siguiente campaña de 810, mandó una division volante en la sorpresa de Miajadas en 29 de Marzo, concurriendo con ella despues á las acciones del castillo de Feria de 19 y 27 de Mayo y 6 de Junio, y en la que se dió el 28 en Burguillos. El 5 del siguiente Julio fue atacado en Jerez de los Caballeros; despues de pelear durante todo el dia con estraordinario denuedo hubo de retirarse á Salvatierra. En vano cargaron sobre él mas de 6,000 hombres, pues con los 1,200 que mandaba, los rechazó constantemente, causándoles la asombrosa pérdida de 1,500, segun confesion de los mismos contrarios. Esta accion y la sorpresa de Fuente-Ovejuna, que mandó Morillo en 7 de Setiembre, y de la cual salió otra vez herido, forman las mas señaladas á que concurrió en aquel año.

Sitiado Badajoz á principios del de 1811, mandó Morillo una brigada en la salida que se hizo de la plaza para tomar las baterías de S. Miguel en 7 de Febrero, y en las acciones que tuvo dos dias despues en Evora la division á que pertenecia.

Atacada esta el 19 en los campos de Santa Engracia, dispersada casi en su totalidad y hecha la mayor parte prisionera; trató Morillo de restablecer el orden con su regimiento de la Union, formándole en columna y retirándose á las alturas inmediatas de S. Cristóbal, donde se hizo fuerte. Vinieron sobre él los enemigos con tan crecidas fuerzas, que hubo de formar el cuadro y emprender asi su retirada á Yelves. Tres veces le cargaron los enemigos con la mejor caballería que tenian, y recibidos otras tres con serenidad y denuedo, fueron rechazados en todas con gran pérdida.

Por mas que los gobiernos, asi como los pueblos, solo aprecien en lo general los hechos militares por su próspero ó adverso resultado, el que entonces regia la nacion mostró bastante grandeza de alma, para apartar por un momento la vista del desastre que acababan de esperi-

mentar nuestras tropas, y fijarla en el arrojo y bizarría con que el regimiento de la Union habia logrado sostener el honor de las armas. Concedióle llevar al lado izquierdo del pecho un escudo bordado de plata, en campo verde, en que se señalaban las cargas de la caballeria, y se figuraba el cuadro de infantería que la rechazaba, y en cuya orla se leian estas palabras: *Premio á la Union en* 19 *de Febrero de* 1811. Morillo obtuvo igualmente en 14 de Marzo la confirmacion del grado de Brigadier que le habia sido conferido sobre el campo de batalla.

Pasando despues á mandar una division en el 4.º ejército, destrozó con ella en la sorpresa de Belalcázar, en la noche del 6 al 7 de Junio la columna móvil del coronel Normand; y no fue menos feliz en la de Esparragosa del Lareo en 1.º de Junio.

A pocos dias hubo de emprender su retirada de Despeñaperros á D. Benito y Cáceres; en Villanueva del Duque batió el 16 de Julio una columna enemiga, y tuvo otras varias acciones hasta que el 28 del mismo en la de Arroyo-Molinos, en la cual mandaba Morillo la infantería española, se obtuvo un completo triunfo sobre la divi-

sion enemiga á cargo del general Girard, causándole la pérdida de 400 muertos y heridos, entre ellos el general Dombrousky, y haciendo prisioneros al general Brun, al Príncipe de Aremberg, al gefe de Estado Mayor Idri, un gran número de oficiales y 1,400 soldados.

Señaló Morillo los primeros dias del año de 12, saliendo el 5 de Enero de Montanches, para hacer con su acostumbrada actividad y destreza, una escursion á la Mancha, llegando hasta Almagro, entrando el 14 en Ciudad-Real, y regresando á Estremadura despues de causar pérdidas considerables á los franceses. Permaneció por largo tiempo en esta provincia con el ejército aliado al mando del general Hill, destinado por Lord Wellington á cubrirla, mientras él se adelantaba por Castilla. En Mayo de 1813 arrojó de Alva de Tormes un cuerpo enemigo de infantería y caballería, distinguiéndose en aquella jornada los cazadores de la Union y de Doyle. Continuó sus movimientos el ejército aliado, forzando por fin al enemigo á la memorable batalla de Vitoria. Mandaba aquel dia Morillo la division española del ála derecha, y tuvo la gloria de que le tocase empezar el combate contra la izquierda

enemiga, atacándola con gallardia en las alturas que ocupaba; no abandonó el puesto, á pesar de quedar herido, y obtuvo en 3 de Julio la faja de Mariscal de Campo.

Arrojados ya los enemigos del territorio español y perseguidos por los aliados dentro del suyo, el 10 de Noviembre acometió Morillo con su division los apostaderos de los contrarios en las faldas del Moudarin, se apoderó de algunos de ellos, protegiendo de aquel modo las maniobras de los ingleses. Retiradas al pais las tropas españolas, solo quedó en Francia la division de Morillo; con ella pasó el 9 de Diciembre el Nive, por los vados de la Isleta y Cabarre, y se enseñoreó del cerro de Urcuray y otros inmediatos, desalojando á los franceses que intentaron hacerse fuertes en ellos. Continuó teniendo parte activa en todas las operaciones del ejército aliado, hasta que la suspension de armas concluida en 18 y 19 de Abril de 1814, puso fin á las hostilidades y término á la tenaz y gloriosa guerra de la independencia. No por eso concluyeron las fatigas del general, pues repuesto apenas de las que por espacio de seis años de una lucha tan reñida como desastrosa acababa de sufrir, le es-

peraban ya otras de mayor tamaño y de distintinta naturaleza.

Nombrado en 14 de Agosto capitan general de las provincias de Venezuela, y general en gefe del ejército espedicionario de Costa-Firme, con orden espresa de reparar la division con la que tantos triunfos habia conseguido y de reforzarla con otras tropas, tuvo que dedicar á esto todos sus cuidados, hasta que en el mes de Noviembre partió para Cádiz á reunirse con la division que se hallaba ya en aquel puerto, compuesta de seis batallones de infantería, dos regimientos de caballería, dos compañías de artillería de á pie, una de obreros y un escuadron de artillería á caballo. Las fuerzas marítimas que bajo el mando independiente del brigadier D. Pascual Enrile, formaban parte de la espedicion, constaban del navío S Pedro Alcántara de 64, de las fragatas Diana é Ifigenia de 34, de una corbeta de 22, de una goleta de 8, y 13 faluchos cañoneros.

El dia 17 de Febrero de 1815 dió la escuadra la vela de Cádiz con un convoy de 70 trasportes; el 3 de Abril recaló en la isla de Tabago y el 4 fondeó en Puerto-Santo. Reunido allí al ejército espedicionario el teniente coronel Don

Francisco Tomás Morales, comandante de las fuerzas de barlovento, zarpó toda la escuadra el 7 y se presentó delante de la isla de Margarita, que fue ocupada el 10 á discrecion, sin necesidad de recurrir á las armas, despues de algunas negociaciones. El primer cuidado del general fue restablecer en ella la paz y tranquilidad indultando á los rebeldes, segun el espíritu de las órdenes que llevaba; nombrando autoridades, arreglando la guarnicion y todos los ramos de la administracion pública, y adoptando cuantas medidas creyó oportunas para la quietud y bienestar de los habitantes.

El 22 del referido mes salió la escuadra de Margarita á hacer aguada en la isla de Coche, delante de la cual se incendió el 23 el navío San Pedro Alcántara. El mismo dia, y antes de aquella catástrofe, se habia embarcado Morillo de madrugada para Cumaná en la fragata Diana; y la plana mayor y todo el convoy dió la vela para dicho punto el dia siguiente. El 2 de Mayo publicó Morillo en Cumaná un bando para prevenir la indisciplina del ejército, y recogió las banderas de las tropas leales del pais, colocándolas en la Iglesia, y dándoles otras mas españolas.

Fue esto como un preliminar para suavizar la guerra sin cuartel que allí se hacia desde mucho tiempo, y en apoyo de esta medida y entre otras disposiciones relativas al orden y disciplina, mandó que el que diese muerte en el campo de batalla á un enemigo rendido fuese pasado por las armas; lo cual se llevó á efecto.

Organizada en Cumaná la pequeña división que se envió al Perú por el Istmo de Panamá, al mismo tiempo que pasaron seis compañías de infantería á Puerto-Rico; despues de haber tomado varias providencias para el arreglo militar y régimen civil de las provincias de Oriente y sus llanos, marchó con el resto de las fuerzas á la Guaira, partiendo de allí el general Morillo para Caracas, adonde llegó el 11 de Mayo, anunciándose en la proclama que dirigió á sus habitantes como un hermano que iba á llevarles la paz y tranquilidad, ahuyentadas por el génio de la discordia de aquel desgraciado suelo. ¡ « Cuán grato me será en mi vejez les decia, el oir que sois felices! Yo me diré entonces con orgullo: *los puse en el camino de la dicha, sofocando los partidos y conservándolos leales al Rey.* »

Desde su entrada en la capital de Venezuela

no tuvo un momento de descanso. Reducido á cenizas, como hemos dicho, el navío S. Pedro Alcántara, y los caudales, víveres y municiones que encerraba, era preciso examinar detenidamente el estado del pais y los recursos con que podia contar para las grandes operaciones que le llamaban á otros puntos distantes. Tocó la desolacion de los pueblos, y compadeció sus desgracias; pisó los funestos lugares que habian sido teatro de las mas bárbaras é inauditas carnicerías; vió por último las señales de las hogueras en que habian espirado entre crueles tormentos centenares de inocentes, sin mas delito que haber nacido en Europa, y las regó con sus lágrimas. (*)

(*) La proposicion segunda del manifiesto de las provincias de Venezuela, firmado por Antonio Nicolás Briceño en Cartagena de Indias á 16 de Enero de 1813, empezaba por estas notables palabras: «Como esta guerra se dirige en su primer y principal fin á destruir en Venezuela la raza maldita de los españoles europeos, en que van inclusos los isleños (los de Canarias), quedan por consiguiente escluidos de ser admitidos en la espedicion por patriotas y buenos que parezcan, puesto que *no debe quedar ni uno solo vivo.*»

En la novena se decia: «Se considera ser un mérito suficiente para ser premiado, y obtener grados en el ejército el *presentar un número de cabezas de españoles europeos*, inclusos los isleños: y así el soldado que presen-

Concluidos los preparativos necesarios para la grande espedicion que iba á emprender sobre el nuevo Reino de Granada, marchó inmediatamente á visitar el interior de la provincia en 1.º de Junio. Pasó por los hermosísimos valles de Aragua, llegó á Valencia del Rey y se trasladó en seguida á Puerto-Cabello, donde estaban reunidas las fuerzas de mar y tierra que debian ir al virreinato de Santa Fé, inclusas las tropas del pais que se pudieron reunir. Por aquel tiempo obtuvo Morillo el despacho de Teniente General.

Antes de dar la vela de Puerto-Cabello para Cartagena, se despidió en 10 de Julio de los habitantes de Venezuela, y apenas llegó á las costas de aquella provincia, hizo dirigir la voz á los americanos del nuevo reino de Granada por el Intendente D. José Domingo Duarte, anunciándoles las pacíficas intenciones del ejército real. Creia el General que seria escuchada la voz de aquel gefe por ser compatriota de los insurgentes, y haber residido muchos años en aquella capital.

tare *veinte cabezas de dichos españoles* será ascendido á Alferez vivo y efectivo; el que presentare treinta, á Teniente; el que cincuenta á Capitan, etc.

Desgraciadamente fueron desechadas con altanería, sus ofertas, y no le quedó otro medio que recurrir á las armas.

Desembarcó luego en Santa Marta, y allí dispuso que una division, á las órdenes del Brigadier D. Pedro Ruiz de Porras, marchase á Mompox para sostener aquel punto á todo trance, vigilar los rios Cauca y Magdalena, destruir ó atraer á sí el cuerpo que tenia Bolivar, auxiliar el paso de la vanguardia mandada por el Coronel Morales, proteger el movimiento que debia hacer para amagar un ataque sobre Santa Fé de Bogotá la division del Coronel Calzada, y coadyuvar al buen éxito del sitio de Cartagena. Dispuso tambien que pasase á la Isla de Jamaica el Intendente, para proporcionar recursos; y despues de adoptar otras disposiciones, partió para Cartagena, quedando investida y bloqueada dicha plaza el dia 12.

Podia el General haberla destruido en poco tiempo, pero prefirió las fatigas y penalidades de un sitio prolongado, á la dolorosa certidumbre de la pronta ruina de Cartagena. En vano dirigió la voz á los pueblos, ofreciéndoles la paz y amenazándoles con que, *si se atreviesen á volver*

sus armas contra S. M., su país sería en breve un vasto desierto.

Continuó el sitio durante el cual se hicieron varias espediciones para ocupar las provincias inmediatas y allegar víveres en la de Santa Marta, mientras se iban apoderando nuestras armas de las islas que forman la bahía, hasta encerrar las fuerzas marítimas enemigas en la parte interior; dirigiendo todas las operaciones del bloqueo y los ataques de mar, el General D. Pascual Enrile, y habiendo quedado escarmentados los enemigos que se hallaban en Santa Fé, al intentar hacer levantar el sitio de Cartagena. Prolongábase este á pesar de las humanas y templadas amonestaciones del General, desde Torrecilla en 22, 23 y 24 de Setiembre y 4 de Octubre; crecia la penuria de los sitiados, que tampoco oyeron las generosas ofertas que se les hicieron de nuevo en 4 de Diciembre, hasta que por último el 6, despues de 116 dias de un sitio en que no hubo clase de calamidad que no sufriesen los sitiados, embarcándose los gefes con la guarnicion venezolana, huyeron de la plaza y la abandonaron. Ocupáronla inmediatamente los sitiadores, que presenciaron el espectáculo mas doloroso al

ver el sin número de cadáveres insepultos que existian en las calles y en las casas. Dispuso el General su enterramiento, y que se atendiese al sustento de los pocos habitantes que habian podido resistir á los rigores del hambre.

Arreglado todo lo necesario para la próxima campaña, salió Morillo de Cartagena el 16 de Febrero de 1816, habiendo enviado antes una columna á la provincia de Antioquia, y dirigiendo al mismo tiempo por el rio de la Magdalena una numerosa flotilla con los equipages, víveres y municiones del ejército.

A su llegada á Mompox, principiada ya la campaña, recibió aviso Morillo de haber sido completamente derrotados los enemigos en Cachiri, y que Bolivar habia formado una espedicion con los medios y auxilios sacados de la Jamaica y Cayos de S. Luis, y que se dirigia segun unos a Cartagena, y segun otros á Caracas; todo lo tenia previsto el General, y aquellas noticias en nada alteraron su plan. Adviértase que desde Mompox, habia solicitado de S. M. que le relevase de un cargo tan superior á sus fuerzas.

No nos detendremos en la narracion de varias acciones de guerra que tuvieron lugar hasta el 1.º

de Abril, en que estaba ya Morillo en Ocaña, y á pesar de la seguridad que tenia de que las provincias de Socorro y Tunja, serian envueltas y ocupadas por sus tropas, invitó á sus habitantes á que no aumentasen sus males con una inútil resistencia. Dispuso entre tanto que algunas tropas siguiesen su marcha á Caracas en busca de Bolivar, á quien encontraron en efecto al desembarcar, dispersándole y obligándole á refugiarse en S. Tomas.

En 24 de Abril, mes en que supo el General haber sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica, publicó tambien inútilmente en Ocaña un indulto á los habitantes de aquel reino. Nuestras columnas atacaron entonces á los enemigos, y despues de repetidos combates entraron en la capital, llegando Morillo á ella á mediados de Mayo, mientras el ejército perseguia velozmente al enemigo, quedando en 29 de Junio deshecho el ejército que se habia opuesto á las tropas espedicionarias.

Con anticipacion á estas ocurrencias habia enviado Morillo sus órdenes á Quito, para que el ejército de aquella provincia marchase sobre la de Popayan, y se mantuviese en ella sin empeñar

accion decisiva, esperando la cooperacion de las columnas que debian ir sobre la misma provincia. Hicieron estas los mayores esfuerzos para llegar á tiempo al punto que se les habia designado; mas eran tan inmensas las distancias y tan escasos los recursos, que no pudiendo ejecutar las marchas con la velocidad que convenia, dieron lugar á que el enemigo atacase una division que se habia fortificado en Tambo del Rey, y que batió y derrotó completamente á los enemigos á pesar de su superioridad de fuerzas.

El dia 30 de Mayo, solemnizó Morillo los dias del Rey publicando un indulto en Santa Fé de Bogotá; y desde entonces dedicó toda su atencion á organizar los ramos de la administracion, restablecer la confianza pública y la seguridad interior, y promover la prosperidad comun por cuantos medios estaban á su alcance. Abriéronse nuevos caminos, reparáronse los antiguos, se hicieron puentes y calzadas, se establecieron posadas, y se propagó la vacuna, atendiendo al mismo tiempo á las artes, sin descuidar el socorro de los pobres y desvalidos; disposiciones todas que probaban que el General no era menos

esperto en el manejo de los negocios que en el de las armas.

Mientras el verano ponia término á las inundaciones del Arauca, anunció á los habitantes de los llanos y á los de la nueva Granada el movimiento que iba á emprender sobre Venezuela, amonestándoles á la paz.

No nos detendremos en especificar los males y privaciones sin término, que hubo de sufrir el ejército durante aquel movimiento, en marchas de centenares de leguas, por montañas heladas é inaccesibles, y abrasados desiertos, sin aguas ni subsistencia; nuestros heróicos soldados, lo arrostraron todo con una constancia y sufrimiento que renovaba la memoria de los Fernandez, de los Urreas, de los Garci-Fernandez de Silva, y de los demas esforzados capitanes que agregaron aquel vasto territorio á la corona de Castilla.

A mediados de Enero de 1817, pisó Morillo el suelo de Venezuela. Un cuerpo de 3,000 caballos insurgentes, mandados por Paez, habia atacado al General Latorre, dos dias antes de su incorporacion, al paso del Apure, y catorce cargas consecutivas contra los cansados batallones

de Morillo, le hicieron conocer que los rebeldes no eran ya una gavilla de cobardes; fueron sin embargo rechazados constantemente. Retiróse Paez, y Morillo se adelantó hasta S. Fernando, cierto ya de que la isla de la Margarita estaba ocupada por los enemigos, perdidas en gran parte las provincias de Cumaná y Barcelona, y el alto llano de la de Caracas, dominada casi toda la grande estension que media entre el Apure y el Arauca por el cuerpo que mandaba Paez; y la provincia de Guayana por el sedicioso Piar.

Envió sin embargo socorros á esta última con el General Latorre; pero la fortuna no favoreció aquella operacion, y Morillo tuvo que penetrar hasta Cumaná y Carupano, despues de haber atravesado lo interior de tres provincias. Todos los pueblos marítimos de los enemigos, fueron tomados por nuestras tropas; y poco despues pisó Morillo con parte de su ejército el suelo de la pérfida Margarita. Aunque la sangre de sus compañeros de armas, alevosamente derramado en aquel ingrato suelo por el mas ingrato de todos los hombres, el pérfido Arismendi. (*)

(*) En el manifiesto que las provincias de Venezuela

estaba clamando venganza; antes de apelar á las armas, dirigió inútilmente palabras de paz á las autoridades y habitantes; pero cuando iba á tomar la ciudad de la Asuncion, capital de aquella isla, tuvo que abandonar su empresa á causa de los progresos de los enemigos en la provincias de Caracas, y volar con parte de sus tropas á la capital de Venezuela. Permaneció allí

hicieron á todas las naciones civilizadas de Europa en principios del año 1815, hablando de este mónstruo, *de cuyo nombre los Ayuntamientos, Diputaciones y Cabildos creian necesario apartar inmediatamente su memoria por honor ó la humanidad, y en obsequio de unos pueblos que llenó despues de luto y desolacion*, se dice ademas:

«*El traidor* feroz, conseguidos algunos auxilios en Santa Fé, se lanzó sobre su patria precedido de la fama de una *guerra á muerte* que ejecutaba en toda su fuerza.

Once meses duró la dominacion de aquel *bárbaro*; once meses... cuyos dias fueron constantemente marcados con asesinatos, violencias, rapiñas é impiedades; y en los cuales la voluntad, los deseos, una señal no mas del *tirano*, eran las únicas leyes inviolables de Venezuela. Los Ayuntamientos, Diputaciones y Cabildos se creen dispensados de recordar la órden escandalosa de 8 de Febrero de 1814, que condenó á muerte á 800 españoles europeos, haciéndoles perecer en los dias 14, 15 y 16, y declarando el lugar del origen por el único delito.

Este mónstruo no solo fue comprendido en la amnistía otorgada por el General Morillo á su primer entrada en la Margarita, sino que le dejó en su patria, en el Ayuntamiento, en su casa y con sus bienes, le dispensó mil atenciones, le sentó á su mesa, etc., etc.

pocos dias, y en ellos publicó el indulto espedido por el Rey con motivo de su casamiento con Doña Isabel de Braganza.

Marchó despues el General al ejército, y se hallaba ya en Guadarrama sobre las orillas de la Portuguesa, cuando supo que Bolivar, pasando el Orinoco con numerosas fuerzas, marchaba rápidamente á reunirse en el alto de la provincia de Caracas con el cuerpo que mandaba Zaraza, y dar principio á las operaciones atacando á Calabozo. Antes que este pudiera verificar su reunion con Bolivar, fue atacado y destruido en el sitio de la Hoguza. El 8 de Diciembre de 1817, y con motivo de esta victoria, repitió Morillo el indulto de S. M. á los disidentes, quienes lo despreciaron sin embargo.

En este tiempo condecoraba el Gobierno á Morillo con la gran cruz de San Fernando; y en él tambien volvia Bolivar sobre Angostura, y subia con la mayor serenidad por la orilla derecha del Orinoco y lo pasaba por frente de la embocadura del Arauca. Voló Morillo desde San Cárlos, donde se hallaba, y en menos de cuarenta horas, llegó á principios de Febrero de 1818, á Calabozo; y no pudiendo hacer frente á las nu-

merosas fuerzas de Bolivar, resolvió el 14 retirarse á las montañas y atraer al enemigo sobre los valles de Aragua. Retirada memorable en la cual acreditaron nuestros valientes guerreros su heroicidad y constancia, atravesando treinta leguas de una llanura cubierta de cenizas, sin agua, á la vista de un enemigo poderoso, y sufriendo el sol abrasador de la zona tórrida. En aquella jornada, dió el General el ejemplo, seguido por los gefes y oficiales, de marchar á pie horas enteras, para que montaran en sus caballerías los soldados mas desmayados. Llegó al Sombrero el 16, y derrotó á los enemigos que le atacaron con ímpetu. Continuó su retirada sobre Valencia del Rey, abriendo á Bolivar el paso á los valles de Aragua, y colocando fuerzas superiores sobre las Cocnisas para cubrir la capital. Atacó á Murucay arrollándolo todo, pero habiendo sido interceptadas las órdenes que enviaba á la division de las Cocnisas mandada por el General Latorre, logró retirarse el enemigo á la villa de Cura, dejando por todas partes gran número de prisioneros, cuyas vidas fueron respetadas. Nuestras tropas persiguieron vivamente á las de Bolivar hasta la Puerta, donde reforzado este, atacó

á la vanguardia que desordenó y puso en dispersion. Llegó Morillo al campo de batalla en tan críticos momentos; vió el peligro y la suerte de Venezuela, é hizo punto de honra el salvarla á costa de su vida. Dió órden al cuerpo de ejército que venia en marcha, para que dejando las mochilas volase al campo; y poniéndose á la cabeza del escuadron de artillería, se arrojó sobre 3,000 enemigos victoriosos, y los puso en vergonzosa fuga. Volaba allí la muerte por todas partes, y en aquella terrible escena fue atravesado Morillo por el vientre de parte á parte de una lanzada. Pero estaba conseguido su intento, y la victoria era casi cierta. Las últimas palabras, las últimas órdenes del General en medio de las crueles agonías de la muerte, que se creyó inevitable, y de que le salvó milagrosamente la circunstancia de no haber probado alimento cuarenta y dos horas antes, fueron las de *salvar á los prisioneros y respetar sus vidas.*

Las consecuencias de aquella victoria, obtenida en 16 de Marzo, fueron el destrozar al enemigo en el Caiman, Ortiz, el Rincon de los Toros, Cogede, los Patos y Nutrias, haciéndole mas de 1,500 prisioneros. Bolivar debió la vida

en la Puerta á la velocidad de su fuga, y en el Caimau á su fortuna.

Nuevamente exortó á la paz en 16 de Mayo á los habitantes de Barinas y á los de Calabozo, y llegada la estacion de las lluvias en Junio, fue preciso acantonar las tropas á fin de repararlas y disponerlas para la campaña del año 1819.

Inaugurose este, saliendo el primer dia de él el cuartel general de Valencia. Morillo no pudo ir á su cabeza por hallarse en cama de resultas de una caida del caballo que habia dado los dias anteriores en Caracas; mas á pesar de tener aun abierta la herida, tardó poco en volar al ejército. Pasó este el Apure, y el enemigo abandonó á S. Fernando y todos los pueblos del lado acá del Arauca, atravesando este rio y dirigiéndose á Cunaviche y á los inmensos desiertos que hay á la orilla izquierda del Meta. Siguióle nuestro ejército, pasó tambien el Arauca, y le tomó las grandes baterías que allí habia construido.

En 4 de Febrero, dirigió otra vez el General palabras de paz á los insurgentes, y una alocucion escrita en su idioma, á los ingleses que entre ellos habia, ofreciéndoles servicio, ó trasladarlos donde gustasen; pero todo fue inútil.

Hubo varias acciones parciales, y mientras el ejército, en razon á aproximarse la estacion de las aguas, repasaba el Apure y se acantonaba, fue Morillo á la capital de Venezuela, á tratar con aquellas autoridades; y por aquel tiempo le confirió S. M. en 17 de Diciembre el título de Castilla, con la denominacion de *Conde de Cartagena*, Marqués de la Puerta. Al concluir las lluvias se trasladó á Valencia, recorrió algunos de los departamentos del Occidente, y á principios de Febrero de 1820, se hallaba ya en la villa del Pao.

Habian comenzado á llegar entonces á aquellos provincias las noticias del cambio político ocurrido en Marzo en la Península; é invitado el Conde por algunos habitantes de Caracas para acelerar el juramento á la Constitucion, voló allá y le prestó solemnemente. Los acontecimientos de la guerra, le hicieron volver á Valencia, y allí solemnizó nuestra regeneracion política mandando volver á sus casas á los desterrados, y poniendo en libertad á los que aun no habian cumplido sus condenas.

Marchando despues el ejército contra Bolivar, recibió el Conde en Caracas órden terminante de

suspender las hostilidades á todo trance; la cual le obligó á firmar en Santa Ana el tratado con Bolivar, «que fue en cuantos golpes habia recibido de la adversa fortuna (son sus mismas palabras) el que mas amarga impresion le habia causado.»

En este estado llegó á Tocuito, en los primeros dias de Noviembre, una órden concediendo al Conde la real licencia que habia solicitado para regresar á la Península. Con este motivo, todas las autoridades y corporaciones, así civiles y militares, como religiosas, le suplicaron suspendiese hacer uso de aquella real gracia; pero el estado de su salud y la necesidad absoluta de repararla, no le permitieron condescender con tan lisongeras súplicas.

Hemos procurado encerrar en un breve espacio las campañas que durante cinco años hizo el ejército espedicionario de Costa-firme, y en los cuales, sino hubo grandes batallas, hubo acciones distinguidas, hechos gloriosos, sobra de valor y denuedo por parte de nuestras tropas, y sobre todo hubo entusiasmo, constancia y heroismo, no ya para combatir á enemigos á quienes estaban acostumbradas á vencer, sino para arrostrar el

el hambre, la sed, el cansancio y la privacion absoluta por dias enteros hasta de lo necesario para conservar la existencia. ¿Y qué diremos si paramos la consideracion en los obstáculos que la naturaleza misma oponia á sus movimientos, en la inmensa estension de 64,000 leguas cuadradas y casi totalmente incultas, que tiene el Vireinato de Santa Fé desde Guayaquil á Cartagena N. S., y desde Maracaibo á las costas de Popayan E. O.? ¿Qué si contemplamos la multitud de rios que tenian que atravesar á cada paso nuestros soldados, siendo frecuentemente presa de los caimanes y otros animales dañinos, de que tanto abunda aquel territorio? Apenas podrá concebirse que un puñado de hombres, sin mas recursos que el esfuerzo de su ánimo, hubiesen llevado á cabo en el breve espacio de cuatro meses la reconquista y pacificacion de todo aquel vireinato.

Llegado el Conde á la capital de la Península á fines de Abril de 1821, fue su primer cuidado reimprimir el manifiesto que habia dado á luz en Caracas, en Setiembre del año anterior, con motivo de las calumnias é imputaciones atroces y falsas, publicadas contra su persona y administracion.

Llamaron por aquellos dias la atencion del Gobierno sucesos lamentables, que llenaron de consternacion á todos los vecinos honrados de la Córte: el asesinato de Cura Vinuesa y los desórdenes de aquellos dias, indugerou al Gobierno á nombrar Capitan General de Madrid, al Conde de Cartagena, cuyos principios moderados y firmeza de carácter bien conocida, esperaba lograria desconcertar los planes de los demagogos. En efecto, gracias á la constante actividad del General y del Gefe político D. José Martinez de San Martin, no se atrevian á emprender nada. Hubo de cesar el Conde en sus funciones de Capitan General de Castilla la Nueva, tres meses despues, con motivo de haberse mandado formar sumaria sobre las ocurrencias de la guardia del convento de San Martin, en 20 de Agosto del citado año. El Conde fue declarado absuelto, y en consecuencia mandó S. M. en 16 de Setiembre que se volviese á encargar del mando del distrito Añadió ademas el Monarca á esta pública satisfaccion, la de nombrarle al mes siguiente su Ayudante de Campo, y en el inmediato Noviembre su Gentilhombre de Cámara con ejercicio.

Mantuvo el Conde el órden por algunos meses

á fuerza de fatigas y desvelos; pero el mal era grande para ceder á paliativos. Los esfuerzos del Gobierno retardaron la crisis, mas no pudieron evitarla. A mediados del año 1822, principiaron á circular varios rumores de que los batallones de la Guardia Real iban á ser desarmados; y este fue el pretesto, sino la causa, del movimiento tumultuoso con que alteraron estos cuerpos la tranquilidad pública en aquellos dias. Súpolo el Conde en 30 de Junio, hallándose postrado en cama; pero le llamaba la patria y el deber, y nunca se habia mostrado sordo á su voz. Nombrado al dia siguiente Comandante general de dicho cuerpo, voló á los cuarteles, arengó á los soldados, y logró contenerlos por entonces.

Sabidos son los sucesos desagradables del 7 de Julio: el Conde hizo renuncia en 5 de Agosto de la Capitanía general, que no le fue aceptada; repitióla sin embargo al dia siguiente, y al inmediato accedió por fin el Gobierno á sus deseos.

Pasó luego á tomar las aguas del Molar para restablecer su quebrantada salud; y receloso, sino sabebor de que se iba á cometer con él alguna tropelía, abandonó aquel punto y se dirigió á la Zarza de Plasencia. Detenido en este lugar por

no llevar pasaporte, el Gobierno noticioso del hecho, le mandó venir á la Córte; mas habiendo llegado al Escorial en 7 de Noviembre con otra nueva dolencia, hubo de permanecer allí algunos dias antes de cumplir aquel mandato.

Presentóse por aquel tiempo en las Córtes un dictámen de la mayoría de la Comision de medidas, en que se acriminaba la conducta observada por el Conde en los acontecimientos de que acabamos de hacer mencion; y hubo de vindicarse por medio de un impreso, publicado en 10 de Febrero de 1823, en el cual rebatia victoriosamente todos los cargos que se le hacian.

Nombrado pocos dias despues General en Gefe del cuarto ejército, continuó á su frente y desempeñando la Capitanía General de Galicia, hasta que sus heridas le obligaron á solicitar real licencia para pasar á restablecerse á Francia. Otorgósela S. M. en 23 de Noviembre, y en 1.º de Enero inmediato se embarcó en la Coruña para aquel destino. Allí pasó seis años entregado á los placeres tranquilos de la vida doméstica, en brazos de su esposa, y cuidando de sus tiernos hijos. Con motivo del nacimiento de nuestra augusta reina, obtuvo el Conde en 19 de Noviembre

de 1830, real permiso para regresar á España, con los grados y honores que disfrutaba en 7 de Marzo de 1820; y posteriormente en 5 de Junio de 1831, su cuartel en esta Córte.

No tardó mucho tiempo en presentarse la ocasion de acreditar su fidelidad. Nombrado en 26 de Octubre de 1832, Capitan General del reino de Galicia, pasó inmediatamente á Santiago, capital entonces, trasladándose despues á la Coruña que pasó á serlo, para establecer allí la audiencia y demas dependencias, con la celeridad que convenia al curso espedito de los negocios.

Treinta y dos mil realistas, armados y poseidos generalmente del mismo espíritu que los de las demas provincias del reino, contaba entonces Galicia; fuerza tanto mas temible, cuanto no habia la suficiente del ejército para contrarrestarla en caso necesario. En pocos dias logró el Conde recoger mas de 26,000 fusiles, sin la menor alteracion ni disturbio. El Gobierno no tuvo á bien aprobar aquella operacion; cosa que sintió el Conde tan amargamente, que en los primeros momentos estuvo á pique de que le abandonase la serenidad que tanto le distinguia, hasta en lo mas récio de los combates. Sin em-

bargo continuó dicha medida, recogiendo en poco tiempo los 6,000 fusiles restantes, que sirvieron como los anteriores para armar á la Milicia urbana.

Mientras se ocupaba en organizarla, recibió una comunicacion del Gobierno, en la cual despues de enterarle de que S. M. acababa de conceder al Infante D. Cárlos licencia para ir á Italia, con cuyo motivo se debia trasladar á Valencia do Miño, se prevenia al Conde que pasase inmediatamente á Tuy para recibirle y acompañarle á Vigo, en donde se debia embarcar. El Conde pasó en efecto á Tuy, pero en 7 de Setiembre supo por el Ministro de España en Lisboa que D. Cárlos, lejos de pensar en trasladarse á Italia, se habia unido á D. Miguel.

Desvanecido pues el objeto de su permanencia en Tuy, pasó á recorrer varios pueblos de la provincia. De vuelta á Orense, en 27 de Octubre, el estado de los negocios le obligó á marchar hácia la Puebla de Sanabria con dos batallones, dejando orden para que le siguiesen otros dos que se hallaban en Santiago y en la línea del Miño, asi como 600 carabineros de infantería, cuyas tropas se reunieron todas en Benaven-

te á mediados de Noviembre. Envió desde allí dos batallones á Leon, é informado por el General Rodil de los movimientos del Infante hácia Chaves, pasó él mismo con el resto de las fuerzas á Sanabria.

Atacado en Verin de una grave enfermedad tres ó cuatro dias despues, hubo de guardar cama por un mes, trasladándose, ya mejorado, en 7 de Enero de 1834 á Ginzo de Limia, en donde á su llegada recayó de la pasada dolencia. Nuevamente restablecido, volvió á recorrer el distrito de su mando, hasta que á fines del año 1835 obtuvo real licencia para venir á la Corte á reparar sus dolencias. La tranquilidad y reposo de la vida doméstica, y los auxilios de la medicina, disminuyeron por algun tiempo los progresos del mal, mas no pudieron detenerlos. Creyó el Conde que con las aguas de Bareges en Francia recobraria la salud, y obtuvo licencia para ir á tomarlas; salió de Madrid en Agosto de 1836, y los cuidados de su amada esposa, las caricias de sus tiernos hijos, y la solicitud atenta y constante de los médicos, solo pudieron prolongar su dolorosa existencia hasta el 27 de Julio de 1837, en que bajó al sepulcro en Bareges á la edad de 59 años cum-

plidos. Sus restos fueron depositados por su desconsolada esposa en un terreno del Comun de Lux, que compró al efecto, mientras le preparaba mas digno lugar en su patria.

Tal fue el fin de uno de los caudillos mas señalados que produjo la guerra de la independencia. Sus hechos y proezas en ella, y sus campañas en América, llenarán á su tiempo algunas de las mas brillantes páginas de nuestra historia.

Era de estatura regular y muy corpulento: en su rostro moreno y grave brillaban sus ojos negros, cuyo mirar, atento sin descaro, mostraba la penetracion de su alma. Robusto y ágil no habia fatiga ni privacion superior á su constancia y sufrimiento. Fue honrado, á fuer de castellano; humano y compasivo, á par que valiente y esforzado; amigo fiel y constante; generoso y desprendido; de costumbres sencillas; franco en su trato; esposo tierno, padre amantísimo y buen ciudadano. Ultimamente, en la cumbre de los cargos y honores á que se vió elevado, no se desvaneció un solo instante, dando asi la mayor muestra que puede dar un hombre de ser acreedor á ellos.

D. F. MARTINEZ DE LA ROSA

Personajes célebres del S. de XIX.

D. FRANCISCO

MARTINEZ DE LA ROSA.

«Una elocuencia variada y persuasiva, un valor sosegado y tranquilo, una grande presencia de ánimo, principios de órden unidos á un sincero afecto á la libertad, una reputacion honrosa y pura, son cualidades raras y esenciales que no podra disputarle un hombre de buena fé.»

M. DE MARTIGNAC. — *Ensayo sobre la Revolucion de España*, pág. 381.

«...Desacreditados los sistemas estremos, solo se ocupa la generacion actual en resolver el problema mas importante para la felicidad del linage humano: *¿cuales son los medios de hermanar el órden con la libertad?*»

ESPÍRITU DEL SIGLO. — Introduccion.

Cuando durante treinta años de trastornos y discordias, de revoluciones y reacciones en di-

versos y opuestos sentidos, consigue un hombre conservar intacta su reputacion de honradez, al paso que desaparecen todas las reputaciones; cuando enemigos y amigos proclaman á una voz las eminentes y nunca desmentidas virtudes que á este hombre adornan; cuando su talento y elocuencia son reconocidos por todos asi nacionales como estrangeros; cuando en fin, ni la proximidad del cadalso, ni los puñales de los asesinos, ni los ódios de los partidos, ni los halagos del poder, han podido hacer variar á este hombre de sus convicciones y firmeza de principios, indudablemente es este personaje un tipo digno de veneracion y respeto, y encierra en sí cualidades eminentes, poco comunes en los tiempos de desmoralizacion, de apostasía y de negras ingratitudes que hemos transcurrido y vamos transcurriendo. Noble á la par que agradable es la mision del biografo, cuando tiene que presentar la vida inmaculada, y los grandes servicios, y el ilustrado saber de un personage que llevado por el huracan de la revolucion mas inmoble en su origen y pretesto, y mas estéril en sus resultados de cuantas hemos sufrido, lejos de su patria, ni puede acusarsele de lisonja, ni suponerse en lo que

diga, mira alguna de interés. El personaje ilustre de quien vamos á ocuparnos, y con cuya amistad nos honramos, ha dado ya lugar á varias biografías hechas por nacionales y estranjeros, acordes todos en tributarle los elogios que á su saber, á sus virtudes y patriotismo son debidos, y que ni sus mas encarnizados enemigos, porque nunca faltan aun para la virtud, se atreven á negarle.

Corto es seguramente el espacio en que debemos encerrarnos, para bosquejar detenidamente las vicisitudes políticas del ilustre granadino; para analizar las obras de su ingenio, como escritor, su sublime elocuencia como orador, y sus actos políticos como hombre de gobierno; pero estas eminentes cualidades son tan conocidas de todos los españoles, que su misma notoriedad nos evita la difusion, y hace casi innecesaria una minuciosa enumeracion de ellas.

D. Francisco Martinez de la Rosa, nació en Granada en el año de 1788, «época ciertamente fecunda en hombres parlamentarios de primera línea, cuando nacia en Inglaterra Sir Roberto Peel, cuando nacia en Francia Mr. Guizot, cuando acababan de nacer en España los Se-

ñores Toreno é Isturiz, y poco antes de que naciese el Sr. Alcalá Galiano,» como ha dicho nuestro apreciado amigo, el Sr. Pacheco, en la biografía del mismo personaje que nos ocupa. Recibió el Sr. Martinez la educacion correspondiente á su clase, y pronto dió muestras de su aficion y gusto por las bellas letras, sobresaliendo entre todos sus condiscípulos, y desempeñando ya una cátedra de moral en la Universidad de Granada.

La alevosa invasion de los franceses en España en 1808, y las escenas sangrientas del 2 de Mayo en Madrid, escitaron por todo el ámbito de la Península un sentimiento de indignacion, y toda la juventud llena de patriótico entusiasmo, corria á tomar parte en aquel gran movimiento nacional espontáneo, y no hijo de amaños é intrigas promovidas por los ambiciosos, como otros muchos que hemos presenciado despues, y que por lo mismo han dado resultados nulos ó contrarios al objeto que los servia de pretesto. Formáronse en todas las provincias juntas para atender al armamento y defensa; y la de Granada confió al jóven Martinez de la Rosa, que no habia sido de los últimos en dar muestras del puro amor pátrio que en

su pecho ardia, el encargo de pasar á Gibraltar, á fin de reclamar del Gobierno inglés y del gobernador de aquella plaza, auxilios con que atender á la guerra que se habia encendido en la Península. No fueron inútiles, no, aquellos esfuerzos, y el 19 de Julio de 1808, vieron los campos de Baylen humillado el orgullo del ejército francés, en el insigne triunfo conseguido allí por el General Castaños, sobre el ejército de Dupont: de cuyas resultas quedó libre Madrid de los invasores, que se retiraron al Ebro, y se instaló la Junta Central en Aranjuez.

Concluido así el primer período de la insurreccion, que solo pechos jóvenes y ardientes podian sostener, tocó el arreglo y direccion de los negocios á hombres mas esperimentados, y Martinez aprovechó aquella circunstancia para pasar á Inglaterra, y observar por sí mismo allí, el sistema representativo que se queria plantear en España. Poco permaneció allí el jóven andaluz, y habiéndose retirado á Cádiz el Gobierno, á consecuencia de las vicisitudes de la guerra, y convocadas las Córtes de la nacion en la ciudad de S. Fernando, acudió á aquel punto, ya que no de diputado, por no permitírselo su corta edad,

por estar allí entre sus amigos, y en el sitio que él consideraba como cuna de la independencia y libertad nacional.

Unido allí el Sr. Martinez en estrecha amistad con hombres que, mayores en edad, profesaban sus mismos principios, y estaban animados de iguales sentimientos, pertenecia por lo tanto á la fraccion mas inteligente del partido liberal; los Argüelles, los Quintanas, y otros que han observado despues una conducta muy diversa de la suya, y á quienes nada ha enseñado la práctica de los negocios, ni los adelantos que en las teorías del Gobierno representativo se han hecho, eran entonces sus amigos. Todos creian entonces acertar, y no les acusariamos por ello, pues era lo que allí se hacia efecto de una reaccion necesaria, despues del mal Gobierno que la nacion habia tenido, si hubiesen marchado luego todos á la par de las luces del siglo, y no se hubiesen empeñado los mas en sostener su obra de entonces, imitando el ilustrado ejemplo que Martinez les daba, de marchar con el progreso del siglo, en vez de quedarse estacionados y como encantados por la supuesta hermosura de su obra. De obstinado y aferrado en sus opiniones tachan al-

gunos al Sr. Martinez de la Rosa, y si este cargo puede ser cierto en algunos casos, como lo veremos despues, no son los que ni un paso han adelantado en el transcurso de tantos años, los que pueden dirigírselo.

Desempeñó Martinez por aquel tiempo el cargo de Secretario de la comision de libertad de imprenta, y se ocupaba de algunas obras literarias, habiendo escrito ya en 1809, un canto épico á la heróica defensa de Zaragoza, para el concurso mandado abrir por la Junta Central, y en el que si no obtuvo el premio, fue solo á causa de los desgraciados sucesos de la guerra. Despues, en Cádiz, publicó y obtuvieron muy buen éxito sus obras dramáticas, la comedia *Lo que puede un empleo*, y la tragedia de *la Viuda de Padilla*.

Concluyeron su obra las Córtes constituyentes, y levantado el sitio de Cádiz, eligiéronse las ordinarias, para las cuales fue nombrado diputado por la provincia de Granada, el Sr. Martinez, y si bien conoció ya en aquel Congreso, muchos de los defectos que tenia el Código jurado por él, y las leyes promulgadas, su respeto profundo á sus juramentos, y sus juveniles ilusiones, le hacian atribuir mas bien los males á la ausencia del

Monarca, que á la imposibilidad de la ejecucion de la ley establecida. Mas adelante, la práctica y tristes esperiencias, le han desengañado bien de aquellas añejas teorías.

Trasladadas á Madrid las Córtes, llegó á poco tiempo á Cataluña y Valencia el Rey, á quien Napoleon habia dado libertad; y viéndose estaba por el mal estado del pais, la inminencia de una crisis política. Algunos hombres encargados de la representacion de los pueblos vacilaban ya, y se disponian á seguir la sombra del sol naciente, mientras que otros, y entre ellos Martinez de la Rosa, esperaban impávidos y seguros en la tranquilidad de su conciencia, el desenlace de aquel drama. El decreto de 4 de Mayo dado por el Rey en Valencia, anulando todo lo hecho durante su cautiverio, ofreciendo lo que no pensaba en cumplir, olvidando los inmensos sacrificios de un pueblo que todo lo habia sacrificado por su causa, desconociendo el progreso de las ideas en España; aquel decreto, decimos, terminó las dudas y recelos, y atrajo sobre el pais una reaccion cuyas consecuencias se han hecho sentir fuertemente, y durarán tal vez mucho todavia por desgracia de esta nacion. En medio de los actos

de aquella feroz ingratitud, el Sr. Martinez de la Rosa fue preso y procesado con otros Vocales de aquellas Córtes y de las anteriores, no por hechos criminales, ninguno podia imputársele, sino por las opiniones emitidas. A pesar de su juventud, fue de los tratados con mayor rigor, y en vano se quiso arrancar de él una retractacion de sus opiniones, para que sirviera de escarmiento y ejemplo; el poder conoció bien pronto que tenaz en la virtud, no era fácil arrancar al jóven preso, una flaqueza que le hubiera degradado. Concluidas las causas, no pudo condenar la justicia, pero lo hizo el Monarca á su antojo; y el Sr. Martinez de la Rosa, fue desterrado por diez años al Peñon de la Gomera. ¡Buen pago por cierto, á tanta virtud! En aquel presidio de Africa recibió de sus gobernadores y subalternos atenciones que no mereció á otras personas de superior categoría, y para su distracion se encargó de formar allí una compañía cómica, que representase algunos dramas.

Allí permaneció hasta que, sublevado el ejército de la Isla que se destinaba á Ultramar, proclamada la Constitucion de 1812, y adoptada por el Rey, que si tuvo ingratitud para condenar seis

años antes á sus autores, careció de valor para resistir como Príncipe á la revolucion, se rompieron sus cadenas y se dirigió á Granada, donde fue recibido con arcos de triunfo, y nombrado diputado en las primeras elecciones. De este modo recompensaba el pais sus padecimientos durante seis años.

No habia abandonado el Sr. Martinez de la Rosa los principios liberales, ni perdido la fé en el sistema representativo; pero habia decaido su entusiasmo por la ley de 1812, y conocia la debilidad en que con ella se hallaba el poder ejecutivo para poder gobernar. Asi fue que estuvo siempre de parte de las ideas de órden, y combatió sin descanso los instintos disolventes. Los ministros pudieron contar con su apoyo en todas las cuestiones esenciales, y en la célebre sesion llamada de las *Páginas* se escucharon las palabras pronunciadas por él de «defendiendo al Gobierno se defiende tambien la libertad» palabras estrañas en aquella época, y que parecian una completa condenacion del sistema vigente, que respiraba por todas partes hostilidad al poder.

Perdia con esto su popularidad el ilustre diputado por Granada; inventóse contra su mode-

racion el apodo de *pastelero*, acusósele de intentos de modificar la Constitucion, y por último el mártir de los seis años fue perseguido en 1821, por las turbas que invocaban la libertad al salir del palacio del Congreso; salvándole su imperturbable valor pasivo y los esfuerzos de las autoridades de la capital.

Las Córtes de 1820, habian terminado su carrera é iban á reunirse sus sucesoras, producto de las mas exacerbadas pasiones, nombradas por las sociedades secretas que invadian ya la situacion política del Estado. No habia ministerio á la sazon; cuantos eran llamados por el Rey se negaban á aceptarle, y entonces se indicó al Sr. Martinez de la Rosa, quien resistió al principio con mucha resolucion, pero cedió al fin aceptando un cargo superior á todas las fuerzas. Era la mision de aquel ministerio, mas que gobernar, luchar diariamente con las Córtes, y asi lo hicieron los individuos que lo formaban, en los cuatro meses que duraron ellos y ellas, desde 1.º de Marzo hasta fin de Junio. Se observó entónces que en el mismo momento tres poetas, Chateaubriand, Canning y Martinez de la Rosa, ocupaban el ministerio de negocios estrangeros

en circunstancias graves; pero sin duda alguna la situacion mas difícil era la del español. Como era natural se aumentaron contra él las acusaciones de que intentaba reformar la ley política. Ya hemos dicho antes que habia perdido las ilusiones sobre el mérito de aquel Código, pero indudablemente le calumniaban los que le creian capaz de modificarle por otros medios que los que establecia la misma Constitucion. El Sr. Martinez de la Rosa, es en nuestro concepto de aquellos hombres que no conspiran ni aun para el bien, y su inflexible honradez no le hubiera permitido acudir á los medios que se le imputaban. Pero sino conspiraba el ministerio, conspiraba el Monarca contra la ley política y contra su mismo Gobierno. Esto trajo la situacion del 30 de Junio, la sublevacion de la Guardia Real, y por último el 7 de Julio con todas sus consecuencias. No nos detendremos en referir unos sucesos que en lo público fueron vistos de todos, y cuyas causas secretas no son todavia bien conocidas. Los ministros permanecieron libres hasta el dia 6, dictando las medidas que creian oportunas para terminar aquellos acontecimientos, consecuencia sin duda de una vasta conspiracion, promovida por

unos con el intento de modificar la ley vigente, y por otros con el de restablecer el Gobierno absoluto. La conducta del Sr. Martinez de la Rosa, gefe del ministerio en aquella ocasion, y la de todos sus compañeros, ha dado lugar á distintas opiniones acerca de si se obró con la resolucion y energía que las circunstancias exigian. Pero todos deberán convenir en la rectitud de intenciones de los Secretarios del despacho, instados por una parte con ofertas revolucionarias, amenazados por otra con hechos de reaccion, prisioneros ahora de los realistas para ser despues perseguidos de los liberales, y que en medio de aquel horroroso drama, tenian que temblar casi igualmente de cualquiera de los dos partidos, en cuyo favor se declarase la victoria. Cuando tal era la situacion del Sr Martinez de la Rosa y de sus colegas, bien podrá encontrarse en su conducta algun paso poco acertado, algun hecho de escasa energía ó de corta prevision; pero de seguro no se encontrará intencion alguna que no fuese patriótica y digna de él.

De todos modos aprovechó los primeros momentos de la victoria para hacer dimision de un destino que ya no le era posible desempeñar.

Cuatro veces tuvo que repetir su renuncia, porque ni el Rey queria admitirla, ni el Consejo de Estado consentia en que se le admitiese; pero al cabo triunfó su resolucion, y abandonando los negocios públicos, se retiró al hogar doméstico a considerar desde allí la tristísima solucion á que rápidamente se encaminaban.

Despues de haberse librado de las persecuciones de los vencedores que envolvieron á los ministros en una causa por sus actos públicos, como pudieran haberlo hecho contra el reo militar mas insignificante, escándalo que las mismas Córtes se vieron precisadas á impedir, á pesar de su hostilidad, estaba el Sr. Martinez de la Rosa enteramente separado de los negocios, y profundamente afligido de ver á su pais condenado á pasar siempre del despotismo á la anarquía.

«¡Cuánta materia habia ya de reflexiones en la vida del Sr. Martinez de la Rosa! (*) Ningun hombre público de aquellos tiempos presentaba tantas y tan singulares alternativas. El mismo que,

(*) Copiamos este párrafo de la Biografía publicada por nuestro apreciable amigo D. Joaquin Francisco Pacheco, y que nos ha servido de mucho para nuestro trabajo.

arrancado del Peñon, habia entrado en Granada bajo un arco de triunfo, como personificacion del sistema constitucional, era buscado á los dos años en nombre de este mismo sistema, como un enemigo á quien se necesitaba herir de muerte. La corona de la gloria tornábase otra vez en corona de persecucion y de martirio. El poder absoluto le habia hecho su víctima; y ahora estaba en poco que tambien lo hiciese el poder liberal. ¡Cuánta materia, repetimos, para reflexiones, si los partidos políticos que se lanzan en las revueltas fueran capaces de reflexionar alguna vez.»

Entre tanto el sistema constitucional en España concluia su segunda época. El ejército francés invadia el pais, y las Córtes y el Gobierno habian marchado á Sevilla. Enfermo entonces el Sr. Martinez de la Rosa, permaneció en Madrid y apenas instalada en la Córte la regencia realista, eligió por primera víctima al mismo que por salvar al Rey se habia atraido el ódio de los demagogos. Exigió que reconociese esplícitamente su autoridad, y negóse Martinez á ello con la firmeza de carácter de que tantas pruebas habia dado. Diósele órden de salir en el término de

veinte y cuatro horas desterrado á Granada; pero indignado por aquella persecucion, se negó á obedecer y declaró que solo cederia á la fuerza. Iba á prendérsele, cuando el Duque del Infantado interpuso su autoridad para impedir aquella violencia, reiterándole la órden de salir para Granada. Persistió el Sr. Martinez en su negativa á sugetarse á nada que tuviese visos de una condena, y obtuvo por último un pasaporte para viajar por el estranjero, á fin de restablecer su salud.

De este modo abandonó el Sr. Martinez por primera vez su patria, y no queriendo permanecer en Francia mientras durase la guerra entre los dos paises, pasó primero á Italia, visitó á Roma, y despues de la evacuacion del territorio español por las tropas francesas, se estableció definitivamente en Paris, dónde fue acogido con el mayor interés por los personajes mas eminentes de la oposicion liberal, concurriendo asiduamente á los salones de los Sres. Laffitte y Casimire Perier, y habiendo contraido relaciones con el Conde de Molé, con los Duques de Broglie y de Decazes, y con los Sres Thiers, Guizot, Duvergier de Hauranne y otros.

Separado el Sr. Martinez de la Rosa por sus opiniones y circunstancias particulares de muchos de los demas emigrados, su vida durante aquella época fue principalmente literaria. Las bibliotecas de Paris eran su recreo, y en 1829 publicó en cinco volúmenes sus *Obras literarias*, siendo notable entre ellas su arte poética, en la que compite con Horacio y con Boileau acompañándolo de un comentario en prosa de un valor superior tal vez al mismo poema. Este trabajo modestamente calificado de apendice sobre el Poema didactico, la Epopeya, la Tragedia y la Comedia, no es nada menos que una verdadera historia crítica de estos cuatro ramos de la literatura española, desde el primer siglo literario de España, hasta fines del último; historia escrita con mano maestra, con un juicio seguro, un gusto delicado, grande elevacion de ideas, é inmensa erudicion. Comprenden ademas sus obras literarias el *Poema de Zaragoza*, la tragedia *La Viuda de Padilla*, la comedia *La Hija en casa y la Madre en la máscara*, la hermosa y severa trajedia *El Edipo*, en que el autor ha sabido ser original despues de Sófocles, Séneca, Voltaire y Dryden; la trajedia *La Morayma*, y por último, *La Conjuracion de Venecia*, superior á

nas que al poeta, al emigrado de opiniones templadas y liberales, reflejo de las que por entonces dominaban en la nacion. Por el mismo tiempo se ocupaba en escribir la vida de uno de nuestros mas célebres guerreros, Hernan Perez del Pulgar, que ha visto despues la luz pública.

Vamos á entrar en el periodo mas importante de la carrera política del Sr. Martinez de la Rosa. Muerto el Monarca, era á la sazon gefe del ministerio el Sr. Zea Bermudez, antiguo Ministro en 1824, á quien no podia sufrir el partido realista exaltado, y vuelto otra vez á los negocios por la reaccion moderada que se verificó en la Granja, cuando la grave enfermedad del Rey. El Sr. Zea, hombre de templanza y de gobierno, y que hubiera sido un escelente Ministro de Fernando VII, despues de las convulsiones políticas de nuestro pais, pues hombre ilustrado y conciliador hubiera evitado las funestas reacciones á que otros dieron lugar; pero en la época de que tratamos era en nuestro concepto irrealizable el sistema de absolutismo ilustrado que el Sr. Zea queria establecer, y mucho mas habiéndolo manifestado. Estas variaciones radicales en los sistemas de gobierno, ó no se anuncian y se verifican insen-

siblemente, ó cuando se proclaman se cuenta con la adhesion y la fuerza necesarias para hacerlos triunfar. Con ninguno de estos elementos podia contar el Gobierno, y el sistema del Sr. Zea, que planteado algunos años antes, hubiera podido preparar al pueblo para la libertad sin que tuviera que esperimentar la desmoralizacion y los trastornos que despues le ha acarreado, en el estado a que habian llegado las cosas á fines de 1833, se hacia imposible. Con escaso ejército, y participando en su mayor parte de las opiniones que prevalecian en la clase media de la sociedad; teniendo en contra á la Milicia realista decidida por D. Cárlos, no podia el Sr. Zea apoyarse en nada, y fue necesario, vista la oposicion de muchos de los primeros dependientes del Gobierno, acudir al partido liberal para dirigir la nacion y combatir al bando carlista. El liberalismo estaba por decirlo así personificado en el Sr. Martinez de la Rosa, quien apesar de conocer la marcha de los negocios públicos se mantenia retirado, sin mezclarse en las agitaciones del momento; y cuando fueron á llamarle para ponerse al frente del Gobierno, y hacer una revolucion en la monarquía, estaba ocupado en corregir unas pruebas de su historia

de Hernan Perez del Pulgar. La situacion era de las mas graves. La guerra civil acababa de estallar en Navarra, y la España, que en el ascenso al poder del Sr. Martinez de la Rosa habia concebido la esperanza de ver establecerse un gobierno representativo templado, y que al paso que diese al trono la mayor fijeza y prestigio satisfaciese las ideas liberales y moderadas que entonces dominaban, reclamaba la convocacion de las Córtes. En vano se pretenderá ahora, que no era entonces la opinion dominante en la parte ilustrada de la nacion el establecimiento de un Gobierno representativo. Verdad es que no se habian olvidado los escesos de la pasada época constitucional; pero no lo es menos, que si solo algunos de los emigrados deseaban el restablecimiento del código de 1812, los que no habian tenido aquella suerte y sí sufrido la reaccion que á ella se siguió, deseaban el establecimiento de un gobierno fuerte, á la par que limitado por la intervencion popular.

Para vencer tantas dificultades, propuso el Sr. Martinez de la Rosa á la Reina Gobernadora tres importantes medidas. Fue la primera romper con D. Miguel, cuya causa habia adoptado el difun-

lo Monarca, y enviar un ejército español para arrojarle de Portugal, lo mismo que á D. Cárlos, que allí se habia refugiado; la segunda procurar un apoyo al trono de Isabel, formando una alianza estrecha con la Francia y la Inglaterra, para contrapesar la influencia hostil de las Potencias del Norte; y por último la publicacion del Estatuto Real, que satisfizo cuando su promulgacion á la generalidad de los liberales españoles. Aun entre los hombres mas marcados de la emigracion, consiguió por entonces el Estatuto bastante favor y popularidad; «y si el Sr. Argüelles esclamaba al leerlo poniendo las manos en la cabeza, ¡qué apostasía!, otros amigos íntimos social y políticamente del Sr. Argüelles, publicaban con sus obras y con sus escritos todo lo contrario.» (*)

Si fue cierta la esclamacion que hemos citado del Sr. Argüelles, era seguramente inconcebible el nombre de apostasía dado al proceder del Sr. Martinez de la Rosa, y al progreso verificado en el transcurso de muchos años en los verdaderos principios de los gobiernos representativos. Siete años han

(*) Biografía del Sr. Martinez de la Rosa, por D. Joaquin Francisco Pacheco.

transcurrido desde entonces, y con mas razon pudiera aplicarse aquel dictado á muchos que con su tenacidad, su ambicion y sobrado amor propio han tenido no poca parte en las desgracias que pesan sobre el pais, y destruido casi del todo las alhagüeñas ilusiones que de la libertad se habian formado.

Nos es imposible seguir la marcha del ministerio del Sr. Martinez de la Rosa, combatida por los diferentes partidos; el realista que peleaba en los campos y á quien debia contener, y el revolucionario que le atacaba sin cesar en la tribuna, preparando imprudentemente para mas adelante la lucha de las calles. Hasta la Providencia parecia descargar su enojo sobre el pais en 1834. Los estragos del cólera, tan crueles en aquella época, sirvieron de pretesto para los execrables asesinatos de los frailes, verificados en Madrid. El Sr. Martinez de la Rosa, que se hallaba entonces en la Granja con S. M., no pudo tener parte en la responsabilidad de unos acontecimientos que no podian preveerse; las autoridades subalternas debian evitarlos, y al Gobierno podrá solo acusársele en todo caso de no haber hecho castigar ejemplarmente á los perpetradores de aquellos

horrendos crímenes, y á los que no intentaron contenerlos.

A los pocos dias se abrieron las primeras Córtes, verificándolo en persona, y con varonil arrojo la Princesa augusta que volvia á los españoles su libertad, y que pocos años despues, por efecto de una ingratitud que la historia no sabrá calificar, debia verse precisada á abandonar la gobernacion del reino, á buscar un asilo en una tierra estrangera, á verse separada de los objetos de su maternal cuidado, y privada de los derechos que la naturaleza y las leyes le conceden. Apenas abiertas aquellas Córtes, principió la lucha entre el ministerio y la revolucion, y se abrió el tempestuoso palenque donde debia brillar la estraordinaria elocuencia del Sr. Martinez de la Rosa, pronunciando discursos admirables por su precision y energía. ¡Pero qué servian la razon y la elocuencia contra los principios que se proclamaban y difundian, por los que no contentos con el órden de cosas establecido, aspiraban á los trastornos que despues hemos lamentado! Hemos observado ya que dotado el Sr. Martinez de la Rosa de estraordinaria firmeza pasiva, de una energía de sufrimiento, y de un valor de martirio admirables,

carece del necesario atrevimiento para la accion, y para arrojarse á las grandes empresas. «Se dejará matar sobre su banco, ha dicho el ilustrado biógrafo á quien antes hemos citado, pero no embestirá á su enemigo para matarle. Se resignará á ser mártir, víctima, pero no se lanzará á ser héroe.» Sin que dejemos de convenir en esta opinion, creemos ademas, que el Sr. Martinez de la Rosa tiene demasiada nobleza de corazon, demasiada hidalgia, demasiada religiosidad en el cumplimiento de sus deberes y en la observancia de sus juramentos, para apreciar en lo que valen en muchos otros estas nobles cualidades, en momentos de revolucion, en la ceguedad de los partidos, y cuando se hace gala de la ingratitud, y en nada se repara para obtener un fin. El Sr. Martinez de la Rosa juzga á los demas por sí, y tal vez esa cualidad, apreciable en un particular, pero no la mas conveniente para el hombre de Estado en circunstancias azarosas y difíciles, le ha perjudicado mas que su supuesta falta de valor de accion.

Hemos dicho antes que los principios que se difundian, eran precursores inevitables de los trastornos que habian de seguir. El 19 de Enero

de 1835, fue la primera esplosion de la mina abierta bajo el edificio de la monarquía. Un batallon sublevado se apoderó de la casa de correos al grito de «abajo el ministerio» asesinando al Capitan General de la provincia, y resistiendo el fuego y los ataques de las tropas leales, hasta las tres de la tarde. El Gobierno en aquella triste circunstancia, transigió con los sublevados, en vez de vencerlos y castigarlos; y aunque se ha asegurado y no lo dudamos, que el Sr. Martinez de la Rosa habia votado en Consejo de ministros contra aquella transacion, le han acusado sin embargo de no haber dejado la presidencia de un Consejo en que no prevalecia su opinion, en un asunto de tanta trascendencia, y haciendo de este modo recaer la responsabilidad sobre los que la habian merecido.

Seguia encarnizada en las provincias del Norte por entonces la guerra civil, sin que adelantaran nada en su terminacion los diversos generales que el Gobierno habia mandado con las fuerzas que creia suficientes, y abundantes recursos. Todas aquellas desgracias recaian sobre el gabinete, como recayó sobre él el tratado de Lord Elliot para regularizar la guerra; cual sino fueran á los ojos

de la Europa un escándalo las carnicerías de aquella lucha, y necesario poner un término á ellas. Hubo sin embargo agitacion en Madrid con motivo de aquel convenio por parte de los revolucionarios, reclamóse en las Córtes con destemplanza acerca de él, y el Sr. Martinez de la Rosa corrió peligro de ser asesinado al salir del salon, á no haberle algunos amigos metido en un coche y llevado precipitadamente á su casa, no sin que le siguieran hasta ella los amotinados.

Este triste acontecimiento, contribuyó tal vez á la conclusion de su ministerio; pero el motivo directo de su dimision fue la solicitud de la cooperacion ó intervencion de los gobiernos aliados, que el Gobierno se creyó en el caso de pedir. El Sr. Martinez de la Rosa, ya fuese porque le repugnara el llamar á los estranjeros, ya porque estuviera íntimamente persuadido de que no se habia de acceder á la peticion, habia sido constantemente opuesto, habia resistido sin cesar á la demanda de toda intervencion. Sucedió por entonces el desastre de las Amezcuas, y el General en Gefe, despues de haberlo consultado con los principales caudillos de su ejército, y aprobado por ellos, se presentó en Madrid,

pidiendo á los consejeros de la corona la intervencion. Vergüenza es sin duda que muchos de los gefes que entonces la aprobaron y pidieron, hayan tenido despues valor para achacarlo al mismo que á ello se opuso. Lo cierto es que se dió aquel paso, que el ministerio arrastrado por la autoridad de los generales que reclamaban aquel recurso accedió á él, y el Sr. Martinez de la Rosa se vió vencido en una de las cuestiones á que mas se habia opuesto. Solicitó como ministro de Estado la intervencion de las potencias aliadas, segun se habia convenido; pero al mismo tiempo hizo su dimision de Consejero de la corona, reemplazándole en la presidencia del gabinete el Conde de Toreno.

Asi acabó su ministerio de 18 meses, durante el cual habia cambiado la naturaleza del Gobierno, y en lugar de un estado absoluto, entregaba á sus sucesores una monarquía representativa. Habia realizado la ilusion de toda su vida, estableciendo un órden de cosas en el cual se hermanaban el órden y la libertad, y con el que se hubiera ésta fortalecido, y dado ópimos frutos, sin los embates que sufrió el órden, y que acabaron con la libertad para dejarla solo consignada en un libro.

Sabida es la corta duracion del ministerio Toreno, y harto conocidos los acontecimientos de Agosto de 1835. Vino de Lóndres el Sr. Mendizabal, y se formó el ministerio de Setiembre, que no solo se negó á disolver las Córtes reunidas un año antes, y las convocó nuevamente, sino que quiso acercarse á los gefes de la opinion moderada, y en especial el Sr. Martinez de la Rosa. Apoderarónse por fin del ministro universal los del opuesto bando, y disuelto el Congreso de 1834, convocóse otro bajo el influjo del gobierno que á la sazon dominaba, y para el cual no fue elegido el Sr. Martinez de la Rosa.

Las elecciones de 1836, volvieron á llamarle á la arena política, y hubiera sido uno de los principales miembros de las Córtes revisoras. Mas los pronunciamientos de aquel verano, y los escándalos de la Granja, destruyeron el Estatuto Real, y restablecieron la olvidada Constitucion de 1812. El testamento del difunto Rey y la obra del Sr. Martinez de la Rosa cayeron á un tiempo, á los golpes de las bayonetas de dos sargentos, y quedando fuera de accion el partido conservador, no aparecieron sus gefes en las Córtes elegidas á consecuencia de aquellos sucesos. Pero aquel par-

tido volvia á elevarse, y las Córtes mismas tuvieron que adoptar algunos de los principios que él profesaba en la nueva Constitucion. Las elecciones sucesivas no dejaron duda alguna sobre este punto, y el primer ministerio del Sr. Bardagí, compuesto aun de hombres de la revolucion, tuvo que ceder su lugar á otro en que dominaban contrarias tendencias.

Una de las grandes causas que en nuestro concepto han contribuido mas á la desorganizacion del partido conservador, ha sido el no presentarse sus gefes reconocidos al frente del Gobierno, cuando el triunfo legal de su partido les llamaba á aquel puesto. De este modo se hubiera indudablemente conservado su unidad, y evitádose el que descendiendo el poder á manos inferiores, é ineptas muchas veces, se encontrase este sin el prestigio que debe darle en los cuerpos legisladores, la dignidad del poder que representan y la superioridad de sus conocimientos y de su palabra. Entonces correspondia sin duda al Conde de Toreno, ó al Sr. Martinez de la Rosa, la presidencia del Consejo; sin que por esto sea nuestro ánimo deprimir en nada el conocido mérito y capacidad de la ilustre persona que le

ocupó; pero no estaba filiado en el partido militante, no era reconocido como gefe de él, y bastaba solo que le faltase esta condicion para que quedase falseada la indisputable y buena teoría constitucional que acabamos de indicar.

Hubiérase tal vez evitado de este modo la crítica que sobre él ha recaido, con motivo de la conducta observada por el Congreso de diputados á causa de la esposicion dirigida á su presidente por el General Conde de Luchana, en Marzo de 1838, cuando su primer desavenencia con el ministerio Ofalia. Suya hubiera sido entonces la responsabilidad de no proceder, cual al Gobierno correspondia, contra las marcadas tendencias del General. Se ha asegurado que el motivo de oponerse el Sr. Martinez de la Rosa á que se tratara en el Congreso de aquella materia, fue la seguridad que tenia de que S. M. la Reina Gobernadora, no consentiria en la deposicion de un general en quien tenia depositada toda su confianza; y sobre todo tenemos la íntima seguridad de que la conducta del Sr. Martinez en aquella circunstancia era hija de la mas pura intencion. De todos modos, los sucesos posteriores han manifestado al mundo la gratitud con que se correspondió á la

confianza de la Augusta Princesa; y la suerte del pais, las tristes consecuencias de la conducta observada por el Congreso al ser derribado por el influjo de un general un ministerio que merecia su absoluta confianza, sin tratar siquiera de manifestar su desagrado por aquellos sucesos, causa primordial, en nuestro concepto, de los que posteriormente hemos tenido que llorar.

Disueltas las Córtes de 1839 por el ministerio á quien si no apoyaba, no hostilizaba tampoco el Sr. Martinez de la Rosa, no fue elegido para las siguientes, y sin embargo de la decidida oposicion que el ministerio Arrazola hizo á su eleccion, le sostuvo hasta que la segunda disolucion verificada en aquel año, estrechó mas y mas la alianza de aquel Ministro y del Sr. Martinez de la Rosa.

Reuniéronse las Córtes de 1840, las mas notables en nuestro concepto por encerrar en su seno el mayor grado de ilustracion y conocimientos, como lo prueban las discusiones habidas en aquella época, ricas en fuerza de raciocinio, notables por la elevacion y dignidad de los debates. ¡Inútiles discusiones, que ningun resultado habian de dar, confiada la ejecucion de las leyes que de ellas resultasen á las manos incapaces que gober-

naban el Estado. ! Llegó por fin el funesto viaje de S. M. á Barcelona, y sabidas son las consecuencias que de él resultaron, para que nos detengamos en referirlas.

El pronunciamiento de Setiembre, afectó en estremo al Sr. Martinez de la Rosa. Habia sufrido los atentados contra su persona en 1835, sin dejar un solo dia de presentarse al público; habia visto pasar el motin de la Granja sin tomar medida alguna de prudencia. Este último trastorno, que calificaba él con la merecida severidad, no le permitia permanecer en Madrid. Por mas que no temiese por su persona, necesitaba respirar otro ambiente, y alejarse de un pais revuelto y que acababa de dejar la Reina á quien con tanta ingratitud se pagaban sus beneficios. Su lealtad le llamaba lejos de aquel teatro, y en Octubre de 1840, marchó ocultamente para Paris. Allí vive en una modesta casa de la calle de Provence, ocupado en la continuacion de su obra, *El Espíritu del Siglo*, pensando siempre en su adorada España, lamentando los funestos males que sobre ella pesan; y anhelando el momento de verla feliz, y de poder volver á ofrecerla sus talentos y servicios con la misma fé.

con igual honradez con que la ha servido, durante toda su tormentosa vida política. Y como si no bastaran al Sr. Martinez de la Rosa los honrosos títulos que le han granjeado una fama europea y el aprecio de cuantos le conocen; allá en la tierra estranjera, en medio del bullicio de la populosa Paris, no deja escapar ocasion de ensalzar las glorias de España, pronunciando en las sociedades y corporaciones científicas de que es miembro, elocuentes discursos en elogio de nuestros antiguos poetas y conquistadores. (*) Allí relacionado con los mas distinguidos personajes, se hace notar por la modestia de su porte; y en una época en que tantas fortunas improvisadas se ostentan sin pudor, se mantiene él con los productos de un escaso patrimonio, mermado sin duda en vez de acrecido, durante su carrera política. Las desgracias personales que ha sufrido, los males que ve pesar sobre su pais, habrán sin duda modificado algunas de sus convicciones pero el fondo de sus doctrinas, permanece el mismo, y su mayor pesar es el descrédito que la revolucion española ha echado sobre las instituciones liberales.

(*) Véase la Revista de Madrid, tercera série, tomo III.

Hemos bosquejado someramente, y cual lo permiten los límites de nuestras biografías, la vida política del Sr. Martinez de la Rosa, tan enlazada con los sucesos mas notables de nuestra historia moderna. Para descender á mas estensos pormenores, para citar sus elocuentes discursos, para examinar sus obras literarias, hubiéramos necesitado un campo mas estenso. Era imposible seguir paso á paso al hombre que ha personificado en sí el partido mas grande, mas ilustrado de la revolucion española, sin descender á escribir la historia de ella. No era dado analizar cada una de sus obras literarias (*) sin privarnos del espacio necesario para recorrer rápidamente su vida política. Nos hemos limitado á presentar los hechos mas notables de su azarosa carrera, que no consideramos aun terminada, para bien y gloria del pais que puede envanecerse de contarlo en el número de sus hijos. Indudablemente el Sr. Martinez de la Rosa es el personage mas noble que ha figura-

(*) Ademas de las obras del autor que hemos citado, ha publicado dos tomos de la novela historica *Doña Isabel de Solis, el Libro de los Niños*, cuyo solo título indica el objeto y prueba el corazon del que lo escribiera en medio de una deshecha borrasca política: y ademas algunas piezas de teatro entre ellas *El Español en Francia*, que acaba de ser representada en esta córte con general aplauso

do en el prolongado y sangriento drama de nuestra revolucion. Grande en la adversidad, se le vé sacrificar su libertad y esponer su vida antes que sucumbir á la retractacion de sus principios y á quebrantar la fé de sus convicciones. En la cumbre del poder inaccesible al orgullo que tan fácilmente prestan las condecoraciones y distinciones de que se vé colmado, baja de él y se confunde en la vida privada, llevando en pos de sí el aprecio de sus amigos, el ódio político de sus contrarios, y el aprecio y respeto de todos por sus indisputables virtudes. Grande en la tribuna, jamás su elocuente voz se ha empleado en defender una mala causa, en sostener un principio destructor; jamás su palabra, fuerte sí y enérgica, ha promovido cuestiones personales, insignificantes siempre, cuando de los grandes intereses del Estado se trata.

Algunos españoles, y mas aun los estrangeros, creen ó afectan creer todavia que el autor del Estatuto Real está pensando en su restauracion; estamos seguros que el Sr. Martinez de la Rosa no ha pensado jamás en que su obra pudiera volver á revivir despues de pasados tantos años. Creerá tal vez como nosotros, que en una monarquía representativa es preciso dar mas estabilidad y pres-

tigio, mas fuerza aristocrática y mas poder de tradicion á la Cámara conservadora, separándola de las conmociones y variaciones políticas á que dá lugar su actual frecuente renovacion. Y cuenta que no por eso achacaremos al Sr. Martinez de la Rosa las ideas aristocráticas de que en sentido de privilegio le han acusado algunos. Cualquiera que conozca la llaneza de su trato, verá fácilmente que si su posicion le coloca entre las clases mas elevadas de la sociedad, no por eso desdeña el trato familiar con cuantas personas se dan á conocer por sus talentos, su aplicacion ó sus servicios.

Hemos oido referir (dice el Sr. Pacheco en la biografía del personage que nos ocupa) que por los años de 1821 habia reunido el Sr. Martinez una pequeña série de estampas ó pinturas respectivas á su persona. Veíase en una celebrado y encumbrado por sus primeros pasos en la carrera pública, con una exageracion oriental; venia despues otra estampa de su encarcelamiento como traidor, y se designaba el suplicio en que debia morir; el Peñon de la Gomera con su tristeza y sus trabajos, formaba el asunto de otra; seguíase el arco de triunfo que se levantó en Granada á

su vuelta de presidio, en la primavera de 1820; y remataba la galería con una caricatura de las que salieron contra él durante su segunda diputacion, acusándole de vendido al Monarca, á la aristocrácia y á las Córtes estrangeras. Por debajo de esta pequeña série de dibujos que en su gabinete tenia colocados, habia escrito el mismo Señor Martinez estas palabras: « *ni lo uno ni lo otro merecia.* »

Los años que han transcurrido desde la época á que esta anécdota se refiere, los sucesos ocurridos durante ella, han colocado indudablemente á mayor altura en el aprecio de la generalidad de los españoles las virtudes como hombre particular y como hombre político del personage de que tratamos. No dudamos que el Sr. Martinez escribira tal vez las mismas palabras que entonces puso debajo de su coleccion de grabados, al pie de esta biografía; sus enemigos en medio de las detractaciones á que dá lugar el espíritu de partido, solo podrian añadir á las denominaciones depreciativas que contra él se han usado desde aquella época, la de llamarle ridículamente *Poeta*, como si estuvieran reñidas las letras con la política y la gobernacion; y la de *un faccioso mas* aludiendo á

estas palabras pronunciadas por el Sr. Martinez en el Estamento de Procuradores al saberse la llegada á España del Pretendiente. Palabras que indudablemente espresaban, que no por eso ni por la presencia de aquel Príncipe en el campo enemigo aumentaban las probabilidades del triunfo de su causa.

En los momentos en que esto escribimos (marzo de 1848) se halla el pais agitado con motivo de las elecciones generales á que ha dado lugar la última disolucion de las Córtes, consecuencia precisa del gran trastorno que obligó al Sr. Martinez de la Rosa á ausentarse de nuevo de su patria. La ciudad de Barcelona, tan alhagada por la revolucion y tan castigada despues por los revolucionarios, ha incluido en su candidatura al ilustre granadino, que con mengua de la ciudad que le vió nacer, y que deberia enorgullecerse con tal hijo, no le hace figurar en todos tiempos, y cualesquiera que sean los principios que dominen en el número de sus representantes. Barcelona no podia escoger uno mejor para la defensa de sus tan comprometidos intereses, ni confiar á mas elocuente voz la satisfaccion de sus tan conculcados derechos, y la vindicacion de tantos desafueros como

ha sufrido. No sabemos aun el resultado final; pero si el Sr. Martinez fuese elegido, no vacilamos en creer que acudiendo al peligroso puesto á que la confianza de los electores le llamaba, resonaria de nuevo su voz en las bóvedas del Congreso, con la elocuencia que le es natural, con la firmeza que dá el derecho, y con la energía que dá á los grandes caracteres la defensa de los oprimidos. Ningunas Córtes se habrán reunido en España desde el último restablecimiento del Gobierno representativo en circunstancias mas difíciles, y cuya mision sea de mayor interés que la de las que van á juntarse; y la nacion debe desear que á tan solemnes y trascendentales debates, á la resolucion de tan importantes cuestiones para su porvenir, asistan los grandes hombres parlamentarios, entre los cuales no vacilamos en colocar en primera línea al Sr. Martinez de la Rosa.

Índice de las biografías contenidas

EN EL

TOMO SEGUNDO.

—

Mr. Guizot.
Mahamud II.
Silvio Pellico.
Lord Palmerston.
El General Gravina.
El Archiduque Carlos de Austria.
Calomarde.
Bonaparte.
Napoleon.
El Empecinado.
El General morillo.
D. F. Martinez de la Rosa.